Diario DE UNA ACOMPAÑANTE

YASMINA SOTO



UNA VIDA DE LUJOS, SECRETOS Y SEDUCCIÓN

Diario de una acompañante

Yasmina Soto

Copyright © 2026 Yasmina Soto
Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este material puede ser reproducida, distribuida, transmitida o almacenada en ningún formato ni por ningún medio, ya sea físico, digital, electrónico o mecánico, sin la autorización previa y expresa de la autora. Esto incluye, pero no se limita, a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabaciones o cualquier forma de reproducción.

Este material no puede ser utilizado, en su totalidad o en parte, con fines comerciales sin el consentimiento previo y por escrito de la autora. Asimismo, quedan prohibidas la traducción, adaptación, transformación o cualquier otra modificación de este material sin autorización expresa de la autora.

La distribución no autorizada de este material en plataformas digitales, redes sociales o cualquier otro medio en línea constituye una violación de los derechos de autor y será perseguida conforme a la ley.

Todos los personajes, situaciones y eventos descritos en este libro son completamente ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Para consultas sobre permisos o autorizaciones, por favor, comuníquese con:

yasminasotov@gmail.com

Registro: **2604275415835**

ÍNDICE

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Epílogo

Prólogo

No soy lo que piensan. O quizá sí, todo depende del criterio que tengan.

Me llamo María Belmont, pero para muchas soy Laura, tengo cuarenta y ocho años y llevo algo más de dos décadas escuchando secretos. Secretos que las mujeres no pueden contar a sus amigas, a sus terapeutas, ni siquiera a sí mismas frente al espejo. Yo soy ese espejo que no juzga.

Estoy sentada en el sofá, el mismo donde se han sentado cientos de mujeres antes. Es gris, suave al tacto, lo suficientemente grande para dos personas, pero lo bastante íntimo para que no se sientan perdidas en él. Lo compré en una tienda de segunda mano hace ocho años. La vendedora me dijo que había pertenecido a una actriz. No sé si era verdad, pero me gusta pensar que este sofá tiene historia, que ha escuchado otros secretos antes que los míos.

Miro el apartamento. Está en un segundo piso de un edificio antiguo en Malasaña. Techos altos, ventanas grandes que dan a una calle tranquila. Paredes blancas, decoración minimalista, no hay nada demasiado personal, nada que revele quién soy. Algunas plantas que sobreviven a pesar de que no las riego con frecuencia. Una librería con libros que he leído en alguna ocasión. Hay regalos de algunas de mis clientas, como algunos de los cuadros, unos jarrones traídos desde China o incluso el lugar donde cuelgo las

llaves. Las luces son cálidas, nunca frías, porque hacen que la gente se vea cansada, casi vulnerable.

Este es mi espacio de trabajo. Mi hogar está en otro lugar. Aunque últimamente esto se ha convertido en mi hogar porque, si soy honesta, mi trabajo se ha convertido en mi vida. Los límites se difuminaron hace tiempo.

¿Cómo llegué aquí? Esa es la pregunta que todas quieren saber, pero que pocas se atreven a hacer. La respuesta honesta es: por elección y por accidente. La mejor respuesta es ambas cosas.

Estudié Psicología. Bueno, solo tres años, antes de darme cuenta de que no quería pasarme la vida en una consulta tomando notas mientras la gente lloraba. No quería analizar, diagnosticar. Quería otra cosa, pero no sabía qué.

Dejé la carrera. Trabajé en una cafetería, después en la recepción de un hotel, luego en una librería. Trabajos que me pagaban el alquiler, pero que me dejaban vacía. Siempre había un jefe, siempre había unas reglas, siempre había alguien diciéndome qué hacer, cómo hacerlo, cuándo sonreír.

Conocí a Valeria Montenegro cuando tenía veinticinco años. Era una clienta habitual de la librería donde trabajaba. Una mujer elegante, cuarenta y tantos, siempre compraba novelas eróticas y ensayos feministas. Un día me invitó a tomar un café. Hablamos de libros, de la vida, de las cosas que nos atrapan. Me contó a qué se dedicaba. Acompañante, dijo. No prostituta, no escort. Acompañante.

—La diferencia está en el poder —me explicó—. Yo elijo a quién veo, cuándo, cuánto cobro. Yo pongo las reglas.

Me intrigó, no el sexo, sino el poder.

—¿Alguna vez has pensado en probarlo? —me preguntó—. Tienes el perfil. Educada, buena conversación, discreta y bonita, aunque eso es lo menos importante.

—¿Lo menos importante?

—Lo que vendo no es mi cuerpo —dijo—. Es mi tiempo, mi atención, mi capacidad de hacer que alguien se sienta visto.

Lo pensé durante semanas. Me aterraba y me fascinaba a partes iguales. Finalmente, le dije que sí, que quería intentarlo.

Valeria me enseñó todo. Cómo filtrar clientes, cómo establecer límites, cómo protegerme legal y emocionalmente. Cómo cobrar, cómo decir que no, cómo decir que sí.

—Lo más importante —me dijo en mi primera semana—, es no perder quién eres. Este trabajo puede consumirte si no tienes cuidado. Tienes que saber dónde terminas tú y dónde empieza el servicio.

Al principio trabajé con hombres. Algunos amables, otros no tanto, algunos solo querían sexo rápido y olvidarlo, otros querían hablar durante horas sobre sus matrimonios muertos, sus trabajos que odiaban, la vida que su padre había diseñado para ellos. Lo más cruel de todo es que ellos estaban haciendo lo mismo con sus mujeres e hijos.

Aprendí a leer a la gente. A saber qué necesitaban antes de que lo dijeran. A ser quien necesitaban dentro del tiempo que pagaban. Pero los hombres no eran lo mío, eso lo manejaba mejor Valeria.

Por suerte, llegó la primera mujer: Isabel. Cuarenta y ocho años, casada, con dos hijos. Estaba aterrada. Aún, a pesar de los años, recuerdo sus primeras palabras.

—Nunca he hecho esto —me dijo por teléfono—. No sé si puedo. Pero necesito…

—¿Necesitas qué? —le pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Sentir algo. Cualquier cosa.

Isabel fue mi primera clienta mujer. Llegó temblando. Quedamos en un hostal; no tenía esto que tengo ahora, estaba empezando. Cuando entramos, nos sentamos en el sofá y hablamos durante horas antes de que se atreviera a tocarme. Cuando lo hizo, lloró.

—Llevo veinte años fingiendo —me confesó—. Fingiendo que me gustan los hombres, que soy feliz, que esta vida es suficiente.

—¿Por qué lo haces? —le pregunté.

—Porque es más fácil que afrontar la verdad.

Isabel vino a verme durante algo más de un año. Cada vez un poco más segura, un poco más ella misma. Hasta que un día me escribió:

Isabel: Me voy. Dejé a mi marido. Mis hijos ya son mayores. Me mudo a Barcelona con una mujer que conocí. Gracias por enseñarme que podía ser yo misma.

No le enseñé nada. Solo le di un espacio seguro donde explorar quién era sin juicio.

Después de Isabel vinieron otras. Mujeres atrapadas en matrimonios que las ahogaban. Mujeres que nunca se habían

atrevido a explorar su sexualidad. Mujeres que solo necesitaban que alguien las tocara con ternura, sin expectativas, sin exigirles nada.

Después de Isabel y las demás, jamás volví a ver a un hombre. Me di cuenta de que con las mujeres mi trabajo era diferente. Más íntimo, más real. Con ellas todo era totalmente distinto, era ayudarlas a encontrarse a sí mismas.

Soy su secreto, su espacio seguro, su válvula de escape. Y ellas son… no sé qué son para mí exactamente. ¿Trabajo? Sí. ¿Pero solo eso? No estoy segura.

A veces me preocupa cuánto las llevo conmigo. Cuánto pienso en sus vidas cuando no están aquí. Cuánto me importan sus problemas, sus matrimonios, sus miedos.

Valeria me advirtió sobre esto:

—No te encariñes —me dijo—. Es la primera regla. Puedes ser empática, puedes ser amable, pero no puedes encariñarte. Porque el día que dejen de venir, te romperás.

Pero ya me encariñé. Con algunas, al menos. Con Clara y su matrimonio muerto. Con Julia y su lucha por aceptarse. Con Antonia y su valentía tardía. Y con Inés, la inspectora que viene a desahogarse sobre la injusticia del mundo. Con Inés, sobre todo, aunque con ella es diferente. Hay algo en ella que no sé nombrar todavía.

Este diario es un intento de ordenar mis pensamientos. De poner en palabras las historias que escucho, las vidas que toco, las transformaciones de las que soy testigo.

No lo hago para justificarme, no me importa lo que piensen de mí. Dejó de importarme hace mucho tiempo. Lo hago para recordar. Para no olvidar que detrás de cada hora pagada hay una historia real. Que estas mujeres no son solo clientas, son personas, con pasados que las persiguen y futuros que intentan construir. Y yo soy parte de ese proceso. Quizá solo un eslabón pequeño, una parada temporal en su camino hacia algo mejor. Pero eso significa algo. Para ellas y para mí.

Cierro mi ordenador; tengo que guardar mis pensamientos hasta la noche, cuando esté sola otra vez y pueda volver a ser solo María. No el espejo que refleja lo que otras necesitan ver. Únicamente yo. Si es que todavía sé quién es esa persona.

Espero que este diario me ayude a recordarlo.

Capítulo 1

7 de enero

Estoy en el apartamento esperando la llegada de Claudia. Llega con un abrigo enorme gris oscuro, como si quisiera desaparecer, que nadie la viera. Al entrar, me da un beso en la mejilla y se sienta en el sofá. Tiene los ojos hinchados.

—Perdona por no haber venido antes —dice mientras yo le preparo una infusión—. Rodrigo y las vacaciones y ya sabes.

Me siento a su lado. Huele a ese perfume caro que seguramente le regaló él sin preguntarle cuál es el que le gusta.

—¿Cómo fueron las vacaciones? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Horribles —sonríe sin ganas—. Estuvimos en Marbella, en un hotel de cinco estrellas. Él se pasó todo el tiempo pegado al móvil, yo en la piscina, sola, viendo a otras parejas que al menos fingían mejor que nosotros.

Apoyo mi mano sobre la suya, mostrándole que estoy ahí, que puede confiar en mí.

—En Nochevieja ni siquiera me besó a las doce —continúa—. Estaba al teléfono con un socio en Hong Kong. Rodrigo y sus putos socios.

Claudia lleva veinte años casada con Rodrigo y hace quince años que ella no siente que la mire como al principio.

—¿Sabes lo que es eso, Laura? Estar en una habitación con alguien y sentirte completamente invisible.

—Lo sé —digo, y es verdad. Lo sé mejor de lo que ella imagina.

Habla mucho. Siempre ha necesitado hablar antes, durante y después. Me cuenta que ojalá su marido la adorara como otra gente de su alrededor. Ella dejó de trabajar para criar a sus hijos, y él ahora le prohíbe hacerlo, porque no puede permitir que su mujer trabaje. Cuando tenemos estos encuentros, le cuenta a su marido que sale de compras. Hasta ahora esa cuartada le ha servido. ¿Cuánto tiempo más? No lo sé, pero espero que sea hasta que ella decida que basta de vivir esa vida que tiene.

—Él es encantador con los demás —dice—. Si fuera así conmigo, tampoco tendría que esforzarse mucho.

Mendigar amor, eso es de lo que siempre habla Claudia.

Me acerco a ella y la acaricio despacio. Su cuerpo se tensa, le pasa al principio. Luego se relaja bajo mis manos. La guio hasta la habitación. Al llegar, la beso en el cuello, mientras meto la mano debajo de la blusa y desabrocho el sujetador; un suspiro se escapa de su boca. Ella por fin se atreve a desnudarme; la dejo hacer. Cuando me ve sin ropa delante de ella, me acaricia.

—Eres preciosa —asegura.

—Tú también lo eres —susurro contra su cuello.

Porque es una realidad, es una mujer maravillosa, aunque siempre protesta por los kilos de más de los que su marido la ha

convencido de que tiene, cuando no es así.

Tenemos sexo, pero no de ese en el que ella me quiera controlar, no de esos; Claudia no es así, es algo calmado. Yo me dedico a recorrer su cuerpo con mis manos y mi boca, ella a suspirar, a pedirme que necesita más, y yo cumplo con lo que ella quiere. No es exigente, simplemente quiere ser vista, acariciada, deseada, y ahora mismo soy yo la única que puede darle eso.

Cuando llega al orgasmo, llora, siempre lo hace.

—Gracias —susurra antes de irse.

No sé si me da las gracias por el sexo o por escucharla. Probablemente por ambas cosas.

10 de enero

Me despierto en el chalet que tengo en Aravaca, algo que compré hace demasiados años por insistencia de Valeria; ella siempre tuvo visión para invertir. Me levanto para tomarme el café de la mañana y leer el periódico en el móvil.

Estoy sentada en el sofá leyendo cuando una noticia llama mi atención: encontraron a un empresario muerto en su coche. Supuesto suicidio, pastillas y whisky. Tenía cincuenta y tres años, mujer e hijos. Me pregunto qué lleva a alguien a ese punto, qué oscuridad tiene que habitar en tu cabeza para decidir que es mejor no estar.

Dejo de leer; no es asunto mío, la gente muere todos los días.

Tengo que ducharme e ir a mi oficina, mi lugar de trabajo, donde dejo de ser un poco María para convertirme en esa acompañante

con la que todas hablan en confianza, que las hace sentir únicas. Antes de meterme en la ducha recibo un mensaje:

Elena: Lo siento, tengo que cancelar hoy. Problemas en casa.

Es la tercera vez este mes. Espero que esté bien. Elena es de las que se lo guardan todo hasta que explota.

Yo: No te preocupes. Avísame cuando puedas.

Por la tarde voy al apartamento a limpiar. En mi casa tengo una chica que lo hace; aquí siempre lo hago yo. Lavo las sábanas que he ido acumulando, paso la aspiradora, dejo todo preparado para la siguiente visita. Esta es la parte que nadie ve: la rutina, lo doméstico, lo aburrido. La gente piensa que mi vida es glamurosa. La realidad es que todo es normal.

14 de enero

Hoy viene una clienta nueva. Se llama Sofía y llega quince minutos tarde. Cuando toca el timbre y sube, mira para todos lados, como si alguien pudiera seguirla.

—Perdona —dice sin aliento—. Me he perdido.

—Tranquila, pasa.

Sofía tiene cincuenta años, aunque podría pasar por menos. Se cuida y eso se ve: manicura perfecta, ropa elegante, ese tipo de belleza que requiere trabajo y dinero. Se sienta en el sofá, con el bolso en el regazo como si fuera un escudo.

—¿Quieres beber algo? —pregunto.

—Agua, por favor.

Le traigo un vaso y me siento frente a ella. No muy cerca; las nuevas necesitan espacio.

—Nunca he hecho esto —dice de repente—. Ni siquiera sé si realmente me gustan las mujeres o solo necesito que alguien me toque sin esperar nada a cambio.

—No tienes por qué saberlo hoy —digo—. No tienes que saber nada. Podemos solo hablar.

—¿De verdad? —pregunta, nerviosa.

—De verdad.

Hablamos. Me cuenta que es abogada, que lleva veinticuatro años casada, que tiene una hija en la universidad. Que su vida vista desde fuera es perfecta: casa en La Moraleja, dos coches, vacaciones de ensueño. Todo lo que se supone que cualquiera querría tener.

—¿Pero? —pregunto.

—Pero me siento muerta por dentro —lo dice en voz baja, casi no la escucho—. Mi marido es buena persona. No me grita, no me pega, me da todo lo que necesito materialmente. Pero hace cinco años que no me toca, y cuando lo hacía antes, era mecánico, como una obligación más, como sacar la basura o pagar el seguro.

Conozco esa historia. La he escuchado cientos de veces con diferentes nombres y detalles; sin embargo, siempre lo mismo. Mi marido no me toca.

—Una amiga me habló de ti —continúa—. Dijo que eres discreta, que eres… segura.

—Lo soy —afirmo.

—No quiero hacer nada hoy. Solo necesitaba venir, necesitaba dar el paso. Saber que puedo.

—Puedes —le digo—. Cuando quieras, sin presión, sin prisas.

Me sigue hablando de su trabajo, de su vida idílica que ella odia, de cómo su familia le dice que lo ha encontrado todo y ella cree que no tiene nada.

—Me siento una hipócrita, siento que no me merezco nada de esto, que no sé valorarlo.

—No todas buscamos lo mismo, Sofía. Hay muchas como tú —digo.

—¿Segura?

—Por supuesto que estoy segura.

Ella se levanta y pasea por el salón inquieta, contando todo lo que no ha podido contar a sus amistades, a su familia, a sí misma. Ahora lo está haciendo, ya no es la mujer que entró desconfiada; ahora confía y me confiesa cómo se siente.

Al marcharse me deja el doble del dinero acordado. Al llegar a la puerta se gira para mirarme:

—¿Puedo volver?

—Claro, Sofía.

Cierra la puerta con cuidado, como si temiera despertarme, aunque estoy de pie frente a la puerta. Oigo sus pasos rápidos por la escalera. Corre, huye, pero volverá.

Siempre vuelven.

Capítulo 2

15 de enero

Leo la noticia por segunda vez, no sé por qué lo hago. Una vez debería ser suficiente. Empresario encontrado muerto en su coche. Supuesto suicidio. Pastillas y whisky.

Tenía mujer e hijos, una empresa de importación con sede en tres países. Tenía una orden de alejamiento contra su exsocia, archivada hace seis meses por un error de procedimiento. Lo leo dos veces más. Un error de procedimiento.

Dejo el teléfono sobre la mesa de la cocina y miro el café que se enfría. Me pregunto si la exsocia habrá leído también la noticia. Me pregunto si habrá dormido.

Quedo con Vladimir en el parque del Retiro. No en el gimnasio, no en ningún sitio cerrado. Él insiste en el parque cuando quiere hablar de cosas que no deben quedarse entre cuatro paredes.

Llega antes que yo. Lo encuentro en uno de los bancos del paseo central, mirando los perros que corren sueltos. Tiene las manos en los bolsillos del abrigo. Cuando me ve, no se mueve. Me siento a su lado sin decir nada. Así empezamos a veces. Con silencio.

—¿Lo has visto? —pregunta al rato.

—Sí —digo.

No hace falta especificar qué. Entre Vladimir y yo hay un idioma que prescinde de más explicaciones.

—El error de procedimiento fue real —dice—. Nadie va a tirar del hilo.

—Ya lo sé.

Otra pausa.

—¿Necesitas que revise algo? —pregunta Vladimir, sin mirarme.

—Todavía no —digo—. Quizá pronto.

Asiente. No pide detalles. Nunca los pide antes de tiempo.

Cuando nos levantamos para irnos, no nos decimos nada. Él toma la dirección del norte. Yo vuelvo al apartamento.

17 de enero

Claudia ha cancelado esta semana. Rodrigo volvió de Asia antes de lo previsto. Lo dice en un mensaje de tres líneas, con ese tono de quien ha aprendido a comprimir el disgusto hasta que cabe en algo que cabe en el bolsillo del abrigo.

Le contesto que no pasa nada. Le digo que avise cuando pueda.

Dejo el teléfono y me quedo sentada en el sofá, en el mismo sitio donde ella se sienta siempre.

Pienso en la carpeta de mi ordenador.

Pienso en lo que contiene y en lo que no contiene todavía. En los nombres que están y en los que podrían estar. En la diferencia entre guardar información y hacer algo con ella. En la línea que separa

esas dos cosas, qué ancha parece a veces y qué fina resulta cuando la atraviesas.

Me levanto. Voy a la cocina y me preparo una infusión. El móvil vibra. Es Elena, que cancela también. Problemas en casa, dice. Es la cuarta vez este mes.

Yo: No te preocupes. Avísame cuando puedas.

Escribo las palabras con cuidado, como si fueran a romperse. Después pongo el teléfono boca abajo sobre la mesa.

Problemas en casa. Cuántas cosas caben en esa frase. Cuántas mujeres he visto llegar con esa frase en la boca y el cuerpo diciéndome otra cosa.

Enciendo el ordenador y abro la carpeta esa que tengo en el escritorio. Leo durante un rato. Cada nombre, cada fecha, cada dato que alguien se tomó el trabajo de documentar en su momento. Valeria fue meticulosa en eso: nunca guardes lo que no puedas sostener.

Cierro la carpeta y apago el ordenador.

Siento como un nudo se me instala en el pecho, me está ahogando, pero no puedo rendirme, esas mujeres me necesitan y ahora más que nunca. Estoy aquí para ellas, siempre estaré.

19 de enero

El jueves por la tarde. La inspectora llega puntual como siempre. Nunca me ha dicho su nombre real. Cuando le pregunté cómo debía llamarla, simplemente se encogió de hombros, pero tras mirarla un rato:

—Inés —dijo.

Me recuerda a una tía que tenía: la misma forma de fruncir el ceño cuando piensa, la misma manera de suspirar antes de hablar de algo difícil.

—Hola —dice quitándose la chaqueta. Trae cara de no haber dormido. Siempre trae esa cara.

—Mal día —no pregunto, afirmo.

—Todos los días son malos —dice dejándose caer en el sofá—. ¿Tienes vino?

—Sí.

Le sirvo una copa de vino tinto. Se lo bebe de dos tragos y le sirvo otra.

—Hoy dejamos en libertad a un tipo —empieza—. Violó a una chica de veintidós años. Tenemos su ADN, tenemos testigos, tenemos todo, pero su abogado encontró un error de protocolo en la cadena de custodia de las pruebas. Un puto error administrativo, y el juez desestimó el caso.

Se pasa las manos por la cara.

—La víctima estaba en el juzgado. La vi llorar cuando lo anunciaron. Su madre tuvo que sujetarla para que no se desplomara.

—Lo siento —digo, porque no sé qué más decir.

—Mañana ese hijo de puta estará en la calle. Libre. Probablemente celebrándolo, y ella tendrá que vivir con el miedo el resto de su vida.

Nos quedamos en silencio un rato. Inés se levanta del sofá y camina hasta la ventana, mira a través de ella y bebe de su copa de vino.

—¿Alguna vez has querido hacer justicia por tu cuenta? —me pregunta de repente, girándose para mirarme—. ¿Tomar el control cuando el sistema falla?

La pregunta me sorprende. Entiendo su enfado.

—Todos lo hemos pensado alguna vez —respondo—. Pero pensar no es hacer.

—No —se ríe expulsando el aire por la nariz—. Pensar no es hacer.

Me mira fijamente durante un largo rato, como si estuviera evaluando algo en mi cara. Luego aparta la mirada.

—A veces pienso que elegí la profesión equivocada —dice—. Dedicas tu vida a buscar justicia y el sistema te escupe en la cara una y otra vez.

—Pero lo sigues intentando —le digo—. Eso cuenta.

—¿Cuenta? ¿Para quién? ¿Para esa chica que ahora tendrá pesadillas cada noche?

No tengo respuesta para eso.

Terminamos en el sofá hablando de trabajo. Le cuento de un libro que estoy leyendo, ella me habla de una serie que vio hace tiempo. Cosas normales, cosas de las que dos amigas hablarían tomando vino un jueves por la tarde.

Cuando se va, no dice adiós. Nunca lo hace.

24 de enero

Estoy desayunando cuando recibo una llamada. No es en el teléfono personal, es el de las citas. Me gusta llamarlo así porque siento que muchas son eso, citas con mujeres desesperadas en las que me cuentan su vida.

Miro la pantalla; es Claudia:

—¿Puedo ir hoy? —dice en cuanto siente que descuelgo—. Sé que no teníamos cita, pero necesito…

—Ven —la interrumpo.

Llega dos horas después. Esta vez sin el abrigo gris. Lleva uno rojo, brillante, llamativo. Algo ha cambiado.

—Rodrigo se va a Shanghái —anuncia nada más entrar—. Dos semanas en las que no tendré que cocinar para alguien que no prueba la comida, no tendré que fingir interés en sus cosas de trabajo, no tendré que…

—Podrás respirar —completo.

—Exacto. No tendré que contener la respiración.

Nos tumbamos en la cama. Hoy está diferente. Más presente, más aquí conmigo que dentro de su cabeza.

—Es horrible decir esto —susurra contra mi cuello—, pero me siento aliviada. Cuando no está, puedo respirar. La casa es mía otra vez.

—No es horrible —digo—. Es honesto.

Hacemos el amor despacio. Claudia siempre necesita ir despacio, como si temiera que yo pueda desaparecer si va demasiado rápido.

Sé que, con Rodrigo, su marido, todo tiene que ser urgente, como si fuera un mero trámite de trabajo. El pecado de ese hombre es la avaricia; siempre quiere más. Después de que ella llegue al orgasmo, se queda dormida con la cabeza en mi pecho. Me gusta cuando hace esto. Me hace sentir útil, no solo un servicio que ha contratado.

La miro dormir. Tiene pequeñas arrugas alrededor de los ojos que el maquillaje no oculta. Una cicatriz en la barbilla. Me pregunto qué historias esconde su piel que nunca me contará.

Se despierta una hora después, desorientada.

—Perdona —se disculpa—. No quería quedarme dormida.

—No pasa nada.

—¿Cuánto te debo por el tiempo extra? —pregunta. Se levanta de la cama y comienza a vestirse.

—Nada, Claudia. Estabas cansada.

Me mira como si le hubiera dicho algo increíble. Supongo que en su mundo todo tiene precio, todo se paga, todo se negocia.

—Gracias.

Después de que se vaya, me quedo mirando las sábanas arrugadas. Pienso en Rodrigo, en su oficina, en sus reuniones importantes, en su vida perfecta donde su esposa es solo un accesorio más. Uno que ya no le interesa, pero que le resulta cómodo tener.

Tiro de las sábanas de golpe, las saco y las echo a lavar. Mañana serán blancas otra vez, limpias, como si nadie hubiera llorado en ellas.

28 de enero

Inés llega hoy más calmada, acepta el vino que le ofrezco y nos quedamos en silencio un rato. Es muy cómodo quedarme así con ella.

—Cerramos un caso importante esta semana —comienza a decir —. Un tipo que estafaba a ancianos. Les sacaba los ahorros de toda una vida y los agredía cuando no conseguía lo que quería, diciendo que era gente que quería matarlo; así accedían a darle dinero. Esta vez hicimos bien el trabajo. Esta vez el juez hizo bien su trabajo. Doce años de prisión.

—Me alegro.

—Yo también —dice bebiendo un sorbo de la copa—. Necesitaba una victoria. Aunque sea pequeña.

Hablamos de cosas banales después de eso. Me cuenta que está pensando en adoptar un gato.

—La casa está demasiado silenciosa —dice.

Yo le cuento de la serie que me recomendó, que efectivamente es buena.

—¿Por qué vienes aquí, Inés? —le pregunto.

Me mira sorprendida.

—Supuse que era obvio. Para desahogarme.

—Podrías ir con un terapeuta. Sale más barato.

Se ríe mientras se muerde el labio inferior, y un escalofrío recorre mi cuerpo al ser consciente de las ganas que tengo de hacer el amor con esa mujer misteriosa.

—Los terapeutas juzgan, aunque digan que no, lo hacen. Toman notas, analizan, buscan patrones. Tú solo escuchas.

—Solo escucho —repito.

—Además —añade—, un terapeuta no me serviría una copa de vino.

—Cierto.

Antes de marcharse, se gira.

—¿Tienes pareja, Laura?

La pregunta me pilla por sorpresa, jamás nadie se había atrevido a preguntarme algo así.

—No. ¿Y tú? —digo devolviendo la pregunta.

—Tuve. Hace años. Era otra policía; no funcionó. Demasiadas horas de trabajo, demasiados secretos que no podía compartir, demasiadas pesadillas a las tres de la mañana.

—Entiendo.

—Lo sé. Por eso vengo aquí —responde.

Cuando cierra la puerta, me quedo pensando en esa conversación. En cómo a veces las personas más solitarias son las que están rodeadas de gente todo el día.

31 de enero

Fin de mes. Hago cuentas en mi cuaderno. Nueve clientas este mes. Algunas vinieron por primera vez, otras varias veces. El dinero alcanza, siempre lo hace.

El móvil suena a mi lado; es Sofía.

—¿Puedo ir la semana que viene?

—Claro —respondo.

Elena sigue sin dar señales. Algo pasa ahí, pero no puedo forzarla. Aparecerá cuando esté lista, o no aparecerá. Así funciona esto.

Me preparo un té y me siento en el sofá, en el mismo lugar donde se sientan ellas. Intento ver el apartamento con sus ojos. ¿Qué ven cuando entran? ¿Un refugio? ¿Un secreto? ¿Una traición a lo que deberían ser?

No lo sé.

Solo sé que cuando cierro la puerta tras ellas, el espacio vuelve a ser mío, solo mío. En este silencio, en esta soledad elegida, encuentro algo parecido a la paz.

Mañana empieza febrero. Nuevos días, mismos secretos con diferentes caras.

Así es mi vida.

Capítulo 3

6 de febrero

Claudia llega radiante, trae el pelo suelto, un vestido que no había visto antes y una sonrisa que le ilumina toda la cara.

—¿Qué ha pasado? —pregunto mientras cuelga su abrigo.

—Rodrigo se fue ayer a Shanghái —dice dejándose caer en el sofá—. Dos semanas, Laura. Catorce días en los que la casa es completamente mía.

—Te ves bien.

—Me siento bien. Esta mañana me desperté y desayuné en ropa interior en el salón. Puse la música que me gusta, me preparé huevos revueltos con brócoli. Rodrigo odia el brócoli. Siempre dice que le huele mal.

—Suena a una gran mañana —respondo riendo.

—Fue perfecta —dice mirándome con esa intensidad que a veces me asusta—. Suena horrible, ¿verdad? Celebrar que tu marido no está.

—Suena sincero.

Nos vamos al dormitorio. Hoy Claudia es diferente, más segura. Es ella quien toma la iniciativa, quien tira de mí hasta llevarme a la cama, quien me acaricia despacio mientras mi cuerpo reacciona,

quien me besa suavemente, sin prisa, sin miedo a que el tiempo se le acabe. Se atreve a tocarme sin pedir permiso ni que yo lo haga primero; hoy el rol cambia, es ella quien lleva el control, quien me susurra cosas que incluso la sorprenden a ella misma al decirlas. Yo simplemente dejo que sea, que cumpla cualquier fetiche que tenga. Dejo que me lleve al orgasmo; es la primera vez que lo hace, y se siente bien.

Cuando queda satisfecha de que haya llegado, se sube a horcajadas encima de mí, coge mi mano y hace que la toque.

—Dos dedos —pide contra mis labios.

Introduzco los dedos y su espalda se arquea y comienza a moverse; yo no tengo que hacer nada, todo lo hace ella. Claudia está desenfrenada, cabalgando sobre mis dedos, viendo cómo sus pechos suben y bajan por el movimiento.

—Joder, voy a correrme —grita mientras gime.

Siento cómo mis dedos quedan aprisionados en su vagina, cómo comienza a tener espasmos y, al cabo de unos segundos, el orgasmo la arrastra gritando de placer. Siento que ahora es ella, Claudia. Una mujer que ha estado mucho tiempo reprimida por un hombre que no le da lo que necesita, y no hablo del tema sexual, hablo de la vida.

Se queda encima de mi pecho y después se coloca a mi lado mirando al techo por un largo momento.

—A veces pienso que esta soy realmente yo —susurra—. Esta mujer que está aquí contigo. No la que espera a Rodrigo con la cena lista. No la que sonríe en las cenas de empresa. Esta.

—Quizás eres las dos —sugiero.

—No —responde tajante—. Esta soy yo. La otra es… un papel que interpreto, y estoy cansada de actuar.

Poco después se queda dormida, con la mano sobre mi estómago. Yo me quedo despierta, pensando en todas las mujeres que interpretan papeles. Esposas, madres, hijas. Capas y capas de expectativas hasta que olvidan quiénes son bajo esas máscaras.

Cuando se despierta, me mira durante un largo rato.

—Gracias por dejarme ser yo —dice.

—Siempre puedes ser tú aquí.

Asiente, pero algo en sus ojos me dice que está pensando que «aquí» no es suficiente. Que quiere ser ella en todas partes.

No le digo nada. Todavía no está lista para oírlo.

8 de febrero

Salgo a tomar algo con Martina. La conocí hace un mes en un bar del centro. Es periodista de investigación. Tiene el pelo corto, pendientes grandes y siempre lleva una libreta en el bolso.

—¿Cómo va tu artículo? —le pregunto mientras nos traen las cervezas.

—Complicado. Estoy investigando redes de prostitución y trata. Es… duro, muy duro. Sobre todo, lo que he escuchado, leído…

—Imagino —digo apretando su antebrazo.

—No es lo mismo que lo tuyo, ¿verdad? Tú eliges —me mira con curiosidad.

—Yo elijo —confirmo—. Hay mucha diferencia entre elegir vender tu tiempo y que te obliguen a hacerlo.

—Exacto. Por eso quiero hacer este artículo. Para que la gente entienda la diferencia. Para que vean los depredadores que hay frente a lo que parece buena gente.

Cambiamos de tema, ese me pone nerviosa. Saber que hay mujeres que creen las mentiras de otros hombres y terminan en un camión para ser prostituidas en algún local. Que secuestran niñas para abusar de ellas. Aprieto los puños tanto que no soy consciente del daño que me hago.

—Para —dice Martina sujetando mi mano.

Cuando la veo, la sangre recorre la palma, la abro y veo que me he clavado las uñas.

—Madre mía —comenta Martina mientras saca un pañuelo de su bolso.

—No me he dado cuenta —intento excusarme mientras me limpio la mano.

—¿Estás bien? —pregunta con preocupación.

—Sí, me pasa a veces. No soy consciente de la impotencia de saber que ahí fuera hay cientos de depredadores…

—Ya —dice acariciando mi brazo—. Cambiemos de tema.

—Prométeme algo —le pido.

—Dime.

—Que cuando tengas nombres de los violadores o los que están en esas redes, me los pasarás.

—No puedo hacer eso, Laura.

—Martina…

—Laura, estoy colaborando con la policía, no puedo darte información. De hecho, no saldrá toda —explica.

Yo simplemente asiento.

—Ten cuidado —le pido.

—Lo tengo y lo tendré.

Cambiamos de tema, hablamos de muchas cosas. De su exmarido, que era un controlador disfrazado de buena persona. De cómo el divorcio la liberó de una cárcel que no sabía que habitaba.

—Fue como un despertar de un sueño o de una pesadilla, eso no lo tengo demasiado claro —dice—. El primer día que me desperté en mi propio apartamento, sin nadie que me dijera qué desayunar o cómo vestirme, lloré de felicidad.

—¿Cuánto tiempo llevas divorciada?

—Dos años. Los mejores años de mi vida.

—Por la libertad —brindo con ella.

Cuando nos despedimos, me da un abrazo.

—Gracias por ser mi amiga —dice—. A veces necesito hablar con alguien que entienda lo que es construirte una vida fuera de lo convencional.

—De nada —respondo.

Camino a casa pensando en la palabra «amiga». Hace tiempo que no tengo una amiga de verdad. Desde Valeria Montenegro. Mi

trabajo complica las relaciones; Valeria me entendía, la echo de menos. El cáncer, esa jodida enfermedad, se la llevó.

Lo que me gusta de Martina es que no juzga. Sabe a lo que me dedico y no le importa. Recuerdo la investigación y saco mi móvil para hacer una llamada.

—Dime —dice nada más descolgar.

—Necesito que Martina López, la periodista, tenga protección; ya está avanzando en la investigación que te comenté.

—Cuenta con ello —responde.

Cuelgo la llamada con Vladimir; no hablo demasiado, soy directa. Es uno de los contactos que me han quedado de Valeria.

14 de febrero

San Valentín. El día más hipócrita del año.

Sofía llega a media tarde con los ojos rojos de llorar. Se deja caer en el sofá sin quitarse el abrigo.

—Mi marido me regaló un juego de ollas —dice.

—¿Ollas? —pregunto sentándome junto a ella.

—Ollas. Porque mencioné hace un mes que las nuestras estaban viejas. Veinticinco años juntos, Laura. Veinticinco, y en San Valentín me regala ollas.

No sé si reír o llorar. La abrazo mientras ella solloza contra mi hombro.

—No son solo las ollas —dice entre lágrimas—. Es que representan todo. Que para él soy solo la mujer que cocina, que

limpia, que mantiene la casa funcionando. No soy una persona con deseos propios, soy… una criada.

—Lo siento —susurro.

—Sus amigos les regalaron flores a sus esposas. Joyas. Viajes. Y él me regala ollas.

Mantengo el abrazo hasta que deja de llorar. Le preparo una tila y nos quedamos en el sofá hablando.

—¿Por qué te quedas con él? —le pregunto.

—Miedo —no se anda con rodeos, lo dice directamente—. Tengo cincuenta años, Laura. ¿Quién va a quererme ahora? Además, está el dinero. Soy abogada, pero él hizo que no trabajara nunca. Todo está a su nombre, nos casamos con separación de bienes, la casa, los coches, absolutamente todo. Si me voy, no tengo nada.

—Excepto tu dignidad.

—¿Mi dignidad? —me mira sorprendida.

—Sí. Eso no lo pierdes. Eso te lo llevas contigo.

Se queda un largo rato en silencio.

—No había pensado en eso.

—Piénsalo ahora.

Solo hablamos como la primera vez. Muchas no buscan sexo, ni placer. Solo alguien que las vea realmente.

Cuando se va, deja un sobre con el pago y hay una nota dentro: «Gracias por recordarme que tengo dignidad».

La guardo, siempre las guardo.

Capítulo 4

16 de febrero

Elena por fin responde a mis mensajes.

Elena: ¿Puedo ir mañana? Necesito hablar.

Yo: Claro que puedes, Elena.

Llega puntual, algo inusual en ella. Normalmente, llega tarde, frenética, disculpándose. Siempre se disculpa, da igual lo que haga. Hoy llega tranquila. Lleva unas gafas de sol, aunque estamos en febrero y el día está nublado.

—¿Café? —le ofrezco.

—Whisky, si tienes.

Son las once de la mañana, pero le sirvo un whisky con hielo. Se lo bebe de un trago y le sirvo otro.

Cuando se quita las gafas de sol, veo por qué las lleva. Un ojo de un color morado que intenta ocultar con maquillaje.

—Elena… —empiezo.

—No —levanta la mano—. Antes de que digas nada, me caí. Resbalé en el baño. El suelo estaba mojado.

—Elena.

—Me caí, Laura —su voz es firme, pero las manos le tiemblan—. Javier no tuvo nada que ver.

Javier es su marido. Diez años juntos. Siempre me ha dicho que es una buena persona, solo que tiene un temperamento difícil y muchas veces está ausente. Ahora veo qué hay más que eso.

—¿Cuándo pasó? —pregunto sentándome junto a ella.

—Hace dos días. Tuvimos una discusión —empieza a decir bebiendo su tercer whisky—. Una pelea horrible. La peor que hemos tenido nunca.

Espero paciente; sé que necesita tiempo para seguir hablando.

—Yo estaba gritando, él estaba gritando. Sobre dinero, sobre la familia, sobre todo —se toca el ojo con cuidado—. Y entonces yo… le dije que ya no lo amaba. Que nunca lo había amado. Que me casé con él porque era lo que se esperaba de mí.

—¿Y él cómo reaccionó?

—Se puso furioso. Nunca había visto a Javier así. Nunca. Sí es controlador y yo sumisa, pero aquella noche… —se le quiebra la voz —. Empezó a decirme cosas horribles. Que le había robado diez años de su vida. Que era una mentirosa. Una puta.

—¿Y entonces? —pregunto, tragando saliva, porque puedo imaginar lo que viene.

—Y entonces le dije la verdad —dice mirándome por primera vez —. Le dije que he pagado por estar con una mujer. Que creo… que creo que me gustan las mujeres.

El silencio que sigue pesa demasiado.

—¿Cómo reaccionó?

—Explotó —las palabras le salen como un susurro—. Por completo. Empezó a romper cosas. Platos, vasos, un jarrón. Todo lo que encontraba. Gritaba que era una enferma. Una depravada. Que le daba asco.

—Elena…

—Yo intenté salir de la cocina. Quería irme, encerrarme en el baño, en cualquier otro sitio. Pero él me agarró —se levanta la manga del suéter; están las marcas de los dedos en los dos brazos —. Me sujetó fuerte y me giró. Me estampó contra el marco de la puerta, por eso lo del ojo.

—Eso no es caerse.

—Técnicamente, me golpeé con la puerta —susurra.

—Porque él te empujó contra ella —rebato.

No responde. Se sirve otro whisky.

—Elena, ¿qué más pasó?

Se queda muy quieta, demasiado.

—Me dijo que, si me atrevía a dejarlo, me mataría —lo dice sin emoción, con la mirada perdida, como si estuviera leyendo la lista de la compra—. Que prefería verme muerta antes que con otra persona. Y mucho menos con una mujer. Que me iba a enseñar quién mandaba en esa casa.

—Te amenazó de muerte —siento cómo mi sangre se hiela.

—Estaba furioso. No lo decía en serio.

—Las amenazas de muerte siempre son en serio, Elena —aseguro.

—Tú no lo conoces. No es violento. Solo… perdió el control.

—¿Qué más te hizo? —pregunto, aunque temo la respuesta.

Elena se queda mirando su vaso vacío durante lo que parece una eternidad.

—Me arrastró al dormitorio —su voz es apenas audible—. Dijo que iba a recordarme quién era mi marido. Que iba a sacarme esas ideas enfermas de la cabeza. Que iba a curarme.

—Elena, por favor, dime que no... —digo horrorizada.

—No quiero hablar de eso —se pone de pie—. No pasó nada. Solo la pelea, el golpe, los gritos. Eso es todo.

—Elena, mírame.

No lo hace.

—Por favor, mírame —suplico.

Levanta la vista lentamente. Tiene los ojos rojos, vacíos, muertos.

—¿Dónde está Javier ahora? —pregunto, intentando mantenerme calmada.

—No lo sé. Se fue después. Cogió sus llaves y desapareció. No ha vuelto a casa. No contesta mis llamadas. Simplemente se fue.

—¿Cuándo?

—Ayer por la tarde. Se marchó después de decirme que le daba asco. Desde entonces no sé nada —suspira temblando—. Por eso pude venir hoy. Sé que está trabajando. Tiene reuniones importantes los miércoles. Lo aproveché para venir; me estaba ahogando.

—Elena, tienes que denunciar esto. A la policía, ahora.

—¿Denunciar qué? —dice soltando el aire por la nariz—. ¿Que me caí? ¿Que mi marido y yo tuvimos una discusión matrimonial?

—Denunciar que te violó. Que te golpeó. Que te amenazó de muerte.

—¡No! —grita. Es la primera emoción real que muestra—. No voy a denunciar nada. Fue mi culpa, Laura. Todo fue culpa mía.

—Elena, nada de esto es tu culpa.

—Sí lo es. Yo lo provoqué. Yo le dije esas cosas horribles. Yo le confesé que soy una enferma. Cualquier hombre reaccionaría así.

—Los hombres decentes no violan a su mujer, da igual lo que les digan.

—No me violó, es mi marido. Los maridos no pueden… eso no es una violación.

—Sí lo es. El matrimonio no es un consentimiento permanente —respondo.

—Tú no lo entiendes —se sienta y se abraza a sí misma—. Yo soy la que está mal. Las mujeres normales no pagan por estar con otras mujeres. Las mujeres normales aman a sus maridos. Yo soy la enferma aquí.

Me acerco a ella despacio, intento cogerle la mano. Se encoge. Se aleja como si mi contacto le quemara.

—No me toques.

—Elena…

—Por favor, no me toques. No puedo... no soporto que me toquen ahora mismo.

Retroceso. Siento como si algo dentro de mí se estuviera rompiendo.

—¿Quieres que llame a alguien? ¿A la policía? ¿A una amiga? ¿A tu familia?

—No. No quiero que nadie sepa —se pone las gafas de sol de nuevo—. Es humillante. ¿Qué van a pensar? Que soy una esposa que engañaba a su marido. Que pagaba por sexo con prostitutas. Que me merecía lo que me pasó.

—Nadie merece esto. Nunca. No importa qué hayas hecho —le aclaro.

—Tú vives fuera de las reglas, Laura. Tú no lo entiendes, pero yo tengo una vida, una reputación, una familia que me respeta. No puedo dejar que esto se sepa.

—Elena, por favor. Al menos ve a un hospital. Que te revisen —le pido.

—No, no voy a ir a ningún hospital. ¿Para qué? ¿Para que quede registrado? ¿Para qué Javier pierda su trabajo? ¿Para destruir nuestras vidas?

—Él ya destruyó tu vida cuando te puso las manos encima —explico.

—No lo entiendes —dice poniéndose de pie y buscando su bolso —. Solo vine porque necesitaba… necesitaba estar en un lugar donde no me sintiera sucia, pero ahora me doy cuenta de que no existe un lugar así. Estoy sucia, por dentro y por fuera.

—No estás sucia. Él es quien…

—Me voy —me corta.

—Espera, no tienes que irte. Puedes quedarte aquí el tiempo que necesites. Días, semanas, lo que sea —digo intentando protegerla.

—No puedo. Tengo que volver a casa, por si Javier regresa. Tengo que estar ahí.

—¿Para qué? ¿Para que vuelva a herirte?

—Porque es mi marido. Porque hice votos ante Dios. Porque quizá, sí soy mejor esposa, si olvido toda esta locura, si le pido perdón, `podremos volver —dice.

—Elena, nunca hubo un «antes» bueno. Me has estado contando durante meses lo infeliz que eras.

—Infeliz es mejor que esto —dice tocándose el ojo—. Infeliz es mejor que tener miedo de tu propio marido. Infeliz es mejor que ser una pervertida.

—No eres una pervertida —aseguro—. Eres una mujer que está descubriendo quién es.

—No quiero descubrir nada más. Quiero olvidar, quiero volver a ser normal.

Camina hacia la puerta, como si cada paso le costara darlo.

—Elena, por favor. No vuelvas a esa casa. Es peligroso.

Se gira en la puerta. Incluso con las gafas de sol puedo ver las lágrimas corriéndole por las mejillas.

—Gracias por escucharme, pero no voy a volver aquí. Javier tiene razón. Esto, lo que hago aquí, es lo que me enfermó. Tengo que curarme. Tengo que ser una buena esposa.

—Elena, esto no te enfermó. Esto te estaba salvando.

—No me siento salvada —su voz se quiebra—. Estoy rota, destruida y es mi culpa. Todo es mi culpa.

Abre la puerta.

—Elena, espera…

Se marcha. Me quedo de pie, observando la puerta cerrarse. El vaso vacío de whisky sobre la mesa. El silencio pesado del apartamento.

Me siento en el sofá donde Elena estuvo sentada hace un momento. Cierro los ojos, respiro.

Pienso en Javier, en su ira, en lo que le hizo a Elena, en cómo ahora está en algún lugar de la ciudad, probablemente en su oficina, en sus reuniones importantes, sonriendo, siendo el profesional respetable que todos conocen. Mientras Elena vuelve a esa casa, esperándolo, culpándose, convencida de que es ella quien está enferma.

El sistema no hará nada. Ella no denunciará, no hay testigos y, aunque denunciara, ¿quién la creería? La esposa que «engañaba» a su marido con prostitutas.

Me levanto del sofá, y voy a mi portátil y lo abro buscando información sobre Javier. Elena me ha contado suficiente durante estos meses: su apellido, dónde trabaja, la empresa de consultoría donde es socio. Su foto en *LinkedIn* aparece sonriendo, respetable, exitoso.

Guardo todo, cada detalle, cada dato. Su dirección. La rutina que Elena ha mencionado alguna vez. Los lugares que frecuenta. Los horarios que tiene. Todo. Lo archivo metódicamente, como si

estuviera preparando un caso. Porque algo me dice que Elena volverá. No a mí necesariamente, pero volverá a algún lugar. Más golpeada. Más rota. Más convencida de que se lo merece.

O peor. Mucho peor.

Y cuando eso pase, cuando el sistema falle como siempre falla, cuando nadie haga nada para protegerla, quiero estar lista.

Lista para ayudarla de la única forma que realmente funciona.

Capítulo 5

17 de febrero

Claudia me ha ido enviando fotos y algún vídeo. Ella en la bañera con una copa de vino. Ella cocinando con la música a todo volumen. Ella en pijama a las tres de la tarde viendo películas. Porque por fin se siente ella.

Claudia: Me siento como una adolescente cuando sus padres se van de viaje.

Yo: Disfruta.

Claudia: Rodrigo vuelve en tres días. Ya me está entrando la ansiedad.

Yo: Respira.

Claudia: Respirar. Sí. Es fácil de decir.

No es fácil. Lo sé, pero es necesario.

23 de febrero

Inés llega tarde, alterada. No se sienta como hace normalmente. Camina de un lado a otro de la sala como un animal enjaulado.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Dejamos libre a un maltratador —su voz tiembla de rabia e impotencia—. Un caso que llevábamos meses construyendo. Golpeó a su pareja durante años. La última vez, la dejó en coma. Fractura de cráneo, costillas rotas, hematomas por todo el cuerpo.

Le sirvo un whisky. Se lo bebe de un trago.

—Teníamos todo. Aunque él decía que era inocente. Pero teníamos los mensajes donde la amenazaba.

—¿Y qué pasó?

—El fiscal —escupe su nombre con rabia—. El puto fiscal presentó mal las pruebas. Un error técnico en la cadena de custodia de los mensajes. El abogado defensor lo detectó. El juez no tuvo opción. Desestimó el caso.

—Mierda.

—La familia de la víctima estaba en el juzgado. La madre, el padre, la hermana. Cuando escucharon el veredicto… —se pasa la mano por la cara—. La madre empezó a gritar, que cómo era posible, que su hija está en un hospital debatiéndose desde hace meses entre la vida y la muerte.

—¿Y el fiscal? —pregunto.

—Se disculpó. Dijo que fue un error involuntario. Que lo sentía mucho —Inés me mira con los ojos llenos de rabia—. Lo siento mucho, dijo. Como si eso le devolviera la justicia a esa mujer, como si eso la protegiera cuando él vuelva a buscarla, porque volverá a terminar lo que dejó a medias.

—¿Cómo se llama?

Inés se detiene en seco. Me mira con los ojos entrecerrados.

—No puedo decirte eso, Laura. Lo sabes.

—Perdona. Es solo… rabia.

—Lo sé, pero no puedo. Ética profesional, confidencialidad del caso. Por mucho que ese hijo de puta no se merezca ninguna protección, no puedo dar nombres. Ya bastante me juego viniendo aquí a desahogarme.

Tiene razón. No debería haber preguntado.

—La víctima lleva meses en coma —continúa Inés, volviendo a caminar—. Ella es nuestra principal testigo, y no sabemos si va a despertar. Eso es lo que ha hecho que quede libre. Y algo me dice que volverá a terminar lo que dejó a medias, no ahora, pero lo hará. Tiene una orden de alejamiento que todavía está activa, pero él está libre. Salió sonriendo de los juzgados. Sonriendo, Laura.

—¿Y ahora?

—Ahora la familia tiene miedo. Sabe que él va a volver. Siempre vuelven, y esta vez va a estar muy enfadado. Porque casi lo meten en la cárcel, porque fue humillado públicamente. Porque él se presenta como víctima, como si le hubieran casi matado a su mujer, cuando claramente ha sido él.

Nos quedamos en silencio un buen rato.

—¿Sabes qué es lo peor? —dice Inés—. Que vi la cara de ese hijo de puta cuando salió del juzgado. Y sé lo que estaba pensando. Que ganó, que puede hacer lo que quiera, que el sistema lo protege a él, no a ella.

—¿Qué va a pasar con el fiscal?

—Nada. Dirá que fue un error humano. Que fue la carga de trabajo, ya que se procesan cientos de casos, y seguirá en su puesto, cometiendo los mismos errores, destruyendo las vidas de más víctimas.

—Inés…

—No —dice, girándose para mirarme—. No me digas que tenga fe en el sistema. No después de hoy. No después de ver la cara de la madre de Marta cuando escuchó que el hombre que tiene a su hija en coma está libre.

Camina hacia la ventana y mira a través de ella.

—A veces pienso que estoy en el lado equivocado. Que debería estar haciendo algo más útil que llenar papeles y ver cómo los culpables se ríen de nosotros.

—Estás haciendo lo que puedes —digo, tratando de calmarla.

—¿Y si no es suficiente?

No tengo respuesta para eso.

—Ese fiscal ya la ha cagado varias veces y no le ha pasado nada, debería…

—Pereza —susurro.

—¿Qué? —pregunta.

—El fiscal, ¿qué edad tiene?

—Es mayor, no lo sé, a punto de jubilarse.

Me quedo en silencio mientras Inés me mira. El hombre se ha acomodado en su puesto, no va a pasarle nada y él lo sabe.

—¿Cuándo fue el juicio? —pregunto, intentando sonar casual.

—Ayer. Salió en todos los periódicos esta mañana. Otro maltratador libre por errores procesales. Ya ni siquiera es noticia, pasa cada semana.

Guardo esa información.

Inés se queda un rato más, casi no habla, solo mira por la ventana como si entre las luces de la ciudad encontrara la respuesta a lo que está pasando con el sistema.

Cuando se va, no dice adiós, nunca lo hace, pero esta vez se gira.

—Gracias por mantenerme cuerda.

—Estoy aquí para cuando quieras.

Después de que cierra la puerta, me quedo un momento de pie en el salón. Después voy directamente al portátil.

Busco en Google: maltratador libre en Madrid, juicio en febrero de 2026. Los resultados aparecen de inmediato. Varios periódicos. Todos con el mismo titular, con diferentes palabras: Queda en libertad el presunto agresor de una mujer que permanece en coma desde hace meses.

Abro mi portátil y busco información. Encontrar a Roberto no es difícil. En las fotos sale sonriendo, como si no hubiera mandado al hospital a su mujer que ahora está en coma.

Leo el artículo más completo. Roberto Maldonado, treinta y ocho años, ejecutivo de cuentas en un banco. La víctima, Marta Vázquez, veintinueve años. Cuatro años de relación. Tres denuncias previas, dos retiradas. La tercera vez no pudo retirarla porque él la dejó en coma.

Hay una foto de Roberto saliendo del juzgado. Sonríe. Exactamente como dijo Inés. Como si hubiera ganado un premio.

Sigo buscando. Encuentro su perfil de LinkedIn. Su foto profesional, su currículum impecable, sus conexiones laborales. Encuentro sus redes sociales, aunque tiene todo bastante privado. Pero hay suficiente. Fotos etiquetadas por otros, comentarios en publicaciones de amigos.

Vive en Chamartín, juega al pádel los jueves en un club cerca de su casa y frecuenta un bar de copas en Chamberí los viernes. Tiene una rutina predecible, como la mayoría de los hombres que se creen intocables.

Guardo todo. Capturas de pantalla, direcciones, horarios. Lo archivo metódicamente en una carpeta junto a la información de Javier.

Porque algo me dice que Marta no será la última. Que Roberto va a volver a hacerlo, quizá con ella no, pero quizá con la siguiente y cuando lo haga, cuando el sistema vuelva a fallar, quiero estar lista.

Lista para hacer lo que Inés no puede. Lo que la ley no hará.

28 de febrero

El móvil me vibra mientras estoy en el gimnasio. Es Elena.

Elena: Hola. Solo quería decirte que estoy bien. Javier está más tranquilo. Hablamos y creo que todo va a mejorar.

Me quedo mirando la pantalla. Acabo de terminar una serie de sentadillas con barra, algo que llevo haciendo desde hace más de quince años. El gimnasio es mi refugio, el lugar donde mi cuerpo se

convierte en una máquina que puedo controlar, donde el peso de las barras sustituye el peso de las historias.

Yo: Me alegro de que estés bien. Sabes dónde encontrarme si necesitas algo.

No le creo. Conozco ese patrón demasiado bien. La calma después de la tormenta. El período de arrepentimiento, donde él es encantador, el hombre con el que ella se casó. La luna de miel del ciclo de la violencia. Durará semanas, quizá algunos meses, hasta que se vuelva a encender la mecha.

Pero no puedo obligarla a ver lo que no quiere ver. Solo puedo estar aquí para cuando todo vuelva a derrumbarse.

Termino mi rutina. Peso muerto, press de banca, dominadas. Mi entrenador, Marcos, me conoce desde hace años. Sabe que no vengo aquí solo por estética. Vengo porque necesito sentirme fuerte, capaz, preparada para lo que sea.

—Estás distraída hoy —me dice mientras me pasa la toalla.

—Cosas de la vida.

—Siempre dices lo mismo.

Sonrío sin ganas. Si Marcos supiera la mitad de las cosas que escucho, no dormiría por las noches.

Cuando llego a casa, me preparo una cena ligera. Pollo a la plancha, verduras, un poco de arroz. La disciplina del cuerpo me ayuda a mantener la disciplina de la mente. En este trabajo, si no cuidas de ti misma, terminas consumida por las historias de los demás.

Miro por la ventana de mi chalet. Veo las luces de las casas de mis vecinos. Familias cenando, parejas viendo la televisión, niños haciendo los deberes. Vidas normales. A veces me pregunto cómo sería tener una vida así. Predecible, segura, aburrida. Pero entonces recuerdo que muchas de esas casas esconden los mismos secretos que me cuentan en mi apartamento de Malasaña. Que detrás de esas ventanas iluminadas hay mujeres que se sienten invisibles, hombres que controlan, silencios que pesan más que las palabras.

Hago balance del mes. Febrero ha sido intenso. Elena y su confesión desgarradora. Claudia y sus dos semanas de libertad que ya terminaron. Sofía y su dignidad redescubierta. Inés y su rabia contra un sistema que no funciona. Martina y su investigación peligrosa. Y algunas más que solo han venido por sexo, una hora de pasión que les he dado sin mayor explicación.

Yo en el centro de todo, escuchando, guardando, archivando. Preparándome para algo que todavía no sé nombrar, pero que siento acercarse como una tormenta en el horizonte.

Miro el archivo que he ido construyendo en mi portátil. Javier, el marido de Elena. Roberto Maldonado, el maltratador que dejaron libre. Nombres, direcciones, rutinas. Información que no debería tener, que no debería querer.

Valeria me dijo una vez que este trabajo puede consumirte si no tienes cuidado. Que tienes que saber dónde terminas tú y dónde empieza el servicio. Creo que ese límite se difuminó hace tiempo.

Cierro el portátil y me voy a la cama. Mañana empieza marzo, nuevos días, mismos secretos, las mismas injusticias, pero algo está cambiando en mis clientas, en el mundo, en mí.

Solo espero estar lista cuando todo explote.

Capítulo 6

1 de marzo

Estoy desayunando para después ir al apartamento. Leo el periódico como cada mañana. Encuentran muerto en su casa a un fiscal. Supuesto ajuste de cuentas, dicen. Tenía muchos enemigos por los casos que llevaba. Organizaciones criminales que prometían venganza. La policía está investigando.

Dejo el periódico a un lado, no es asunto mío.

Hoy tengo a Lucía, ella es diferente a las demás. Treinta y cinco años, diseñadora gráfica, soltera por elección. No viene aquí buscando refugio de un matrimonio ni explorando su sexualidad. Simplemente, le gustan las mujeres y le gusta el sexo sin complicaciones. Sin cenas, sin conversaciones profundas, sin el peso de una relación.

Llega puntual, como siempre. Trae el pelo mojado por la lluvia y una sonrisa que anticipa lo que viene.

—He tenido una semana de mierda —dice mientras se quita la chaqueta—. Clientes imposibles, plazos ridículos. Necesito vaciar la cabeza.

—Puedo ayudarte con eso —aseguro mordiéndome el labio inferior.

No hablamos más, con ella no hace falta. Nos besamos contra la pared del pasillo, sus manos se meten debajo de mi camiseta. Hay urgencia en sus movimientos, hambre. Me gusta esto de ella, que sabe lo que quiere y no se disculpa por pedirlo.

Llegamos al dormitorio entre besos y la ropa cae al suelo. Lucía me empuja sobre la cama y se pone encima de mí, me mira con deseo, como si fuese su manjar. Se inclina sobre mí y su boca comienza a recorrer mi cuello, la clavícula, y va bajando. No hay preámbulos, no hay dudas. Solo dos cuerpos que saben exactamente cómo encajar.

Cuando termina, se acuesta a mi lado recuperando el aliento.

—Joder, lo necesitaba —dice riendo.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Tan obvia soy? —pregunta poniéndose de lado para mirarme.

—Un poco.

Se levanta y empieza a vestirse. Así es Lucía. Viene, disfruta, se va. Sin dramas, sin expectativas, sin promesas de volver que luego hay que cumplir.

—La semana que viene tengo otro proyecto infernal —dice abrochándose el vaquero—. Probablemente te escriba.

—Aquí estaré.

Me deja el dinero en la mesilla, me da un beso rápido en los labios y se va. El apartamento se queda en silencio otra vez.

Me gusta Lucía. Me gusta que no necesite nada más de mí que esto. Que no tenga heridas que curar ni decisiones que tomar. A veces, el sexo es solo sexo, y eso también está bien.

3 de marzo

Sofía aparece sin avisar. Toca el timbre a media mañana, cuando estoy en el apartamento revisando las citas. Al abrir la puerta, la encuentro diferente. Lleva el pelo recogido en una coleta, vaqueros y una camiseta sencilla. Nada de la ropa elegante de siempre, nada de la manicura perfecta.

—Perdona por venir sin avisar —dice.

—No puedes hacer esto, Sofía…

—Perdona —me interrumpe—. Me estaba ahogando en la casa. Necesitaba salir y la primera persona en la que he pensado eras tú. Te voy a pagar igual.

—No es por dinero, Sofía. Hay reglas.

—Lo sé, no sé en qué estaba pensando, ha sido un error venir.

—Espera —digo sujetando su brazo—. Pasa, pero esto no puede volver a pasar.

No dice nada, solo asiente. Va directamente al sofá y se sienta. Sus manos tiemblan ligeramente, por eso la he dejado pasar, pero si vuelve a venir así, no volveré a dejarla entrar.

—He estado pensando en lo que me dijiste —empieza—. Sobre la dignidad. Sobre que eso me lo llevo conmigo.

—¿Y qué has pensado?

—Que tienes razón —me mira fijamente—. Llevo demasiados años siendo la esposa perfecta. La hija perfecta. La anfitriona perfecta. Y no tengo nada que sea mío. Ni siquiera mi nombre, porque fue algo que me pusieron mis padres.

—¿Qué quieres hacer?

—No lo sé todavía, pero he comenzado a mover algunas cosas —baja la voz como si alguien pudiera escucharla—. Tengo una cuenta bancaria que él no conoce. Hay poco dinero, pero es mía. He estado guardando dinero durante meses, de cosas que me compraba y después devolvía, de dinero que él me daba, ya sabes. No es mucho, pero es algo.

—Eso es un comienzo —aseguro.

—También he contactado con una antigua compañera de facultad. Es abogada de familia. Quedamos para tomar un café la semana que viene, solo para hablar, para saber cuáles son mis opciones.

Siento algo parecido al orgullo, aunque sé que no debería. No soy su madre, ni su amiga, ni su terapeuta. Soy alguien a quien paga por escucharla, pero verla dar estos pasos, pequeños y valientes, me hace pensar que quizá este trabajo sirve para algo más que para aliviar soledades.

—¿Tienes miedo? —pregunto.

—Estoy aterrada —admite sonriendo—. Pero por primera vez en años, también estoy emocionada. Como si mi vida pudiera ser algo más que esperar a que él llegue a casa para servirle la cena.

Nos quedamos hablando durante más de una hora. No hay sexo, no hay caricias, solo palabras. A veces esto basta.

—Gracias por plantarme la semilla —dice—. La de la dignidad.

—Tú la tenías dentro. Yo solo te he recordado que existía.

5 de marzo

Carmen viene por primera vez. Le habló de mí una clienta antigua que ya no viene, una de esas que encontró lo que buscaba y siguió adelante.

Trabaja como arquitecta y tiene esa energía de quien ha aprendido a construir su vida desde los cimientos después de que todo se derrumbara.

—No sé muy bien qué esperar —dice, sentándose en el sofá—. Mi amiga me dijo que esto me vendría bien, pero no me explicó exactamente qué es "esto".

—Esto es lo que tú quieras que sea —respondo—. Podemos hablar, podemos no hablar. Puedes contarme tu vida o no contarme nada. No hay guion.

—Me divorcié hace tres años —empieza, como si necesitara justificarse—. Se acabó el amor. Simplemente, la dejé de querer y a ella le pasó lo mismo. Me sentí aliviada cuando se fue, después sola.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy bien, de verdad lo estoy. Tengo mi trabajo, mis amigos, mi apartamento, pero hace mucho que no… —se ríe, avergonzada—. Hace mucho que no estoy con nadie, y no quiero una relación. No quiero citas incómodas ni conversaciones sobre el futuro. Solo quiero…

—Sentir —completo.

—Sí. Exactamente eso.

Carmen es diferente a todas las demás, incluso a Lucía. No hay traumas que sanar, ni un trabajo que la frustre, ni hay maridos de los que huir. Solo una mujer adulta que sabe lo que quiere y ha decidido buscarlo.

Vamos al dormitorio sin prisas. Carmen es curiosa, explora mi cuerpo. Me pregunta qué me gusta, qué puede hacer, qué límites hay. Me gusta su franqueza, su forma directa de abordar esto como lo que es: un intercambio entre adultas.

El sexo con ella es distinto. No hay lágrimas después, no hay confesiones. Solo satisfacción, dos cuerpos que se han dado placer mutuamente sin esperar nada más.

—Esto ha sido exactamente lo que necesitaba —dice mientras se viste—. Volveré el mes que viene.

—Perfecto.

Se va con una sonrisa relajada. Me quedo recogiendo las sábanas, pensando en lo diferentes que pueden ser las necesidades de cada mujer. Claudia busca ser vista, Elena busca aceptación, Sofía busca valor y Carmen simplemente busca placer.

Todas válidas. Todas mujeres reales.

7 de marzo

Claudia llega llorando: Rodrigo volvió de Shanghái, aunque ya hace días. No es el llanto silencioso de otras veces, es un sollozo profundo que le sacude todo el cuerpo. Se derrumba en el sofá.

—¿Qué ha pasado? —pregunto sentándome a su lado.

—Rodrigo se puso a mirar los extractos de las tarjetas cuando volvió del viaje —dice con la voz entrecortada por el llanto—. Están las veces que te he pagado con tarjeta. Me preguntó qué era.

El corazón me da un vuelco.

—¿Qué le dijiste?

—Que era una esteticista. Que vengo a hacerme tratamientos faciales —se limpia las lágrimas con el dorso de la mano—. No sé si me creyó. Me miró de esa forma que tiene, como si pudiera ver a través de mí.

—¿Dijo algo más? —pregunto, aunque sé que mis cargos aparecen como estética.

—Dijo que le parecía mucho dinero para cremas y masajes. Que a partir de ahora quiere ver todos mis gastos. Que no entiende por qué necesito tantos tratamientos si ya estoy vieja de todas formas.

Noto cómo la rabia me sube por la garganta.

—No estás vieja, Claudia.

—Lo sé, pero él sabe exactamente qué decir para hacerme sentir pequeña —suspira—. Llevo veinte años sintiéndome pequeña a su lado.

La abrazo mientras llora. Su cuerpo se sacude contra el mío, años de frustración y soledad saliendo ahora.

—¿Qué voy a hacer, Laura? Si descubre la verdad, me destruirá. No físicamente, él no es de esos, pero me quitará todo. La casa, el dinero, la reputación. Conoce a los mejores abogados de Madrid.

—¿Y qué pasa si no descubre nada? ¿Vas a seguir viviendo así?

—No tengo alternativa —responde.

—Siempre hay alternativas —le aseguro.

Me mira con los ojos hinchados.

—Para ti es fácil decirlo. Tú eres libre. Yo estoy atrapada.

No le digo que la libertad también tiene su precio. Que las noches sola en mi cama a veces pesan más que cualquier jaula dorada. Que la independencia es maravillosa hasta que te das cuenta de que no tienes a nadie a quien llamar cuando tienes miedo.

Hoy no hacemos nada más que hablar. Claudia necesita procesar, necesita tiempo, necesita encontrar su propio camino. Yo solo puedo acompañarla hasta donde ella me permita.

Capítulo 7

10 de marzo

La mañana es tranquila. Aprovecho para limpiar el apartamento a fondo, cambiar las cortinas por unas más ligeras ahora que empieza a entrar más luz. La primavera está cerca y con ella, los días más luminosos.

Por la tarde viene Patricia. Cincuenta y cinco años, viuda desde hace dos. Su marido murió de un infarto mientras jugaba al golf. Ella dice que fue lo mejor que le pudo pasar, aunque todavía se siente culpable por pensarlo.

—Era como tener un mueble —me contó la primera vez que vino —. Llegaba de trabajar y no hacía nada; no era mal hombre ni me daba mala vida, pero prefería estar sola a que él estuviera en la casa. Cuando murió, lloré en el funeral porque era lo que se esperaba de mí, pero por dentro estaba celebrando.

Patricia no viene buscando terapia. Viene buscando el placer que su marido no le dio.

—Treinta años casada —me dijo una vez—. Treinta años de sexo rápido, pensado solo para él. Nunca tuve un orgasmo con ese hombre. Ni uno.

Ahora los tiene, y muchos. Patricia ha descubierto su cuerpo a los cincuenta y cinco años y está decidida a recuperar el tiempo

perdido.

Hoy llega con una botella de vino.

—He tenido una semana espléndida —anuncia—. Vendí la casa. La casa donde viví con él durante treinta años. Me compré un apartamento pequeño en el centro, con vistas a un parque. Solo para mí.

—Felicidades.

—Gracias, pero eso no es todo —sonríe con picardía—. Conocí a alguien en una clase de cerámica, imagínate. Tiene sesenta años, es viuda también. Nos hemos tomado varios cafés.

—¿Y? —pregunto, curiosa.

—Y me gusta —admite, sonriendo—. Me gusta de verdad, pero tengo miedo.

—¿De qué?

—Que sea demasiado tarde. De que a mi edad ya no pueda empezar algo nuevo. De que me esté engañando a mí misma.

—Patricia, nunca es demasiado tarde —aseguro.

—Eso dicen, pero tú no tienes cincuenta y cinco años.

—No, pero he visto mujeres de setenta descubrirse a sí mismas. La edad es solo un número. Lo que importa es lo que haces con el tiempo que tienes.

Nos quedamos hablando del miedo, de las segundas oportunidades, de lo que significa empezar de nuevo cuando creías que tu vida ya estaba escrita. Patricia no necesita sexo hoy. Necesita que alguien le diga que está bien querer más.

—Ve a por ella —le digo cuando se va—. Invítala a cenar, dile lo que sientes.

—¿Y si me rechaza?

—¿Y si no lo hace?

Se va pensativa. Espero que se atreva a dar el paso.

12 de marzo

Inés llega con una botella de vino en la mano. La echaba de menos; es una sensación extraña que se instala en el pecho y que, cuando la veo, me lo recuerda. «No te encariñes». Las palabras de Valeria vuelven, pero creo que con Inés no funcionan, con ella no, y no entiendo qué es lo que me está pasando, pero en este instante, con esa botella de vino en las manos, solo quiero besarla, pero me contengo; no es profesional hacer eso.

—Hoy invito yo —dice, entrando.

—¿Celebramos algo?

—Más o menos. Atrapamos a uno de los grandes. Un tipo que llevaba años traficando con mujeres del Este. Rumanas, ucranianas, moldavas. Las traía con promesas de trabajo y las obligaba a prostituirse.

—¿Cuántos años le caerán? —pregunto.

—Si todo sale bien, unos veinte. Tiene antecedentes y esta vez las pruebas son sólidas. Yo misma he supervisado cada paso de la cadena de custodia.

Brindamos. El vino es bueno, mucho mejor que el que suelo tener.

—¿Cómo está la chica que está en coma? —pregunto, recordando el caso que me contó.

El rostro de Inés palidece.

—Sigue en coma. Los médicos dicen que hay actividad cerebral, pero no saben si despertará, y si despierta, no saben en qué estado estará.

—¿Y el marido?

—Libre —responde apretando la mandíbula—. Cumpliendo la orden de alejamiento, según él, aunque tengo mis dudas. Hombres como ese no se rinden fácilmente.

—¿Lo estáis vigilando?

—No tenemos recursos para vigilar a todos los maltratadores que dejamos en libertad —dice, con pena—. Apenas tenemos recursos para procesar los casos.

Sé que Inés no trabaja en Madrid, sé que es de las afueras y que trabaja en una pequeña comisaría y que los recursos son escasos; todo esto lo he deducido por lo que me ha contado, por la desesperación de esperar por pruebas que se llevan a Madrid para ser analizadas.

—¿Sabes qué es lo que más me jode de este trabajo? —dice Inés de repente—. Que conozco a los monstruos. Sé quiénes son, dónde viven, qué han hecho, y no puedo hacer nada hasta que vuelvan a hacerlo. Tengo que esperar a que haya otra víctima para poder actuar.

—El sistema está diseñado así.

—El sistema está diseñado para proteger a los culpables —replica —. Presunción de inocencia, garantías procesales, derechos del acusado. Todo eso está muy bien en teoría, pero en la práctica significa que hombres como él pueden casi matar a una mujer y seguir libres por un error administrativo.

—¿Nunca has pensado en hacer algo fuera del sistema? —pregunto, aunque sé que de esto ya hemos hablado.

Me mira fijamente. Hay algo en sus ojos que no sé interpretar.

—Todos los días —responde—. Pero entonces me acuerdo de por qué me hice policía, y fue para hacer las cosas bien, para ser diferente a ellos.

—¿Y funciona? ¿Recordarlo?

—La mayoría de los días, sí —dice, bebiendo de su copa—. Otros días no estoy tan segura.

Cuando se va, me quedo pensando en esa conversación. En la línea fina entre la justicia y la venganza. En cuántas veces esa línea se cruza sin que nadie lo sepa.

15 de marzo

Marta viene por primera vez. Tiene el pelo rapado por un lado y los brazos llenos de tatuajes. Es joven, se ve. Pregunté su edad por ética cuando me escribió. Tiene veinticinco años y, por la foto de perfil, sé que toca la batería en algún grupo y, por el dibujo de su camiseta, diría que es de rock.

—Sé de ti por una amiga —dice nada más entrar—. Dijo que aquí podía explorar sin juicios.

—¿Explorar qué?

—No lo sé exactamente. Siempre me han gustado las mujeres, eso lo tengo claro, pero nunca he estado con alguien… mayor. Alguien con experiencia.

—¿Me estás llamando vieja? —pregunto, riendo.

—No, no, perdona —se disculpa, poniéndose roja—. Quería decir…

—Sé lo que querías decir —la corto—. Tranquila.

Marta es nerviosa, habla rápido, se mueve constantemente, pero cuando empezamos a besarnos, todo ese nerviosismo desaparece. Se vuelve presente, concentrada, curiosa.

Es refrescante estar con alguien joven, alguien que no carga con décadas de matrimonio o expectativas sociales. Marta simplemente quiere aprender, experimentar, disfrutar, y estoy encantada de enseñarle.

Después, mientras fumamos en el balcón, me habla de su vida. Que es barista en una cafetería y que toca la batería en un grupo de rock, eso ya lo había deducido.

—Mis padres no saben que me gustan las mujeres. Bueno, mi madre lo sospecha, pero nunca hablamos de ello. Es de esas familias donde las cosas importantes no se dicen.

—¿Te gustaría decírselo? —pregunto.

—A veces —responde dando una calada al cigarro—. A veces pienso que no es asunto suyo con quién me acuesto.

—Entiendo, pero puede que ambas afirmaciones sean ciertas.

Marta me mira con curiosidad.

—Eres rara, en el buen sentido de la palabra. Hablas como si entendieras las cosas mejor que la mayoría.

—Llevo muchos años escuchando historias —aseguro—. Algo se aprende.

—¿No te cansas? ¿De escuchar los problemas de otras personas?

Lo pienso por un instante.

—A veces, pero también lo siento como un privilegio. La gente me cuenta cosas que no le cuenta a nadie más. Me dejan ver partes de ellas que mantienen escondidas al mundo. Eso es… especial.

Marta asiente pensativa, mira su reloj y se pone de pie.

—Creo que volveré —dice—. Si tú quieres.

—Cuando quieras, estoy aquí.

No hay despedida, la llevo hasta la puerta y la cierra tras ella como otras muchas mujeres hacen.

18 de marzo

Hoy tengo dos citas. Por la mañana viene Verónica, una clienta que lleva años viniendo de forma esporádica. Cuarenta y ocho años, casada con otra mujer, es feliz con ella. Viene aquí porque a su esposa no le gusta tanto el sexo como a ella, y tienen un acuerdo.

—Llevamos diecisiete años juntas —me explicó la primera vez—. La amo más que a nada, pero tenemos libidos sexuales diferentes. Ella prefiere sexo tres veces al mes, yo lo necesito cada semana. Así

que acordamos que yo podía buscar fuera lo que ella no puede darme.

Es un arreglo que funciona entre ellas, no juzgo, nunca lo hago. Verónica viene, tenemos sexo y se va a su casa con su mujer. No hay dramas, no hay culpa, solo dos adultas gestionando sus necesidades de forma honesta.

Hoy Verónica viene animada.

—Cumplimos veinte años el mes que viene —dice—. Estoy planeando una sorpresa. Un viaje a Grecia; fue nuestro primer viaje juntas.

—Qué romántico.

—¿Verdad? A veces me pregunto qué pensaría la gente si supiera que la mujer que planea viajes románticos con su esposa también viene a verte a ti.

—Probablemente no lo entenderían —respondo.

—No, pero no necesitan entenderlo. Lo que importa es que nosotras nos entendemos.

Y esa es la realidad: los acuerdos de las parejas son entre ellas, el mundo exterior no tiene por qué meterse. Verónica podría acostarse con quien fuera, ese es el acuerdo, pero decidió que prefería siempre venir aquí, no acostarse con la primera que pillara. Su mujer lo sabe, sabe perfectamente quién soy, cómo soy y lo acepta.

Por la tarde viene Ariadna. Treinta años, soltera, trabaja en finanzas. Viene cada dos semanas, siempre a la misma hora,

siempre con la misma precisión con la que imagino que gestiona sus inversiones.

Ariadna no habla mucho. Llega, nos saludamos, vamos al dormitorio. El sexo con ella es intenso, casi competitivo. Cuando termina, se ducha, se viste y se va. Es eficiente como todo lo que hace.

Hoy, antes de irse, se detiene en la puerta.

—¿Puedo preguntarte algo personal?

Me sorprende. Ella nunca pregunta.

—Claro.

—¿Eres feliz? ¿Con esta vida?

Lo pienso por un momento.

—La mayoría de los días, sí. ¿Y tú? —devuelvo la pregunta.

—La mayoría de los días no lo sé —dice—, pero cuando vengo aquí, durante esas horas, soy feliz. Eso tiene que contar para algo.

—Cuenta para mucho.

Se va sin despedirse, como siempre, pero hay algo diferente en su paso. Como si esa pequeña conversación hubiera aflojado algo dentro de ella.

Capítulo 8

22 de marzo

Martina me llama a media tarde.

—¿Puedes hablar? —su voz suena tensa.

—Sí. ¿Qué pasa?

—La investigación está avanzando más rápido de lo que pensaba. Tengo nombres, Laura. Nombres importantes. Gente con dinero y poder involucrada en las redes de trata.

—Ten cuidado.

—Lo tengo, pero necesito contárselo a alguien. No puedo hablar con mis editores todavía, no hasta que tenga todo bien atado, y la policía… bueno, ya sabes cómo son estas cosas. Hay filtraciones por todas partes.

—¿Qué necesitas? —pregunto.

—Nada. Solo hablar, saber que alguien más sabe lo que sé, por si acaso.

—¿Por si acaso qué? —digo asustada.

—Por si acaso me pasa algo.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

—Martina, si estás en peligro…

—No lo estoy —se apresura a decir—. Todavía no, pero esta gente no juega limpio. He recibido algunas llamadas extrañas. Un coche que me sigue a veces. Quizá sean paranoias mías, quizá no.

Pienso en Vladimir, que quizás él, pero lo descarto; siempre es eficiente y jamás dejaría que Martina se diera cuenta de que la siguen para protegerla. Es mejor que ella no lo sepa. No, por ahora.

—Debes tener cuidado, Martina. Tengo contactos, puedo…

—No, no puedes nada, Laura. Necesito hacer esto sola —asegura.

—Entonces, ten cuidado.

—Lo tendré —dice con una risa nerviosa—. ¿Quedamos la semana que viene? Necesito una cerveza y una amiga que no me mire como si estuviera loca.

—Por supuesto.

Cuelgo y me quedo pensando. Martina está jugando con fuego. Gente poderosa, redes criminales, dinero sucio. Una periodista sola contra todo eso es como una botella de agua contra un incendio.

Llamo a Vladimir.

—Dime —dice con su voz grave nada más descolgar.

—Martina López. ¿La estás vigilando de cerca?

—Muy de cerca. No te preocupes.

—Que no le pase nada.

—No le pasará —asegura.

Cuelgo. Vladimir siempre ha sido un hombre de pocas palabras, pero de las que dice, las cumple. Es lo único que me queda de

Valeria, esa red de contactos que ella tejió durante años. Gente que opera en las sombras, que hace cosas que la ley no puede o no quiere hacer.

Nunca he usado esa red para nada más que información y protección, pero últimamente me pregunto si debería usarla para algo más.

25 de marzo

Hoy tengo dos citas.

La primera es Rosa, sesenta y cinco años, recién jubilada de su trabajo como profesora de instituto. Viene desde hace unos meses, siempre los miércoles.

—Pasé cuarenta años enseñando literatura a adolescentes —me contó la primera vez—. Cuarenta años fingiendo ser alguien que no era. La profesora seria, la mujer respetable. Ahora que me he jubilado, quiero conocer a la mujer que nunca dejé ser.

Rosa está descubriendo su sexualidad. Nunca había estado con una mujer, nunca se había explorado. Creció en una familia muy conservadora: tocarse era pecado, que te gustaran las mujeres también; lo correcto era casarse con un hombre y tener hijos. No los tuvo, pero sí se casó con un hombre maravilloso, tan metido en el armario como ella, y que aparentaban ser el matrimonio ideal, la envidia de muchas mujeres. Él es gay, ella lesbiana y viven felices bajo la máscara de pareja feliz que, por cosas de la vida, no pudieron ser padres; la realidad es que jamás han tenido relaciones entre ellos.

—Él me dijo que viniera —me confesó la segunda vez que vino—. Me dijo que tenía que explorar, que ya estaba bien de guardar las apariencias.

Vi la pena en su rostro, una mujer fingiendo todo el tiempo. Él lo había hecho, pero había conocido a hombres; ella no era capaz de dar ese paso, hasta hace unos meses. Ahora viene feliz a sus sesiones de autodescubrimiento personal.

Hoy, al abrirle la puerta, la veo con un libro en las manos.

—Te traje algo —dice dándomelo—. Es mi favorito. Quería compartirlo contigo.

Es una edición antigua de "La casa de los espíritus" de Isabel Allende. Las páginas están amarillentas, llenas de anotaciones.

—Rosa, no puedo aceptar esto. Es claramente muy especial para ti.

—Por eso te lo doy. Porque tú también eres especial para mí —se sonroja al decirlo—. No de forma romántica, no te asustes. Lo que me das aquí, este espacio para ser yo misma… no tiene precio.

Acepto el libro. Lo colocaré en la estantería y quizás en algún momento lo leeré, no tanto por la novela en sí, sino por saber qué me transmiten las notas de Rosa. Leí el libro hace bastante tiempo.

La segunda es Julia.

A mediodía viene Julia. Treinta y nueve años. Médico, siempre está exhausta. Viene cuando puede, que no es muy a menudo.

—Los turnos me están matando —dice dejándose caer en el sofá —. Treinta y seis horas seguidas en urgencias. He visto cosas que no le deseo a nadie.

—¿Quieres hablar de ello?

—No. Quiero no pensar durante una hora. ¿Puedes darme eso?

—Puedo —afirmo.

Con Julia el sexo es casi terapéutico. Ella necesita desconectar, salir de su cabeza, dejar de ser la doctora que tiene vidas en sus manos. Yo le doy un espacio donde no tiene que tomar decisiones, donde puede simplemente sentir.

Después del sexo siempre se queda dormida. La dejo descansar. Cuando despierta, parece otra persona.

—Gracias —dice—. Necesitaba esto más de lo que pensaba.

—De nada.

Se marcha y yo me siento en el sofá. ¿Cuántos años más voy a estar dando placer a otras mujeres? ¿Cuántos?

A veces me entran las dudas; tengo cuarenta y ocho años, los años pasan. Pienso en ella, en Inés, en esa mujer que no logro descifrar del todo, en la que solo muestra frustración. Me encantaría tocarla, besarla, y no lo hago, no me atrevo, nunca obligo, nunca exijo, pero con ella quiero.

Sacudo la cabeza sacando esos pensamientos. Me pongo de pie, tengo que cambiar las sábanas y volver a mi hogar, ese donde las paredes a veces se me vienen encima por la soledad.

27 de marzo

Hoy viene Valeria. Sí, se llama igual que mi mentora, algo que al principio me resultó extraño, pero que ahora me parece casi poético. Cuarenta años, divorciada de una mujer, sin hijos, trabaja como

abogada penalista y tiene una energía que llena cualquier habitación en cuanto entra. Es de esas mujeres que no necesitan alzar la voz para que todos las escuchen, que no precisa imponerse porque su presencia ya lo hace por ella.

Llega con el pelo recogido en un moño perfecto, el traje de chaqueta oscuro que usa en los juzgados, los tacones que resuenan contra el suelo de madera, pero hay algo diferente hoy en la forma en que deja el maletín en el suelo, en cómo sus hombros están más tensos de lo habitual.

—Semana de mierda en los juzgados —anuncia dejándose caer en el sofá—. Perdí un caso que debería haber ganado. Mi cliente era inocente, Laura. De verdad inocente, no de esos que dicen serlo, pero sabes que mienten, y el juez era un imbécil que no entendía la mitad de lo que le explicaba. El fiscal, un incompetente que presentó pruebas circunstanciales como si fueran hechos irrefutables.

—Lo siento —digo sentándome frente a ella.

—No lo sientas, así es el sistema —dice quitándose los zapatos—. Se apelará. Pero ahora necesito olvidarme de todo eso. Necesito… —me mira directamente a los ojos—, no pensar durante un rato.

Conozco esa mirada. Sé exactamente lo que necesita.

Me levanto y le ofrezco la mano, ella la coge, pero en lugar de dejar que la guíe, es ella quien tira de mí por el pasillo. Así funciona Valeria. Yo puedo iniciar, pero ella siempre termina tomando el control.

Entramos en la habitación y ella cierra la puerta tras nosotras, aunque no hay nadie más en el apartamento. Es un gesto de intimidad, de crear un espacio separado del resto del mundo.

—Quítate la ropa —dice, y no es una petición.

Su voz ha cambiado. Ya no es la abogada frustrada que acaba de llegar. Es la otra versión, una que solo existe aquí, entre estas paredes. Una versión que requiere mandar porque en los juzgados tiene que someterse a las decisiones de jueces y jurados, a los caprichos del sistema que tanto desprecia.

Me quito la camiseta despacio, sin apartar la mirada de la suya. Valeria observa cada movimiento que hago, evaluando, saboreando. Cuando me quito el sujetador, veo cómo sus ojos recorren mi cuerpo, cómo su respiración se hace un poco más profunda.

—Sigue —ordena.

Los pantalones caen al suelo junto con las bragas. Me quedo desnuda frente a ella mientras Valeria sigue completamente vestida, todavía con su traje del trabajo, con el moño perfecto. Hay algo en ese contraste que a ella le excita, y lo sé porque lo hemos hablado, porque después de meses viniendo aquí hemos aprendido a leernos.

Se acerca despacio, sin prisas. Sus dedos rozan mi cuello, bajan por mi pecho y se detienen justo por debajo. Está jugando, prolongando el momento, disfrutando del poder que tiene sobre mi cuerpo.

—Acuéstate —dice señalando la cama.

Obedezco, siempre lo hago. Me acuesto y la observo mientras por fin empieza a desnudarse. Lo hace con la misma precisión con que hace todo: chaqueta colgada en el respaldo de la silla, blusa desabotonada botón a botón mientras no deja de mirarme, falda doblada en el asiento. Hasta en eso hay control, orden, método.

Cuando se quita la ropa interior y deshace el moño dejando que el pelo le caiga por los hombros, es como si se quitara también la última capa de armadura. La abogada desaparece. Solo queda Valeria.

Se sube a la cama y se coloca sobre mí, sus rodillas a cada lado de mis caderas, sus manos apoyadas junto a mi cabeza. En esta posición me domina por completo, su cuerpo cubriendo el mío, su cara a centímetros de la mía.

—No te muevas —susurra contra mis labios—. No hagas nada a menos que yo te lo diga.

Cuando asiento, me besa, pero no es un beso suave, es uno que reclama, que posee. Sus labios se mueven contra los míos con una intensidad que me quita el aliento, su lengua encuentra la mía sin pedir permiso, mis manos quieren subir por su espalda, hasta su pelo, pero me contengo. Ella dijo que no me moviera.

Se separa un poco y me observa, después baja por mi cuello, dejando un rastro de besos húmedos que me hace cerrar los ojos. Muerde justo donde el cuello se encuentra con el hombro y un escalofrío recorre mi cuerpo.

—Te estás portando bien —susurra mordiéndome el lóbulo de la oreja—. Muy bien.

Su boca sigue bajando, por mi pecho y se detiene en mi ombligo. Su mano ahora sube por mi costado, acariciando, explorando. Se incorpora y queda a horcajadas; sus manos van a parar a mis pechos y los aprieta, suelto un pequeño gemido.

—¿Quieres más? —pregunta divertida.

—Sí —las palabras salen más roncas de lo que esperaba.

—Entonces pídelo.

Es parte del juego; ella necesita que yo le pida, que yo reconozca su control, que me someta voluntariamente a lo que ella quiere darme.

—Por favor —digo—. Tócame.

Sus manos se cierran con más fuerza ahora sobre mis pechos, y su boca vuelve a la mía. El ritmo cambia, se vuelve más urgente y siento su cuerpo moverse contra el mío, sus caderas buscando el contacto, su respiración acelerándose junto a mi oído.

—Ahora puedes tocarme —dice, y es todo el permiso que necesito.

Mis manos suben por su espalda, la recorro despacio, ella gime cuando aprieto sus nalgas, cuando toco justo donde sé que le gusta.

Se mueve contra mí con un ritmo que ella establece, usando mi cuerpo para su placer mientras sus manos siguen explorando el mío. Me dejo llevar, le entrego todo el control, es ella quien toma las decisiones.

Su mano baja hasta mi sexo, el contacto me arranca un gemido que no puedo contener. Ella sonríe contra mi cuello, satisfecha por mi reacción, y sus dedos empiezan a moverse con una precisión devastadora.

—Mírame —ordena.

Abro los ojos y me encuentro con los suyos, oscuros de deseo, intensos. Me mantiene la mirada mientras me lleva más y más cerca

del borde del orgasmo, sin dejar de mirarme, sin pedir permiso para tocarme.

—Todavía no —dice cuando siente que estoy a punto—. Espera.

Es una tortura, ella ralentiza el movimiento, me mantiene al borde sin dejarme caer, disfrutando de mi frustración, de cómo mi cuerpo se arquea buscando más.

—Por favor —pido, y mi voz suena desesperada.

—Por favor, ¿qué?

—Por favor, déjame… —no puedo terminar, las palabras no me salen.

—¿Dejarte qué? Dilo.

—Déjame acabar —suplico.

Algo brilla en sus ojos. Satisfacción, poder y, entonces, sus dedos vuelven a moverse, esta vez sin detenerse, llevándome exactamente a donde necesito ir. Cuando el orgasmo llega, es intenso, casi abrumador. Su mano sigue moviéndose contra mi sexo, prolongando la sensación hasta que mi cuerpo deja de temblar.

Después, se tumba a mi lado, con una sonrisa de satisfacción, pero no hemos terminado. Valeria nunca viene aquí solo para darme placer. Viene buscándolo también.

—Ahora quiero que me folles —dice girándose hacia mí.

Es mi momento de devolver lo que ella me ha dado, pero incluso cuando mis manos y mi boca recorren su cuerpo, incluso cuando es ella quien gime y se retuerce bajo mis caricias, sigo sus indicaciones: más rápido, más despacio, ahí, justo ahí. Ella dirige, yo ejecuto. Así es con Valeria.

Cuando llega al clímax, lo hace en silencio, con los ojos cerrados y la espalda arqueada, sus manos se aferran a las sábanas. En ese instante es vulnerable de una forma que nunca se permite ser en ninguna otra parte.

Nos quedamos tumbadas un rato, recuperando el aliento, dejando que los latidos de nuestros corazones se calmen.

—¿Sabes por qué me gusta venir aquí? —pregunta, girando la cabeza para mirarme.

—¿Por qué?

—Porque no tengo que ser la abogada brillante. No tengo que impresionar a nadie con argumentos perfectos ni anticipar cada movimiento del oponente. No tengo que demostrar nada —hace una pausa—. Aquí puedo simplemente ser. Sin expectativas, sin juicios, sin consecuencias.

—Todo el mundo se merece un espacio así —respondo—. Un lugar donde las máscaras no son necesarias.

—Sí —suspira—. Busqué mucho tras mi separación, pero no lo encontraba, por eso vengo aquí. Hay gente que jamás lo encuentra y yo tuve la suerte de encontrar esto. De encontrarte a ti.

—Valeria…

—No es lo que crees, pero no tengo que abrazarte después, no tengo que justificar por qué quiero controlarte, simplemente puedo ser yo.

—Sabes qué hay…

—Lo sé —dice levantándose de la cama.

Empieza a vestirse con la misma precisión metódica con la que se la quitó. Observo cómo la abogada vuelve a emerger con cada prenda que se pone: la ropa interior, la blusa, la falda, la chaqueta. Cuando se recoge el pelo, la transformación es completa. La mujer que se entregó hace un momento ha desaparecido bajo capas de profesionalidad.

—La semana que viene tengo otro juicio importante —dice mientras se pone los zapatos—. Este sí lo voy a ganar.

—No lo dudo.

Se acerca a la cama y se inclina para besarme, un beso breve.

—Gracias, Laura. Por esto. Por todo.

—De nada. Pero deberías…

—Ssshhhh. Lo sé, pero por ahora así está bien.

Me deja el sobre encima de la mesilla con el dinero, como siempre, y se va sin mirar atrás.

Me quedo en la cama un rato más, pensando en Valeria y en todas las mujeres como ella; fuertes, exitosas, que cargan con el peso del mundo durante el día y necesitan espacio para soltar ese peso durante las noches. Mujeres que han aprendido que pedir ayuda no es debilidad, que buscar placer no es pecado, que someterse voluntariamente puede ser su propia forma de poder.

Valeria una vez me dijo que lo que vendíamos no era nuestro cuerpo, sino nuestro tiempo, nuestra atención, nuestra capacidad de hacer que alguien se sintiera visto. Tenía razón. Lo que pasa en esta cama es solo una parte. Lo importante es lo que pasa antes y

después. Las conversaciones, las confesiones, los silencios compartidos.

Así es mi trabajo. Así es mi vida.

31 de marzo

Fin de mes. Me siento en el sofá del apartamento con una copa de vino en la mano y hago balance.

Sofía está dando pasos hacia su libertad. Pequeños, cautelosos, pero pasos, al fin y al cabo. Claudia sigue atrapada, pero ahora al menos sabe que lo está, y eso es el primer paso para escapar. Elena, ella es la que más me preocupa, pero volverá, lo sé, y yo estaré preparada para ayudarla. Inés sigue luchando contra molinos de viento, pero al menos ganó una batalla este mes. Martina está jugando un juego peligroso, pero tiene protección.

Y luego están las otras. Lucía, que busca placer sin complicaciones. Carmen, que redescubre su cuerpo después del divorcio. Patricia, que encuentra el amor a los cincuenta y cinco años. Marta, que explora su sexualidad con la curiosidad de cualquier joven. Verónica, que mantiene su matrimonio vivo con acuerdos honestos. Adriana, que encuentra la paz en el sexo. Rosa, que se descubre a sí misma. Julia, que escapa de la presión de salvar vidas. Valeria, que quiere el control en algún lugar de su vida.

Todas diferentes, buscando algo y encontrando en este apartamento lo que no tienen en ningún otro lugar.

Y yo, en el centro de todo, escuchando, guardando, esperando.

Me pregunto cuándo dejé de ser solo una acompañante y empecé a ser algo más. Cuando el límite entre escuchar y actuar comenzó a difuminarse.

Creo que eso pasó hace tiempo.

Abril está a la vuelta de la esquina. Algo me dice que todo va a cambiar.

Estoy lista.

Capítulo 9

2 de abril

Estoy en el gimnasio, es temprano, apenas las siete de la mañana, y las calles de Madrid todavía están medio dormidas bajo la lluvia que no ha parado en días.

Vladimir sostiene el saco de boxeo mientras yo golpeo. Izquierda, derecha, gancho. El modo automático después de tantos años, pero hoy mis golpes no son los mejores, estoy furiosa.

—Para —dice Vladimir soltando el saco—. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—Laura —dice con voz autoritaria—. No puedes bajar la guardia. Nunca. Y hoy estás en otro lugar.

Me quito los guantes. Las manos me están temblando, no de cansancio, sino de rabia contenida.

—Me pasa que odio las injusticias —confieso—. Que cada día veo mujeres destrozadas por hombres que el sistema protege y estoy cansada de escuchar historias y no poder hacer nada.

Vladimir me mira con esos ojos grises que han visto demasiado. Se sienta en el banco y me indica que haga lo mismo.

—Para eso estamos nosotros —dice—. Ya lo sabes.

—¿Y si no es suficiente?

—No lo es —admite—. No del todo, pero cada día el mundo es un poco mejor porque intervenimos. Cada mujer que protegemos es una victoria, cada monstruo que eliminamos es uno menos.

Me quedo en silencio pensando en Valeria. No en la abogada que viene a mi apartamento buscando control, sino la otra Valeria. La que me enseñó todo esto antes de morir.

Flashback

Finales de 2021. En el hospital.

Valeria está en la cama, consumida por el cáncer que se la lleva demasiado rápido. Sesenta y dos años, pero parece que tiene ochenta. La enfermedad no perdona.

—Tienes que seguir —dice con la voz ronca—. Todo lo que construí, todos los contactos, todas las mujeres que dependen de nosotros. Ahora es tuyo.

—¿Seguir con qué?

—Con la protección.

Me pasa una carpeta. Nombres, direcciones, números de teléfono. Una red de protección tejida durante décadas.

—Claudia Rojas —señala el nombre—. La protegemos de Eduardo Villar. Su suegro, aunque no lo es, porque él se encargó de mantener a Claudia lejos de su hija. Si yo muero, estoy segura de que va a ir a por ella.

—¿Qué hacemos?

—La vigilamos. Nos aseguramos de que él no cruce ciertas líneas, y si la cruza… —deja la frase en el aire.

Le cuesta respirar, tose y yo veo cómo se va apagando poco a poco mientras sigo leyendo la documentación que me ha dado. Ana Villar, Isabel Fuentes, Tina Rojas, Rosa Velasco. Nombres de mujeres atrapadas en situaciones que no eligieron. Mujeres que el sistema ha abandonado.

—¿Cómo funciona? —pregunto.

—Vladimir te lo explica, él sabe todo. Confía en él como lo haces conmigo.

—¿En qué piensas? —dice Vladimir, volviéndome a la realidad.

—En Valeria. En cómo empezó todo. Tres días después de contarme lo que hacía, murió.

—Ella estaría orgullosa de ti.

—No lo tengo tan claro. Ella no hacía las cosas como yo las hago.

—No —Vladimir sonríe—. Las haces mejor.

Recuerdo aquellos primeros días después de la muerte de Valeria. El caos, la incertidumbre y la amenaza.

Eduardo Villar descubrió que Valeria había fallecido y decidió que era el momento de acabar con Claudia. Habían pasado meses de su muerte y estaban sin protección, sin vigilancia, podía hacer lo que quisiera. Era un hombre demasiado poderoso.

Vladimir me lo contó una noche. Vino a mi apartamento con la información.

—Eduardo planea algo —dijo—. Encima, también está su hijo Ángel, que sigue los pasos de su padre. Claudia, incluso Isabel y Tina, están en peligro.

—¿Qué hacemos?

Vladimir no respondió. Me quedé pensando. Mi mentora había pasado años protegiéndola, vigilándola, asegurándose de que Eduardo no cruzara ciertas líneas, pero ella ya no estaba, y yo no tenía su experiencia, sus contactos, su paciencia.

—No puedo seguir los pasos de Valeria —dije—. No soy ella, no quiero pasarme años vigilando a un monstruo, esperando a que cometa un error.

Vladimir me miró durante mucho tiempo; estaba pensativo.

—Podemos hacer las cosas de otra forma —aseguró.

—¿Qué forma?

—Una forma más… definitiva.

Entendí lo que estaba diciendo, y en ese momento, algo cambió dentro de mí.

—Hazlo —dije.

Dos semanas después, Eduardo Villar murió de un infarto. Exceso de Viagra, dijeron los médicos, su corazón no lo soportó, fue muerte natural, nadie sospechó nada.

Claudia Rojas descansó por fin, e Isabel y Tina también. Incluso su hija Ana, que vivía en Barcelona, pudo ser libre. Todas ellas pudieron respirar por primera vez en años.

Pero teníamos otro problema, Ángel, pero Vladimir se encargó de asegurarle que, si hacía algo, su destino sería el mismo que el de su padre.

Yo aprendí una lección que Valeria nunca me enseñó: a veces la protección no es suficiente. A veces hay que eliminar la amenaza de raíz.

—Hacemos las cosas de manera diferente —dice Vladimir, como si pudiera leer mis pensamientos—. Valeria protegía. Nosotros actuamos.

—¿Y eso nos hace mejores o peores?

—Nos hace efectivos.

Me pongo de pie y cojo los guantes de nuevo.

—Otra ronda —digo.

Vladimir asiente con una sonrisa y va a sujetar el saco.

Esta vez mis golpes son precisos, controlados, letales.

Abril llega con lluvia y yo estoy lista para lo que venga.

4 de abril

Sofía viene por la mañana, está diferente. Hay algo en sus ojos que no había visto antes, una determinación que me sorprende.

—Hablé con mi amiga abogada —dice nada más sentarse—. La de la facultad. Me explicó todo. Mis opciones, mis derechos, lo que podría conseguir con el divorcio.

—¿Y cómo te sientes?

—Aterrada —admite—. Pero también… no sé cómo explicarlo. Como si por primera vez en muchísimos años pudiera respirar. Como si ahora tuviera una salida.

Le preparo un café y me siento junto a ella en el sofá, ese que ha escuchado tantos secretos.

—Mi marido no sabe nada todavía —continúa—. Sigo actuando como siempre. La esposa perfecta, la anfitriona impecable, pero por dentro estoy planeando mi fuga.

—No es una fuga, Sofía. Es una liberación.

—Suena mucho mejor cuando lo dices tú.

Me cuenta sobre la cuenta bancaria que ha estado llenando poco a poco, sobre el apartamento que vio en el centro y que podría ser suyo, sobre la vida que empieza a imaginar. Mientras habla, pienso en su marido, Martín Acosta. Sofía me ha hablado de él durante meses: su frialdad, su desinterés, cómo la mira como si fuera un mueble de la casa.

—¿Sabes qué es lo más extraño? —dice antes de irse—. Que no tengo miedo de estar sola, tengo miedo de seguir acompañada de alguien que me hace sentir esa soledad.

—Eso no es tan extraño. Es una realidad.

Me abraza en la puerta, uno largo, de esos que dicen más que las palabras.

—Gracias —susurra—. Por plantar en mí la semilla, por recordarme que tengo dignidad.

—La dignidad siempre fue tuya, Sofía. Yo solo te ayudé a encontrarla.

Capítulo 10

7 de abril

Martina me llama temprano, ni siquiera estoy en el apartamento, sino en mi casa.

—Necesito verte —dice y su voz suena tensa—. Hoy. Es urgente.

Quedamos en un café discreto cerca de Malasaña. Cuando llega, mira a su alrededor antes de sentarse, como si esperara que alguien la siguiera. Trae una carpeta bajo el brazo.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—La investigación —baja la voz hasta convertirla en un susurro—. Encontré algo grande. Algo que conecta a gente muy poderosa con las redes de trata.

—¿Qué tipo de gente?

—Empresarios. Gente con dinero y contactos. Personas que pueden hacer que alguien desaparezca sin dejar rastro —abre la carpeta para mostrármela—. Tengo nombres, Laura. Nombres reales.

—Martina, eso es peligroso —advierto.

—Lo sé. Por eso necesito que alguien más tenga esta información. Por si me pasa algo.

Me pasa la carpeta y, al cogerla, pesa más de lo que esperaba.

—Todo está ahí —dice—. También hay un pendrive; está ahí dentro. Hay nombres, direcciones, conexiones bancarias, testimonios de víctimas que conseguí que hablaran. Audios, fotos, vídeos. Todo lo que he conseguido en meses de investigación.

—¿Por qué me lo das a mí?

—Porque confío en ti. Y porque sé que, si me pasa algo, tú harás lo correcto con esto —me mira fijamente y sujeta mi mano por encima de la mesa—. No sé exactamente qué es lo correcto, pero sé que tú sí lo sabes.

—¿Has hablado con la policía?

—Estoy colaborando con ellos, pero hay filtraciones por todas partes. No sé en quién confiar dentro del sistema —se inclina hacia adelante—. Algunos de estos nombres tienen contactos en lugares muy altos. Si filtro esto a la persona equivocada, todo se viene abajo. Y yo con ello.

Cambiamos de tema y hablamos de cosas banales, nos reímos, ahora Martina está más relajada, debe tener precaución y ella lo sabe.

—Ten cuidado —le digo.

—Lo tendré, pero por si acaso… gracias. Por ser mi amiga, por no juzgarme, por entender lo que es vivir fuera de las reglas.

Nos despedimos con un abrazo. La veo alejarse por la calle, mirando por encima del hombro a cada pocos pasos.

Cuando llego a casa, llamo a Vladimir.

—Martina López —digo—. Necesita más protección. Está más cerca de la verdad de lo que cree.

—Entendido —responde con esa voz grave que lo caracteriza—. Me encargo.

Cuelgo. Miro la carpeta sobre la mesa del salón. Información que podría destruir a gente muy poderosa, que podría ponerme en peligro si alguien descubre que la tengo.

Por la noche, cuando estoy en mi casa, en mi lugar seguro y no en el apartamento donde esas paredes tienen miles de secretos, me atrevo a abrir la carpeta.

Lo que encuentro me revuelve el estómago. Y solo es la carpeta, en el pendrive debe de haber miles de cosas más.

Hay decenas de páginas. Fotografías, extractos bancarios, transcripciones de conversaciones. Una red de prostitución que opera en la sombra, trayendo mujeres del Este con promesas de trabajo para luego esclavizarlas en pisos francos por la ciudad.

Y los nombres, eso es lo que me hace detenerme. Comienzo a leer, algunos me suenan de las noticias, de ser altos cargos, hasta que llego a uno y me hiela la sangre: Martín Acosta. Leo la información porque no termino de creérmelo y es él, claro que lo es, el marido de Sofía.

Me quedo mirando la página durante un largo tiempo. Hay fotografías de él entrando y saliendo de varios locales, transferencias bancarias a cuentas en el extranjero y testimonios de mujeres que lo identifican como un cliente habitual, como alguien que paga extra por servicios que me niego a imaginar.

Pienso en Sofía, en cómo me cuenta que su marido no la acaricia, que es sexo y ya, en cómo se siente invisible en su propia casa, en cómo él la mira con desprecio cuando dice que quiere trabajar.

Ahora entiendo por qué no es cariñoso con ella, porque no la busca. No es que no tenga deseo, es que lo satisface en otro lugar, con mujeres que no pueden negarse, con víctimas que no tienen opción.

Una palabra viene a mi mente sin buscarla, el pecado de Martín Acosta es la lujuria. Una que alimenta con cuerpos de mujeres esclavizadas mientras su esposa se consume de soledad en su mansión de La Moraleja.

Sigo pasando páginas, más nombres, más fotografías, más pruebas de la podredumbre que se esconde bajo la superficie respetable de esta ciudad. Y entonces encuentro otro nombre que reconozco: Roberto Maldonado.

El maltratador que dejó a su mujer en coma, el que salió sonriendo del juzgado. Él está en los papeles de Martina, no como cliente de la red de prostitución, sino como algo peor, es inversor, alguien que pone dinero para que la operación funcione. Hay transferencias, correos electrónicos, pruebas de que sabe exactamente lo que está financiando.

Un hombre que casi mata a su pareja a golpes. Un hombre que invierte en esclavitud sexual.

Cierro la carpeta, necesito procesar lo que acabo de leer.

Estos no son simples hombres malos, son depredadores. Monstruos que caminan entre nosotros con trajes y sonrisas de portada, que asisten a cenas benéficas y donan a causas nobles mientras destruyen vidas en la sombra y, lo peor es que el sistema los protege, siempre los protege.

Me levanto y me sirvo una copa de vino, las manos me tiemblan ligeramente.

Mientras bebo, pienso en Sofía, que está reuniendo valor para dejar a su marido sin saber la mitad de lo que es. Pienso en Marta, que sigue en coma mientras Roberto está libre por Madrid. Pienso en todas las mujeres atrapadas en esa red, sin voz, sin esperanza y en lo que puedo hacer al respecto. Lo que voy a hacer.

11 de abril

Inés llega por la noche, tiene los ojos rojos, no de llorar, sino de no dormir. Se deja caer en el sofá sin quitarse la chaqueta.

—¿Vino? —pregunto.

—Whisky doble.

Le sirvo sin preguntar más, sé que hablará cuando esté lista.

—La chica del coma despertó —dice suspirando.

El corazón me da un vuelco.

—¿Está bien?

—Define bien —Inés se termina el whisky de un trago—. Está viva, puede hablar, puede moverse, pero tiene daño cerebral. Problemas de memoria, dificultad para concentrarse. Los médicos dicen que quizás mejore con el tiempo, quizá no.

—¿Y él? —pregunto, aunque conozco la respuesta.

—Él sigue libre, paseándose por Madrid como si nada. La orden de alejamiento sigue activa, pero ya sabes de lo que valen esos papeles.

Nos quedamos en silencio; sé cosas de ese hombre que Inés no sabe. Sé que es peor de lo que ella imagina, pero no puedo decírselo.

—Lo peor —continúa Inés—, es que ahora que ella está despierta, podríamos reabrir el caso, pero ella no recuerda nada. El trauma, el daño cerebral, lo que sea, no recuerda la noche que casi la mata.

—¿Entonces?

—Entonces nada —responde encogiéndose de hombros—. El caso sigue ahí, parado, él sigue libre, y ella tiene que reconstruir su vida con un cerebro que ya no funciona como antes.

Le sirvo otro whisky. Esta vez se lo bebe despacio, y no le serviré más, ella lo sabe.

—¿Sabes qué es lo peor de ese hombre? —dice Inés de repente —. No es la violencia, no es lo que le hizo a su mujer. Es la soberbia.

—¿La soberbia?

—Sí. La forma en que camina, la forma en que mira a la gente, como si estuviera por encima de todos, como si las reglas no se aplicaran para él. Como si pudiera hacer lo que quisiera sin consecuencias —aprieta el vaso—. Lo vi la semana pasada, estaba en un restaurante con otra mujer, joven, guapa, y él tenía esa sonrisa, esa de quien sabe que puede hacer lo que quiera y nadie lo detendrá.

—Soberbia —repito la palabra y la guardo en mi mente.

—A veces odio mi trabajo —dice Inés—. Odio ver cómo el sistema protege a los monstruos mientras las víctimas cargan con todo.

—Haces lo que puedes.

—Lo que puedo no es suficiente. Nunca es suficiente.

Nos quedamos en silencio el resto de la noche. Cuando Inés se va, la abrazo en la puerta más tiempo del necesario. Nos separamos y nos quedamos mirándonos, sus ojos van a mi boca y yo miro la suya y veo como se muerde el labio inferior, quiero besarla, pero sé que no es lo correcto.

—Así no —susurra pegando su frente a la mía.

Me mantengo en silencio, no digo nada. Mi corazón va a mil, y no puedo besar a la mujer que tengo delante, no es ético, no es profesional. En ese instante me doy cuenta de que tengo un grave problema con Inés, uno que no sé si sabré gestionar. Quizá debería apartarla, ser más fría…

—Cuídate —me dice separándose para marcharse.

—Siempre —respondo, porque me cuesta decir algo más.

Cierro la puerta y me apoyo en ella y me dejo caer al suelo, escucho sus pasos hasta que dejan de resonar por las escaleras.

—Mierda —susurro.

Después me levanto y cojo el móvil y marco el número de Vladimir.

—Dime —dice nada más descolgar.

—Tengo información nueva. Un nombre: Roberto Maldonado tiene treinta y ocho años, ejecutivo de banca, vive en Chamartín, casi mata a su pareja hace unos meses, ella acaba de despertar del coma con daño cerebral. Él está libre.

—¿Qué más? —pregunta, porque sabe qué hay más para contactarle.

—Está conectado con una red de trata es uno de los inversores, tengo todas las pruebas.

Silencio al otro lado de la línea, sé que quiere más.

—Su pecado es la soberbia —continúo—. Cree que está por encima de todos, que nadie puede tocarle. Te mandaré toda la documentación de forma segura como siempre.

—¿Qué quieres?

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda pensarlas dos veces:

—Lo quiero fuera.

Silencio, ese que hace que solo escuchemos nuestras respiraciones.

—Dame unos días.

—Que parezca un accidente o una pelea, algo que no levante sospechas —pido.

—Siempre lo es.

Después de colgar, me quedo mirando el teléfono en mi mano, acabo de ordenar la muerte de un hombre. Debería sentir algo, culpa, miedo, duda, pero lo único que siento es alivio.

Marta estará libre de él, solo que todavía no lo sabe.

Capítulo 11

14 de abril

Tres días después, Inés vuelve a mi apartamento. Llega sin avisar, tocando el timbre a las nueve de la noche, cuando abro la puerta, su expresión es extraña: una mezcla de confusión y algo que no sé identificar.

—Menos mal que estás —dice, y se le nota agitada—. ¿Puedo pasar?

—Claro —respondo.

Con ella es distinto, no le digo que no puede hacerlo, que hay reglas, simplemente me aparto y pasa hasta el sofá. La miro y veo cómo sus manos se mueven por sus rodillas.

—Ro… el hombre que dejó a su mujer en coma de una paliza está muerto —suelta una vez cierro la puerta.

Mantengo la cara neutral, pero es más difícil de lo que esperaba.

—¿Qué pasó?

—Una pelea en un bar, anoche. Estaba borracho, según los testigos, muy borracho y empezó a discutir con otro tipo por una apuesta. Las cosas se calentaron y comenzaron a pelear, él en un momento se tambaleaba y se cayó, golpeándose contra el bordillo de la acera. Murió antes de que llegara la ambulancia.

—Dios mío.

—Sí —Inés se pasa las manos por el pelo—. El otro tipo está detenido, pero fue un accidente, no le pasará nada. Hay testigos que dicen que él se cayó solo cuando los sacaron del local. Está todo claro.

—¿Cómo te sientes?

Me mira durante un momento y en sus ojos hay algo que reconozco, algo que yo también siento.

—Confundida —admite—. Debería estar… no sé, ¿triste? ¿Preocupada por el caso? Pero lo único que siento es… —se detiene, buscando la palabra.

—Alivio —completo por ella.

—Sí, alivio —suspira—. Es horrible, ¿verdad? Sentir alivio porque alguien murió.

—Es humano. Ese hombre casi mata a su mujer, la dejó con daño cerebral, y el sistema lo dejó libre.

—Pero ahora está muerto, y ella… ella es libre, realmente libre. No tiene que vivir con miedo de que él vuelva, no tiene que mirar por encima del hombro el resto de su vida.

—Eso es algo.

Eso es mucho —Inés me mira—. ¿Crees en el karma?

—No sé si creo en él, pero creo que las acciones tienen consecuencias.

—Consecuencias —repite—. Sí, a veces las consecuencias llegan de lugares inesperados.

Nos quedamos en silencio un rato. Hay algo entre nosotras que no se dice, pero que está ahí, yo no quiero que se vaya, ella no quiere irse.

—¿Vino? —ofrezco.

—Por favor.

Sirvo una copa para ella y otra para mí. Brindamos sin decir nada.

Hablamos de todo menos de Roberto Maldonado. De series que estamos viendo, de libros que queremos leer, de la madre de Inés en Galicia, que quiere que vaya a visitarla.

Cosas normales, de dos personas que están construyendo algo juntas, pero la realidad es que, aunque yo siento que lo de Inés se me escapa de las manos, no puedo pararlo, no quiero hacerlo.

Cuando se va, me da un beso en la mejilla y es la primera vez que hace algo así.

—Gracias —susurra.

—¿Por qué? —pregunto nerviosa.

—Por escucharme, por no juzgarme, por dejarme sentir lo que siento sin hacerme sentir mal por ello.

—Para eso estoy aquí —respondo sujetando la puerta, porque las ganas que tengo de besarla van creciendo.

—Lo sé, por eso sigo viniendo.

La veo bajar las escaleras y, cuando la pierdo de vista, cierro la puerta.

Me quedo de pie en el salón durante un rato, pensando en Roberto Maldonado, en esa pelea que no fue casual, en Vladimir y su eficiencia silenciosa.

Un monstruo menos en el mundo.

Una mujer libre.

Voy a mi portátil y abro la carpeta de Martina. Lo descargué todo desde el pendrive. Miro los nombres que van quedando, Martín Acosta, el marido de Sofía. Javier, el marido de Elena, y otros que todavía no conozco, pero que pronto conoceré.

La lista sigue ahí, esperando, pero por ahora, me permito sentir algo parecido a la satisfacción. Hice lo correcto, lo sé con una certeza que me sorprende. El sistema falló a Marta, yo no.

18 de abril

Claudia vuelve. Cuando abro la puerta la veo temblando, está asustada, lo sé.

—Rodrigo sabe —dice—. No todo, pero sabe algo. Insiste en que esos gastos no pueden ser de tratamientos estéticos, que ha hablado con otros compañeros y que sus mujeres no gastan tanto y está revisando todo.

—¿Qué le has dicho?

—Que sí que lo son, que son tratamientos antienvejecimiento, que me ayudan a mi edad —cierra los ojos y niega con la cabeza—. Pero no se cree nada, me miró de esa forma en la que sabe que miento.

—¿Dijo algo más? —pregunto preocupada.

—Dijo que no iba a volver a pagarlos, que esos tratamientos no me están haciendo nada y que yo me estoy dilapidando su dinero. Su dinero, Laura. Yo no tengo nada porque nunca me ha dejado trabajar —responde claramente enfadada.

La rabia me sube por la garganta. Ese hombre lo tiene todo, no le falta de nada, y aun así necesita hacer sentir pequeña a su esposa.

—No eres una mantenida, Claudia.

—Lo sé, pero él sabe exactamente qué decir para hacerme sentir pequeña. Llevo más de veinte años sintiéndome pequeña a su lado.

Nos quedamos un rato en silencio. Claudia está de pie mirando por la ventana.

—Tienes que adelantarte, Claudia.

—¿Cómo?

—Has de adelantar las cosas, salir de ahí cuanto antes.

—Tengo miedo, mucho —reconoce.

—Lo sé, pero más miedo deberías tener de quedarte.

Me mira mordiéndose los labios. Hay algo ahora en sus ojos, no es valor todavía, es algo más pequeño, pero igual de importante, pero creo que está decidida.

—Tienes razón —dice—. Tengo que salir de ahí cuanto antes.

—¿Quieres quedarte esta noche?

—No. Tengo que volver, si no estoy cuando llegue, sospechará más.

La acompaño hasta la puerta y antes de irse, me abraza fuerte.

—Gracias —susurra—. Por ser mi refugio.

—Siempre estaré aquí.

—Lo sé, por eso puedo ser valiente.

22 de abril

Por la tarde viene Valeria, la abogada. Llega con la misma energía de siempre, llenando todo el espacio con su presencia.

—Necesito desahogarme —dice nada más entrar—. Esta semana ha sido un infierno.

Entiendo perfectamente lo que significa, Valeria necesita el control. Aquí, entre estas paredes ella manda. Después de entrar, tira de mí hasta llegar al dormitorio.

—Desnúdate —ordena.

Su voz cambia, ya no es la abogada brillante, es la mujer que necesita dominar para sentirse completa.

Me quito la ropa bajo su mirada, despacio, muy despacio, prenda por prenda, sin apartar los ojos de los suyos. Cuando estoy completamente desnuda frente a ella, se acerca.

—No te muevas —susurra—. No hagas nada a menos que yo te lo diga.

Obedezco, con Valeria siempre obedezco. Es lo que ella necesita y es lo que yo puedo darle.

Me toca, recorre mi cuerpo con sus manos. No me muevo, sigo de pie junto a la cama y ella con la ropa puesta y una de sus manos va directamente a mi sexo y lo toca haciéndome suspirar.

—Me gusta cuando estás tan mojada —susurra en mi oído.

Sé que lo estoy, ese control me excita. El sexo me gusta, si no, no me dedicaría a esto, realmente está excitación no es por ella, es por sentir, por el control, por el deseo que me produce que me controlen a mí también por una vez.

Agarra mi cuello con una mano y con la otra sigue jugando con mi sexo. Me lleva al borde del orgasmo una y otra vez, deteniéndose justo antes de llegar, disfrutando de mi frustración.

—Por favor —pido cuando ya no puedo más.

—Por favor, ¿qué?

—Por favor, déjame acabar.

Sonríe, esa sonrisa de saber que tiene el poder, y finalmente me da lo que necesito. Cuando me deja sentar en la cama, ella comienza a quitarse la ropa meticulosamente, como siempre hace. Una vez completamente desnuda, me tiende la mano para que me levante de la cama y ella toma mi lugar ahora, sentándose al borde.

—Arrodíllate —exige.

Lo hago, claro que lo hago, porque Valeria tiene el poder, en este momento es ella quien manda, y yo cumplo.

—Come —dice abriéndose de piernas.

Hundo mi cara entre su entrepierna. La escucho jadear y agarra mi pelo, haciendo que hunda más mi cara en su sexo y comienza a jadear. Está muy excitada, no necesita mucho para llegar al orgasmo y dejarse caer en la cama.

Me acuesto a su lado, las dos mirando al techo.

—No hay amor aquí, no hay romance, solo necesidad —dice Valeria.

—Solo sexo —afirmo.

—Mi vida es demasiado complicada para el amor.

—¿Por qué? ¿Realmente te has dado la oportunidad?

Escucho que expulsa el aire por la nariz y se pone de lado apoyándose en una mano para mirarme y yo la imito.

—Una vez, hace mucho, pero no duró, juro que pensaba que era ella, que por fin había conseguido a la mujer que me complementaba, que nos complementábamos.

—¿Qué pasó?

—Que no estaba dispuesta a esperarme en la casa, que se aburrió de mi trabajo, de mis guardias, de mí —esto último lo dice con los ojos cerrados.

—Eres alguien increíble, Valeria, vendrá alguien, seguro.

—Ya no me agobio por eso. Antes sí, ahora… bueno, ahora vengo aquí y me desahogo. Me das lo que necesito, sin complicaciones, sin reclamos, sin condiciones.

«Es mi trabajo», pienso, pero no puedo decirlo, no puedo porque entonces sí que me convertiría en una prostituta que vende su cuerpo y no en una acompañante, que escucha y satisface.

—Eres diferente a las demás, Laura. Hay algo en ti que me hace sentir segura, como si pudiera ser completamente yo misma sin consecuencias.

—Aquí no las hay. Aquí solo eres tú.

—Sí, solo yo.

Se va con su traje perfecto y su moño impecable. La abogada brillante otra vez.

Me quedo pensando en mis propias palabras, «solo sexo»: y me viene a la cabeza Sofía y su marido, en cómo él también busca solo sexo, pero lo busca con mujeres esclavizadas; en cómo para hombres como Martín Acosta, las mujeres son objetos de usar y tirar.

Lujuria sin humanidad. Eso es lo que lo convierte en un monstruo.

25 de abril

Elena viene, ha pedido una cita, una diferente, solo quería hablar, me dijo cuando la solicitó.

Abro la puerta y entra. Se sienta en el sofá, sigue con sus gafas de sol, no se las quita. No necesito ver sus ojos para saber que hay más moretones debajo.

—¿Qué pasó?

—Javier… dice que me perdona. Que vamos a empezar de nuevo, que, si me porto bien, todo será como antes.

—Elena…

—Sé lo que vas a decir —se quita las gafas. El ojo izquierdo está morado, en el labio tiene una cicatriz de habérselo partido y hay marcas de dedos en su cuello—, pero no puedo, no tengo fuerzas, Laura, no tengo nada.

La abrazo con cuidado. Su cuerpo está rígido al principio, luego se relaja y empieza a llorar.

—No vine a pedirte ayuda —dice cuando se calma—. Vine a despedirme.

El corazón se me congela.

—¿Despedirte?

—De esto, de venir aquí, Javier dice que tengo que curarme, que lo que hago aquí es una enfermedad.

—Elena, eso no es verdad —respondo.

—No sé nada ya, solo sé que estoy cansada.

Se pone de pie y coge su bolso.

—Si él vuelve a hacerte daño… —empiezo.

—No va a hacerme daño —me interrumpe—. Me ama, a su manera, pero me ama.

Abre la puerta y se gira una última vez.

—Gracias, Laura, por todo.

Cuando cierra la puerta, me quedo de pie pensando en Javier, en las marcas que deja en el cuerpo de Elena.

Ira. Su pecado es la ira.

Abro mi portátil y actualizo la información sobre Javier. Incluyo todo lo que Elena me ha contado, sus horarios, sus costumbres, los lugares a los que va.

No voy a hacer nada, todavía, pero la lista sigue creciendo.

30 de abril

Último día, y como siempre hago balance.

Elena se despidió, no sé si volverá, Javier sigue ahí con su ira, dejando marcas en su cuerpo. Claudia está más cerca de su libertad. Sofía sigue avanzando, sin saber que su marido es un monstruo peor de lo que imagina. Roberto Maldonado está muerto y Marta es libre.

Y yo sigo aquí, escuchando, guardando, actuando cuando es necesario.

Miro la carpeta de Martina sobre la mesa, los nombres que quedan por descubrir. Los pecados de otros: lujuria, ira, soberbia, pereza. Esos son los pecados de los hombres que destruyen a las mujeres que tengo a mi lado.

Mayo viene con decisiones que debo tomar.

Capítulo 12

2 de mayo

Sofía llega a media mañana. Trae el pelo suelto, unos vaqueros y una blusa blanca sencilla. Cada vez que viene, se parece menos a la mujer que entró aquí por primera vez con su manicura perfecta y su bolso como escudo.

—Martín se va de viaje la semana que viene —dice, sentándose en el sofá mientras le preparo un café—. A China, tiene que cerrar un acuerdo con unos inversores; estará dos semanas fuera.

—¿Y cómo te sientes? —pregunto tendiéndole la taza.

—Aliviada —sonríe—. Cada vez que se va, respiro mejor. Es como quitarme un corsé que he llevado puesto todo el día.

—¿Has seguido hablando con tu amiga abogada?

—Sí. Me ha explicado el proceso, no será fácil, Laura. Martín tiene buenos abogados y todo está a su nombre, pero mi amiga dice que hay opciones. Que el hecho de que él me impidiera trabajar y desarrollarme profesionalmente se pueda usar a mi favor.

—Es un buen comienzo.

—Quiero esperar a que vuelva de China para plantearle el divorcio. Quiero que llegue de ese negocio importante y mirarle a la cara y decirle: se acabó.

Asiento, pero por dentro algo me quema. Sé cosas de Martín Acosta que Sofía desconoce, cosas que harían que ese divorcio fuera mucho más urgente, mucho más necesario. No puedo contárselo, no todavía, no sin poner en peligro la investigación de Martina.

—¿Quieres que hablemos de algo más? —le pregunto.

—Hoy solo quiero estar tranquila, si te parece, quiero hablar de cosas normales. ¿Qué estás leyendo?

Le cuento sobre el libro de Rosa, La casa de los espíritus, que finalmente empecé a releer por las notas que ella dejó en los márgenes. Sofía me escucha con atención, y durante una hora somos dos mujeres hablando de literatura en un salón bañado por el sol, nada más.

5 de mayo

Vladimir me llama a las siete de la mañana, nunca lo hace tan temprano a menos que sea importante.

—Dime —respondo con la voz ronca del sueño.

—Martín Acosta, el marido de tu clienta. No va a China.

Me incorporo en la cama.

—¿Adónde va?

—Tailandia. Bangkok primero, después Pattaya.

Pattaya, el nombre me golpea como un puñetazo. Sé exactamente qué se busca allí, todo el mundo lo sabe, aunque muchos fingen que no.

—¿Turismo sexual? —pregunto, aunque conozco la respuesta.

—De lo peor. Mis contactos allí lo tienen fichado, no es la primera vez que va. Viaja dos o tres veces al año, siempre con la excusa de negocios en Asia y siempre pasa por Tailandia. Tiene un intermediario local que le organiza todo.

—Hijo de puta —susurro.

—Hay más —continúa Vladimir—. Las mujeres que le consiguen no son exactamente voluntarias. Es la misma red, Laura. La misma que aparece en los papeles de Martina, solo que, en Asia, Acosta no solo es cliente, también invierte dinero.

Me levanto de la cama y camino hasta el balcón, lo abro y salgo; necesito aire.

—¿Puedes documentarlo? —pregunto—. Todo: fotos, registro de vuelos, transacciones. En Tailandia la prostitución es delito.

—Ya estoy en ello. Cuando vuelva de Tailandia, tendré un dosier completo. Laura, se sabe que es delito, pero los que pagan son los proxenetas, necesitamos más sobre Acosta. Si lo hace con una menor de edad, es ahí donde se le puede juzgar incluso en España.

—Bien, lo necesito todo, que no le quiten los ojos de encima.

—Laura —dice antes de colgar—. ¿Qué piensas hacer con Acosta?

—Todavía no lo sé, pero quiero tener toda la información antes de decidir.

—Entiendo. Te mantendré informada.

Tras colgar, me ducho con el agua demasiado caliente; necesito sentir algo que borre las náuseas que tengo en el estómago. Martín Acosta, el marido respetable, el empresario de éxito, el hombre que regala ollas a su mujer por San Valentín mientras viaja al otro lado

del mundo para comprar cuerpos de mujeres que no pueden negarse.

Lujuria, pero una que alimenta la esclavitud y eso lo convierte en algo peor que un pecador, lo convierte en un depredador.

8 de mayo

Pilar viene por primera vez, vino porque Verónica le habló de mí. Así funciona mi negocio, siempre de boca en boca, siempre a través de la confianza de alguien.

—Bonito —dice, cuando entra al apartamento.

—Gracias. Siéntate donde quieras.

Se sienta en el sofá, justo en la esquina, como si quisiera hacerse pequeña. Le ofrezco agua y acepta.

—Verónica me dijo que podía venir aquí, que no ibas a juzgarme.

—No juzgo a nadie —aseguro.

—Eso está bien, porque lo que necesito contar es difícil.

Espero, pero me pregunto por qué no contratan a un psicólogo, por qué no buscan ayuda de profesionales reales y terminan viniendo aquí.

—Mi marido se llama Gonzalo —comienza a decir—. Nos conocimos hace veinte años en una cena de empresa. Él era encantador, gracioso, generoso, me invitaba a los mejores restaurantes, me regalaba cosas absurdamente caras, viajábamos a todas partes. Creía que había encontrado al hombre perfecto.

Hace una pausa. Sé que lo que viene es el «pero», siempre hay uno.

—El problema de Gonzalo es que no sabe parar —continúa—. Nunca sabe cuándo es suficiente. Come hasta que le duele el estómago, bebe hasta que no puede caminar, gasta dinero como si fuera agua. Tiene una cadena de restaurantes y gana mucho dinero, pero gasta más de lo que gana. Tres coches, un barco que usa dos veces al año, ropa de marcas que ni siquiera le gustan; solo las compra porque son caras.

—¿Y contigo?

—Conmigo es igual. Me quiere a su manera, pero me quiere como quiere todo lo demás: con exceso. Me agobia, me asfixia. Si le digo que necesito espacio, se enfada, se siente rechazado. Quiere que esté siempre ahí, disponible, como un plato más en su banquete interminable.

Gonzalo es un hombre que devora todo a su paso: la comida, el dinero, el tiempo de su mujer, su energía.

—¿Hay algo más? —pregunto, porque noto que se guarda algo.

—Hace seis meses descubrí que tiene una amante —dice, moviéndose en el sofá, incómoda—. No me sorprendió demasiado; es un hombre que necesita más de todo, ¿por qué iba a conformarse con una sola mujer? Pero lo que me destruyó fue que descubrí que tenía más. Tres mujeres además de mí, y ninguna de ellas lo sabe.

—¿Cómo te enteraste?

—Vi los mensajes en su móvil, él no se molesta en ocultarlos. Creo que ni siquiera le importa que lo descubra, porque para

Gonzalo, tener más de todo es simplemente su forma de existir: más restaurantes, más coches, más mujeres.

El pecado de Gonzalo es la gula. No la que se limita a la comida, sino la que forma parte de su vida: el consumo desmedido, el apetito insaciable, la incapacidad de conformarse con nada porque siempre hay más, siempre se puede tener más, siempre se puede devorar más.

—¿Y tú qué quieres, Pilar?

—Quiero dejar de ser uno más de sus platos —dice con los ojos humedecidos—. Quiero ser alguien, no algo que él consuma.

—¿Has pensado en dejarlo?

—Lo pienso todos los días, pero estoy enganchada a la comodidad. La casa, el dinero, el nivel de vida. Sé que suena horrible, pero es la verdad.

—No es horrible, es como lo sientes.

Se queda un rato más. No quiere sexo, no quiere que la toque, solo necesita hablar, y yo la dejo. Antes de marcharse, me mira.

—¿Puedo volver? —pregunta.

—Claro.

—Pero la próxima, quizá…

No termina la frase, sé lo que quiere.

—No hay problema —afirmo sonriendo.

Se va y yo guardo mentalmente el nombre de Gonzalo con su pecado. La lista sigue creciendo.

10 de mayo

Inés llega a las seis de la tarde, trae una bolsa en la mano que me da nada más abrir la puerta.

—Vi esto y pensé en ti.

Abro la bolsa; dentro hay un libro: Mujeres que corren con los lobos, de Clarissa Pinkola Estés. Lo mencioné en alguna conversación con ella, ni siquiera recuerdo cuándo fue. El hecho de que ella haya ido a una librería, que lo haya comprado pensando en mí, me provoca algo en el pecho que no debería sentir.

—Gracias —digo—. No tenías por qué hacerlo.

—Ya lo sé, pero quise —se encoge de hombros—. Además, necesitaba una excusa para salir de casa. He tenido dos días libres y las paredes de mi apartamento me estaban tragando.

—¿No ibas a adoptar un gato? —pregunto mientras le sirvo una copa de vino.

—Lo estoy pensando, pero me da miedo no estar lo suficiente en casa para cuidarlo. Un gato necesita compañía, aunque digan que no.

—Los gatos son bastante independientes.

—Como tú —dice mirándome.

Nos sentamos en el sofá. Hoy Inés no habla de trabajo, no menciona casos, ni fiscales incompetentes, ni maltratadores libres. En lugar de eso, me pregunta por mi semana, por las plantas del apartamento, por el libro de Rosa que le mencioné una vez.

—Te acuerdas de todo lo que te cuento —digo.

—Es deformación profesional —responde—. Me entrené para retener detalles.

—¿O es que te intereso? —pregunto, y no sé por qué lo hago.

Me mira un instante, sus ojos marrones observándome.

—Quizá las dos cosas —dice, y desvía la mirada hacia la ventana.

Nos quedamos en silencio. No es incómodo; con Inés nunca lo es, pero pienso que he traspasado una línea que no debía, preguntar si le intereso se sale de las cosas que hago.

Antes de irse, se detiene en la puerta y me mira.

—Laura.

—¿Sí?

—Cuídate —dice, y me pone una mano en el brazo. Es un gesto breve, apenas unos segundos, pero siento el calor de su mano como si me quemara a través de la piel.

—Ya lo hago—respondo.

—Lo sé —dice, y se va escalera abajo.

Me quedo apoyada en el marco de la puerta hasta que el sonido de sus pasos no se escucha. Cojo el libro que me ha regalado y lo aprieto contra el pecho.

Valeria Montenegro tenía razón; no te encariñes, pero con Inés esa regla dejó de funcionar hace tiempo.

Capítulo 13

13 de mayo

Lucía viene por la tarde. Abro la puerta y la veo mordiéndose el labio, entra rápido.

—Necesito que mi cabeza pare de pensar.

Y eso es justo lo que le doy, Lucía es directa, hambrienta, sin preámbulos. La pego a la pared del pasillo y comienzo a besarla, sé lo que quiere, lo que necesita… Llegamos al dormitorio a trompicones, ella ya no tiene ropa, yo sigo en ropa interior. Se acuesta en la cama, sus ojos son puro deseo.

—Fóllame —pide abriendo sus piernas.

Cumplo con todo lo que quiere, sé que hoy no va a haber nada para mí. Al final, este es mi trabajo, aunque quiera negarlo a veces, dar placer a otras mujeres sin yo recibirlo. Con Lucía a veces es así, ella no viene a contarme sus penas, ella viene a follar, a desahogarse, a gritar de placer, y es lo que yo le doy.

—Esta semana ha sido una mierda —dice abrochándose el pantalón—. Ahora estoy mejor, nos vemos pronto.

Me deja el dinero encima de la mesilla y se va. Sonrío en la cama ante el contraste de Lucía con otras de las mujeres que vienen, todas con necesidades distintas e igual de válidas, cada una de ellas.

15 de mayo

Daniela viene por primera vez. Me escribió hace días pidiéndome una cita urgente. Le pedí que esperara, que la urgencia muchas veces es ansiedad disfrazada de prisa, pero ella insistió.

Treinta y ocho años, el pelo negro y unos ojos oscuros que miran con una mezcla de rabia y tristeza, es publicista, trabaja en una agencia importante. Cuando entra al apartamento, lo hace con la determinación de quien ha tomado una decisión y no piensa echarse atrás.

—No sé si lo que necesito es hablar o que me toques —dice desde el umbral, sin rodeos—. Probablemente, las dos cosas, pero primero lo segundo.

Me gusta su honestidad, saber exactamente qué necesitas y atreverte a pedirlo sin disculparte por ello.

—¿Qué quieres? —le pregunto.

—Que no haya expectativas —dice—. Nada de estar guapa, ni rendir, ni ser agradecida después. Solo… estar. Que alguien me toque sin querer nada a cambio.

—Eso puedo dártelo.

Se acerca despacio, como si midiera el terreno, y cuando llega a mí, cede, sus hombros se relajan, como si llevara tiempo cargando con un peso que por fin puede soltar. La beso con calma y ella responde con una urgencia que no es prisa, sino hambre de algo distinto a lo que tiene en casa.

Con las mujeres es diferente, siempre lo es. Daniela se entrega, pero no tiene nada que ver con la sumisión, sino con alivio, con no

tener que pensar en ser o hacer, simplemente dejarse llevar por lo que siente.

Después nos quedamos tumbadas mirando al techo. Daniela tiene los ojos abiertos y respira con calma, y sé que ahora sí que va a hablar. A veces el cuerpo necesita liberar esa tensión para después soltarlo todo.

—Mi marido me odia —dice en voz baja—. Aunque dice que me ama, me odia.

No digo nada y espero que siga hablando.

—El año pasado me ascendieron a directora creativa —continúa —. Es lo que siempre había soñado. Llegué a casa con la noticia esperando que él se alegrara y ¿sabes qué hizo?

—¿Qué?

—Me dijo que seguramente me lo habían dado porque mi jefe quería acostarse conmigo. Que no tenía suficiente talento para haberlo conseguido por méritos propios.

Conozco a ese tipo de hombres. El que no puede soportar que su pareja brille más que él. El que necesita apagar la luz del otro para no sentirse a oscuras.

—Héctor trabaja en la misma agencia —sigue Daniela—. Entró antes que yo, lleva más años, pero no ha ascendido, y cada vez que a mí me va bien, es como si a él le fuera un poco peor.

—¿Qué es lo que hace?

—Si gano un premio, dice que los premios no significan nada. Si un cliente me felicita, busca algún fallo para señalarlo, si salimos con

amigos y alguien me elogia, hace un comentario sarcástico para restarle importancia.

—Y en la casa, ¿cómo es?

—En casa es peor —su voz baja, como si Héctor pudiera escucharla—. Compara constantemente lo que gano yo con lo que gana él. Si me arreglo para salir, me dice que para qué tanto si no soy tan guapa como creo.

Envidia. Una que corroe todo lo que toca, que convierte cada éxito de Daniela en un fracaso propio, que transforma el amor en competencia y la admiración en resentimiento.

Daniela se gira hacia mí. Tiene los ojos húmedos, pero no ha llorado, es esa fase previa donde las lágrimas quieren salir, pero la rabia las contiene.

—Lo peor es que a veces me veo saboteándome. Rechazando proyectos, minimizando lo que consigo, todo para que él no se sienta mal, para que no me mire con ese desprecio que tiene cuando lo hace.

—Estás haciéndote pequeña para que él no se sienta menos.

—Exacto —afirma—, y estoy harta de disculparme por ser buena en lo que hago, de encogerme para que él quepa, de sentirme culpable por tener éxito.

Le aparto un mechón de pelo de la cara, no porque sea necesario, sino para que sienta que la veo, que estoy ahí. A veces el contacto entiende cosas que las palabras no.

—No tienes que disculparte por brillar, Daniela. Nunca.

—Eso intento creer, pero después de años escuchando lo contrario, cuesta y encima esto —hace un gesto señalándonos—. Esto también me lo ha negado durante mucho tiempo, como si no lo mereciera.

Héctor no solo le ha robado el éxito profesional, le ha quitado el permiso de ser.

—Gracias —dice antes de marcharse—. Por escucharme sin decirme que exagero, por hacerme sentir viva.

—De nada, aquí no hay expectativas que cumplir, Daniela.

Se va pensativa, cierro la puerta y guardo el nombre de Héctor en mi mente junto a los demás. Envidia. El hombre que no puede soportar que su mujer sea mejor que él.

La lista de pecados capitales se completa, uno por uno, repartidos entre hombres que destruyen a las mujeres que dicen amar.

17 de mayo

Es domingo, estoy en el apartamento que hoy he venido a limpiarlo, y está ya todo limpio, sábanas recién puestas, las plantas regadas. Hoy es mi día libre, pero a media mañana suena el timbre.

Miro por la mirilla, pensando que es algún vecino, pero es Inés. Trae una bolsa en una mano.

Abro y la miro con curiosidad.

—Antes de que digas nada —empieza a decir levantando la mano —, sé que no tenemos cita, sé que no es profesional hacer esto,

pero es domingo, estoy de día libre, no quiero estar sola en mi casa y he pensado que quizás tú tampoco quieras estar sola.

No debería dejarla pasar. Hay reglas, las mismas que le recordé a Sofía cuando vino sin avisar, pero con Inés las reglas llevan tiempo rompiéndose y, si soy honesta, yo soy la primera que quiere romperlas.

—Pasa —digo apartándome.

Deja la bolsa en la encimera de la cocina, dentro hay patatas de bolsa, chocolate, dos botellas de vino y unas galletas caseras.

—¿Has hecho galletas? —pregunto levantando las cejas.

—No pongas esa cara, no solo sé perseguir delincuentes —dice sonriendo—. También sé hacer galletas de mantequilla, las hacía mi madre cuando era pequeña.

Pruebo una y está buena, realmente buena.

—Impresionante —admito.

—¿A que sí? —dice satisfecha.

Nos sentamos en el sofá.

—¿Qué vemos? —pregunta como si esto fuera lo más normal del mundo, como si lleváramos años haciendo esto cada domingo.

—Tú eliges.

Pone una serie que lleva tiempo queriendo ver, de misterio. Nos quedamos ahí, con la bolsa de patatas. A veces ella comenta algo de la trama, yo le contesto, nos reímos de un personaje que hace algo absurdo.

Es doméstico, es íntimo y es aterrador al mismo tiempo.

Porque esto no es una sesión, no hay dinero de por medio, no hay servicio, no hay roles. Es solo Inés y yo en un sofá un domingo de mayo, viendo una serie, comiendo patatas, siendo dos personas normales.

A mitad de la tarde cambiamos a una película. Algo más ligero, una comedia que ninguna de las dos ha visto. En algún momento, sin que ninguna de las dos diga nada, su cabeza termina apoyada en mi hombro, yo me quedo quieta, muy quieta, como si cualquier movimiento pudiera romper lo que está pasando.

Siento su respiración contra mi cuello, calmada, suave, su mano buscando la mía, y nuestros dedos se entrelazan sin que ninguna diga nada.

El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que ella puede sentirlo.

—Esto está bien —susurra Inés sin levantar la cabeza.

—Sí —respondo, porque decir más haría que todo se derrumbara.

Se queda hasta las ocho de la noche. Cuando se levanta para irse, hay algo diferente en cómo me mira, no es la inspectora que viene a desahogarse, no es la clienta que paga por mi tiempo. Es una mujer mirando a otra mujer con algo que se parece demasiado a lo que siento yo.

—Gracias —dice en la puerta—. Lo necesitaba.

—Yo también —admito, y es la verdad más grande que he dicho en mucho tiempo.

—¿Puedo…? —empieza, y se detiene—. No, nada, olvídalo.

—¿Qué ibas a decir?

—Que, si podemos repetirlo algún día, esto, lo de hoy.

—Cuando quieras —respondo.

Me da un beso en la mejilla, cerca de la comisura de los labios, y después se marcha bajando las escaleras sin mirar atrás.

Cierro la puerta y me quedo apoyada en ella. Puedo sentir todavía el calor de su mano en la mía, el peso de su cabeza en mi hombro, el olor de su pelo.

Valeria me dijo que no me encariñara, pero esto ya no es encariñarse, esto es algo mucho más grande, algo que me asusta porque no sé controlarlo, y yo necesito controlar todo.

Capítulo 14

21 de mayo

Por la mañana viene Marta, la joven que toca la batería. Llega con una camiseta de Metallica y la energía de alguien que ha dormido cuatro horas y se ha tomado cuatro cafés.

—He tenido un concierto increíble —dice nada más entrar—. Doscientas personas en una sala del centro, saltando, cantando. Fue brutal.

—Suena genial.

—Lo fue, pero después de la descarga de adrenalina, necesito otra clase de descarga —me mira con esa sonrisa pícara que solo tiene la gente de su edad.

El sexo con Marta es activo, divertido, sin la carga emocional que acompaña a muchas de mis otras clientas. Después, mientras fuma en el balcón, me cuenta que habló con su madre.

—No le dije directamente que me gustaban las mujeres —explica —, pero dejé caer algunas cosas. Creo que lo intuye, porque me miró de una forma rara y luego me abrazó sin decir nada.

—A veces los abrazos dicen más que las palabras —afirmo.

—Sí, eso pensé. Creo que, cuando esté lista, podré contárselo, y que ella estará bien.

—Estoy segura de que será así.

Se va con una energía renovada, dejando un rastro de perfume barato y tabaco. Sonrío porque dicen que la gente joven tiene el camino allanado porque ya no hay prejuicios. Todavía queda mucho por hacer.

Por la tarde viene Rosa, hoy quiere explorar. Desde que empezó a venir, ha ido ganando confianza, descubriendo partes de su cuerpo que llevaban muchos años dormidas. Hoy me pide que la enseñe a tocarse, que le muestre qué le gusta.

—Suena absurdo, ¿verdad? —dice avergonzada—. Una mujer de mi edad que no sabe cómo darse placer a sí misma.

—No es absurdo, muchas no saben y tú has decidido aprender.

La guio con paciencia, con cariño. Rosa descubre sensaciones que no sabía que existían y, cuando termina, tiene los ojos llorosos.

—Toda una vida —dice—. Toda una vida sin saber esto.

—Ahora ya lo sabes, y es tuyo para siempre.

Se va sonriendo, con esa sonrisa de quien ha encontrado un tesoro escondido en su propio cuerpo. Es por cosas como esta por lo que me dedico a lo que me dedico.

23 de mayo

Valeria, la abogada, llega por la noche. Viene directa de su despacho, después de que le notificaran una resolución.

—Gané —anuncia nada más entrar—. El caso que te conté, el del cliente inocente. Lo he ganado.

—Felicidades.

—Gracias, pero no quiero celebrarlo con palabras —me mira con esa intensidad que la caracteriza—. Quiero celebrarlo de otra manera.

No necesita decir más.

Hoy Valeria está encendida. Esa victoria le ha dado una energía diferente, más seguridad de la que ha tenido en otros momentos, más exigente. Me lleva al dormitorio y toma el control, como siempre hace.

—Hoy voy a necesitar que hagas todo lo que te diga —susurra contra mi oído.

—Siempre lo hago —respondo.

—Hoy más.

El sexo es intenso, largo, demandante. Valeria juega conmigo, lo hace hasta que suplico; ella controla, yo simplemente me dejo hacer. Cuando por fin me permite acabar, el orgasmo me deja temblando.

Después de eso, Valeria se entrega sin dejar de dirigir. Cuando llega al clímax, agarra las sábanas con fuerza y cierra los ojos.

—Hay algo que quería contarte —dice, girándose para mirarme.

—Dime.

—En los juzgados se habla mucho estos días de dos casos. Uno es un fiscal que estaba haciendo las cosas mal y lo mataron, y después, un maltratador que murió en una pelea de bar.

Me tenso, no puedo controlarlo, no puedo dejar que note que sé de lo que habla.

—¿Sí? —pregunto, haciéndome la sorprendida.

—Sí, lo del maltratador se comenta porque había salido libre de un caso grave. Se libra de una acusación y muere en una pelea absurda de bar. Algunos dicen que fue el karma, otros que es demasiada coincidencia.

—¿Tú qué piensas? —pregunto.

—Pienso que la justicia llega por caminos inesperados, y pienso que no me importa demasiado cómo llegue, mientras lo haga —responde.

No digo nada y la veo levantarse. Valeria se viste con su precisión habitual y se despide con un beso breve.

Cuando el apartamento se queda en silencio, respiro hondo. Las coincidencias no existen, y Valeria como abogada lo sabe, pero ha decidido no preguntar más, quizá sea lo mejor.

25 de mayo

Patricia viene a primera hora con una sonrisa que ilumina todo a su paso.

—La invité a cenar —dice antes de sentarse en el sofá.

—¿A la mujer de la cerámica?

—Sí —se ríe como una adolescente—. Se llama Consuelo. Fuimos a un restaurante pequeño en Lavapiés, de esos con velas y manteles de cuadros. Hablamos durante tres horas, incluso se nos enfrió la comida.

—¿Y qué pasó?

—Me acompañó a casa. Nos quedamos en la puerta del portal hablando como si no quisiéramos que la noche se acabara, y entonces ella me cogió de la mano y me dijo que hacía mucho tiempo que no se sentía así con alguien.

—¿Qué le dijiste? —pregunto, curiosa.

—Yo le dije lo mismo, y nos besamos —Patricia se tapa la boca con la mano, sonrojada y feliz—. Laura, tengo cincuenta y cinco años y acabo de tener mi primer beso con una mujer, y fue el mejor beso de mi vida.

—Me alegro muchísimo por ti, Patricia.

—¿Sabes lo más bonito? Que no tuve miedo. Bueno, un poco sí, pero más que miedo era emoción. Como cuando te tiras a una piscina sin saber si el agua está fría.

—¿Y estaba fría?

—Estaba perfecta —asegura sonriendo.

Nos quedamos hablando durante una hora. Patricia ya está encontrando fuera de aquí lo que vino a buscar. Es cuestión de tiempo que deje de venir, y eso, aunque me deje un hueco, es la mejor señal de que mi trabajo ha servido para algo.

—Gracias —dice—. Por decirme que no era tarde, por darme el empujón.

—Eso te lo diste tú sola, yo solo te recordé que podías saltar.

28 de mayo

Martina me llama mientras estoy cenando en mi casa.

—¿Todo bien? —pregunto al descolgar.

—Sí y no —parece asustada—. El artículo, el primero, está casi listo. Mi editora lo ha revisado y dice que es demoledor, pero hay presiones para que no se publique.

—¿Presión de quién?

—De arriba. No me dan nombres, pero mi editora recibió llamadas. Gente con influencia, sugiriendo que quizá no es el momento adecuado para publicar algo así.

—¿Y qué te dice tu editora? —pregunto.

—Que se publique igualmente. Tiene ovarios, pero me pidió que tenga cuidado, que no vaya a ningún sitio sola por las noches.

—¿Sigues notando que te siguen? —digo, preocupada por su seguridad.

—A veces, un coche negro, pero no estoy segura.

—Si puedes, coges la matrícula y me la mandas por *WhatsApp*.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta, nerviosa.

—Por si te pasa algo, al menos podré darle eso a la policía, o tú puedes poner una denuncia —miento, necesito la información para pasársela a Vladimir.

—Estoy histérica, pero sé que es lo que tengo que hacer —se ríe, nerviosa.

—Cuídate, Martina, cuando se publique, todo cambiará.

—Para bien o para mal, sí que cambiará.

—Para bien, confía —aseguro.

Cuelgo y llamo a Vladimir.

—Martina dice que el artículo sale pronto, van a presionarla más y va a tener problemas.

—Lo sé. Tengo a dos personas con ella las veinticuatro horas, tú tranquila, no le pasará nada.

—¿Has sabido algo de los nombres de la lista? —pregunto.

—Acosta está en Pattaya; ha alargado su viaje, pero tengo lo que me has pedido: fotos, registros de hotel, todo documentado como querías. Cuando vuelva a España, tendremos un dosier completo.

—Bien. ¿Algo más que deba saber?

—El marido de tu otra clienta, Héctor Prados, está haciendo movimientos raros —dice.

—¿Qué tipo de movimientos?

—Está intentando sabotear la carrera de su mujer desde dentro. Envía correos anónimos a los clientes de ella con información falsa, está intentando que la despidan —concluye.

La envidia de Héctor no se limita a los comentarios en casa. Está actuando, destruyendo activamente lo que Daniela ha construido.

—Vigílalo —digo—. Quiero saber hasta dónde llega.

—Entendido.

Tras colgar, me sirvo una copa de vino y miro al exterior. Detrás de cada una de ellas hay una historia, un secreto, un pecado.

Capítulo 15

30 de mayo

Es sábado por la noche y no tengo citas, ni ningún compromiso. El apartamento de Malasaña está cerrado y estoy en mi casa intentando leer, pero no puedo concentrarme. Las paredes pesan demasiado esta noche y la soledad se nota más de lo habitual.

Necesito salir, respirar, estar rodeada de gente sin tener que escuchar a nadie. Cojo el móvil y busco el nombre de Vladimir.

—¿Estás libre? —pregunto.

—Sí. ¿Qué necesitas?

—Una cerveza y una conversación que no tenga que ver con pecados ni monstruos.

—¿El sitio de siempre? —dice.

—Sí. En una hora.

El sitio de siempre es el restaurante Los Álamos, de Claudia Rojas, una de las mujeres que protegió Valeria, tanto de Eduardo como con su hermano Ángel. Este último ya no es un problema, no hubo que ser tan radical como con su padre. Es un lugar seguro, donde Vladimir y yo podemos hablar sin preocuparnos.

Llego antes que él y me siento en la barra. Pido una copa de vino y, mientras espero a que me la sirvan, miro a mi alrededor. Claudia

no está.

—Aquí tiene —dice la chica de la barra, que parece nueva.

—Gracias.

Estoy dando el primer sorbo al vino cuando la puerta del restaurante se abre y el mundo se detiene.

Es Inés.

Lleva el pelo suelto, eso no lo había visto, ni siquiera el domingo que pasamos en el apartamento. Siempre lo lleva recogido, pero esta noche lo trae sobre los hombros, más largo de lo que me imaginaba. Lleva una camisa negra, unos vaqueros oscuros y unas deportivas, no es la inspectora que viene a mi apartamento a desahogarse, es una mujer en su noche libre, en su vida real, fuera del espacio que hemos compartido.

Me ve antes de que pueda decidir si esconderme o quedarme. Sus ojos se abren un instante, sorprendida, y luego sonríe, una sonrisa que es diferente de las que conozco, esta es sin filtros, sin el peso del trabajo, sin la frustración del sistema. Es solo ella.

—Laura —dice acercándose a la barra.

—Inés.

—¿Qué haces aquí? —pregunta sentándose en el taburete de al lado.

—Necesitaba salir. ¿Y tú?

—Lo mismo. Una amiga me recomendó este sitio hace mucho tiempo.

—¿Por la comida o por lo que pasa detrás de esa puerta? —digo señalando.

—¿Qué pasa detrás de esa puerta? —pregunta alzando una ceja.

Sonrío, porque sé que ella sabe lo que pasa. Al ver que no contesto porque me quedo mirando sus labios, esos que me encantaría morder, besar y chupar, ella pide una copa de vino. Cuando se lo sirven, brindamos sin decir nada.

—Es raro verte fuera de tu… espacio —dice Inés.

—Salgo a veces —bromeo—. Incluso como y duermo como una persona normal.

—No lo dudaba —se ríe—. Es solo que eres diferente aquí.

—¿Diferente cómo?

—Más relajada, menos contenida. En el apartamento siempre tienes ese control, esa calma perfecta. Aquí se te ve más… tú.

Mi pie se mueve, estoy nerviosa y ella lo ha percibido, y lo peor es que no sé qué hacer para relajarme.

—Tú también te ves diferente —digo—. El pelo suelto te cambia.

—¿Para bien o para mal? —pregunta pasándose la mano por el pelo.

—Para bien.

Nos miramos un instante demasiado largo. Después de eso decidimos sentarnos en una mesa y pedir algo para cenar.

Hablamos mientras comemos. No de trabajo, no de casos, no de clientas ni de sistemas que fallan, lo hacemos de nosotras, de nuestras vidas.

Inés me cuenta que creció en un pueblo de Galicia, que su madre sigue viviendo allí con tres perros y un huerto, que de niña quería ser veterinaria, pero que un día vio a un policía ayudar a una mujer en la calle y decidió que quería ser eso: alguien que ayuda.

—Ingenua, ¿verdad? —dice.

—No, eres muy valiente.

Yo le cuento cosas que no le he contado a nadie. Que a veces me despierto a las tres de la mañana sin saber quién soy, que la soledad de mi casa a veces pesa más que cualquier historia que escucho en el apartamento que me gusta cocinar, pero que hacerlo para una sola persona es lo más triste del mundo.

—Deberías cocinar para dos algún día —dice, y sé a qué se refiere y eso hace que se me erice la piel.

—¿Estás ofreciéndote voluntaria para que te cocine?

—Quizás —responde sin apartar la mirada.

El restaurante se va vaciando. Vladimir no ha aparecido; miro el móvil y encuentro un mensaje suyo de hace una hora.

Vladimir: Me ha surgido algo. No puedo ir, disfruta de la noche.

Me pregunto si fue casualidad o si, de alguna forma, supo que Inés estaría aquí. Con él nunca se sabe.

—¿Todo bien? —pregunta Inés cuando miro el móvil.

—Sí. Mi amigo no viene.

—Entonces estoy salvando tu noche —dice mordiendo su labio inferior.

—Algo así —respondo.

—Me alegro.

La conversación se vuelve más íntima, más susurros que palabras. En algún momento nuestras piernas se encuentran bajo la mesa. Ninguna la aparta.

—Laura —susurra mi nombre—, hay algo que llevo semanas queriendo decirte.

—Dime.

—No sé qué es esto —señala entre las dos—. No sé qué nombre ponerle, pero sé que, cuando estoy contigo, el mundo pesa menos, y sé que pienso en ti cuando no estoy contigo, más de lo que debería. El domingo, en tu sofá, fue el mejor día que he tenido en años.

El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que lo escucha.

—Inés, yo…

—No tienes que decir nada —me interrumpe—. Solo quería que lo supieras, porque soy policía y en mi trabajo me enseñaron a no callar las cosas importantes, y esto lo es para mí.

La observo, la luz cálida del restaurante le suaviza las facciones, le ilumina los ojos, ese pelo que le cae por los hombros y que me da ganas de tocar. Es la mujer más real que he conocido nunca, sin máscaras, sin papeles que interpretar, sin mentiras que sostener. Solo Inés.

—Vamos fuera —digo.

Pago la cuenta, aunque ella quería invitarme, pero lo justo era que pagara yo. Salimos a la calle, la noche no es cálida, se nota que

ya estamos a finales de mayo.

Caminamos unos metros sin rumbo y nuestras manos se rozan.

—Lo que dijiste ahí dentro —empiezo—, yo también lo siento. Llevo semanas intentando ignorarlo, poniéndome excusas profesionales, repitiéndome que no puedo, que no debo, pero la verdad es que pienso en ti todo el tiempo, y me asusta, Inés, me asusta porque no sé hacerlo.

Se detiene y yo hago lo mismo.

—¿Qué te asusta exactamente?

—Todo. Que seas mi clienta, que esto cruce líneas que no deberían cruzarse, que, si esto sale mal, te pierda, y que, si sale bien, también te pierda, porque mi vida es complicada, Inés, mucho más complicada de lo que te imaginas.

—Lo sé —dice—. Sé que hay cosas que no cuentas, sé que hay partes de ti que no conozco, y no me importa, porque lo que sí conozco me gusta.

—Soy una prostituta, Inés. No sé hacer otra cosa más que eso.

Da un paso hacia mí, parece que ha ignorado mis últimas palabras. Estamos tan cerca que puedo sentir su respiración, el calor de su cuerpo, el latido de su pulso en el cuello.

—Aquí no hay dinero de por medio —susurra—. Aquí no hay apartamento, ni sofá, ni horas pagadas. Somos solo tú y yo.

—Solo tú y yo —repito.

Me mira los labios, y yo miro los suyos. El mundo se reduce a los centímetros que nos separan, a la electricidad que corre entre

nuestros cuerpos, a la certeza de que lo que va a pasar va a cambiarlo todo.

Es ella quien se acerca, sus labios rozan los míos, apenas un contacto, una pregunta, y yo respondo acortando la distancia para besarla.

Es un beso suave, tentativo, como si las dos temiéramos que la otra se apartara, pero ninguna lo hace. Mi mano sube hasta su cara, le acaricio la mejilla, y ella pone su mano en mi cintura y me acerca más. El beso se profundiza, se vuelve más urgente, más exigente, más real, sabe a algo que no sé nombrar, algo que llevo esperando sin saberlo.

Cuando nos separamos, las dos estamos sin aliento. Inés apoya su frente contra la mía, ahora no hay un «así no» que nos detenga.

—Joder —susurra, y se ríe.

—Sí —digo, riendo también—. Joder.

—¿Y ahora qué? —pregunta sin separar su frente de la mía.

—No lo sé —admito—, pero no quiero que pares.

—No tengo intención de parar.

Nos besamos otra vez, en las calles de Madrid, como dos mujeres que por fin han dejado de resistirse a lo inevitable.

Cuando nos separamos, caminamos juntas por las calles. Nuestras manos se encuentran, nuestros dedos se entrelazan, no hace falta decir nada.

—¿Qué hacemos? —pregunto cuando llegamos a la boca del metro.

—No quiero ir a tu apartamento —dice—. No esta noche. Quiero hacer esto bien, Laura.

—Lo sé —digo apretando su mano.

—Quiero verte pronto, fuera del apartamento, fuera de todo esto. Quiero verte así, como esta noche.

—Yo también lo quiero.

Me besa una última vez, es un beso breve, como una promesa, y baja las escaleras del metro. Antes de desaparecer, se gira y me mira.

—Buenas noches, Laura.

—Buenas noches, Inés.

Desaparece entre la gente. Me quedo parada mirando a un punto fijo, con los labios ardiendo y el corazón desbocado.

Camino hasta mi coche, que dejé aparcado cerca, entro y no arranco, no soy capaz de poner el coche en marcha. Miro el reflejo de mis ojos en el retrovisor, hay algo en ellos que no veía hace tiempo, algo que me asusta y me alegra a partes iguales.

Después de más de media hora llego a mi casa, a mi hogar, no a ese apartamento, y mi móvil vibra.

Inés: He llegado a casa. Sigo sonriendo como una idiota.

Yo: Yo también.

Inés: Buenas noches, Laura.

Yo: Buenas noches, Inés.

Dejo el móvil en el sofá y echo la cabeza hacia atrás sonriendo. Muerdo mis labios y me tapo la cara con las manos al recordar lo

que ha pasado esta noche increíble con ella.

31 de mayo

Último día del mes y hago balance como siempre.

Claudia ha contactado con una abogada y está preparando todo para separarse. Sofía sigue avanzando sin saber que su marido es un monstruo, pero peor de lo que imaginaba; Martín Acosta está en algún lugar de Tailandia haciendo cosas que prefiero no pensar. Pilar acaba de llegar, cargando con el peso de un hombre que devora todo a su alrededor; su pecado, la gula. Daniela lucha contra un marido cuya envidia la consume; Héctor Prados no se conforma con destruirla en casa, ahora la sabotea profesionalmente.

Patricia encontró el amor a los cincuenta y cinco años, demostrándose que nunca es tarde. Rosa sigue descubriéndose, Marta sigue explorando, Lucía sigue viniendo sin dramas, Verónica tiene un acuerdo honesto con su mujer que le funciona, Valeria viene buscando el control que el mundo le niega. Carmen, Ariadna, Julia… Todas ellas siguen viviendo, cada una con su historia, cada una buscando algo diferente.

Martina está a punto de publicar algo que va a sacudir los cimientos de gente muy poderosa. Vladimir la está protegiendo, en silencio, como solo él sabe hacerlo.

Y luego está Inés.

Inés, que me regaló un libro porque lo mencioné de pasada, que trajo galletas caseras un domingo, y nos pusimos a ver la televisión, que me besó en la calle, que me pidió que hiciéramos esto bien.

No sé qué es «bien» en una vida como la mía, no sé si puedo ser la mujer que ella merece, con mis secretos, mi trabajo, mi lista de pecados y la red que heredé de Valeria Montenegro. No sé si puedo separar lo que soy de lo que hago, si puedo ofrecerle algo limpio, algo que no esté manchado por las sombras en las que me muevo. Lo que sí sé es que cuando me besó, dejé de sentirme sola, y eso tiene que contar para algo.

Miro el libro que me regaló, Mujeres que corren con los lobos, abierto sobre la mesa. Hay una frase subrayada con lápiz, no sé si lo hizo ella o si vino así de la librería. «La función de la mujer salvaje es la de mantener encendido el fuego».

El fuego, eso es lo que siento ahora, uno que llevaba demasiado tiempo pidiendo a gritos arder.

Los siete pecados capitales están completos: avaricia, lujuria, ira, soberbia, pereza, gula y envidia. Siete hombres que destruyen a las mujeres, siete nombres en una lista que sigue creciendo.

Pereza y Soberbia están cerrados, el fiscal y el maltratador. Quedan cinco.

Junio debe ser el mes y estoy lista. Siempre lo estoy.

Capítulo 16

1 de junio

Me despierto antes de que suene la alarma, pero no porque la luz del sol se filtre por mis persianas, sino por el recuerdo. El beso, sus labios con los míos, el sabor del vino en su boca, la forma en que su mano rodeó mi cintura como si quisiera asegurarse de que yo era real.

Me quedo mirando al techo un rato, tengo cuarenta y ocho años y me siento como una adolescente después de su primer beso. Es ridículo, es maravilloso, pero también me aterra.

El móvil vibra en la mesilla.

Inés: Buenos días. ¿Estás libre el viernes por la noche? Conozco un sitio donde hacen la mejor tortilla de Madrid. Sin presión.

Leo el mensaje tres veces. «Sin presión». Esas dos palabras me dicen que ella también está nerviosa, que también tiene miedo de que esto se rompa antes de empezar.

Yo: Lo tengo libre, mándame la dirección.

Inés: Hecho, a las nueve, y Laura, me alegro de que digas que sí.

Yo: Yo también.

Dejo el móvil en la mesilla y me quedo mirándolo como si fuera un objeto sagrado y después me levanto, me ducho y me preparo el café. Hoy tengo dos citas en el apartamento. La vida sigue, el trabajo continúa, las mujeres siguen necesitándome.

Por primera vez, yo también necesito a alguien, y ese alguien tiene nombre: Inés.

Por la mañana viene Claudia; cuando abro la puerta, la veo distinta. Lleva una chaqueta vaquera, una camiseta blanca y unos pantalones negros, parece más joven, más ligera, como si se hubiera quitado un peso de encima.

—He dado el paso —dice nada más entrar—. He firmado con la abogada, ya tengo representación para el divorcio.

—Claudia, estoy muy orgullosa de ti.

—Lo sé —se sienta en el sofá—. Estoy temblando, llevo dos días así.

—Es normal —aseguro.

—La abogada dice que tenemos un caso sólido. Más de veinte años sin trabajar por imposición de él, control financiero absoluto, anulación sistemática de mi autonomía, también dice que puedo pedir una pensión compensatoria.

—¿Y la casa?

—Eso es lo más complicado, pero dirá que he aportado con el mantenimiento y demás. Voy a intentar quedarme al menos con algún piso de los que tiene en alquiler, ya que, casi seguro, no cederá la casa donde vivimos.

Le preparo un café y nos sentamos juntas en el sofá, Claudia tiene los ojos brillantes, no de lágrimas, sino de determinación.

—Rodrigo no sabe nada —continúa—. Sigo actuando como siempre, pero ya tengo copias de todos los documentos financieros, los extractos bancarios, las escrituras. La abogada me dijo que guardara todo, que lo tuviera a buen recaudo, y eso he hecho.

—¿Dónde lo tienes?

—En una caja de seguridad en un banco, a mi nombre. Es la segunda cosa que tengo a mi nombre desde que estoy con él: la cuenta bancaria y esto.

Nos quedamos en silencio un momento y luego me mira con una vulnerabilidad que me desarma.

—¿Puedo quedarme un rato más? —pregunta—. No quiero nada, solo… estar aquí, donde puedo respirar.

—Puedes.

Se queda dos horas. No hay sexo, no hay caricias, solo dos mujeres sentadas en un sofá hablando de proyectos, de qué hará cuando tenga la libertad de decidir por ella misma. Claudia se va sonriendo, segura de lo que va a hacer, y estoy muy orgullosa de esa mujer, de su decisión y de que haya tomado por fin el control de su vida.

Por la tarde viene Ariadna, puntual como siempre, precisa como siempre, llegamos al dormitorio sin preámbulos. El sexo con ella es intenso, competitivo, dos cuerpos que se conocen bien y que saben exactamente cómo darse placer. Cuando termina, se ducha en tres minutos, se viste en cinco y se va sin despedirse. Siempre eficiente.

Pero esta vez ha sido distinto, no por ella, sino por mí. Cuando estaba en la cama, no podía parar de pensar en Inés, en cómo sería tocarla, en cómo sería hacerlo realmente con alguien con quien estás empezando a sentir que te puedes enamorar. No puedo ser hipócrita, he disfrutado el sexo, pero porque para mí, la que estaba en esa cama era Inés, y no Ariadna. Tengo un problema, lo sé, y no sé cómo resolverlo.

3 de junio

Vladimir me llama al mediodía.

—Acosta ha vuelto a España —dice sin preámbulos—. Aterrizó en Barajas esta mañana. El vuelo era desde Bangkok con escala en Dubái.

—¿Tienes toda la documentación?

—La tengo: fotos, vídeos, registros de hotel, transferencias bancarias. Te lo envío por el canal seguro.

—¿Y hay pruebas de menores?

—No hemos podido confirmarlo con pruebas directas, pero hay indicios, una de las mujeres que le proporcionaron en Pattaya aparenta ser muy joven. Mis contactos dicen que la red en la que está involucrado utiliza documentación falsa para envejecer a las víctimas. No podemos probarlo de manera concluyente todavía, pero lo que sí tenemos es suficiente para destruirlo. Si no judicialmente, al menos públicamente.

—Públicamente no es suficiente —protesto.

Vladimir se queda callado, sé que está enfadado, tener todo lo que tenemos y que el caso no pueda ser tan sólido.

—¿Sabes algo de Martina? —pregunto.

—Sé que su artículo sale la semana que viene, va a nombrar a varios, aunque creo que no a todos. Los abogados del periódico están revisando qué nombres pueden publicar sin que los demanden.

—¿Acosta estará entre los que saldrán publicados?

—No lo sé, pero, Laura, cuando ese artículo salga, todo va a cambiar. Para todos —me advierte.

—Lo sé —aseguro antes de colgar.

Miro por la ventana del apartamento de Malasaña. Pienso en cómo ahí fuera cada uno lleva una vida tranquila, mientras se cometen delitos atroces, en cómo alguien a quien crees conocer realmente puede ser el peor monstruo que has conocido.

Sofía no sabe que su marido acaba de volver de Tailandia, no de China. No sabe que, mientras ella reúne valor para pedirle el divorcio, él está comprando cuerpos de mujeres esclavizadas al otro lado del mundo. No sabe nada, y yo sé demasiado.

Mañana es viernes y solo tengo una cita y no es por trabajo, es porque quiero, con ella, con Inés, con esa mujer que hace que mi corazón se acelere y que deseo que me bese.

Capítulo 17

5 de junio

Es viernes; eso significa que hoy es el día. La cita con Inés.

Me he cambiado de ropa tres veces. Tres. Yo, que me visto cada mañana sin pensarlo, que elijo la ropa por comodidad y no por impresionar a nadie, me he cambiado tres veces delante del espejo de mi habitación en Aravaca como si tuviera diecisiete años.

Al final me he decidido por una blusa de lino remangada hasta los codos, unos vaqueros y un calzado cómodo. Me miro al espejo y lo que veo es una mujer nerviosa que hacía tiempo que no veía.

El restaurante es pequeño, escondido en una calle de La Latina. No es elegante, y creo que nunca ha pretendido serlo, y eso me dice cómo es Inés, alguien real, simplemente ella.

Inés ya está cuando llego. Me está esperando en una mesa del fondo, con una copa de vino delante y el pelo suelto, como la noche del restaurante de Claudia Rojas. Cuando me ve, sonríe, y algo dentro de mí se afloja, como un nudo que lleva demasiado tiempo apretado.

—Llegas justo a tiempo —dice.

—Soy puntual, es uno de mis pocos defectos.

—¿Pocos? —alza la ceja divertida.

—Bueno, lo de pocos es discutible.

Me siento frente a ella y pido una copa de vino tinto al camarero y, cuando este se va, nos miramos. Nos quedamos en un silencio donde las dos sabemos que esto es diferente, que esta es nuestra primera cita real, sin dinero de por medio, sin excusas profesionales.

—Estás muy guapa —dice Inés, mirándome fijamente a los ojos.

—Tú también.

—Me he cambiado de ropa cuatro veces —confiesa riéndose.

—Yo tres —admito.

Nos reímos las dos, haciendo que esa tensión se disipe. El camarero trae mi copa y después la tortilla, que efectivamente está espectacular, y mientras comemos, hablamos de todo. Me cuenta sobre un caso que cerraron esta semana, uno que terminó bien por una vez, el de un traficante de drogas al que llevaban meses siguiendo. Le cuento de Patricia y su historia de amor a los cincuenta y cinco años, sin dar nombres, sin detalles que la identifiquen.

—Me gusta eso que haces —dice Inés—. Lo de darles a la gente un espacio para ser ellas mismas.

—Es más complicado de lo que parece.

—Lo imagino —dice mirándome—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Cómo separas lo que tienes conmigo de lo que haces con ellas?

La pregunta es directa, sin juicios, pero pesa. Es la pregunta que yo misma me he hecho todas las noches desde que nos besamos.

—Lo que hago con ellas es un servicio —respondo eligiendo cada palabra—. Escucho, acompaño, doy placer cuando lo necesitan, pero cuando acaban y se van, yo me quedo igual que estaba. No se llevan nada de mí y yo no me llevo nada de ellas, más allá de sus historias.

—¿Y conmigo?

—Contigo no quiero que te vayas —lo digo sin pensarlo, y cuando las palabras salen, sé que es verdad—. Contigo me llevo todo, cada conversación, cada silencio, cada mirada, te pienso cuando no estás, te echo de menos cuando no vienes, y eso no me pasa con nadie más. Nunca me había pasado.

Inés me mira durante un tiempo que me parece demasiado, no dice nada y los nervios comienzan a apoderarse de mí.

—Necesito que sepas algo —dice al fin—. No me importa tu trabajo, de verdad. Lo que me importa es que lo que tengamos entre nosotras sea nuestro, solo nuestro, que cuando estés conmigo, estés de verdad. No la Laura que acompaña, sino la Laura que se cambió de ropa tres veces para venir a cenar conmigo.

—Esa Laura está aquí —aseguro.

—Lo sé —sonríe—. La reconozco; esa Laura tiene la mirada diferente.

Nos quedamos hasta que el restaurante empieza a recoger para cerrar. El camarero nos mira desde la barra con paciencia, como si estuviera acostumbrado a parejas que no quieren irse.

Salimos a la calle y caminamos juntas, nuestras manos se buscan por inercia, nuestros dedos se entrelazan.

En una esquina, Inés se detiene y me acorrala contra la pared. Sus manos van directas a mi cintura y su cuerpo se pega al mío.

—Llevo toda la cena queriendo besarte —susurra.

—Yo llevo toda la semana queriendo que lo hagas.

Me besa, no es tentativo como la primera vez, este es un beso que sabe lo que quiere, que no tiene miedo, que reclama. Mi espalda está apoyada contra la pared, coloco una mano en su nuca para que no se separe y ella pone la mano en mi cintura, que comienza a subir por el costado, y nos besamos como si el mundo pudiera esperar, como si nada importara más que esto.

Cuando nos separamos, su frente se apoya contra la mía. Nuestras respiraciones están agitadas, sé que estoy perdida, completamente perdida.

—Ven a mi casa —digo, y la voz sale más ronca de lo que pretendía—. No al apartamento, a mi casa.

Me mira, y en sus ojos veo que entiende la diferencia. El apartamento es trabajo, mi casa soy yo, esa mujer que quiere.

—¿Estás segura? —pregunta.

—Nunca he estado más segura de algo.

Cogemos un taxi y nos sentamos en el asiento trasero, nuestras manos siguen entrelazadas e Inés apoya la cabeza en mi hombro. El trayecto hasta Aravaca se hace cortísimo.

Cuando llegamos al chalet, Inés mira a su alrededor. Es la primera vez que está aquí, en mi espacio real, en mi vida real.

—Es bonito —dice mirando el jardín iluminado.

—Gracias.

Abro la puerta y entramos. Enciendo las luces del salón, son cálidas, porque también aquí las prefiero así. Inés camina por la casa mirando todo: los libros en las estanterías, las fotos que no tengo en el apartamento, la cocina donde cocino para una sola persona.

—Aquí es diferente —dice, girándose para mirarme—. Aquí eres tú de verdad.

—Aquí soy María —digo, y cuando las palabras salen de mi boca, me doy cuenta de lo que acabo de hacer.

Inés me mira confundida.

—¿María?

El corazón me late en la garganta, acabo de darle mi nombre real, el que nadie sabe. El que no uso desde hace más de veinte años.

—Mi nombre real es María—confieso—. María Belmont. Laura es… el nombre que uso para trabajar. Nadie sabe mi nombre real, nadie.

Inés se queda quieta durante un momento que se me hace eterno. Luego se acerca a mí, despacio, me sujeta la cara con las dos manos y me mira con una ternura que me desarma.

—Hola, María—susurra.

Y entonces me besa, y este beso es diferente a todos los anteriores. Este es el beso que le doy siendo yo, no Laura la acompañante, no la mujer que controla todo, sino María, la que tiene miedo, la que está sola, la que no sabe si merece esto.

Nos besamos en el salón, mis manos buscan su camisa y comienzo a desabrochar los botones con dedos temblorosos. Tiemblan porque esto es real. Inés me quita la camisa de lino y sus manos recorren mi piel como si quisiera memorizarla.

No hay órdenes, no hay roles, no hay servicio. Solo dos mujeres que se desean, que se han deseado durante meses, que por fin se permiten lo que llevan tanto tiempo negándose.

Subimos a mi habitación, a mi cama, la que no he compartido con nadie. Inés me mira cuando queda tumbada, y en sus ojos hay una vulnerabilidad que no había visto nunca, ni siquiera cuando habla de los casos que la destrozan.

—Quiero que esto sea real —dice—. No un servicio, no una actuación. Real.

—Esto es lo más real que he sentido en mi vida —respondo, y es verdad.

Hacemos el amor despacio. No es el sexo que tengo con mis clientas, no se parece en nada, no hay una técnica calculada ni placer medido. Hay torpeza, hay risas cuando nos enredamos, hay pausas donde nos miramos como si no pudiéramos creernos que estamos aquí, juntas, así.

Cuando la toco, no es para complacerla como a una clienta. Es porque necesito sentirla, porque cada centímetro de su piel es un descubrimiento que quiero hacer despacio, sin prisas, sin reloj. Cuando ella me toca, siento que es la primera vez que alguien me lo hace de verdad, no está tocando mi cuerpo como una herramienta, sino que lo hace de verdad, porque lo siente, porque lo necesita, al igual que yo a ella.

Inés es delicada, me acaricia suave, con paciencia, como si tuviera miedo de que me rompiera. Me besa el cuello, el pecho, el estómago, y cada beso es una pregunta a la que yo respondo con un suspiro, un gemido, un «sí» que sale de algún lugar que creía cerrado con llave.

Cuando llego al orgasmo, lloro. Yo, que he visto llorar a cientos de mujeres después del sexo y siempre he entendido por qué, ahora por fin lo siento. No es tristeza, es liberación, es soltar algo que llevaba demasiado tiempo contenido.

—Eh —susurra Inés, limpiándome las lágrimas con el pulgar—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —sonrío entre lágrimas—. Estoy muy bien, es solo que… hacía mucho tiempo que no sentía esto.

—¿Qué es «esto»?

—Que alguien me haga el amor a mí. No a Laura, no a la acompañante. A mí.

Inés me abraza fuerte, su cuerpo desnudo contra el mío, su calor envolviéndome. Me quedo ahí, con la cabeza en su pecho, escuchando los latidos de su corazón que van volviendo a la calma.

—María —dice mi nombre en voz baja, probándolo—. Me gusta más que Laura.

—A mí también —confieso.

Nos quedamos dormidas así, abrazadas, en mi cama, en mi casa, es la primera vez que alguien duerme conmigo sin que haya dinero de por medio. Cuando me despierto a las tres de la mañana, como

me pasa siempre, esta vez sé quién soy. Soy María, y la mujer que duerme a mi lado me ha llamado por mi nombre.

Capítulo 18

8 de junio

Inés se quedó hasta el sábado por la mañana, desayunamos juntas en la cocina, café y tostadas, como dos personas normales. Ella con una de mis camisetas, yo con un camisón de seda que compré y nunca me puse, porque me parecía absurdo usarlo estando sola.

—Tengo que irme —dijo mirando el reloj—. Tengo turno luego.

—De acuerdo.

—María —dijo mi nombre otra vez, y cada vez que lo hacía, algo se encendía dentro de mí—. Esto ha sido…

—Lo sé —la interrumpí, porque no necesitaba que lo expresara con palabras.

Me besó en la puerta antes de irse. Un beso breve, cotidiano, de esos que se dan las parejas que llevan años juntas y que para nosotras era completamente nuevo.

Ahora es lunes y estoy en el apartamento. Verónica viene por la mañana. Llega contenta, como siempre.

—Nos vamos a Grecia la semana que viene —anuncia—. El viaje de aniversario. Veinte años juntas.

—Qué maravilla.

—¿Sabes lo que me dijo mi mujer anoche? —sonríe—. Me dijo que, pase lo que pase, ella me ama más que el primer día, y que lo nuestro funciona porque somos honestas la una con la otra.

—Tiene razón.

—La tiene. No todo el mundo entiende nuestro acuerdo, pero nosotras sí, y eso es lo que importa.

El sexo con Verónica es como un ritual que las dos conocemos bien. Cuando termina, me habla de los planes del viaje: Santorini, Mykonos, Atenas.

Se la ve feliz, con la certeza de quien sabe lo que quiere y tiene la vida resuelta. La envidio un poco, si soy sincera, no por su mujer ni por su acuerdo, sino por la certeza que tiene de saber quién es, saber lo que quiere y saber cómo conseguirlo. Yo todavía estoy aprendiendo.

Cierro la puerta tras ella y me deslizo por la pared hasta quedar sentada en el suelo. Los recuerdos de Inés tocándome vuelven, las caricias, los besos, mi nombre real susurrado, y mi piel se eriza. No puedo seguir teniendo sexo con otras mujeres, no puedo, porque Inés está ya tan dentro que siento que la estoy defraudando al compartir mi cuerpo con otras mujeres.

9 de junio

Martina me llama a las ocho de la mañana. La voz le tiembla, pero no de miedo, es emoción.

—Sale mañana —dice—. El artículo, en primera página. La editora ha dado luz verde.

—¿Estás preparada?

—No —se ríe—. Pero creo que es ahora o nunca. Laura, el artículo es demoledor, van a saberse muchos nombres, van a caer muchas caretas.

—¿Sale Martín Acosta?

—Sí. Con nombre, apellidos, fotos, transferencias. Los abogados han revisado todo y dicen que toda la documentación es sólida por si llega a denunciar.

El estómago me da un vuelco. Sofía no sabe nada. Mañana se va a despertar y va a descubrir que su marido es un monstruo en la portada de un periódico.

—Martina, necesito que me hagas un favor.

—Dime.

—Necesito saber la hora exacta en que sale la edición digital. Antes de que llegue a los quioscos —le pido.

—Medianoche, a las doce en punto estará online.

—Gracias. Y Martina, ten cuidado. Mañana tu vida cambia —le advierto.

—Lo sé, pero las vidas de esas mujeres ya cambiaron hace tiempo, es hora de que cambien las de ellos.

Cuelgo y llamo de inmediato a Vladimir.

—El artículo de Martina sale mañana a medianoche —digo—. Martín Acosta va a ser nombrado…

—Tranquila —me interrumpe—. Tengo dos personas vigilando su apartamento. No le pasará nada.

—¿Y cómo crees que reaccionará Acosta?

—Los hombres como él tienen dos opciones cuando los descubren: huir o atacar. Si huye, lo tenemos localizado. Si ataca, estaremos preparados.

—¿Y Sofía? —pregunto—. Necesito avisarla antes de que se entere por la prensa.

—Eso es decisión tuya.

Me quedo sentada en el sofá de mi casa, pensando en Sofía, en cómo me ha contado durante meses que su marido no la toca, que se siente invisible, que quiere el divorcio por dignidad. ¿Cómo le digo que su marido no la quiere, sino que compra mujeres esclavizadas? ¿Cómo le digo que el hombre con el que lleva casada más de veinte años durmiendo financia redes de trata?

No hay forma de decirlo. Solo puedo estar ahí cuando se entere.

Miro el reloj y, por la hora, sé que Acosta estará trabajando y decido llamarla.

—¿Sofía? —digo nada más descolgar.

—Laura, hola —está desconcertada, lo sé—. ¿Pasa algo?

—Necesito que vengas mañana al apartamento, a primera hora. Es importante.

—¿Está todo bien? —pregunta preocupada.

—Sí, tranquila. Hablamos mañana, solo te pido que vengas, por favor.

—Claro, a las nueve —responde.

Tras colgar, sé que mañana va a ser un día muy largo.

10 de junio

A medianoche, como estaba previsto, el artículo de Martina aparece en la edición digital del periódico. Lo leo en mi móvil, sentada en la cama de mi casa, con el corazón latiéndome en los oídos.

Es demoledor. Martina ha hecho un trabajo impecable: nombres, fotografías, transferencias bancarias, testimonios de víctimas. La red de trata al descubierto, con sus ramificaciones en media Europa, sus conexiones con empresarios respetables, sus tentáculos en Tailandia, Rumanía, Ucrania.

Martín Acosta aparece en la tercera página. Su foto de LinkedIn junto a imágenes de él entrando en locales de Bangkok, extractos bancarios que conectan su cuenta con intermediarios de la red y los testimonios de mujeres que lo identifican como cliente frecuente.

Hay otros nombres. Algunos me suenan de las noticias, otros son desconocidos: empresarios, banqueros, un par de políticos locales. La lista es más larga de lo que esperaba y esto es solo el principio, porque según Martina hay más, muchos más.

A las nueve, Sofía llega al apartamento. Trae el pelo recogido y una expresión de confusión que me dice que todavía no ha visto las noticias.

—¿Qué pasa, Laura? Me tienes preocupada.

—Siéntate —le pido.

Lo hace en el sofá. Le sirvo un vaso de agua que no me ha pedido y me siento a su lado.

—Sofía, lo que voy a contarte es difícil, muy difícil. Necesito que me escuches hasta el final antes de decir nada.

—Me estás asustando.

—Hoy ha salido un artículo en la prensa. Una investigación sobre redes de trata y prostitución es sobre hombres poderosos que compran mujeres, que financian redes de esclavitud sexual —comienzo a decir.

Sofía me mira sin entender.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —pregunta entrecerrando los ojos.

—Martín está en ese artículo, Sofía. Tu marido.

El silencio que sigue es el más pesado que he escuchado en este apartamento, y en este lugar ha habido muchos silencios.

—Eso es imposible —dice, pero su voz tiembla—. Martín es muchas cosas, pero no…

Le doy el móvil con el artículo abierto. Sofía lo coge con las manos temblorosas y la observo leer. Veo cómo su cara pasa de la incredulidad al horror, cómo sus ojos se abren cada vez más, cómo su rostro palidece.

—No —susurra—. No, no, no.

—Lo siento.

—Esto no puede ser —su voz se rompe—. No puede… Martín es frío, es distante, pero no puede ser esto.

—Las pruebas son sólidas, Sofía. Hay fotos, hay transferencias bancarias, hay testimonios.

—El viaje a China —dice de repente—. No fue a China, ¿verdad?

No respondo porque no necesito hacerlo.

—Tailandia —dice ella misma—. Se fue a Tailandia, y allí…

Se levanta de golpe y corre hasta el baño y la escucho vomitar. Voy hacia donde está ella y le sujeto la frente mientras sigue echando todo lo que lleva dentro. Cuando volvemos al sofá, ella está que no se sostiene.

—¿Desde cuándo lo sabes? —me pregunta.

—Unas semanas —confieso.

—¿Y no me dijiste nada?

—No podía, Sofía, si te lo decía, podías reaccionar y de alguna forma alertarlo, y todo se vendría abajo. Quería que te enteraras por mí antes que por la prensa. Por eso te llamé anoche.

Se queda callada, su mano va a la sien y la aprieta.

—Veinticinco años —dice—. Veinticinco años durmiendo con un hombre que compra mujeres. Todos esos años siendo la esposa perfecta de un monstruo.

—Tú no sabías, Sofía, nada de esto es culpa tuya.

—Le daba asco cuando me tocaba. Siempre pensé que era porque me había dejado de querer, ahora sé que era porque tenía a otras. Mujeres que no podían negarse, mujeres obligadas…

Se derrumba en el sofá y llora como no la he visto hacerlo nunca. Un llanto profundo, que le sale de algún lugar que ni ella misma sabía que existía. La abrazo y la dejo llorar hasta que no le quedan más lágrimas.

Cuando se calma, me mira con los ojos hinchados.

—El divorcio no puede esperar —dice—. No puedo esperar más, no puedo estar un día más en esa casa con él.

—No tienes que estarlo. Llama a tu abogada ahora.

—¿Y si viene a buscarme? ¿Y si me hace algo? —pregunta, y es la inseguridad la que vuelve.

—No te va a hacer nada —digo, y lo hago con tanta certeza que me mira sorprendida—. Te lo prometo.

No le cuento que Vladimir ya tiene a alguien vigilando los movimientos de Acosta. No le cuento que, si ese hombre se acerca a ella con malas intenciones, no llegará lejos, tampoco le cuento nada de eso, porque hay partes de mi vida que Sofía no puede conocer.

Sofía llama a su abogada, la conversación dura algo más de treinta minutos. Cuando cuelga, tiene una expresión diferente, ya no hay miedo, ya no hay lágrimas. Ahora hay determinación, seguridad.

—Mi abogada dice que el artículo lo cambia todo —comienza a contarme—. Que ahora tenemos mucho más, lo que hizo Martín puede ser constitutivo de delito y eso me da una posición de fuerza enorme.

—Bien.

—Voy a destruirlo —dice mirándome—. Legalmente. Voy a quitarle todo lo que tiene.

—Tienes todo el derecho.

—Gracias, Laura. Por avisarme, por estar aquí, por todo lo que has hecho desde el principio.

—De nada, Sofía.

Se va al mediodía. Miro el móvil y veo que el artículo ya tiene más de cien mil visitas y las redes están ardiendo; varios de los nombres publicados ya han emitido comunicados negándolo todo. La policía ha anunciado que ya estaban investigando y que esto les ayudará a continuar con la investigación.

Le escribo a Martina.

Yo: Estoy orgullosa de ti.

Martina: Gracias. Estoy temblando, pero ha valido la pena.

Yo: Claro que ha valido la pena. ¿Alguna novedad?

Martina: He recibido amenazas, pero el periódico me ha puesto seguridad privada. No van a asustarme.

Yo: Bien. Ten cuidado. Esto acaba de empezar.

Capítulo 19

12 de junio

Pilar vuelve. Se la ve cansada, como si no hubiera dormido en días.

—He visto el artículo —dice nada más sentarse—. Lo de las redes de trata. Lo del empresario, Martín Acosta.

—¿Lo conoces?

—No personalmente, pero sé quién es. Gonzalo ha jugado al golf con él alguna vez, están en los mismos círculos, Laura. Esa gente se conoce entre sí, va a los mismos restaurantes, a las mismas fiestas.

Un escalofrío me recorre el cuerpo.

—¿Gonzalo está involucrado en algo así? —pregunto con cautela.

—No lo sé —dice, y hay angustia en su voz—. Siempre pensé que su problema era la gula, el exceso, querer más de todo. Pero después de leer el artículo, me pregunto hasta dónde llega su necesidad de más. ¿Qué es lo siguiente después de tres amantes? ¿Cuánto más necesita para sentirse saciado?

—¿Has encontrado algo que te preocupe?

—No, al menos algo que pueda acusarlo, pero hay cosas que no cuadran, ahora lo sé. Viajes que dice que son de negocios y que no puedo verificar. Cenas con «socios» que no tienen nombres, gastos que no aparecen en las cuentas a las que tengo acceso.

Guardo mentalmente cada detalle. Gonzalo no está en la carpeta de Martina, pero eso no significa que esté limpio. Los hombres como él, los que necesitan más de todo, los que no saben cuándo parar, son los que más probabilidades tienen de cruzar la línea.

—Pilar, necesito que estés atenta. Si ves algo raro, algo que no cuadre, me lo cuentas, por favor.

—¿Por qué? —pregunta mirándome a los ojos—. Tú no eres policía, Laura. ¿Por qué te importa tanto?

—Porque me importan las mujeres que vienen a mí, y me importas tú.

Asiente despacio. Después se acerca a mí, y hoy sí quiere que la toque. No es urgencia ni desesperación, es búsqueda de calma, de un lugar donde el exceso de su marido no exista, donde alguien le dé exactamente lo que necesita sin pedirle nada de más.

Cuando se va, vuelve la culpa, esa sensación de traición hacia Inés, me está matando cómo me siento después de estar con otras mujeres. Ya lo he hablado con ella, que es mi trabajo, pero eso se instala en el pecho y me cuesta sacarlo.

14 de junio

Daniela viene por la tarde. Se la ve distinta, hay rabia, un brillo en los ojos que me dice que está enfadada.

—Lo he pillado —dice nada más sentarse—. A Héctor. Enviando correos anónimos a mis clientes. Difamándome, diciendo que soy incompetente, que mis campañas las hacen otros, que me acuesto con mi jefe para conseguir proyectos.

—¿Cómo lo descubriste?

—Un cliente me reenvió uno de los correos preguntándome si era verdad. Reconocí las palabras que me dice Héctor en ese email, esas frases que usa. Es él, estoy completamente segura.

—¿Qué vas a hacer?

—Confrontarlo —dice con los puños apretados—. Esta noche, cuando llegue a casa, se lo voy a decir a la cara, y después voy a denunciarlo a la empresa.

—Daniela, espera. Si lo confrontas antes de tener pruebas sólidas, él lo negará todo y borrará las pruebas.

—Tengo los correos, tengo capturas de pantalla.

—¿Puedes rastrear la dirección de envío? —pregunto, y ella se queda callada, pensando.

—No, son cuentas anónimas, pero sé que es él.

—Saber no es probar —digo—. Necesitas más.

—¿Cómo qué?

Pienso en Vladimir, en lo que ya tiene sobre Héctor.

—Dame unos minutos —digo—. Tengo un amigo que trabaja en ciberseguridad. Puede rastrear esas cuentas anónimas hasta su origen.

—¿De verdad? —sus ojos se abren.

—De verdad, pero necesito que no hagas nada hasta entonces. Sigue actuando como siempre, que él no sospeche que lo sabes.

—Es difícil, Laura —confiesa—. Cada vez que lo miro, quiero gritarle, quiero decirle que es un miserable, un cobarde que no tiene

los huevos de competir limpiamente y tiene que destruir lo mío por la espalda.

—Lo sé, pero si esperas un poco, vas a poder destruirlo a él. Con pruebas, con datos, sin que pueda negarlo —afirmo.

Se queda pensativa, después asiente.

—Está bien, unos días, pero solo eso, Laura. No puedo seguir viviendo con un hombre que me sabotea mientras duermo a su lado.

Cuando se va, llamo a Vladimir.

—Héctor Prados —digo cuando descuelga—. Las cuentas anónimas desde las que envía los correos difamando a su mujer. Necesito que las rastrees hasta él.

—Ya lo hice con la información que me habías pasado —responde Vladimir, siempre tan eficiente—. Usó una VPN, pero fue descuidado. En dos de los correos se conectó desde el wifi de su propia casa. ¿Necesitas algo?

—Necesito un informe que pueda usar su mujer. Algo que pueda llevar a un abogado y que sea inapelable.

—Te lo mando en unos días.

—Bien. ¿Algo más sobre Acosta?

—Martín Acosta está en modo pánico. Ha contratado tres abogados para intentar frenar la difusión del artículo de Martina. Ha amenazado al periódico con una demanda millonaria, pero los abogados del medio dicen que está todo verificado. No tiene por dónde atacar.

—¿Y la policía?

—Han abierto una investigación formal. Van a citarlo seguro más pronto de lo que esperamos. Si todo va bien, le retirarán el pasaporte como medida cautelar, hasta que el juez pueda revisar todo y plantear el caso.

—Bien, al menos no huirá de España.

—No lo hará.

Voy a colgar, pero escucho a Vladimir hablar:

—Laura —dice—. Hay algo que quiero decirte.

—Dime.

—La inspectora. Inés. ¿Hasta dónde llega?

Me quedo en silencio, sin saber qué responder a eso.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—La investigación de Acosta. Trabaja en una comisaría que colabora con el caso. Si en algún momento conecta los puntos entre tú, la carpeta de Martina, la muerte de Roberto Maldonado, el fiscal…

—No va a conectarlos —digo, aunque no estoy convencida de eso.

—Es inspectora de policía, Laura. Está entrenada para conectar puntos. Y tú estás enamorada de ella, lo que te hace vulnerable.

La palabra enamorada sale de su boca como un diagnóstico. No lo niego porque no tiene sentido hacerlo.

—¿Me estás diciendo que la aleje? —pregunto, y mi voz es de enfado, porque no la alejaré.

—Te estoy diciendo que tengas cuidado. Lo que sientes por ella es real, pero lo que hacemos también lo es. Y si algún día esas dos realidades chocan, una de las dos tiene que ceder.

No respondo. Porque no sé qué decirle a eso, aunque sé lo que pensaría de todo esto mi mentora.

—Valeria estaría preocupada —digo.

—Valeria habría dicho exactamente lo mismo que yo —responde —. Ten cuidado.

Cuelgo porque no quiero escucharlo más, no quiero que me diga nada de Inés, de esa mujer que estoy empezando a conocer, no como Laura, sino como María.

Me sirvo una copa de vino y me siento en el sofá del apartamento. La lista de pecados sigue ahí, en mi cabeza. Dos resueltos de forma definitiva: el fiscal perezoso, el maltratador soberbio. Martín Acosta, la lujuria, está cayendo por la vía legal gracias a Martina. Héctor Prados, la envidia, caerá por las pruebas que Vladimir ha reunido.

Quedan Rodrigo, la avaricia de Claudia. Javier, la ira de Elena. Gonzalo, la gula de Pilar.

No todos necesitan morir. Algunos pueden caer de otras formas. Pero los que son peligrosos, los que suponen una amenaza real para las mujeres que protejo, esos no pueden quedarse impunes.

15 de junio

Inés viene al apartamento. Me mandó un *WhatsApp* diciendo si estaba libre y le respondí que sí, y ahora está en el salón del apartamento con dos cafés en la mano.

—Tengo una hora antes de entrar —dice—. He pensado que podía pasarla contigo.

—Podías haberme dicho y quedábamos en otro sitio —digo, cogiéndole el café.

—Quería sorprenderte —se encoge de hombros—. ¿Te molesta?

—No, tú nunca molestas.

Nos sentamos en el sofá, el mismo donde se sientan todas, pero con Inés es diferente. Con ella no hay servicio, no hay roles. Nos sentamos juntas, nuestras piernas tocándose, bebiendo café como dos personas que se gustan y que están aprendiendo a estar juntas.

—Vi lo de Martín Acosta en las noticias —dice—. La red de trata.

—Sí, horrible.

—¿Conoces el caso? —pregunta, mirándome.

—Solo lo que sale en la prensa —miento, y odio mentirle. Es la primera persona en mucho tiempo que me ha llamado por mi nombre real, y le miento.

—Es brutal —continúa—. Empresarios respetables financiando esclavitud sexual. A veces pienso que el mundo es peor de lo que imaginamos.

—A veces lo es.

—Pero luego pienso en lo que hiciste conmigo —me coge de la mano—. En cómo me escuchaste durante meses sin juzgarme, en

cómo me hiciste sentir que mi rabia contra el sistema era válida, y pienso que quizás el mundo también tiene cosas buenas.

Le aprieto la mano y la miro, porque me he dado cuenta de que me encanta observar a la mujer que tengo delante.

—Laura…

—María —corrijo con una sonrisa—. Cuando estemos solas, soy María.

—María —dice, y mi nombre en su boca sigue sonando maravilloso—. Quiero que sepas que esto, lo nuestro, es lo más real que me ha pasado en mucho tiempo.

—Para mí también.

Me besa, un beso suave, de café por las mañanas, de cotidianidad que estamos inventando juntas. Cuando se separa, me acaricia la cara.

—Tengo que irme —dice—. Pero este fin de semana, ¿puedo quedarme en tu casa? ¿Cocinar juntas, ver una película, dormir contigo?

—Sí —respondo—. A todo, sí.

Se va con un beso rápido en los labios. Cuando cierra la puerta, me quedo en el sofá con la sonrisa de una idiota. No me reconozco, y me gusta no reconocerme.

Capítulo 20

17 de junio

Carmen vuelve, la arquitecta. Llega relajada, como siempre, no hay dramas, no hay penas, solo una mujer adulta que sabe lo que quiere.

—He estado pensando —dice mientras nos vestimos—. Creo que voy a empezar a salir con gente. De verdad, no como esto.

—¿Y eso? —pregunto.

—Porque esto me ha ayudado a reconectar con mi cuerpo, con mi deseo. Ya no me da miedo la intimidad. Creo que estoy lista para intentarlo con alguien en serio.

—Me alegro de oír eso, Carmen.

—¿No te ofendes? ¿Porque deje de venir?

Cómo explicarle que me gusta esa idea, porque no seré yo quien tenga que poner fin a estos encuentros.

—Al contrario, es la mejor noticia que puedo recibir.

—Gracias por ser mi puente —dice—. Entre lo que era y lo que voy a ser.

—De nada, Carmen. Ha sido un placer.

Se va y yo sé que no volverá. Es como Patricia con Consuelo, como Isabel hace tantos años. Las que se van porque han encontrado lo que buscaban son mi mayor éxito.

19 de junio

Vladimir me envía el informe sobre Héctor Prados. Es completo: direcciones IP que coinciden con el wifi de su domicilio, horarios de envío que coinciden con las noches en las que Daniela dice que él se quedaba despierto «trabajando en el ordenador», capturas de las cuentas anónimas vinculadas a un correo de recuperación que contiene las iniciales H. P.

Es suficiente para un abogado, es suficiente para un juez y es suficiente para destruir a Héctor profesionalmente.

Llamo a Daniela para contarle.

—Tengo todo lo que necesitas —digo—. El informe que vincula las cuentas anónimas con Héctor.

—¿Es sólido? —pregunta nerviosa.

—Sí. Te lo mando por correo cifrado. Llévalo a un abogado laboral y a uno penal. Lo que está haciendo Héctor es constitutivo de varios delitos: calumnias, injurias, acoso laboral, puede que incluso violencia psicológica.

Daniela se queda en silencio un momento.

—Voy a hundirlo —dice, y su voz se oye nerviosa—. Va a saber lo que se siente cuando alguien destruye lo que has construido.

—Daniela, hazlo bien. Con abogados, con pruebas, por la vía legal.

—Tengo ganas de tirarle todo en la cara, pero te haré caso, iré por la vía legal.

—Es la que te va a dar resultados —respondo—. Confía en el proceso.

Tras colgar, pienso que Héctor Prados va a caer. La envidia tiene un precio, y él va a pagarlo.

21 de junio

Inés se queda en mi casa desde el viernes por la noche, como quedamos. Dos días de algo que se parece peligrosamente a una vida normal.

El viernes cocinamos juntas. Inés hace una receta de su madre, un pulpo a la feira que deja toda la cocina oliendo a pimentón. Yo la observo moverse entre los fogones con esa naturalidad y siento algo en el pecho: es una mujer que no actúa, que solo es ella. Yo hago una ensalada y abro una botella de vino que tenía guardada para una ocasión especial. Esta lo es.

Cenamos en el jardín, hablamos de todo, de esas cosas que solo dices cuando el vino baja la guardia. Me cuenta que de pequeña tenía un perro que se llamaba Capitán y que cuando murió, lloró durante una semana entera.

—Era un labrador —dice—. Enorme, mi padre decía que era más grande que yo. Quizá tenía razón.

Le cuento que mi madre vive en Asturias y que hace mucho tiempo que no la llamo, porque no sabe a qué me dedico y las conversaciones son cada vez más difíciles de sostener. Hay silencios

que las dos fingimos no notar, preguntas que ninguna hace porque las dos sabemos que las respuestas nos asustarían.

—¿Qué cree que hace? —pregunta Inés.

—Que soy consultora de empresas. Algo aburrido que no requiere muchas explicaciones.

—¿Y tu padre?

—Murió cuando yo tenía quince años, en un accidente de trabajo en la mina. Mi madre se quedó sola con tres hijos —respondo.

Inés deja la copa sobre la mesa y me mira.

—Lo siento.

—Fue hace mucho tiempo, pero creo que ahí empezó todo. La necesidad de controlar mi vida, de no depender de nadie, de ser yo quien ponga las reglas.

—Tiene sentido.

—¿El qué? —pregunto.

—Tú —dice—. Tú tienes sentido.

No sé por qué esa frase me deja sin palabras. Llevo más de veinte años construyendo una identidad que nadie termina de ver entera, y esta mujer, en dos palabras, lo condensa todo. No hay que decir nada.

El sábado nos quedamos en la cama hasta las once. Hacemos el amor por la mañana, despacio, sus manos recorriendo mi cuerpo como si tuviera todo el tiempo del mundo. No hay roles, no hay técnicas calculadas. Solo Inés y yo explorando nuestros cuerpos.

Cuando llego al orgasmo, lo hago con los ojos abiertos, mirándola, porque quiero que sepa que soy yo, solo yo, la que está aquí.

Después vamos al centro a comprar fruta y pan recién hecho. Inés me coge de la mano mientras caminamos por las calles, a plena luz del día, sin escondernos, sin mirar por encima del hombro. Hay algo en esto que me resulta abrumador. Llevo tantos años moviendo mi cuerpo en la sombra que no sé cómo comportarme a plena luz del día con alguien a mi lado a quien estoy empezando a amar.

—¿No te importa? —pregunto señalando nuestras manos unidas.

—¿Que la gente nos vea? No —dice encogiéndose de hombros—. Dejé de esconderme hace años. Soy policía, soy lesbiana, y si a alguien le molesta, que mire para otro lado.

Me gusta su valentía, me gustaría tener la mitad de la que tiene ella. Le aprieto la mano y seguimos caminando, y por unos minutos consigo no pensar en la lista, en Vladimir, en los nombres que tengo archivados en mi ordenador como expedientes por resolver. Por unos minutos solo existo aquí, en esta calle, agarrada de la mano de Inés.

Por la tarde cocinamos de nuevo. Esta vez sin receta, abriendo la nevera y la despensa para decidir sobre la marcha, e Inés descubre que tengo cuatro clases de mostaza distintas y me mira como si acabara de descubrir algún secreto.

—¿Cuatro? —pregunta señalándolas.

—Son para cosas distintas —respondo.

—¿Cuáles son las cosas distintas que requieren cuatro tipos de mostaza? —dice con curiosidad.

—La de Dijon es para las salsas, la antigua para los sándwiches, la picante para cuando quiero sentir que mis papilas gustativas se abren.

—¿Y la cuarta?

Miro el bote de mostaza al estragón que lleva años al fondo de la nevera y no tengo respuesta para eso.

—La cuarta fue un error de compra que nunca he tenido el valor de tirar —reconozco.

Inés se ríe, una risa real, que le sale del estómago, y me doy cuenta de que llevo dos días aprendiendo la geografía de su risa: la corta y afilada cuando algo la sorprende, la lenta y grave cuando algo la divierte realmente, la que guarda para ella cuando piensa que no la estoy mirando.

Después de cenar, nos vamos al sofá con una película a la que ninguna de las dos le presta atención. En algún momento ella apoya la cabeza en mi hombro y yo pongo mi mano en su rodilla y ninguna dice nada, porque no hace falta.

—¿Pienso demasiado? —pregunta a mitad de la película, sin venir a cuento.

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotras, sobre si esto tiene sentido, sobre si te estoy pidiendo algo que no puedes darme.

La miro. Tiene los ojos en la pantalla, pero no está viendo nada.

—Sí, piensas demasiado —digo—. Y yo también lo hago.

—¿Y eso quién lo soluciona?

—Ninguna, solo el tiempo nos dirá. Sé que es una respuesta de mierda, pero es la única que tengo por ahora.

Se gira para mirarme y en sus ojos hay algo que mezcla el miedo y el alivio.

El domingo por la tarde, antes de irse, estamos en la terraza y me mira con esa seriedad que pone cuando va a decir algo importante. He aprendido a reconocer esa expresión: los hombros un poco más rectos, la mandíbula ligeramente tensa, los ojos que buscan los míos antes de hablar como si quisiera asegurarse de que estoy prestando atención.

—María, quiero preguntarte algo, y necesito que seas honesta.

—Siempre lo soy contigo —respondo, aunque sé que no es del todo verdad.

Ella lo sabe también. Hay cosas que no le he contado, nombres que no puede conocer, decisiones que he tomado en noches oscuras que nunca le contaré, pero todo lo debo cargar yo, no ella.

—¿Vas a seguir con tu trabajo?

La pregunta llega, claro que iba a llegar. No me pide que lo deje, no hay un ultimátum, no hay resentimiento contenido, como he visto en otras conversaciones cuando algunas mujeres hablan de sus maridos. Solo una pregunta directa que requiere una respuesta directa, y eso, de algún modo, lo hace más difícil.

—No lo sé —admito—. Es lo que llevo haciendo toda mi vida, es lo que sé hacer y esas mujeres me necesitan.

Inés asiente despacio y no hay decepción en su cara, tampoco resignación. Sé que realmente me escucha, no está pensando en

qué contestar antes de que yo termine.

—Lo sé, y no te estoy pidiendo que lo dejes. Solo necesito saber si cuando estás conmigo eres tú realmente. Sí, lo nuestro es diferente de lo que tienes con ellas.

Pienso en las noches que he pasado con otras mujeres después de conocer a Inés, en cómo algo ha ido cambiando, en cómo mi cuerpo cumple, pero mi cabeza se ha ido quedando cada vez más en otro sitio. En ella. En su pelo suelto sobre mi almohada, en el sonido de su respiración cuando duerme, en la forma en que dice mi nombre real como si llevara años sabiéndolo.

—Ya es diferente, Inés. Lo sabes.

—Lo sé —sonríe—. Solo necesitaba oírtelo decir —confiesa.

La beso, lo hago con todo lo que soy, con María y con Laura, porque ambas la quieren, aunque solo una lo sepa decir todavía. El beso sabe a promesa, y eso me aterra.

Se va al anochecer. Me quedo en la puerta mirando cómo arranca el coche y sale de la finca. Cuando sale, acciono el mando para que la puerta se cierre y no soy capaz de entrar porque todo me va a recordar a ella.

Pienso en Valeria Montenegro, en su advertencia incluso antes de morir: «No te encariñes, es la primera regla». Me pregunto qué diría si me viera de pie en la puerta de mi casa, tratando de entender lo que es desear que alguien regrese.

Pienso en las mujeres de mi lista. En Sofía, que prepara su huida, en Elena, de la que hace demasiado que no sé de ella, en Claudia,

que está firmando papeles para recuperar su vida. Mujeres en mitad de algo, igual que yo.

Pero también pienso en lo demás, en la lista de esos hombres, en Vladimir y en las decisiones que tomamos en las sombras para que esas mujeres puedan seguir existiendo, y me pregunto qué haría Inés si lo supiera. Si la inspectora que lucha todos los días porque el sistema funcione se quedara a mi lado, sabiendo que yo he operado exactamente fuera de él.

No tengo respuesta. Solo tengo el recuerdo de sus manos y el conocimiento de que acabo de dejar entrar a alguien en un sitio que lleva años cerrado con llave.

Entro en la casa y me dejo caer en el sofá, no sé cuánto tiempo estoy así. Es el sonido de mi móvil el que me hace salir del trance y mirarlo.

Inés: He llegado. Gracias por el fin de semana, por todo.

Me quedo mirando el mensaje durante un momento, buscando la respuesta correcta. No hay ninguna, así que escribo lo que siento, la verdad.

Yo: Vuelve cuando quieras. Esta casa es tuya.

Envío el mensaje y me pongo de pie para ir a mi habitación, pero me quedo a medio camino y apoyo la espalda en la pared, notando el silencio que ella acaba de dejar.

Esto es real, esto que siento es mío, y tengo un miedo atroz de perderlo, pero también me cuestiono si lo merezco.

Capítulo 21

23 de junio

Noche de San Juan y estoy en el apartamento cuando suena el teléfono.

Es Elena y el corazón se me detiene.

—Laura —su voz es apenas un susurro—. Necesito ayuda.

—¿Dónde estás? —pregunto poniéndome de pie.

—En mi coche, aparcada cerca de tu apartamento. No sé adónde ir, no puedo estar en ningún sitio.

—Sube a casa.

Tres minutos después, Elena está en mi puerta. Tiene un ojo morado, el labio partido, los brazos llenos de marcas. Pero lo que me hiela la sangre no son los golpes visibles, sino cómo camina, despacio, encorvada, sujetándose el costado izquierdo como si algo estuviera roto por dentro.

—Elena, Dios mío…

—No llames a nadie —me pide entrando—. Todavía no, necesito sentarme, necesito respirar.

La ayudo a llegar al sofá. Le quito la chaqueta con cuidado, y cuando levanto su camiseta, veo los hematomas en las costillas. Son enormes, morados y negros; algunos parecen recientes.

—¿Cuándo? —pregunto.

—Hoy —dice—. Hace tres horas, estaba celebrando, llegó a casa borracho y empezó otra vez.

—Tienes que ir a un hospital, Elena. Puede que tengas alguna costilla rota.

—Después. Primero necesito contártelo, necesito que alguien sepa lo que pasó, que la culpa no es mía.

Espero, aunque cada fibra de mi cuerpo quiere coger el teléfono y llamar a Vladimir.

—Llegó borracho de una cena con amigos —empieza—. Yo estaba en casa viendo la televisión, y nada más entrar empezó a gritar. Que la casa estaba sucia, que no había comida preparada, que para qué servía una esposa que no hacía nada.

—Elena…

—Le contesté —su voz se quiebra—. Le contesté que estaba harta, que no era su criada, que quería el divorcio. No sé de dónde saqué el valor, quizá porque llevaba meses soportando palizas guardándomelo, quizá porque me acordé de lo que tú me dijiste, que las amenazas de muerte siempre son en serio.

—¿Y qué hizo? —pregunto, aunque sé que es algo absurdo, se puede ver en su cuerpo lo que hizo.

—Lo que siempre hace cuando pierde el control. Me empujó contra la pared, me dio puñetazos en las costillas, uno tras otro, mientras me decía que yo no era nadie sin él, que a dónde iba a ir, que, si lo dejaba, me mataría.

Las manos me tiemblan de rabia. Aprieto los puños contra mis rodillas para que Elena no lo vea.

—Después me tiró al suelo y me dio una patada —dice tocándose el costado—. Aquí, y entonces paró…

Su voz se quiebra y las lágrimas salen sin control. Me imagino lo que vino después, pero necesito escucharlo de su voz.

—¿Qué pasó, Elena?

—Me violó, mientras me decía que yo era de él y de nadie más. Que iba a tener que aprender a base de golpes quién mandaba en esa casa, que era una puta y merecía ser tratada así…

La rabia me consume, quiero matar a ese hombre con mis propias manos, pero ahora mismo lo único que debe importarme es Elena.

—Sabes que no eres nada de eso.

—No lo tengo tan claro, Laura. Quizá yo…

—No, Elena, nadie merece esto. ¿Él dónde está? —pregunto.

—Se quedó dormido. Yo me levanté como pude, cogí las llaves de mi coche, mi bolso, y me fui. No sé adónde ir, Laura, no tengo a nadie. Mi familia vive en Sevilla, mis amigos no saben de esto. Tú eres la única que sabe.

—Te vas a quedar aquí —respondo—. Esta noche y las que necesites.

—No puedo, si Javier se despierta y ve que no estoy…

—Elena, mírame —digo, y mi voz es más dura de lo habitual—. No vas a volver a esa casa. Nunca más. ¿Me oyes?

Me mira con las lágrimas resbalando por su rostro, pero veo algo en su expresión: alivio.

—¿En serio puedo quedarme?

—De verdad, Elena.

La llevo al dormitorio, la ayudo a tumbarse. Le doy un analgésico y un vaso de agua. Cuando se queda medio dormida, cierro la puerta con cuidado y voy al salón.

Cojo el móvil y llamo a Vladimir.

—Dime —dice, nada más descolgar.

—Javier, el marido de Elena. Ha vuelto a pegarle, esta vez fue mucho peor, probablemente alguna costilla rota; tiene hematomas por todo el cuerpo. Ella está aquí, en el apartamento.

—¿Qué necesitas? —pregunta.

—Primero, un médico de confianza que venga a examinarla aquí. Segundo, documentar todas las lesiones con fotos, informe médico. Que sea legalmente válido.

—¿Y tercero? —pregunta, porque sabe que siempre hay un tercero.

Respiro hondo. Pienso en Elena, en las marcas de su cuerpo, en cómo ha venido sujetándose el costado, en la amenaza de muerte que Javier le repite cada vez que pierde el control.

—Tercero, quiero que vigiles a Javier desde ya. Veinticuatro horas. Quiero saber dónde está en cada momento, quiero saber si se acerca a este apartamento, quiero saber si da un solo paso en dirección a Elena.

—¿Y si lo hace?

—Si se acerca a ella, si la busca, si la amenaza… actúa.

El silencio se hace en la línea.

—Entiendo —dice Vladimir—. El médico estará ahí en una hora. Necesito que le quites el teléfono y me lo des, él intentará localizarla.

—De acuerdo.

Me siento en el sofá y cierro los ojos. Puedo escuchar los petardos, las risas, la música, Madrid celebra mientras Elena duerme en la cama con el cuerpo amoratado y las costillas posiblemente rotas. Lo peor es que no solo le ha roto eso, sino a ella como mujer.

Ira. El pecado de Javier sigue ahí, ardiendo, destruyendo. Pero esta vez Elena ha elegido. Ha salido por la puerta, ha venido aquí, y yo voy a protegerla, cueste lo que me cueste.

24 de junio

El médico vino a las dos de la madrugada. Se llama Salazar, un hombre mayor con ojos que han visto demasiado. Examinó a Elena con cuidado, documentó cada lesión, tomó fotografías de todo.

—Dos costillas fisuradas —dijo después de revisarla—. No están rotas por suerte. Hematomas extensos en el torso y en los brazos. El ojo tiene una contusión superficial, sin daño ocular. El labio necesita puntos y después está el desgarro vaginal.

—¿La llevo al hospital? —pregunté.

—No es necesario si se queda en reposo. Yo ahora le pondré los puntos en el labio y le dejaré también analgésicos y

antiinflamatorios. Que descanse, que no haga ningún esfuerzo. Si siente dificultad para respirar, fiebre o dolor agudo, entonces sí la llevas al hospital inmediatamente.

El doctor se fue dejando un informe médico completo, firmado, sellado, con fecha y hora. Un documento legalmente válido que puede usarse en una denuncia.

Esta mañana Elena se despierta desorientada, tarda unos segundos en recordar dónde está. Cuando me ve sentada en la silla junto a la cama, respira como si se sintiera segura.

—No fue un sueño —dice—. Me fui de verdad.

—Realmente te has ido.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

—Ahora desayunas, descansas, y cuando estés lista, hablamos de lo que viene.

Le preparo el desayuno. Tostadas, zumo y café. Comemos en silencio, ella sentada en la cama con cuidado por las costillas, yo en la silla. Cuando termina, me mira.

—Quiero denunciar —dice.

Las palabras me pillan por sorpresa. Elena, que durante meses se negó a denunciar, que se culpaba de todo, que decía que los maridos no pueden violar a sus esposas. Ahora me está diciendo que quiere denunciar.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Anoche, mientras conducía hasta aquí, pensé que, si no hacía algo, la próxima vez me mataría. No exagero, Laura, lo vi en sus ojos; la próxima no se detendrá.

—Lo sé, Elena —digo.

—Tengo el informe médico que hizo el doctor anoche. ¿Es válido para la denuncia?

—Completamente válido.

—Entonces quiero denunciar hoy. Ahora —dice.

—Voy contigo, pero antes tienes que darme el móvil, después de esto intentará localizarte.

—Estoy segura de que lo hará —dice entregándomelo.

Al mirarlo veo que lo tiene apagado, pero para un hombre como Javier eso no es suficiente, lo puede localizar de alguna otra manera.

—Hay algo más —digo antes de salir—. Necesitas una abogada. Una buena, una que sepa llevar estos casos y que no le tiemble el pulso.

—No conozco a nadie, Laura. Estoy sola.

Pienso en Valeria, ella que lucha contra el sistema que conoce de memoria. Es la mejor opción, quizá la única que puede manejar un caso como el de Elena con la agresividad legal que requiere, pero también es mi clienta, y mezclar esos mundos me da vértigo.

Lo pienso durante unos segundos, mientras Elena me mira esperando.

—Conozco a alguien —digo—. Se llama Valeria, es penalista, una de las mejores que he conocido. Deja que la llame.

—¿Confías en ella?

—Por supuesto.

Marco el número de Valeria. Son las ocho de la mañana y sé que ya estará despierta.

—Laura —dice al descolgar—. ¿Ha pasado algo? Jamás me has llamado.

—Necesito un favor. Uno grande.

—Dime —responde sin dudar.

—Tengo a una mujer conmigo, se llama Elena. Su marido le ha maltratado durante años, la última casi la mata. Anoche vino con las costillas fisuradas, hematomas por todo el cuerpo y un desgarro vaginal. Hay un informe médico completo y quiere denunciarlo hoy —cuento de corrido.

El silencio al otro lado dura solo un segundo.

—¿Dónde estáis?

—En el apartamento, en Malasaña —respondo.

—Dile que la represento, totalmente gratuito, no debe preocuparse por el dinero. Que vaya a comisaría a poner la denuncia con el informe y que me llame al salir. Esta tarde tengo un hueco, la veré en mi despacho para preparar la estrategia.

—Gracias, Valeria.

—No me las des. Para eso me hice abogada —dice y cuelga.

Tienes abogada. Se llama Valeria, llevará tu caso totalmente gratis, dice que vayas a denunciar con el informe y que la llames al salir. Elena me mira como si acabara de lanzarle un salvavidas en medio de un océano.

Antes de ir a la comisaría, hago una última llamada.

—Vladimir, ¿dónde está Javier?

—En su casa. Se despertó hace una hora, está nervioso, dando vueltas. Creemos que está llamando a Elena.

—No lo pierdas de vista, por favor —pido.

—No lo haremos.

Llevo a Elena a la comisaría de Malasaña. La acompaño hasta la puerta, pero ella entra sola. No quiere que la vean conmigo, no quiere tener que explicar quién soy, y lo entiendo.

Espero fuera, en un banco de la calle, durante tres horas. En ese tiempo Vladimir llega para coger el móvil.

—¿Qué vas a hacer con él? —pregunto.

—Quitaré la tarjeta de Elena para ponerla en otro móvil y ver que es lo que hace Javier al respecto, seguro intentará seguir poniéndose en contacto, cualquier cosa puede ser una prueba después para Elena.

—Perfecto —respondo.

Vladimir simplemente asiente y desaparece, sigilosamente como todo lo que hace.

Cuando sale Elena, tiene los ojos hinchados, pero se le ve fuerte.

—Está hecho —dice—. He denunciado, me han tomado declaración y han cogido el informe médico y las fotos del doctor. Están tramitando una orden de alejamiento, van a ir a buscarlo.

—¿Te han dado algo? ¿Un teléfono de atención, un protocolo?

—Todo, y me han pedido que busque un lugar seguro mientras se tramita su detención para declarar y la orden de alejamiento.

—Tienes mi apartamento, el tiempo que necesites —afirmo.

—He llamado a Valeria al salir —añade—. Me ha citado a las cinco en su despacho. Ha sido… su voz por teléfono, Laura, no sé explicarlo, me ha dicho que no estaba sola, que ella se encargaba, y la he creído. No me conoce de nada, y la he creído.

Elena me abraza en la calle, delante de la comisaría, a plena luz del día. La gente pasa sin mirar, cada uno en su mundo, pero para ella, este abrazo es el primero hacia la libertad.

—Gracias —susurra—. Por no rendirte conmigo.

—Nunca me rendiré —respondo.

Cuando suelta mi agarre sujeto su cara.

—Necesito que me entregues el móvil, es lo mejor después de la denuncia, puede localizarte.

Volvemos al apartamento. La instalo en el dormitorio con todo lo que necesita: ropa limpia, comida, medicinas, el mando de la televisión. Elena se queda dormida a los diez minutos, el agotamiento de meses, de años, por fin se suelta.

Mientras duerme, me siento en el salón y actualizo el archivo de Javier. La denuncia está puesta, la orden de alejamiento en trámite, si el sistema funciona, Javier será detenido en las próximas horas. Siempre que el sistema funcione. Pero yo no confío en el sistema.

Llamo de nuevo a Vladimir.

—La denuncia está puesta. La orden de alejamiento está en trámite, necesito que lo sigas vigilando, si se acerca al apartamento, si descubre dónde está Elena…

—No lo descubrirá —asegura—. Y si lo intenta, no llegará.

—Bien.

Capítulo 22

27 de junio

Dos días después de la demanda, Vladimir me informa de que Javier se ha enterado de la denuncia pocas horas después, ya que tiene contactos en la policía y saben que lo están buscando. Ha reaccionado como era de esperar.

—Estaba furioso —dice Vladimir—. Rompió cosas en la casa, después supimos que llamó a un abogado porque abandonó la casa. Luego se fue a un bar y bebió hasta la madrugada.

—¿Hizo algo más?

—Envió mensajes a Elena. Al menos unos veinte, van desde las súplicas hasta las amenazas. Los tenemos todos registrados.

—Menos mal que Elena no los puede ver.

—Laura, hay algo más. Anoche, después de emborracharse, fue a la casa de ambos, y se puso a gritar en la puerta, diciendo que sabía que estaba ahí dentro y que abriera. Estaba fuera de sí; es su casa, tiene llaves, pero no las usaba.

—¿Y?

—Cuando nadie abrió, le dio una patada a la puerta y entró. Registró toda la casa buscándola, cuando vio que no estaba, la destrozó más de lo que estaba: muebles, cristales, todo.

—¿Algún vecino llamó a la policía?

—Sí. Una patrulla fue a las cuatro de la mañana, pero Javier se había ido; se está escondiendo. Los vecinos declararon y la policía levantó acta.

—Ese hombre no se va a rendir hasta encontrarla —digo.

—Exacto, puedo decirle a la policía dónde está.

Me quedo en silencio pensando, Javier se está destruyendo a sí mismo, su ira lo está consumiendo y lo va a arrastrar a cometer más delitos. Si sigue así, acabará en la cárcel sin que yo tenga que hacer nada.

Los hombres como Javier no siempre siguen un camino predecible. A veces, cuando sienten que lo han perdido todo, hacen algo desesperado, irreversible.

—Todavía no, pero mantenlo vigilado —digo.

—Perfecto.

Elena sigue en mi apartamento. Lleva tres días, y cada día está un poco mejor, las costillas siguen doliendo, pero ya camina erguida, el moretón del ojo va cambiando de color, del morado al amarillo. Hoy me ha pedido que le traiga ropa limpia de una tienda cercana, porque no quiere volver a su casa a buscar nada.

—No quiero nada de esa casa —dijo—. Nada que me recuerde a él.

Lo que Elena no sabe es que nunca la dejaría ir a esa casa, y menos para buscar ropa.

Por la tarde, Elena está durmiendo, con los analgésicos duerme bastante. Yo aprovecho para cancelar citas que tenía concertadas,

no quiero ver a nadie, mi prioridad ahora es ella.

Una hora después me llama Vladimir.

—Laura, Javier está intentando localizarla. Ha contactado con un amigo informático; le ha pedido que rastree el teléfono de Elena.

—Lo tienes tú, y está apagado.

—El problema es que Javier es persistente, y si averigua la última llamada que hizo, le dará la ubicación del repetidor cercano al apartamento. También está preguntando por los lugares que frecuentaba Elena. Va a ir a por ella.

—¿Sabe de mí? —pregunto preocupada.

—No lo creo. Elena nunca le dijo tu dirección, pero si sigue buscando, podría dar conmigo o con alguien que lo lleve hasta ti. No es difícil.

—Hay que pararlo —digo.

—¿Cómo lo hacemos?

Me quedo pensando. Hay dos opciones. La legal: informar a la policía de dónde está para que lo detengan. Puede funcionar, pero el sistema es lento y Javier es rápido. La otra opción es más directa, pero definitiva.

—Avisa a la policía —le pido—. Da su paradero y, si se mueve, vuelve a notificarlo.

—¿Y si la policía no es suficiente?

Pienso en Elena, dormida en la habitación con las costillas fisuradas. Pienso en sus ojos cuando llegó la noche de San Juan, el miedo de una mujer que sabe que su marido puede matarla.

—Si no es suficiente, actuaremos —digo—. Pero démosle una oportunidad al sistema.

Pienso en Inés, en lo que pensaría si se entera. Si hago algo ahora fuera de la ley y ella se entera.

—Entendido. Contacto con la policía de forma anónima.

—Hazlo ya —ordeno.

Me quedo de pie en el salón, mirando la puerta cerrada del dormitorio donde Elena duerme, nunca me había costado tanto escoger el camino legal, pero la realidad es que lo hago por Inés. Por lo que estamos construyendo, por la promesa que le hice, sin palabras, de que lo nuestro sería limpio.

29 de junio

Vladimir me informa de que Javier fue detenido ayer por la noche. Pasará al menos setenta y dos horas en el calabozo antes de que el juez decida si lo deja en libertad con medidas cautelares o lo manda a prisión preventiva.

—Han detenido a Javier —informo a Elena mientras desayunamos.

—¿Está detenido? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—Sí. La policía lo detuvo anoche.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta entrecerrando los ojos.

—Tengo contactos.

No pregunta más. Quizá no quiere saber, quizás intuye que hay partes de mi vida que es mejor no explorar, en cualquier caso, lo que

sé es que ahora Elena puede respirar tranquila, su agresor está por ahora detenido.

—¿Qué va a pasar? —pregunta.

—Depende del juez, pero con todo lo que hay, con la denuncia y el informe médico, es difícil que lo dejen libre sin más.

Elena se queda mirando su taza de café durante un rato.

—¿Sabes cuánto tiempo llevo soñando con este momento? —dice —. Con el momento en que él no pudiera hacerme daño. Siempre pensé que llegaría cuando yo estuviera muerta, no cuando él estuviera detenido.

—Estás viva, Elena, estás aquí, y él no puede tocarte.

—Gracias —susurra—. Por no rendirte conmigo, cuando vine a despedirme, cuando dije que era mi culpa, tú no me dejaste ir del todo. Siempre dejaste la puerta abierta.

—Siempre estará abierta —afirmo.

30 de junio

Último día del mes.

Hago balance, como cada mes, sentada en el sofá de mi casa de Aravaca con una copa de vino.

Claudia tiene abogada y está preparando el divorcio de Rodrigo. Sofía descubrió la verdad sobre Martín y va a destruirlo legalmente, Elena por fin denunció a Javier; está en mi apartamento, recuperándose, renaciendo. Pilar sigue atrapada con Gonzalo y su gula insaciable, pero empieza a abrir los ojos. Daniela tiene las pruebas para destruir la carrera de Héctor y su envidia corrosiva.

Patricia está enamorada de Consuelo, Rosa sigue descubriéndose, Marta sigue explorando, Lucía sigue viniendo sin dramas, Verónica está en Grecia con su mujer celebrando veinte años de amor, Julia sigue salvando vidas y necesitando que alguien salve la suya, Valeria busca el control que se merece y Carmen se fue a buscar el amor y no va a volver, y eso me hace sonreír.

Martina publicó su artículo y el mundo tembló. La policía investiga, los nombres caen, las máscaras se rompen, pero estoy tranquila, porque Vladimir la protege y lo hará hasta que todo termine.

Los siete pecados: soberbia y pereza resueltos de forma definitiva. La lujuria cayendo por la vía penal, la ira detenida por ahora, la envidia a punto de ser expuesta. Quedan la avaricia y la gula, Rodrigo y Gonzalo, esperando su turno.

Después está Inés. La mujer que me llama por mi nombre real, que cocina pulpo a la feira en mi cocina, que duerme en mi cama y me hace sentir que quizás no estoy destinada a la soledad.

Le escribo un mensaje:

Yo: ¿Cenas conmigo mañana? Cocino yo.

Inés: Yo también puedo cocinar. ¿Qué hacemos?

Yo: Lo que sea, mientras estés tú.

Inés: Siempre estaré. Buenas noches, María.

Yo: Buenas noches, Inés.

Dejo el móvil y pienso en ella, en su sonrisa, en su pelo suelto, en cómo dice mi nombre como si fuera algo valioso.

Ahora tengo algo que perder, y eso me aterra, pero también me hace sentir viva.

Capítulo 23

1 de julio

En julio, el calor es sofocante, convirtiendo las calles de Madrid en un horno donde la gente camina buscando la sombra. Por suerte, hay aire acondicionado tanto en mi casa de Aravaca como en el apartamento de Malasaña.

Elena sigue allí, lleva ya una semana y cada día se parece menos a la mujer que llegó la noche de San Juan sujetándose el costado. Los moratones siguen ahí, cambiando de color como un mapa que se va borrando, pero ella ya camina erguida, ya come con apetito, ya se permite sonreír cuando algo le hace gracia en la televisión.

Cuando llego al apartamento con las bolsas de la compra, la encuentro en el sofá con un cuaderno en la mano. Está escribiendo.

—¿Qué haces? —pregunto dejando las bolsas en la cocina.

—Escribo —dice sin levantar la vista—. Todo lo que recuerdo. Cada vez que me pegó, cada insulto, cada amenaza. Valeria me dijo que hiciera un diario, que pusiera fechas, lugares, detalles. Que todo sirve.

—Valeria sabe lo que hace.

—Es increíble, Laura —me mira y hay algo en sus ojos que no había visto, un brillo que no es solo gratitud, sino admiración—. La

primera reunión, como sabes, duró tres horas; no me interrumpió ni una vez. Me escuchó, tomó notas, me hizo preguntas, pero sin presionarme. Cuando terminé de contarle todo, me miró y dijo: «Esto no va a volver a pasarte. Te lo prometo».

Me alegra que Elena empiece a contarme las cosas, se había cerrado, creo que le dolía demasiado volver a recordar otra vez. Cuando salió del despacho solo me dijo: «Todo está bien». Y después el silencio, y lo he respetado.

—¿Y le creíste?

—Sí —dice sonriendo—. Tiene algo, una fuerza que no he visto en nadie. Cuando habla, parece que el mundo entero tuviera que escucharla. Me dijo que mi caso es sólido, que Javier va a ir a prisión, y la forma en que lo dijo, Laura, no era una esperanza, era un hecho.

Conozco esa faceta de Valeria, la determinación que tiene cuando se enfrenta a cada caso, la misma con la que me controla cuando está en este apartamento. Solo que con Elena la está usando para protegerla, para luchar, para dar voz a alguien que lleva años en silencio.

—Me llama cada día —continúa Elena—. Solo dos minutos, para preguntarme cómo estoy, si necesito algo, si he recordado algún detalle más. Nunca nadie se ha preocupado así por mí, salvo tú. Ni siquiera Javier cuando éramos felices, o cuando yo creía que lo éramos.

Algo en la forma en que Elena habla de Valeria me llama la atención, no es solo gratitud porque lleve su caso. Hay admiración,

hay algo que se parece al asombro de descubrir que existen personas en el mundo capaces de cuidarte sin pedir nada a cambio.

No digo nada, pero me lo guardo.

3 de julio

Inés viene a cenar a mi casa. Hemos establecido una rutina sin darnos cuenta: los miércoles y los fines de semana, cuando su turno se lo permite. A veces me quedo esperándola con la cena hecha y una botella de vino abierta, y cuando suena el timbre es como si algo dentro de mí se abriera, como cuando alguien abre una ventana de una habitación que lleva demasiados años cerrada.

Hoy llega con una bolsa de plástico y sonriendo.

—He traído helado —anuncia—. De pistacho y otro de chocolate.

—¿Los dos?

—No podía decidirme, así que compré los dos. No juzgues.

—Nunca juzgo —digo, y las dos nos reímos.

Cenamos en la terraza. He preparado algo sencillo: salmón a la plancha con verduras asadas y una ensalada de aguacate y tomate.

—¿Cómo está Elena? —pregunta.

Le conté lo de Elena, no todo, pero lo suficiente. Le dije que una amiga estaba pasando por una situación de violencia de género y que se estaba quedando en el apartamento mientras se recuperaba. No le dije que era una clienta, no le dije los detalles, pero Inés es inspectora y sabe leer entre líneas.

—Mejor —respondo—. Está escribiendo todo lo que recuerda se lo ha pedido su abogada. Él tiene una orden de alejamiento, aunque lo han metido en la cárcel a la espera del juicio.

—¿Necesitas que haga algo? —pregunta.

—No. Ella está bien, y él, preso. Pero gracias.

Inés asiente. No insiste, no presiona. Es una de las cosas que más me gustan de ella: sabe cuándo parar. En su trabajo se enfrenta a gente que no para, que empuja, que cruza líneas, quizá por eso ella ha aprendido a respetar las de los demás.

Después de cenar nos sentamos juntas en el sofá que tengo en la terraza. Inés apoya la cabeza en mi hombro y yo le paso el brazo por detrás de la cintura.

—María —dice mi nombre y sigue siendo como una llave que abre algo dentro de mí—. Necesito contarte algo.

—Dime.

—Hoy estuve mirando el caso de Martín Acosta. El empresario del artículo de la periodista.

Se me tensa el cuerpo, pero intento que no lo note.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque mi comisaría está colaborando con la investigación. Nos han pedido apoyo para rastrear algunas conexiones bancarias. Es un caso enorme, hay ramificaciones por toda Europa.

—¿Y tú estás en el equipo? —pregunto con curiosidad.

—No directamente, pero veo cosas y lo que he podido leer me revuelve el estómago.

Nos quedamos en silencio un rato.

—¿Sabes qué es lo que más me frustra? —dice—. Que hombres como Acosta llevan años haciendo esto a la vista de todos. Viajan, gastan dinero, frecuentan ciertos lugares, y nadie pregunta, nadie investiga, hasta que una periodista valiente lo publica.

Pienso en Martina. En su coraje, en las amenazas que recibe, en Vladimir protegiéndola desde las sombras. Pienso en cómo nada de esto habría salido a la luz si Martina no hubiera decidido arriesgar su vida por la verdad.

—A veces la justicia llega por caminos inesperados —digo, repitiendo las palabras que una vez dije.

Inés levanta la cabeza de mi hombro para mirarme.

—Eso mismo dijiste la otra vez. ¿Lo crees de verdad?

—Sí —respondo.

Me besa. Un beso que sabe a vino y a algo que todavía no me atrevo a nombrar. Cuando se separa, pone su mano en mi mejilla.

—Eres un misterio, María Belmont —dice.

—¿Eso es bueno o malo?

—Es fascinante —responde—. Pero a veces me asusta lo que no sé de ti.

—Lo que no sabes de mí no cambia lo que siento por ti.

Me mira durante un rato, como si estuviera buscando algo en mis ojos. Lo que encuentre espero que sea suficiente, porque hay muchas cosas que tienen que quedarse en las sombras donde pertenecen.

—Lo sé —susurra—. Lo sé.

Subimos a la habitación. Hacemos el amor despacio, sus manos recorren mi cuerpo con una delicadeza que me hace estremecer. Cuando llego al orgasmo, lo hago susurrando su nombre, y cuando ella llega al suyo, se aferra a mí como si tuviera miedo de caer.

Antes de que el sueño me venza, la miro dormir y pienso que Valeria Montenegro se equivocaba. Enamorarse no es lo peor que puede pasar. Lo peor es no hacerlo y llegar al final sin haber sentido esto.

5 de julio

Daniela me llama por la mañana. Está nerviosa, lo noto en la respiración antes de que diga una sola palabra.

—Lo hice —dice—. Ayer. Presenté todo.

—¿A la empresa?

—A la empresa y a mi abogado. Llevé el informe completo, los correos rastreados, las capturas, todo. Mi abogado dice que hay caso penal por calumnias y acoso laboral y la empresa ha abierto una investigación interna, Héctor está suspendido de empleo mientras investigan.

—¿Cómo reaccionó él? —pregunto preocupada.

—No lo sé todavía. No lo he visto desde ayer por la mañana, cuando Recursos Humanos lo llamó a una reunión. Me imagino que se enteró en ese momento, pero no ha vuelto a casa, no me ha llamado, no me ha escrito. Hay un silencio absoluto por su parte.

Ese silencio me preocupa más que los gritos.

—Daniela, ten cuidado —le pido—. Los hombres como él no se quedan callados por aceptación; se quedan callados porque están planeando algo.

—¿Qué puede hacer? Las pruebas son aplastantes.

—No hablo de lo legal. Hablo de ti, de lo que puede hacer cuando se sienta acorralado.

Hay silencio al otro lado de la línea.

—¿Crees que pueda ser peligroso? —pregunta, y por primera vez escucho miedo en su voz.

—No lo sé, pero quiero que estés alerta. Si notas algo raro, si él aparece enfadado, si te sientes insegura por alguna razón, llámame inmediatamente.

—Vale —dice—. Laura, gracias. Sin esas pruebas no habría podido hacer nada. Mi abogado dice que son irrefutables.

—Me alegro por ti, Daniela. Ahora solo ten cuidado.

—Lo tendré —asegura.

Cuelgo y llamo a Vladimir.

—Héctor Prados. Lo han suspendido de empleo y sueldo. Daniela presentó las pruebas.

—Lo tenemos vigilado —responde—. Le han retirado el acceso a los sistemas y al edificio. Salió de la reunión con Recursos Humanos blanco como la pared. Después fue a un bar, estuvo dos horas bebiendo solo, y luego se fue a un hotel, cuatro estrellas en Chamberí. Lleva ahí desde anoche.

—¿Está tranquilo?

—Aparentemente, pero ha hecho tres llamadas a un número que estamos identificando. No es un abogado, no es un familiar, estamos investigando para saberlo.

—Vale.

Me quedo pensando en la envidia, en cómo es el más silencioso de los pecados. No estalla como la ira de Javier ni se exhibe como la soberbia de Roberto. La envidia corroe desde dentro, despacio, sin hacer ruido, hasta que lo que queda es un hombre hueco que solo sabe destruir lo que otros construyen.

Capítulo 24

7 de julio

Claudia viene al apartamento. Elena ha ido a la abogada, así que tengo el espacio libre. Cuando abro la puerta, veo que Claudia ha cambiado. Lleva el pelo diferente, más corto, ahora le hace parecer más joven, y los ojos ya no están apagados.

—Te cortaste el pelo —digo.

—¿Te gusta? —pregunta pasándose la mano por la nuca.

—Mucho.

—Me lo corté ayer —dice entrando—. Fui a una peluquería sola, sin preguntar a nadie, sin pedir permiso. Le dije que quería un cambio y la estilista hizo esto.

—Es un gran paso.

—Uno de muchos —se sienta en el sofá—. Laura, le he dicho a Rodrigo que quiero el divorcio.

El mundo se detiene por un segundo.

—¿Cuándo?

—Anoche. Después de cenar. Él estaba mirando el móvil, como siempre, y yo estaba sentada mirándolo y pensé: llevo demasiado tiempo cenando con un hombre que no me mira, siendo invisible. Y

algo se rompió dentro de mí, pero no como las otras veces, sentí que esta vez tenía que actuar.

—¿Qué le dijiste exactamente? —pregunto.

—Le dije: «Rodrigo, quiero el divorcio». Así, directo. Sin rodeos, sin excusas, sin lágrimas, y él levantó la vista del móvil y me miró como si acabara de hablarle en un idioma que no entendía.

—¿Cómo reaccionó?

—Se rio —dice Claudia, y ahora en su voz hay rabia—. Se rio y me dijo que dejara de decir tonterías. Que adónde iba a ir, que sin él no era nada, que no tengo trabajo, no tengo dinero propio, no tengo nada.

—¿Y tú?

—Le dije que ya tenía abogada. Que ya tenía copias de todos los documentos que necesitaba, que sabía lo que tenía y lo que me correspondía. Entonces dejó de sonreír.

Me imagino la cara de Rodrigo. El hombre que ha controlado cada aspecto de la vida de Claudia durante más de dos décadas, descubriendo que ella ha estado preparando su escape mientras él miraba el móvil.

—Se puso furioso —continúa Claudia—. Dijo que no iba a darme nada, que me iba a dejar en la calle, que sus abogados iban a destrozarme, que no sabía con quién me estaba metiendo.

—¿Te amenazó físicamente? —pregunto tensa.

—No —niega con la cabeza—. Rodrigo no es de esos. Su violencia es diferente, es económica, es emocional. Me amenazó con dejarme

sin nada. Dijo que iba a congelar las cuentas, que iba a cancelar mis tarjetas, que iba a hacer que me arrepintiera de haberle hablado así.

—¿Y tú qué hiciste?

—Me fui a la habitación de invitados, cerré la puerta, llamé a mi abogada y se lo conté todo. Ella me dijo que las amenazas económicas son un delito cuando hay dependencia financiera forzada. Que no me preocupara, que ella se encargaría.

—Claudia, estoy muy orgullosa de ti.

Se le humedecen los ojos, pero no llora, las lágrimas quedan contenidas.

—Hoy he venido a despedirme —dice.

—¿Despedirte? —pregunto, y parece que hoy es lo único que hago.

—De esto —señala el apartamento—. De venir aquí. No porque no quiera verte, sino porque necesito que lo siguiente que haga sea por mí, no para escapar de él. Necesito ser yo sola durante un tiempo, descubrir quién soy sin Rodrigo, pero también sin ti.

La entiendo. Es lo que siempre quise para ella. Que llegara al punto en que ya no me necesitara.

—Lo entiendo —digo—. Pero quiero que sepas que la puerta siempre está abierta si algún día necesitas hablar.

—Lo sé —sonríe—. Y eso es lo que me da fuerza.

Se levanta, se acerca a mí y me abraza fuerte. Un abrazo largo, de despedida, de gratitud, de algo que se parece al cariño real que se construye entre dos personas que han compartido algo muy íntimo.

—Gracias, Laura. Por todo. Por ser mi refugio cuando no tenía ninguno.

—Ha sido un honor acompañarte, Claudia —aseguro.

Se va con su vida nueva, o al menos con el principio de una. La veo bajar las escaleras y sé que esta vez no volverá. Es la segunda mujer que se va en estos meses porque ha encontrado lo que buscaba, después de Carmen.

Me quedo en el apartamento mirando el sofá donde ella se sentó cientos de veces. Pienso en Rodrigo, en su avaricia, en cómo va a reaccionar cuando entienda que Claudia no está jugando, que va en serio, que el control que ha ejercido durante años se le escapa de las manos.

Rodrigo no es violento con los puños, pero los hombres que controlan a través del dinero pueden ser igual de peligrosos. Cuando pierden el poder económico sobre sus parejas, buscan otros medios. Rodrigo tiene contactos, tiene dinero para pagar a los mejores abogados, tiene una red de influencia que puede hacer la vida de Claudia muy difícil.

Cojo el móvil y busco el número de mi salvador, de mi cómplice, del soporte que me dejó Valeria Montenegro antes de marcharse de este mundo.

—Vladimir, Rodrigo Mendoza, el marido de Claudia. Ella le ha pedido el divorcio, él va a intentar destruirla económicamente. Necesito que vigiles sus movimientos financieros. Si intenta ocultar patrimonio, mover dinero, lo que sea, lo quiero saber.

—Entiendo —responde—. ¿Algo más?

—Que también vigilen a Claudia. No creo que Rodrigo sea violento, pero cuando un hombre pierde el control sobre lo que cree que es suyo, nunca se sabe.

—Hecho.

Otro nombre, otra vigilancia, otra mujer que proteger. La lista sigue creciendo y yo sigo en el centro, tejiendo una red de protección que nadie ve, que nadie sabe que existe.

10 de julio

Elena está en un centro que ayuda a mujeres maltratadas, Valeria le dijo que fuera, que viera cómo las protegen. Elena quiere marcharse, aunque ya le he dicho que no hace falta, que puede quedarse todo el tiempo que quiera. Cada vez que se lo digo, sé que la utilizo como excusa para no quedar con otras mujeres, para no sentir que estoy engañando a Inés, porque soy tan cobarde que no pongo fin al trabajo que he hecho toda mi vida. Porque si lo hago, Inés se convertirá en algo demasiado real y eso me da demasiado vértigo.

Sofía viene al apartamento por la mañana. Han pasado semanas desde que le conté lo de Martín y la transformación es evidente. La mujer que entró aquí la primera vez con su manicura perfecta y su bolso como escudo ya no existe. En su lugar hay otra Sofía, una más dura, con los ojos de alguien que ha visto la verdad y ha decidido que no va a apartar la mirada, sino a actuar.

—La policía ha citado a Martín a declarar —dice nada más sentarse—. Su abogado me llamó esta mañana. Le han retirado el pasaporte como medida cautelar.

—Eso es una buena señal.

—Sí, pero hay más. Mi abogada ha presentado la demanda de divorcio. Hemos pedido la congelación de los bienes gananciales hasta que se resuelva la división patrimonial. También hemos solicitado acceso a todas sus cuentas, incluidas las que tiene en el extranjero.

—¿Cómo ha reaccionado él? —la misma pregunta que le hago a todas.

—Al principio con soberbia, como si todo esto fuera un malentendido que se iba a arreglar con una llamada, pero cuando se dio cuenta de que era real, cambió. Intentó hablar conmigo, me llamó llorando, diciendo que todo era mentira, que la periodista lo había manipulado, que las pruebas eran falsas.

—¿Y tú?

—Colgué. Tres veces. A la cuarta dejé de contestar el teléfono —se pasa la mano por la cara—. Laura, ¿sabes qué es lo más perturbador? Que una parte de mí quería creerle. Después de veinticinco años, hay algo dentro de ti que quiere que las cosas sean como crees que eran, aunque sepas que nunca fueron así.

—Es normal. Llevas muchos años con él, creyendo que era una persona respetable. Descubrir que esa realidad era una mentira no se procesa en un día.

—Mi hija no me habla —dice de repente, y ahí la voz se le quiebra—. Se puso del lado de su padre. Dice que estoy exagerando, que la prensa miente, que su padre es un buen hombre.

—¿Se lo has explicado?

—He intentado, pero ella no quiere escuchar. Tiene veinticuatro años y adora a su padre. Para ella, él es el hombre que le compraba juguetes, que la llevaba al colegio, que pagó su universidad. No puede aceptar que ese mismo hombre compraba mujeres esclavizadas.

Pienso en la hija de Sofía. En cómo la verdad de los padres puede desmoronar el mundo de los hijos. En cómo es más fácil negar la evidencia que enfrentar que la persona que te crio era un monstruo.

—Dale tiempo —aconsejo—. Cuando las pruebas sean irrefutables, cuando el proceso judicial avance, ella tendrá que enfrentarlo y, cuando lo haga, te va a necesitar.

—¿Y si no me necesita? ¿Y si lo elige a él?

—Entonces habrás perdido a alguien que no quiso la verdad, y eso, por mucho que te duela, no es culpa tuya.

Sofía se queda un rato más. No hay sexo, no hay caricias, pero antes de irse me coge la mano.

—He empezado a trabajar —anuncia—. Mi amiga abogada me ha metido en su bufete como asesora legal. No es un gran puesto, pero es mío. Mi primer sueldo.

—Sofía, eso es maravilloso.

—Cobro en una semana. Lo primero que voy a hacer es pagar mi propio alquiler. Un estudio pequeño en Chamberí. Nada de La Moraleja, nada de casas enormes con jardines vacíos. Un estudio para mí sola —dice orgullosa.

—Estás recuperando tu vida.

—Estoy construyendo una nueva —me corrige—. La anterior no era mía. Esta sí.

Se va con esa determinación que ahora tiene. Pienso en Martín Acosta, en cómo su lujuria lo está destruyendo desde todos los frentes: el legal, el financiero, el familiar. No necesito que Vladimir actúe con él. La justicia, esta vez, está funcionando por sí sola. A veces el sistema no falla.

A veces.

Capítulo 25

12 de julio

Pilar vuelve. Algo ha cambiado en ella.

—He estado vigilando a Gonzalo —dice nada más sentarse—. Haciendo lo que me dijiste, estando atenta.

—¿Has encontrado algo?

—Sus cenas de negocios. He empezado a investigar por mi cuenta. Una de las noches que dijo que cenaba con socios, revisé el GPS de su coche cuando llegó a casa. Había estado en un club privado en el norte de Madrid. No es un restaurante, Laura. Es un club.

—¿Qué tipo de club?

—De esos donde entras con una cuota anual que cuesta más que el alquiler de un piso —dice, y veo cómo mueve las manos nerviosa —. Lo busqué en internet, casi no hay información, solo una página web que dice «Club de Caballeros».

La expresión «Club de Caballeros» me resulta familiar. He oído hablar de esos lugares, sitios donde hombres con dinero van a consumir lo que no pueden hacer en público.

—¿Sabes lo que hacen ahí dentro?

—No estoy segura, pero tengo sospechas —Pilar baja la voz—. Encontré un recibo en el bolsillo de su chaqueta. Cinco mil euros. No decía por qué, solo el nombre del club y la cantidad. Cinco mil euros en una noche, Laura.

Esa cantidad de dinero en un club privado no es una cena, no es una botella de vino, ni siquiera una mesa VIP. Eso es otra cosa.

—¿Tienes el nombre del club? —pregunto.

—Sí. Se llama Élite.

Guardo el nombre mentalmente. Esta noche lo investigaré o, mejor dicho, Vladimir lo investigará.

—Pilar, necesito que sigas recopilando lo que puedas. Recibos, movimientos del GPS, cualquier cosa que te llame la atención, pero no confrontes a Gonzalo, todavía no.

—¿Por qué no?

—Porque si él sabe que lo estás vigilando, borrará las pruebas. Y si lo que está haciendo es lo que sospecho, vas a necesitar esas pruebas para protegerte.

—¿Protegerme de qué? —pregunta, mirándome con los ojos muy abiertos.

—De todo lo que pueda venir.

Pilar se queda un rato más. Hoy sí quiere que la toque, pero yo no soy capaz de hacerlo, no puedo. Entiendo que quiere que lo haga para no sentirse un plato más del banquete, pero si la toco, me traiciono, y esa sensación me está quemando por dentro. No le cobro, no lo hago, porque ella ha venido por algo que no le puedo dar, pero Pilar lo entiende y, después de hablar un poco más, se va.

—Mierda, tengo un problema muy grande —susurro cerrando la puerta.

Llamo a Vladimir.

—Club Élite en Madrid norte. Necesito saber todo sobre ese sitio —digo según descuelga.

—Lo conozco —dice, y su tono me dice que no es nada bueno—. Es uno de los lugares que aparecen en los márgenes de la investigación de Martina. No está directamente vinculado a la red de trata, pero es un punto de contacto. Hombres ricos que buscan servicios exclusivos. Algunos legales, otros no tanto.

—Gonzalo, el marido de Pilar, es cliente habitual. Se gastó cinco mil euros la última noche.

—Vale —responde Vladimir—. Puedo conseguir más información, pero necesito tiempo.

—Tómate el que necesites, pero si Gonzalo está involucrado en algo más que en su gula habitual, quiero saberlo.

—Laura —dice antes de colgar—, la lista sigue creciendo. ¿Cuándo va a parar?

—Cuando las mujeres dejen de necesitar que alguien las proteja, y los dos sabemos que eso no va a pasar.

Cuelgo. Miro por la ventana del apartamento. Detrás de cada ventana cerrada, detrás de cada persiana bajada, hay vidas que nadie ve, secretos que nadie escucha, mujeres que aguantan en silencio.

15 de julio

Vladimir me llama temprano.

—Javier ha salido —dice sin preámbulos—. El juez le ha impuesto una orden de alejamiento reforzada, una pulsera de localización y la prohibición de salir de la Comunidad de Madrid. Pero está en la calle.

El estómago se me revuelve.

—¿Cómo es posible? Hay una denuncia, un informe médico, pruebas de agresión repetida.

—El abogado de Javier pidió libertad provisional alegando arraigo familiar y laboral. El juez consideró que con la pulsera y la orden de alejamiento era suficiente para garantizar la seguridad de Elena. El juicio es en octubre.

—Octubre —repito—. Faltan tres meses. Tres meses con ese hombre en la calle.

—La pulsera funciona.

—Las pulseras se quitan, Vladimir. Se cortan, se manipulan, se rompen.

—Ya —dice—. Pero ya son más efectivas, cualquier manipulación les salta.

—¿Dónde está ahora Javier? —pregunto.

—En su casa. Está solo, tenemos a alguien vigilándolo.

—No lo pierdas ni un segundo de vista.

—No lo haré, tranquila —asegura.

Cuelgo y me quedo de pie en la cocina de mi casa. Pienso en Elena, que está en el apartamento, tranquila, pensando que está a

salvo. Ahora tengo que decirle que Javier está libre, espero que Valeria no le haya dicho nada, para hacerlo yo.

Voy al apartamento. Elena me abre con esa sonrisa nueva que tiene desde hace días, pero debe de ver algo en mi cara porque la sonrisa se apaga antes de que yo diga algo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Javier ha salido. Libertad condicional con pulsera de localización y orden de alejamiento.

Elena no dice nada. Se queda de pie en el centro del salón, inmóvil, como si las palabras necesitaran tiempo para llegar desde sus oídos hasta el cerebro.

—Pero las pruebas… —empieza.

—El juicio es en octubre. Hasta entonces, él está libre con condiciones.

La veo procesar la información. Veo cómo el miedo vuelve a sus ojos.

—¿Puede encontrarme? —pregunta en voz baja.

—No sabe dónde estás. Tiene prohibido contactarte y acercarse a ti. La pulsera lo controla.

—La pulsera no detiene a alguien que quiere matarte —dice, y sus palabras son exactamente lo mismo que yo pensé.

—Elena, escúchame. Estás protegida. Más de lo que crees. No te va a pasar nada.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Porque tengo a alguien vigilándolo veinticuatro horas al día. Porque si da un paso en falso, no llegará a dar el segundo. Porque en mi mundo hay formas de proteger que van más allá de las pulseras y las órdenes judiciales.

—Confía en mí —es lo único que le digo.

Me mira durante un rato y algo en mi voz la convence, no sé si es la seguridad con la que lo digo o si es que necesita creer en algo para no derrumbarse.

—Confío en ti —susurra.

La abrazo, su cuerpo ya no se tensa cuando la toco, ya no se encoge. Se apoya en mí como quien se apoya en un muro que sabe que no se va a caer.

16 de julio

Martina me invita a tomar algo. Quedamos en un bar del centro, uno diferente al habitual, porque ahora Martina tiene que variar las rutinas. Desde que publicó el artículo, su vida ha cambiado radicalmente.

—Me reconocen por la calle —dice con una risa nerviosa—. Gente que me para a felicitarme. Otros que me miran como si fuera una criminal.

—¿Sigues recibiendo amenazas?

—Menos que al principio. Sabes que me pusieron seguridad, y la policía también está muy activa con la investigación, así que los que están implicados tienen problemas más grandes que amenazar a una periodista.

No le digo que Vladimir también la protege, no necesita saberlo.

—¿Sabes si hay avances en la investigación? —pregunto.

—Sé que tres de los nombres que publiqué ya están imputados. Acosta es uno de ellos. Le han retirado el pasaporte, los otros dos están en la misma situación.

—¿Y los que no has publicado?

—Hay un segundo artículo que estoy preparando —dice mirándome por encima de su cerveza—. Sale el mes que viene, este va a ser más grande, Laura. Más nombres, más pruebas, más conexiones internacionales.

—¿Estará el club Élite? —pregunto, probando suerte.

—¿Cómo sabes lo del club Élite? —dice Martina, sorprendida.

—Tengo mis fuentes —respondo con una sonrisa.

—Élite está en el segundo artículo. Es uno de los puntos de conexión. No es directamente la red de trata, pero funciona como puerta de entrada. Hombres ricos que empiezan pagando por servicios de lujo y acaban financiando cosas peores.

—¿Tienes nombres de clientes?

—Algunos. ¿Por qué te interesa tanto Élite? —pregunta entrecerrando los ojos.

—Porque el marido de alguien que conozco es cliente.

Martina me mira con esa expresión de que quiere saber más sobre esa amiga, sobre ese marido, pero yo no puedo darle más, es ella quien tiene la información sobre el club.

—Quiero saber más de ese cliente —dice mirándome fijamente.

—No sé más, Martina —miento—. Solo avísame cuando ese artículo salga, quiero que hagas lo mismo que hiciste con el primero, avisarme.

—Vale.

Seguimos hablando de otras cosas. Me cuenta que le han ofrecido un contrato para escribir un libro sobre la investigación. Una editorial grande, con un buen anticipo.

—Es la oportunidad de mi vida —dice—, pero me da miedo. Escribir un libro significa profundizar más, encontrar más nombres, más conexiones, y eso se traduce en más peligro.

—Hazlo —digo sin dudar—. Eso debe contarse. Todas esas mujeres merecen que alguien cuente lo que les pasó.

—Tienes razón —dice—. Creo que voy a hacerlo.

Sé que Martina tenía la decisión ya tomada, pero solo necesitaba escuchar a alguien decirle que es lo correcto, que debería darles voz a esas mujeres que han sufrido tanto.

Nos despedimos con un abrazo. La veo desaparecer entre la gente y pienso en lo valiente que es. Una mujer sola, con una libreta puede hacer temblar a hombres que se creen intocables.

Capítulo 26

17 de julio

Inés se queda en mi casa el fin de semana. Se está convirtiendo en una costumbre que a las dos nos gusta. Llega el viernes con la mochila en la que trae sus cosas: ropa para los dos días, su cepillo de dientes y un libro que nunca termina de leer porque siempre terminamos hablando hasta que el sueño nos vence.

Esta vez trae una botella de vino y se le ve cansada.

—Semana larga —dice dejando la mochila en el sofá.

—Se nota —digo acercándome.

—¿Tanto?

—Tienes esa arruga entre las cejas que solo aparece cuando llevas demasiadas horas sin parar.

Se ríe. Le gusta que la lea así, que la conozca en los detalles pequeños. A mí me gusta que me deje hacerlo. Le doy un beso en los labios y ella me agarra por la cintura.

—Quiero más —asegura—, pero también necesito cenar.

Tiro de ella hasta el comedor, cenamos algo que preparo rápido, una ensalada, queso y el vino que ha traído ella. Mientras lo hacemos, Inés me cuenta del trabajo sin dar nombres ni detalles. Habla de carga, del peso de los expedientes que se acumulan, de un

sistema saturado que deja caer a la gente entre grietas. Yo la escucho, es lo que mejor sé hacer, pero con Inés no escucho como profesional, sino como alguien que necesita saber cómo le ha ido el día a la persona que me importa.

—¿Y tú? —pregunta cuando se da cuenta de que lleva veinte minutos hablando.

—Yo bien, siempre tranquila. Nada que contar.

—Siempre dices eso —me mira con esos ojos que ven más de lo que deberían—. Algún día me contarás qué hay detrás de ese «nada que contar».

—Algún día —repito, y las dos sabemos que es una promesa que no sé si podré cumplir.

Cuando terminamos de cenar, recogemos juntas, Inés lava los platos, yo los seco, esto que hacemos es tan simple que duele. Duele porque es exactamente lo que nunca pensé que tendría, lo que no me permití desear. Una mujer en mi cocina un viernes por la noche, lavando los platos mientras tararea una canción que no reconozco, con el pelo recogido en un moño y descalza.

Me acerco por detrás y le aparto un mechón que se le ha escapado del moño. Inés se queda quieta. Paso los dedos por la nuca, despacio, dibujando la línea del cuello hasta el hombro, sintiendo cómo la piel se le eriza.

—María —susurra.

—¿Hmm?

—Si sigues haciendo eso, no voy a terminar de limpiar los platos.

—Déjalos.

Se gira y me agarra por la cintura para atraerme. Nos miramos, hay un segundo de silencio, donde el mundo se reduce a la distancia entre su boca y la mía, y después ese espacio desaparece.

El beso empieza lento. Inés besa como habla, con atención, tomándose su tiempo, y yo me dejo hacer porque con ella no necesito controlar nada. Me sujeta las caderas con más firmeza para atraerme a ella y noto su cuerpo contra el mío.

—Te he echado de menos esta semana —susurra contra mis labios.

—Estoy aquí.

—Lo sé. Por eso lo digo ahora, porque puedo decirlo mientras te toco.

Profundizo el beso y termino mordiéndole el labio inferior y tirando de él, y ella abre la boca con un sonido que me recorre el cuerpo. Sus manos suben desde mis caderas por mi cintura, despacio, como si estuviera memorizando el camino para poder repetirlo con los ojos cerrados. Cuando llega al borde de mi camiseta, se detiene.

—¿Aquí o arriba? —pregunta.

—Arriba.

Subimos las escaleras de la mano, como dos adolescentes, parece absurdo, pero ninguna la suelta. Entramos al dormitorio besándonos, Inés se aparta al llegar a los pies de la cama y se sienta. Hay deseo en sus ojos, pero también algo más, ternura o la certeza de que lo que pasa entre nosotras va mucho más allá de la piel.

Me quito la camiseta despacio, sin prisa, dejando que me mire. Inés no aparta los ojos. Recorre mi cuerpo con la mirada, desde la garganta hasta el ombligo, deteniéndose en mis pechos.

—Eres preciosa —dice—. Y te aseguro que no lo digo por complacerte.

—Lo sé.

—Lo sabes —repite con una sonrisa—. Claro que lo sabes.

Estira sus manos y me agarra por la cintura. Me acerca hasta que estoy de pie entre sus piernas, hasta que su cara queda a la altura de mi estómago, me besa ahí, en el centro del abdomen, un beso que me hace cerrar los ojos. Después, otro más abajo, y otro, trazando un camino descendente que sigue la línea del hueso de mi cadera.

Le sujeto la cara con las manos y la hago levantar la vista.

—Creo que llevas demasiada ropa —digo.

Se ríe mientras se quita la blusa y la tira al suelo, lleva un sujetador sencillo, negro, sin encajes ni adornos, ella no necesita nada de eso. Me inclino y la beso mientras ella se deja caer hacia atrás sobre la cama, tirando de mí. Caigo sobre ella apoyándome en los brazos, y durante unos segundos nos quedamos así, mirándonos a centímetros de distancia, respirando el mismo aire.

—Me gusta esto —afirma Inés.

—¿Esto qué?

—La pausa. El momento antes de que todo se acelere, me gusta mirarte de cerca.

Nadie me ha dicho algo así. Ninguna de mis clientas, ninguna de las mujeres que han pasado por mi vida, nadie se ha detenido a mirarme de cerca y decirme que le gusta lo que ve. Siento algo en el pecho que se parece al vértigo, pero sin la caída, solo la sensación de estar al borde de algo enorme.

La beso, esta vez con urgencia, con una necesidad que viene de un lugar profundo, de esa parte de mí que lleva años dando placer a otras mujeres sin permitirse recibirlo de verdad. Inés responde con la misma intensidad. Sus manos me recorren la espalda y me erizan la piel, me desabrocha el sujetador con una facilidad que me arranca una sonrisa contra su boca.

—Práctica —murmura, y las dos nos reímos.

La risa en la cama, otro regalo inesperado. Con Inés puedo reírme mientras hacemos el amor y no se rompe nada. Al contrario, la risa abre puertas que el deseo solo no puede abrir.

Le quito el sujetador y paso la lengua por su cuello hasta llegar a la oreja y ella arquea la espalda. Bajo por la clavícula, luego el esternón y me quedo en sus pechos. Inés respira rápido, con los ojos cerrados, con una mano enredada en mi pelo como si necesitara sujetarse a algo. Le chupo un pezón, suave primero, después un poco más, y ella gime, pero se contiene.

—No te contengas —le pido levantando la vista.

—Es la costumbre —responde—. Mi casa tiene paredes de papel.

—Aquí no hay nadie, Inés. Solo yo.

Abre los ojos y me mira. Hay algo en esa mirada que me deshace, algo entre la entrega y la confianza absoluta.

Sigo bajando poco a poco, voy hasta el estómago, las costillas, después bajo a esa zona sensible junto a la cadera donde la piel es más fina y reacciona al mínimo contacto. Le desabrocho el pantalón y levanta las caderas para que lo deslice junto con la ropa interior, un solo movimiento, porque las dos sabemos lo que queremos.

Inés desnuda en mi cama es algo que debería estar en un museo, en una canción, en un poema que no tengo talento para escribir. No es por la perfección, sino por cómo es ella: por las pecas en los hombros, por las pequeñas cicatrices en las rodillas de las que algún día me contará de qué son, por las estrías en las caderas que hablan de un cuerpo que ha vivido, que ha cambiado, que es real.

Abro sus piernas y le beso la cara interna del muslo; Inés tiembla. Le beso el otro muslo, tomándome mi tiempo, dejando que la anticipación haga su trabajo. Sus manos llegan hasta mi cabeza y la acaricia, no me empujan, no dirigen, solo me tocan porque necesita sentirme.

Cuando mi boca llega a donde ella necesita, Inés suelta un suspiro largo. Me tomo mi tiempo, lo hago despacio. Con Inés es diferente a como lo hago con mis clientas. Quiero conocer su cuerpo por el deseo de darle placer desde el amor, no desde el trabajo.

Descubro su cuerpo despacio, leyendo sus reacciones, escuchando sus gemidos, siguiendo el mapa que su cuerpo me traza cada vez que tiembla. Cuando acelero el ritmo, sus muslos se tensan apretando un poco mi cara, sus manos se agarran a las sábanas, y ahora esa Inés contenida, esa profesional que mide sus palabras y sus emociones, desaparece por completo. Queda la Inés que siente,

que gime sin pudor, que dice mi nombre como si fuera una plegaria, que mueve las caderas buscando más de lo que le doy.

—María… por favor… no pares.

No lo hago, no podría. Meto dos dedos, moviéndolos al ritmo que su cuerpo me pide mientras mi boca sigue sobre su clítoris. Inés se arquea en la cama, sus gemidos van subiendo de volumen, se vuelven más urgentes, más acelerados, hasta que todo su cuerpo se tensa y se deja ir con un grito que no intenta contener.

Subo besándola donde antes ya lo había hecho. Inés tiembla durante un rato, con las piernas abiertas, respirando como si hubiera corrido una maratón. Cuando por fin abre los ojos, me mira.

—Joder —dice, y nos reímos las dos.

—¿Eso es que estuvo bien? —pregunto.

—Increíble. Dame dos minutos.

—Tómate el tiempo que necesites.

No necesita tanto, apenas llega a uno. Se gira y me deja boca arriba y ella se sienta encima.

—Ahora quiero comerte —susurra pegada a mi oído.

Con Inés descubrí algo que no sabía de mí misma: que puedo recibir. Suena sencillo, pero para alguien que ha pasado años dando placer como profesión, como servicio, como transacción encubierta de cariño, dejar que alguien te desee de verdad… Inés no sabe que cuando besa mi cuello mientras me desabrocha el pantalón, está deshaciendo años de distancia emocional. No sabe que cuando me toca, como si mi placer fuera lo único importante en el mundo, está reparando algo dentro de mí que creía irreparable.

Me besa cada zona de la piel por donde va pasando, como si cada uno de esos centímetros mereciera todos los besos que tiene para darme. Cuando me quedo completamente desnuda debajo de ella, se detiene un momento y me mira.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada. Te miro, ¿puedo?

—Puedes.

Me mira durante unos segundos, para después bajar su boca hasta mi cuello y empezar a besarme con una dedicación que me hace cerrar los ojos y soltar las riendas de todo.

Sus manos recorren mi cuerpo con la paciencia de quien tiene toda la noche por delante. Me acaricia los pechos con los pulgares, dibujando círculos lentos alrededor de los pezones sin tocarlos directamente, y la anticipación me hace apretar la mandíbula. Cuando por fin los roza, el contacto me arranca un gemido que la hace sonreír contra mi piel.

—Te gusta que te lo hagan despacio —dice.

—Me gusta lo que tú me haces.

Baja por mi cuerpo, besa mi estómago, mis caderas y cuando llega al pubis, no se apresura. Me besa los muslos primero, la ingle, y cada beso es una promesa de lo que viene.

Cuando su boca toca donde lo necesito, un sonido sale de mí que no reconozco. Un gemido tan hondo, que nunca había salido algo así de mí. Inés acelera cuando siente que estoy cerca, y sus dedos entran en mí quitándome el aire. Es perfecto, esa tensión

insostenible que sube y sube hasta que te lleva a un abismo del que no puedes escapar.

El orgasmo me atraviesa como una ola que arrastra todo lo que encuentra a su paso: las mentiras, la culpa, el miedo, las noches sola en un apartamento que huele a otras mujeres. Todo se va durante esos segundos eternos en los que solo existimos ella y yo y el placer que me ha regalado.

—¿Estás bien? —pregunta cuando se coloca a mi lado.

—Nunca he estado mejor.

—Estás llorando —dice, y me toca la mejilla con los dedos.

Es verdad. Hay lágrimas que caen sin permiso, sin pena ni tristeza. Lágrimas de algo que no sé nombrar, que se parece al alivio, a la rendición, a dejar de pelear contra algo que no tiene sentido combatir.

—No es de tristeza —aclaro.

—Lo sé —dice, y me besa en la mejilla.

Nos quedamos abrazadas, aunque el calor y el sudor hacen que nuestros cuerpos se queden pegados, pero ninguna se aparta. Inés traza dibujos en mi estómago.

—María —dice después de un rato.

—Dime.

—Me estoy enamorando de ti.

No me sorprende, porque lo estaba esperando, quizá desde aquella primera cita en el bar, quizá desde que me dijo «así no» cuando nos despedimos en la puerta del apartamento. Pero

escucharlas es distinto a intuirlas, porque ahora las hace reales, irreversibles, peligrosas.

—Inés…

—No tienes que decir nada —me interrumpe—. No te lo digo para que me correspondas ni para presionarte. Te lo digo porque necesito que lo sepas, porque llevar esto dentro sin decirlo me está pesando demasiado. Si no sientes lo mismo, no pasa nada. Bueno, sí pasa, me dolerá muchísimo, pero prefiero saberlo ahora que…

La callo con un beso. Largo, profundo, que dice lo que mi boca no se atreve a formar con palabras. Cuando nos separamos, junto mi frente a la suya.

—Yo también —susurro—. Yo también me estoy enamorando de ti, y me aterroriza porque hay cosas de mí que no conoces, cosas que…

—Cuando quieras —dice, y me pone un dedo en los labios—. No hay prisa. Lo que sea, cuando estés lista.

El miedo sigue ahí, en la boca del estómago, pero por primera vez es más pequeño que antes. Nos quedamos dormidas así, desnudas, abrazadas, es la primera vez que duermo con ella y no tengo pesadillas. Duermo junto a la mujer a la que le he confesado que me estoy enamorando, duermo junto a la mujer que quiero, y el mundo, durante unas horas, tiene sentido.

El sábado por la mañana me despierto antes que ella. La miro durante un rato, memorizo cada detalle de su cuerpo, las pecas del hombro, la curva de su cintura, donde mis manos encajan a la perfección. Son detalles que una espía no debería memorizar, pero

yo dejé de ser solo una espía en algún momento de esta noche, o quizá dejé de serlo hace semanas y solo ahora me doy cuenta.

Me levanto sin hacer ruido mientras preparo el desayuno. Hoy no lo hago sola, hay alguien en mi cama que ayer me dijo que se estaba enamorando de mí y a quien yo le dije lo mismo, y desayunar con ella es un acto tan normal y extraordinario al mismo tiempo que se me llenan los ojos de algo que no son lágrimas, pero se le parece.

Inés baja veinte minutos después y lleva puesta mi camisa. Tiene los ojos hinchados de sueño y una sonrisa que me muero de ganas de borrar con un beso.

—Buenos días —dice.

—Buenos días.

Se acerca, me sujeta la cara con las dos manos y me besa. Uno suave, sin prisa.

—Has hecho el desayuno —dice mientras mira la mesa.

—No iba a dejar que mi invitada pasara hambre.

—¿Invitada? —repite alzando una ceja—. Después de lo de anoche creo que merezco un título mejor.

—¿Qué título quieres? —pregunto, porque la realidad es que quiero escucharlo de su boca.

—Ya se me ocurrirá algo —dice, sentándose—. Necesito café, que sin cafeína no pienso con claridad.

Desayunamos en la terraza, Inés me cuenta cosas sueltas, que de pequeña veraneaba en Asturias, que odia las aceitunas negras, pero le encantan las verdes, que una vez se perdió en Roma durante

cuatro horas y fue el mejor día de su vida porque acabó en una trattoria donde una abuela italiana le enseñó a hacer pasta fresca.

Son retazos de una vida que quiero conocer entera. Cada detalle que me da es un regalo que guardo en un lugar donde las mentiras no llegan. Porque Inés me está contando quién es, libremente, sin reservas, y yo le estoy mintiendo sobre quién soy yo. La culpa está ahí, latiendo como un segundo corazón, pero esta mañana la aparto. Ahora quiero solo esto: café, sol, la mujer que quiero contándome historias de su vida.

—Tienes una miga —le digo.

—¿Dónde?

Me inclino sobre la mesa y se la quito con un beso en la comisura de la boca. Ella cierra los ojos un segundo.

—Podrías haberme dicho dónde estaba —murmura.

—Podría, pero entonces no habría podido besarte.

—Es un argumento irrebatible. Deberías haber sido abogada.

Nos reímos, y esa risa por la mañana, descalza, sin maquillaje, con el pelo revuelto y el café enfriándose, es la que me confirma algo que ya sé, pero que todavía me cuesta aceptar: estoy completamente enamorada de esta mujer. No un poco, no a medias, no con reservas. Completamente. Con todo lo que eso implica de hermoso y terrible a la vez.

Capítulo 27

22 de julio

Elena se va a marchar del apartamento. Ha encontrado un piso compartido con otra mujer, una que también salió de una situación de violencia, a través de una asociación que Valeria le recomendó.

—Es pequeño —dice mientras recoge las pocas cosas que tiene en el apartamento—. Pero es limpio, tiene mucha luz y mi compañera de piso es muy amable. Se llama Luciana, lleva un año y medio viviendo ahí.

Sé que tiene que marcharse, sé que puedo poner excusas para que se quede y así no tener que seguir acostándome con mis clientas, pero eso sería hipocresía. Elena necesita seguridad, pero también sentir que no depende de mí.

—Me alegro, Elena.

—¿Sabes qué me dijo Luciana cuando nos vimos? Que las cicatrices son mapas de los sitios donde estuvimos, no de los sitios a los que vamos.

—Una mujer sabia —respondo.

—Lo es —Elena deja la bolsa en el suelo y se acerca a mí—. Laura, necesito decirte algo. Algo que llevo semanas queriendo decirte.

—Dime.

—Al venir aquí aprendí muchas cosas. Aprendí que no estoy enferma por sentir lo que siento, que merezco que me traten con cariño, que pedir ayuda no es debilidad, es una de las cosas más valientes que he hecho. Pero también aprendí algo más —hace una pausa—, que las personas que nos cuidan también necesitan que las cuiden. Y tú, Laura, necesitas que alguien te cuide.

Las palabras me pillan desprevenida. Elena, que llegó aquí incapaz de mirarse al espejo, ahora me está diciendo a mí lo que necesito escuchar.

—Estoy bien —digo, y las dos sabemos que es una verdad a medias.

—Tienes a alguien, ¿verdad? —pregunta sonriendo—. He visto cómo sonríes cuando miras el teléfono.

No puedo evitar sonreír.

—Puede ser.

—Cuídala, y deja que te cuide. No cometas mi error, no dejes que este trabajo, los secretos, lo que sea que cargues, se interpongan entre lo que sientes.

Me abraza. Es un abrazo diferente al de cuando vino huyendo, cuando temblaba de miedo y dolor. Este es firme, seguro.

—Gracias por todo —dice—. Por no rendirte conmigo, por dejar la puerta abierta, por creer en mí cuando yo no creía en nada.

—Has sido tú, Elena. Todo lo que has conseguido lo has hecho tú sola.

—No —niega con la cabeza—. Lo hice porque alguien me vio cuando yo era invisible. Tú fuiste esa persona.

Se va con su bolsa y su vida nueva. Cuando cierra la puerta, el apartamento se queda en silencio. Me siento en el sofá y miro el espacio vacío. Las sábanas están limpias, las plantas regadas, todo en su sitio, pero hay algo distinto, una ausencia que pesa.

Sé que va a estar bien. Todavía está Acosta suelto, pero estoy segura de que Valeria lo encerrará para siempre, o al menos durante el tiempo suficiente para que Elena esté segura durante muchos años.

El móvil vibra y miro la pantalla.

Vladimir: Marta, la mujer que estuvo en coma, la mujer de Roberto ha intentado quitarse la vida.

Pego mi espalda a la pared y me deslizo hasta llegar al suelo y quedarme sentada.

Marta, esa mujer que casi muere a manos de su marido y que ahora ya no quiere estar en este mundo. Roberto está muerto, ella despertó, pero el daño que le hizo sigue ahí, destrozándola por dentro. La soberbia de Roberto Maldonado la destruyó de una forma que ni siquiera su muerte puede reparar.

Mandé a matar a Roberto para que Marta fuera libre, pero la libertad no borra el trauma, no repara el daño cerebral, no devuelve los meses perdidos, no elimina las pesadillas. Roberto murió, pero su sombra sigue aplastando a Marta.

¿Hice lo correcto? La pregunta es dura. Sí, él merecía lo que le pasó. Sí, si estuviera vivo, seguiría siendo una amenaza, pero Marta

sigue rota, sigue sufriendo, sigue tan destrozada que ha intentado acabar con su vida.

Las lágrimas me caen sin permiso. No lloro por Roberto, lloro por Marta, por Elena, por todas las mujeres que llevan cicatrices de hombres que el mundo dejó actuar con impunidad.

Hay límites en lo que puedo hacer. Puedo eliminar la amenaza, pero no puedo reparar el daño. Puedo proteger a las que vienen a mí, pero no puedo deshacer lo que ya les hicieron.

Pienso en todas las mujeres que he salvado, no solo de hombres, sino de sus propios pensamientos. Pienso en todo, incluso en mí misma, en que, por mucho que haga, nunca será suficiente.

Pero no hacer nada no es una opción. Nunca lo ha sido. Así que me levanto y voy al portátil y abro el archivo de Marta Vázquez. Leo todo de nuevo, busco las grietas, los huecos, las formas en que puedo ayudar sin que nadie sepa que fui yo. Porque eso es lo que hago, lo que Valeria Montenegro hacía antes. Soy esa mujer que trabaja en la sombra para que otras puedan vivir en la luz. Vladimir me ayuda, no solo él, sino todo el entramado de seguridad que me dejó Valeria. Tengo claro que, si la luz de Marta se apaga temporalmente, encontraré la manera de volver a encenderla.

Capítulo 28

24 de julio

Valeria llega por la tarde, pero no es la misma, algo ha cambiado en ella, entra de forma distinta, no coloca el bolso de forma meticulosa. Esta Valeria es diferente.

—¿Vino? —ofrezco.

—Sí, por favor.

Le sirvo una copa y nos sentamos en el sofá. Valeria bebe un trago largo y se queda mirando la copa como si dentro estuviera la respuesta a algo que no sé qué le preocupa.

—He cerrado el caso más grande de mi carrera —dice, pero su voz no tiene el triunfo que yo esperaba—. La farmacéutica internacional, cuatro años de juicios, miles de páginas de pruebas. La sentencia es a nuestro favor e indemnizaciones millonarias para las víctimas.

—Felicidades, Valeria.

—Gracias —dice, pero la palabra suena vacía.

—¿Qué pasa? —pregunto, porque la conozco lo suficiente para saber que algo se la está comiendo por dentro.

Se queda en silencio un momento. Valeria, la mujer que siempre tiene el control, que da órdenes en mi cama con la misma autoridad

con la que argumenta ante un juez, que jamás duda de sí misma, ahora está sentada en mi sofá con las manos alrededor de la copa de vino y vulnerabilidad en sus ojos.

—Necesito contarte algo —dice sin mirarme—. Y necesito que me escuches sin juzgarme.

—Nunca te he juzgado.

—Lo sé, por eso estoy aquí.

Deja la copa sobre la mesa y se gira para mirarme. Es como si hubiera bajado la guardia que había llevado años levantada.

—Necesito contarte algo que no entiendo y que me está quitando el sueño.

Espero. Vuelve a coger la copa y las manos le tiemblan ligeramente, algo que jamás he visto en Valeria. Sus manos son siempre firmes cuando recorren mi cuerpo, cuando señalan las pruebas en los juzgados, cuando sostienen todo sin que se les note.

—Es Elena —dice.

—Elena —repito sin entender.

—Sí, ella. La mujer que me mandaste, la del caso de violencia de género —se pasa la mano por el pelo, deshaciendo el moño sin darse cuenta—. Cuando me llamaste aquella mañana, pensé que sería un caso más. Uno horrible, doloroso, pero uno más. Llevo años llevando casos así, Laura. He visto a decenas de mujeres destrozadas por hombres que el sistema protege. He aprendido a mantener la distancia, a ser la abogada que las defiende sin dejar que sus historias me atraviesen

—Pero con Elena es diferente —no es una pregunta, y ella lo sabe.

—Con Elena es todo diferente —su voz se quiebra, y es la primera vez que escucho a Valeria quebrarse—. La primera reunión en mi despacho duró tres horas, ¿lo sabes? Ella te lo habrá contado. Tres horas en las que me contó parte de su vida. Cada golpe, cada humillación, cada noche de terror, pero también cada sueño que tuvo antes de que Javier se los arrancara uno por uno. Quería ser profesora, ¿lo sabías? De literatura. Quería enseñar a niños a leer, a descubrir un mundo dentro de los libros, y ese hombre le quitó eso, le quitó todo.

—Ya lo sabía —digo en voz baja.

—Cuando terminó de contarme todo, la miré y le prometí que no le iba a volver a pasar, y lo dije en serio, Laura, lo dije con toda mi alma, pero no lo dije solo como abogada. Lo dije como… —se detiene, buscando las palabras—. Lo dije como alguien que necesitaba proteger a esa mujer. No por el deber profesional, no por empatía. Era otra cosa, algo tan profundo que me asusta nombrarlo.

Me quedo en silencio. Sé exactamente de qué habla, porque lo mismo me pasó con Inés. Ese momento en que la línea entre cuidar de alguien y querer a alguien se difumina hasta desaparecer.

—La llamo cada día —continúa Valeria—. Se lo dije, que iba a llamarla para saber cómo estaba, para revisar los detalles del caso, pero la verdad es que la llamo porque necesito escuchar su voz. Necesito saber que está bien, que ha dormido, que ha comido, que los moretones van desapareciendo. Cuando me dice que ha escrito algo nuevo en su cuaderno, siento un orgullo que no me

corresponde sentir. Cuando me dice que ha tenido una pesadilla, quiero ir a donde esté y quedarme a su lado hasta que se le pase.

—Valeria…

—Sé lo que vas a decir —me interrumpe—. Que es mi clienta, que hay límites éticos, que no puedo mezclar lo profesional con lo personal. Soy abogada, Laura, conozco esas reglas mejor que nadie. Las he defendido durante años, las he respetado con cada cliente, pero Elena se me ha colado por debajo de todas las defensas que tenía levantadas. No sé cómo lo ha hecho, no sé en qué momento pasó, solo sé que ahora, cuando la veo en mi despacho, algo dentro de mí se rompe de una forma que no se rompía desde hace años.

Pienso en lo que Valeria me contó una vez en la cama. Que hubo alguien, hace mucho, una mujer que creyó que era la indicada, que la complementaba. Pero no fue así porque la otra persona no estaba dispuesta a esperarla, a entender sus horarios, sus guardias, su obsesión con el trabajo. Desde entonces, Valeria cerró esa puerta. Vino a mí buscando sexo sin complicaciones, control sin consecuencias, un cuerpo que pudiera dominar sin el riesgo de que le rompieran el corazón.

Y ahora Elena se ha colado por debajo de todo eso.

—¿Se lo has dicho? —pregunto.

—¿A Elena? No, por Dios. Cómo voy a decírselo. Es una mujer que acaba de salir de una relación donde un hombre la destruyó, que está intentando reconstruirse, que confía en mí como su abogada. No puedo cargarla con esto, no sería justo, no sería ético, no sería…

—Humano —completo.

—Sí —se ríe, y es una risa triste—. Humano. Precisamente eso, jodidamente humano.

Nos quedamos en silencio, no sé cuánto tiempo. Pero pienso en Inés, otra vez en ella cuando estoy en este apartamento con una clienta. Aunque hoy es diferente.

—¿Sabes qué es lo peor? —dice Valeria—. Que cuando la miro, no veo a una víctima, ni a una mujer rota. Veo a alguien que ha atravesado el infierno y sigue de pie, que se levanta cada mañana y escribe en ese cuaderno como si cada palabra fuera un ladrillo con el que reconstruye su vida. Veo coraje, Laura. Uno que a mí me falta para las cosas que de verdad me importan.

—A ti no te falta coraje, Valeria.

—En los juzgados, no. Ahí soy indestructible, pero fuera… —se para y traga saliva—. Aquí soy una cobarde. Llevo años viniendo a ti porque es seguro. Porque puedo controlar, puedo dominar, puedo irme después sin que me duela. Y ahora aparece esta mujer que ni siquiera sabe que existo fuera de las reuniones de su caso, y me desarma completamente.

Estiro la mano y cojo la suya. Es la primera vez que la toco fuera del contexto del sexo, la primera vez que el contacto entre nosotras no tiene nada que ver con el deseo o el control, sino con algo más sencillo: la comprensión.

—Valeria, escúchame. Lo que sientes no es una debilidad, y no es algo que debas controlar. Es exactamente lo que le faltaba a tu vida, y tú lo sabes.

—¿Y qué hago con esto?

—Por ahora, nada. Lleva su caso, protégela legalmente, sé la abogada que ella necesita. El juicio de Javier es en octubre. Cuando eso termine, cuando Elena esté a salvo, cuando haya reconstruido lo suficiente de sí misma para poder elegir sin miedo, entonces podrás preguntarte qué hacer.

—¿Y si entonces ya no siento lo mismo? —pregunta, pero sé que está desesperada, que no sabe cómo gestionar lo que siente por Elena.

—Si lo que sientes es real, no se va a ir en tres meses, Valeria. Y si se va, entonces no era lo que creías.

Me mira durante un largo rato. Hay gratitud en sus ojos, pero también algo que se parece al alivio de quien por fin ha dicho en voz alta lo que llevaba semanas gritando por dentro.

—¿Puedo preguntarte algo? —pregunta.

—Claro.

—Tú, sé que tienes a alguien…

—Valeria…

—Espera —me corta—. Lo sé por la última vez que estuvimos juntas, eso se nota, Laura. Pero mi pregunta es: ¿se te coló sin que pudieras evitarlo?

Pienso en Inés, en su pelo suelto, en cómo dice mi nombre real, en las galletas de mantequilla un domingo, en su frente contra la mía aquella noche que me dijo «así no» porque quería hacer las cosas bien.

—Exactamente así —admito—. Sin aviso, sin permiso, sin que pudiera hacer nada para impedirlo.

—¿Y te arrepientes?

—Ni un segundo.

—¿Cómo lo haces? —pregunta—. ¿Cómo compaginas lo que sientes con lo que haces? Con este trabajo, con todas nosotras, con las historias que cargas.

—No lo sé —confieso—. Todavía lo estoy averiguando, pero ahora, hablando contigo, sé algo.

—¿El qué?

—No va a haber más sexo con ninguna. Mi agenda de acompañante se cierra.

Se pone de pie y camina hasta la ventana. Desde atrás la veo, cómo sus hombros se relajan, cómo la abogada feroz y la mujer que necesita dominar van cediendo espacio a otra Valeria. Una que yo no conocía hasta hoy. Una que tiene miedo de lo que siente y que ha venido aquí a decirlo porque no tenía a nadie más a quien contárselo.

—Solo he venido a contarte lo que me pasa. No quiero control, no quiero dominar. Solo quiero estar aquí un rato, con alguien que entienda lo que me pasa.

—Quédate todo el tiempo que necesites.

Se gira y me mira. Sonríe y es una sonrisa que no le había visto, despojada de esa armadura, sin el poder ni la precisión. Solo Valeria.

—Es curioso —dice—. Llevo meses viniendo aquí a buscar el control que la vida no me da, y la persona que me ha quitado todo el control que tenía es una mujer con dos costillas fisuradas que

escribe en un cuaderno con la letra más bonita que he visto en mi vida.

—El amor es así —digo.

—No he dicho amor —responde rápido.

—No hace falta que lo digas.

Se queda una hora más. Hablamos de Elena, de su caso, de los avances legales, pero también hablamos de la Elena que Valeria está descubriendo fuera de los expedientes y los informes médicos. La Elena que le contó que de niña coleccionaba hojas secas de los árboles y las pegaba en un cuaderno con el nombre de cada especie. La que le dijo que su libro favorito era Cien años de soledad porque le gustaba la idea de que las cosas se repitieran hasta que alguien las rompiera. La que, en la última reunión, le sonrió por primera vez y Valeria sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

—Gracias, Laura —dice en la puerta—. Por escucharme, por no decirme que estoy loca.

—No estás loca. Estás viva, por primera vez en mucho tiempo, estás completamente viva.

—Es aterrador —confiesa.

—Lo sé, pero también es lo mejor que puede pasarte.

La veo marcharse escaleras abajo.

Me quedo de pie en el salón, pienso en Valeria y en Elena, en cómo la vida tiene esa forma cruel y hermosa de poner a las personas en el camino de las otras exactamente cuándo más las necesitan. Valeria había levantado muros que nadie podía derribar hasta que conoció a Elena. Mientras que Elena buscaba alguien que

la mirara sin ver a una víctima, y las dos se encontraron, porque yo hice una llamada una mañana de julio.

Pienso en Inés. En cómo yo también encontré lo que no buscaba. En cómo el amor se parece a un ladrón que entra sin hacer ruido y, cuando te das cuenta, ya se ha llevado todo lo que tenías guardado bajo llave.

Me siento en el sofá y cojo el móvil. Tengo un mensaje de Inés.

Inés: Hoy he tenido un día largo. Pero he pensado en ti y todo ha pesado un poco menos. Buenas noches, María.

Yo: Buenas noches. Te cuento algo cuando nos veamos: creo que una amiga mía se está enamorando, y es lo más bonito que he visto en mucho tiempo.

Inés: Dile de mi parte: el amor es lo único que merece la pena, aunque dé miedo.

Yo: Se lo diré.

Dejo el móvil y miro el apartamento en silencio. Estas paredes han escuchado confesiones de cientos de mujeres, pero la de esta noche ha sido diferente. Porque no era la confesión de una clienta a su acompañante. Era la confesión de una mujer a otra mujer. De igual a igual. De corazón roto a corazón roto.

Y eso, más que cualquier otra cosa que haya pasado entre estas paredes, me hace pensar que quizá este apartamento ha servido para algo más grande de lo que yo misma imaginaba.

Capítulo 29

27 de julio

Vladimir me cita en el gimnasio a las siete de la mañana. Cuando llego, está sentado en el banco antes de entrar a los vestuarios con una carpeta en las manos.

—El club Élite —dice tendiéndomela—. Todo lo que necesitas saber.

Abro la carpeta y empiezo a leer. Ese club opera como un espacio exclusivo para hombres de alto poder adquisitivo. La membresía anual cuesta treinta mil euros y da acceso a servicios que van desde cenas privadas con mujeres de compañía de lujo hasta experiencias más oscuras en las salas del sótano.

—¿Qué pasa en el sótano? —pregunto.

—Servicios sexuales con mujeres que no están ahí por elección. Algunas vienen de la misma red que destapó Marina, otras son traídas específicamente para clientes VIP que pagan más por exclusividad.

—¿Gonzalo va a ese sótano?

—Es uno de los clientes habituales, tenemos registros de entrada del último año, va al menos dos veces al mes. Los gastos coinciden con las cantidades que Pilar encontró en los recibos.

Cierro la carpeta. La gula de Gonzalo no se limita a la comida, a las amantes y el exceso. Se extiende a lo más oscuro, a la compra de cuerpos, a la satisfacción de un apetito que no conoce límites.

—¿Está en los papeles de Martina? —pregunto, aunque sé que el club sí estará, pero necesito saber si saldrá el nombre de Roberto.

—No directamente, pero el club Élite sale en su segundo artículo, y cuando salga todo, Roberto aparecerá seguro como cliente habitual.

—Tenemos que estar atentos para cuando salga el segundo artículo —digo.

—Sí, mi contacto de dentro dice que será para finales de agosto, o principio de septiembre. Hay mucho hermetismo con eso.

Pienso en Pilar: en cómo le contaré esto, en cómo reaccionará al descubrir que su marido no solo consume sin medida, sino que también compra mujeres.

—Necesito que documentes todo sobre Gonzalo en el club. Fotos de entrada y salida, registros de pago, testimonios si es posible. Todo lo que pueda servir legalmente.

—Ya estoy en ello —afirma.

—La vigilancia a Rodrigo Mendoza, el marido de Claudia. ¿Hay novedades?

—Las hay —su expresión cambia—. Rodrigo ha contratado a un detective privado para seguir a Claudia. Quiere saber adónde va, con quién habla, si tiene un amante. Está buscando algo que usar contra ella en el divorcio.

—Hijo de puta —digo en voz baja.

—Hay más. Ha empezado a mover dinero. Transferencias a Panamá y Dubái. Está intentando ocultar patrimonio antes de que el juez congele los bienes.

—¿Puedes documentar esos movimientos? —pregunto.

—Ya lo estoy haciendo. Bueno, Mark es quien lo hace. Hay capturas de las transferencias, identificación de las cuentas receptoras, rutas del dinero. Cuando la abogada de Claudia tenga esto, Rodrigo no podrá esconder un céntimo.

—Perfecto. Pásame todo cuando lo tengas —le pido.

Me pongo los guantes de boxeo. Necesito golpear algo. Vladimir sujeta el saco y empiezo a descargar. Izquierda, derecha, gancho. El sudor me recorre la espalda y cada golpe es uno de esos hombres, cada impacto es una injusticia que no puedo resolver con palabras.

28 de julio

Inés viene al apartamento. Me llamó para saber si podía pasar, quiere verme. Cuando abro la puerta, hay algo en ella que hace que me ponga en alerta.

—Necesito hablar contigo —dice, y su tono es de inspectora, no el de la mujer que duerme en mi cama.

—Pasa.

Se sienta en el sofá. Yo me siento frente a ella, en la silla, dejando distancia, porque algo me dice que esta conversación va a ser difícil.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—¿Te suena el nombre de Sofía Fuentes? —pregunta mirándome directamente a los ojos.

El corazón me da un vuelco, pero me mantengo seria. Llevo muchos años aprendiendo a no mostrar lo que siento.

—¿Sofía Fuentes? ¿Por qué?

—El abogado de Martín Acosta ha presentado unas alegaciones en el proceso. Alegaciones contra el artículo de Martina López, intentando demostrar que todo es una trama orquestada para hundirlo. Dice que la periodista Martina López, la mujer de Acosta y una tal Laura Belmont han conspirado juntas para destruirle. Que lo que dicen es mentira, que las acusaciones son fabricadas, que hay una estrategia coordinada entre las tres para acabar con él.

—¿Y qué tiene que ver conmigo? —pregunto, aunque el pulso me late en las sienes—. Sabes que mi nombre no es Laura.

—Aparece como presunta instigadora, como la persona que habría conectado a Martina López con la mujer de Acosta. El abogado presenta correos, fechas de encuentros, movimientos que coinciden con los tuyos, María. O con los de alguien que usa ese nombre.

El silencio pesa entre nosotras. Inés me está dando la oportunidad de explicarme antes de hacer la pregunta directa. Es la inspectora y la mujer con la que duermo, las dos al mismo tiempo, y las dos me están mirando.

—Inés, conozco a mucha gente. En mi trabajo trato con mujeres de todo tipo. No puedo hablar sobre mis clientas ni sobre lo que me cuentan.

—No te estoy preguntando como inspectora —dice, y su voz se suaviza—. Te estoy preguntando como… como lo que sea que soy para ti.

—Eres la mujer a la que quiero —digo, y las palabras salen antes de que pueda detenerlas. Es la primera vez que lo digo en voz alta.

Inés cierra los ojos unos segundos.

—María, hay cosas que no me cuentas. Lo sé, lo he sabido desde el principio, sé que hay partes de tu vida que no conozco, que probablemente me mantengas lejos de ellas para protegerme o protegerte a ti. Lo acepto, o al menos intento aceptarlo.

—Pero… —porque sé que hay uno.

—Pero si alguna vez lo que haces cruza con lo que yo hago, si alguna vez descubro que has hecho algo ilegal, algo que me obligue a elegir entre tú y mi trabajo… —su voz se quiebra—, no sé qué haría.

—No va a pasar —digo.

—Eso no puedes prometerlo.

Tiene razón. No puedo.

Nos quedamos en silencio durante un rato que se hace eterno. Después, Inés se levanta, se acerca y se arrodilla frente a la silla donde estoy sentada y coge mis manos.

—Te quiero —dice—. Y eso me asusta, porque sé que eres más de lo que muestras, y sé que hay cosas que no puedo preguntar. Pero te quiero, y eso, ahora mismo, es lo único que tengo claro.

Sujeto su rostro y la beso con todo lo que soy, con María y con Laura, con la mujer que escucha secretos y con la que actúa en las

sombras, con la que ama y con la que tiene miedo.

—Quédate esta noche —pido.

—No puedo. Tengo turno —susurra.

—Entonces quédate un rato más.

Se queda dos horas. No hacemos el amor, no hablamos de casos ni de pecados ni de hombres que destruyen mujeres. Solo estamos las dos en el sofá, con las manos entrelazadas.

Cuando se va, me besa en la puerta. Un beso largo, lento, de esos que dicen todo lo que las palabras no pueden.

—Cuídate —susurra.

—Siempre —respondo.

Cierra la puerta y escucho sus pasos bajar las escaleras. Cuando el silencio regresa, me apoyo en la puerta y cierro los ojos.

Las dos realidades están más cerca de chocar de lo que me gustaría admitir. Vladimir tiene razón. Inés es inspectora, está entrenada para ver lo que otros no ven, y lo que siente por mí no la va a detener de saber la verdad.

Tengo que tomar una decisión. No hoy, no mañana, pero pronto. Sobre quién quiero ser, sobre qué vida quiero vivir, sobre si estoy dispuesta a soltar una parte de mí para poder sostener a otra.

La lista de pecados sigue ahí. Quedan nombres por resolver. Pero por primera vez en más de veinte años, lo que más me importa no está en esa lista. Está bajando las escaleras de un edificio antiguo de Malasaña, con el pelo recogido y el corazón igual de expuesto que el mío.

31 de julio

Último día del mes y, como siempre, hago balance. Estoy en mi casa de Aravaca, sola con una copa de vino.

Elena está en su piso nuevo con Luciana, escribiendo en su cuaderno, esperando el juicio de octubre. Javier está vigilado, con la pulsera, pero su ira contenida es una bomba de relojería. El sistema lo tiene controlado, pero yo también. Si la pulsera falla, Vladimir no fallará.

Claudia ha dado el paso. Le ha pedido el divorcio a Rodrigo y su avaricia ha empezado a mostrarse: un detective privado siguiéndola, dinero moviéndose a paraísos fiscales. Pero tenemos la documentación, cada transferencia, cada cuenta oculta. Cuando la abogada de Claudia reciba ese informe, Rodrigo perderá mucho más de lo que pretendía esconder.

Sofía está trabajando, tiene su estudio en Chamberí, tiene abogada y tiene una vida que por primera vez es suya. Martín Acosta se hunde bajo el peso de sus propios crímenes, la justicia avanza, lenta, pero avanza.

Daniela ya ha expuesto a Héctor. La envidia de ese hombre va a costarle la carrera, la reputación y probablemente la libertad. Ella está preparándose para la batalla legal, fuerte, decidida, sin encogerse para que nadie quepa a su lado.

Pilar sigue con Gonzalo, pero ahora tiene los ojos abiertos. El segundo artículo de Martina traerá la verdad sobre el club Élite y sobre hombres como Gonzalo que alimentan su gula con cuerpos de mujeres esclavizadas.

Patricia está enamorada de Consuelo. Me escribió hace unos días diciendo que se mudan juntas en septiembre. Dos mujeres de más de cincuenta y cinco años empezando una vida nueva, demostrando que el amor no tiene fecha de caducidad.

Las vidas de muchas mujeres han cambiado en este mes y yo estoy feliz por ello.

Los pecados: soberbia y pereza resueltos de forma definitiva. Lujuria cayendo por la vía judicial. Ira contenida con una pulsera y vigilancia. Envidia expuesta. Avaricia documentada, esperando el momento. Gula por descubrir en su totalidad.

Los casos van avanzando, pero eso no es lo único que ocupa mi mente.

Ahora también está Inés.

Que sabe que hay cosas que no le cuento. Que me ha dicho que me quiere sabiendo que soy un misterio que quizá no debería resolver. Que esta semana se ha acercado peligrosamente a una verdad que no puede conocer.

La advertencia de Vladimir me persigue: si algún día esas dos realidades chocan, una de las dos tiene que ceder.

¿Cuál? ¿La mujer que protege desde las sombras o la mujer que ama a la luz del día?

Miro mi móvil. Hay un mensaje de Inés de hace una hora.

Inés: Buenas noches, María. He tenido un día largo, pero pensar en ti lo hace más corto. Descansa.

Y otro de Vladimir, de hace veinte minutos.

Vladimir: Rodrigo Mendoza ha contactado con alguien. Estoy investigando. Te informo mañana.

Dos mensajes. Dos mundos. La mujer que me da paz y el hombre que me recuerda que la paz tiene un precio.

Respondo primero a Inés:

Yo: Buenas noches, Inés. Pensar en ti también me hace la vida más sencilla.

Y después a Vladimir:

Yo: Necesito saber quién es. Ya.

Agosto está a la vuelta de la esquina. El segundo artículo de Martina. El divorcio de Claudia contra la avaricia de Rodrigo. La batalla legal de Daniela contra la envidia de Héctor. La verdad sobre Gonzalo y su gula sin fondo. El juicio de Javier y su ira en octubre. Y la decisión que tengo que tomar sobre mi vida, sobre Inés, sobre quién quiero ser cuando todo esto termine.

Si es que termina.

Miro la frase subrayada en el libro que Inés me regaló, ese que tengo ahora en la mesilla de noche: «La función de la mujer salvaje es la de mantener encendido el fuego».

El fuego sigue encendido. Arde con más fuerza que nunca. Estoy lista, como siempre, aunque esta vez no sé si la tormenta más grande está fuera o dentro de mí.

Capítulo 30

2 de agosto

Me despierto en mi casa de Aravaca y miro al techo. Es algo que hago últimamente, quedarme quieta en la cama pensando en lo que soy y en lo que quiero ser. Antes me levantaba, me duchaba, iba al apartamento y empezaba la jornada. Clientas, escucha, sexo, despedida. Repetir una y otra vez, pero ahora algo ha cambiado, y ese algo tiene nombre: Inés.

No puedo seguir acostándome con otras mujeres. Lo sé desde hace semanas, desde aquella vez con Ariadna en la que cerré los ojos y vi la cara de Inés. Desde que con Pilar no fui capaz de tocarla. Desde que el sexo con mis clientas ha dejado de ser un servicio profesional y se ha convertido en una traición a la mujer que quiero.

No es que el sexo me haya dejado de gustar. Es que mi cuerpo ya no es solo mío, es de Inés. Se lo entregué aquella noche en mi casa, cuando le dije mi nombre real, cuando lloré después del orgasmo, cuando me quedé dormida en sus brazos sintiendo que por fin alguien me veía de verdad.

Cojo el móvil y llamo a Vladimir.

—Dime —responde con esa voz grave que siempre tiene, da igual la hora que sea.

—Necesito verte hoy. ¿Puedes?

—¿En el gimnasio a las nueve?

—No. En el restaurante de Claudia Rojas. Sobre la una. Necesito que hablemos con calma —respondo.

Hay un silencio breve. Vladimir sabe que cuando pido calma, es porque lo que voy a decir pesa.

—Ahí estaré —contesta.

Antes de ir al restaurante, paso por el apartamento. Abro la puerta y me quedo de pie en el salón, mirándolo todo, el sofá donde se han sentado cientos de mujeres. La cama donde tantas han llorado, gemido, dormido, las sábanas blancas que he lavado miles de veces y las paredes que guardan más secretos que cualquier confesionario.

Este lugar ha sido mi vida durante más de dos décadas. Aquí construí a Laura, la acompañante que escucha, que no juzga, que da placer y refugio a mujeres que no lo encuentran en ningún otro lugar. Laura fue mi máscara, mi escudo, mi forma de existir en un mundo que no sabía cómo acogerme.

Pero Laura ya no me sirve.

No del todo, al menos, puedo seguir escuchando, puedo seguir siendo ese espacio seguro, puedo seguir ayudando a las mujeres que lo necesitan, pero el sexo se acabó. Mi cuerpo ya no está en venta, ni en alquiler, ni en préstamo, mi cuerpo es de la mujer que me llama María y me hace sentir que ese nombre vale algo.

A las doce y cincuenta y cinco llego al restaurante de Claudia. Los Álamos está vacío; agosto tiene a Madrid sin gente. Vladimir ya está sentado en la mesa del fondo, la que siempre usamos, en la que

puede ver las dos salidas. Costumbre de alguien que ha vivido demasiado tiempo mirando por encima del hombro.

Cuando me siento, Vladimir me mira directamente con esos ojos grises que siempre parecen saber lo que voy a decir antes de que diga algo.

—Se acabó —digo sin rodeos.

—¿Qué se acabó? —pregunta, aunque estoy segura de que lo sabe.

—El sexo con clientas, todo, se acabó acostarme con otras mujeres. A partir de ahora solo escucho, solo acompaño, solo ayudo, pero no vuelvo a desnudarme por dinero.

Vladimir sonríe, coge su vaso de agua y da un trago mientras espero que me diga algo.

—Te has enamorado —dice, y no es una pregunta.

—Sí —la respuesta sale sin que pueda detenerla.

—De la inspectora.

—Sí.

Vladimir suspira. No es un suspiro de reproche o de decepción, es el suspiro de alguien que lleva tiempo esperando este momento y que sabe que, cuando llega, todo cambia.

—¿Qué tiene ella que no hayan tenido otras? —pregunta.

La pregunta me sorprende. Vladimir no suele preguntar por cosas personales, él es un hombre de datos, de operaciones, de resultados, no de sentimientos.

—Es real —digo, y sé que suena simple, pero es la verdad—. Toda mi vida he estado rodeada de mentiras, las mías, las de las mujeres que vienen a mí, las de los hombres que destruyen a esas mujeres. Todo es falso, todo es interpretación, pero Inés, no. Ella es exactamente lo que ves, no se esconde, no mide sus palabras para complacer a nadie, me dice que me quiere y lo dice mirándome a los ojos, sin red de seguridad, sin reservas, y cuando lo hace no ve a Laura, ve a María. A esa mujer que nadie más conoce.

—No puede saber lo que hacemos —dice.

—Ya. Me quiere sin saber quién soy del todo, y yo la quiero sabiendo que, si se entera de la verdad, podría perderla.

—Podría entenderlo —responde, pero los dos sabemos que eso es mentira.

—Es inspectora, ha dedicado su vida a que el sistema funcione. ¿Cómo va a entender que yo opero fuera de él?

—A veces operar fuera del sistema es lo único que funciona. Todo lo que sabes te lo enseñó Valeria; seguimos su legado.

Pienso en Valeria, en la primera vez que la vi, en cómo me enseñó todo lo que sé. Mi mente va a cuando me contó todo.

Finales de 2021

Tres días antes de que muriera Valeria, me llamó. Vladimir estaba en la puerta de la habitación, de pie como un centinela, con los ojos enrojecidos de un hombre que no llora, pero que lleva semanas conteniendo el llanto. Cuando entré, cerró la puerta, quedándose él fuera.

Valeria me miró desde la cama. Los ojos todavía eran los suyos, brillantes, inteligentes, implacables, aunque el cuerpo que los sostenía ya no le respondía.

—Siéntate —dijo.

Me senté junto a la cama y le cogí la mano; estaba fría, demasiado delgada, tan diferente de sus manos firmes.

—Tienes que seguir —dijo sin preámbulos. Valeria nunca perdía el tiempo—. Todo lo que construí, todos los contactos, todas las mujeres que dependen de nosotros. Ahora es tuyo.

—¿Seguir con qué? —pregunté, aunque una parte de mí lo sabía.

—Con la protección —respondió.

Me pasó una carpeta. La tenía preparada debajo de la almohada, como si llevara días esperando el momento exacto para entregármela. Dentro había nombres, direcciones, números de teléfono, pero no solo eso. Había organigramas, estructuras, contraseñas, instrucciones detalladas escritas a mano por ella.

—Claudia Rojas —señaló el primer nombre—. La protegemos de Eduardo Villar. Su suegro, aunque no lo es, porque él se encargó de mantener a Claudia lejos de su hija. Si yo muero, estoy segura de que va a ir a por ella.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

—La vigilamos. Nos aseguramos de que él no cruce ciertas líneas —dijo.

Seguí leyendo la documentación que me había dado. Ana Villar, Isabel Fuentes, Tina Rojas, Rosa Velasco. Nombres de mujeres atrapadas en situaciones que no eligieron. Mujeres que el sistema

había abandonado y que Valeria había recogido una por una, como quien recoge cristales rotos del suelo para que nadie más se corte.

—Ahora lo más importante —dijo—. La Fundación Almas.

Me explicó todo, y mientras me hablaba, con esa voz que se iba apagando, entendí la magnitud de lo que Valeria Montenegro había construido en cuarenta años de trabajo silencioso.

La Fundación Almas era la columna vertebral de todo. Oficialmente, una organización sin ánimo de lucro dedicada a ayudar a mujeres en situación de vulnerabilidad. Asesoramiento legal, apoyo psicológico, programas de reinserción laboral. Todo real, todo legal, todo transparente. Tenía sede en Madrid, colaboraba con servicios sociales y con varias comisarías. Las cuentas estaban auditadas cada año, no había una sola irregularidad en los libros, todo era impecable.

—Pero por debajo hay otras cosas —dijo Valeria—. La fundación es la tapadera legal de la red de protección. A través de ella canalizamos dinero limpio que usamos para operaciones que no pueden aparecer en ningún registro. Vigilancia, protección directa, información. Todo pasa por la fundación sin que nadie lo sepa.

Me habló de los edificios. Cuatro en Madrid, comprados a lo largo de los años con los ingresos del trabajo de acompañante, con inversiones inteligentes, con la paciencia de alguien que sabía que construir algo duradero requiere décadas. Dos edificios de viviendas, uno comercial y uno mixto. Todos a nombre de una sociedad patrimonial que a su vez pertenecía a la fundación. Los alquileres generaban ingresos suficientes para mantener toda la estructura

operativa, los sueldos del personal de la fundación, la red de protección y nuestras propias vidas.

—No somos ricas —me dijo—. Pero no necesitamos serlo. Lo que necesitamos es ser libres, y el dinero solo sirve para eso, para no depender de nadie.

Me habló de la parte administrativa, de los abogados, administrativos, incluso inversores.

—Y después están los operativos —continuó—. Mark es el informático; lo contrató Vladimir hace años. Excuerpo de ciberseguridad del ejército, discreto, eficiente, jamás pregunta más de lo necesario. Salazar es el médico, lleva con nosotros quince años, ha curado a más mujeres de las que puedo contar sin que ninguna aparezca en un registro hospitalario. Los vigilantes son exmiembros de cuerpos de seguridad privada que trabajan por encargo. Cada uno sabe solo lo que necesita saber para su tarea específica. Nadie tiene el cuadro completo.

—Excepto tú —dije.

—Vladimir y yo —dijo—. Y pronto serás tú y Vladimir.

La palabra «pronto» cayó entre las dos como una piedra en un mar en calma, ambas sabíamos lo que significaba.

—Vladimir te lo explicará todo cuando yo no esté —dijo—. Las contraseñas, los protocolos, las rutas de dinero, los contactos internacionales. Confía en él como confías en mí. Es lo mejor que tengo, lo más leal que he conocido en mi vida y ahora será tuyo.

—Valeria, no puedo hacer esto sola —dije, y mi voz se quebró.

—No estarás sola. Tienes a Vladimir, tienes la fundación, tienes la red y tienes algo que yo no tengo.

—¿El qué?

—Juventud —dijo, y se rio, una risa rota que le provocó tos—. Tiempo para hacerlo mejor que yo, para llegar más lejos, para proteger a más mujeres, para construir algo que dure cuando tú también te vayas.

Intenté contener las lágrimas, pero ya caían sin control por mi rostro.

—Lo más importante —dijo—. No te encariñes, esa es la primera regla. Puedes ser simpática, ser amable, pero no puedes encariñarte, porque el día que dejen de venir, te romperás.

Siempre me decía lo mismo, daba igual las veces que nos viéramos. No te encariñes, siempre me advertía para recordarme que esas mujeres eran pasajeras en nuestras vidas.

—¿Tú lo cumpliste? —pregunté.

—No —sonrió—. Me encariñé con todas, con cada una de ellas y me rompí muchas veces, pero volví a levantarme, porque ellas me necesitaban, y eso era más importante que mi dolor.

Tres días después, Valeria Montenegro murió. A las cuatro de la madrugada, sin testigos, sin drama, como vivió. La enfermera de guardia me llamó y cuando llegué al hospital, Vladimir ya estaba allí, de pie junto a la cama, con la misma postura de centinela que tuvo durante semanas, solo que ahora ya no había nadie a quien proteger.

Nos miramos por encima del cuerpo de Valeria, no dijimos nada, no hacía falta.

—Vladimir —digo volviendo a la realidad—. Si dejo de acostarme con mis clientas, no tendré ingresos.

—No los necesitas —dice—. Puedes cobrar de la fundación, de los alquileres, Laura, puedes ponerte el sueldo que quieras.

Tiene razón. Nunca me ha hecho falta este trabajo desde que murió Valeria, pero yo me sentía bien haciéndolo, pero ahora ya no.

—¿Tú qué piensas de Inés? De verdad.

—Pienso que es la primera persona que te ha hecho ser tú misma —dice—. Que cuando hablas de ella, tu voz cambia, todo cambia. Que Valeria te dijo que no te encariñaras, pero Valeria nunca tuvo a nadie como Inés. Quizá si lo hubiera tenido, habría vivido de otra manera.

—Valeria murió sola —susurro.

—Ella murió cumpliendo lo que creía que era su deber, eso no significa que fuera feliz. Yo la quise como a una hermana y nunca la vi feliz, Laura. Nunca. Era eficiente, valiente, imparable, pero feliz, no.

—No quiero acabar así.

—Entonces no lo hagas, no la pierdas. Haz lo que tengas que hacer para que esto funcione. Si eso significa dejar de acostarte con otras mujeres, hazlo, si eso significa reducir las operaciones, háblalo conmigo y lo hacemos, si eso significa contarle la verdad algún día, piénsalo bien antes, pero no descartes la opción. Lo que no puedes

hacer es quedarte a medio camino, porque eso os destruirá a las dos.

Me quedo en silencio pensando en todo. Vladimir ya había pedido la comida, y el camarero llega con ella. Comemos en silencio, con una tranquilidad que dista de cómo me siento por dentro, tengo un caos de pensamientos y los debo poner en orden.

Por impulso me levanto y hago que Vladimir se ponga de pie.

—Gracias —digo abrazándolo—. Por estar aquí, por entenderme, por ser lo que Valeria dejó para que yo no estuviera sola.

—No estás sola —dice—. Nunca lo has estado, y ahora menos que nunca.

Nos separamos. Vladimir se aclara la garganta y vuelve a su silla como si nada hubiera pasado. Ese hombre de más de un metro noventa tiene una sensibilidad que le cuesta demostrar, pero que está ahí.

—Bien —dice volviendo a su tono profesional—. Rodrigo Mendoza, el contacto que hizo, ya sé quién es.

—¿Quién?

—Un tipo llamado Galván. Exmilitar, ahora trabaja por cuenta propia haciendo lo que le pidan, lo llamaban *El perro rabioso* en el Ejército, lo echaron por exceso de violencia en una operación fuera. Rodrigo lo ha contratado

—¿Para qué? —pregunto.

—Todavía no lo tenemos claro, pero Galván no es un detective privado. Galván es el tipo al que llamas cuando quieres intimidar a alguien o algo peor.

—Claudia —susurro y siento cómo mi pecho se oprime.

—Posiblemente, o su abogada, o las dos. Rodrigo está desesperado, Laura, ve que el divorcio va en serio, que Claudia tiene pruebas, que puede perder mucho. Hombres como él, cuando pierden el control económico, recurren a otras formas de volver a controlar.

—¿Tienen controlado a Galván?

—Sí. También a Claudia y a su abogada, no te preocupes por eso —responde.

—Si Galván se acerca a ella…

—No lo hará —me interrumpe—. Y si lo intenta, Galván descubrirá que hay perros más grandes que él.

Cuando terminamos, salimos y, antes de marcharse, Vladimir se gira para mirarme.

—Laura.

—Dime.

—Lo de dejar el sexo con las clientas. Es la decisión correcta —asegura—. Valeria habría querido que fueras feliz, por encima de todo lo demás.

—Lo sé.

—Y lo de Inés lo vas a resolver, no sé cómo, pero lo harás. Eres la mujer más fuerte que conozco, después de Valeria, y ella nunca tuvo lo que tú tienes ahora. Úsalo.

Desaparece calle abajo, como hace siempre, como si la tierra se lo tragara, y yo me quedo de pie, pensando en la decisión que va a

cambiar mi vida, todo lo que he sido durante todos estos años.

Se acabó Laura, la acompañante sexual. A partir de hoy, solo queda María, la que escucha, la que protege, la que ama.

Capítulo 31

3 de agosto

Las llamadas no son fáciles, pero tengo que hacerlas.

Empiezo por Lucía.

—Lucía, necesito hablar contigo.

—Dime —dice.

—Voy a dejar de ofrecer servicios sexuales, a partir de ahora solo acompaño, escucho, pero el sexo se ha terminado.

Hay un silencio; por suerte es breve.

—¿Te has enamorado? —pregunta, y puedo ver la sonrisa que seguro que tiene en su rostro.

—Sí.

—Me alegro por ti, Laura, de verdad. Ha sido un placer, en todos los sentidos —se ríe al decirlo—. Si alguna vez necesitas una cerveza sin más, llámame.

—Lo haré.

Con Ariadna es más sencillo aún. Envía un mensaje escueto en el que me agradece el tiempo compartido y no pregunta las razones.

Con Verónica la conversación es más larga.

—Lo entiendo perfectamente —dice—. El amor te ha pillado, y cuando lo hace, todo lo demás deja de tener sentido. Estoy feliz de que hayas encontrado lo que buscabas, Laura.

—Gracias, Verónica.

Con Julia, la médica, es breve. Entiende que las cosas cambian, me desea lo mejor y me dice que si algún día necesito una doctora de confianza, sabe dónde encontrarme.

La conversación difícil es con Marta, la joven, no por ella, sino por mí. Es joven, está explorando, y yo siento la responsabilidad de asegurarme de que tiene a dónde ir.

—Marta, voy a dejar una parte de mi trabajo. Puedes seguir viniendo a hablar conmigo siempre que quieras, pero el sexo se ha terminado.

—¿Por qué? —pregunta con curiosidad.

Sé que puedo mentir, que no tengo que dar explicaciones sobre mi decisión, pero quiero hacerlo, necesito sacar lo que siento por Inés en voz alta.

—Porque he encontrado a alguien.

—Guau —dice—. Eso es genial, Laura, y no te preocupes, yo estoy bien. De hecho, hay una chica en la cafetería donde trabajo que me mira de una forma que…

—Ve a por ella —digo, y las dos nos reímos.

Aviso a cada una de ellas, no a las que vienen de forma ocasional, esas no, esas simplemente les cancelaré las citas. Están todas las importantes, las que me han necesitado durante meses; esas son las que he avisado.

7 de agosto

Sofía viene al apartamento por la mañana. Trae dos cafés y me da uno al cruzar la puerta.

—He cobrado mi primer sueldo —dice, sentándose en el sofá—. Mil seiscientos euros, es menos de lo que Martín gastaba en una cena, pero es mío, Laura, cada céntimo.

—Me alegro mucho, Sofía.

—Tengo una cuenta a mi nombre, donde Martín no tiene contactos. He pagado mi primer alquiler y todavía me queda para comer, para vivir, para ser una persona independiente.

La observo y me siento orgullosa de ella. Ya no hay nada de la mujer que vino por primera vez, ahora es alguien decidida, con fuerza, ya no necesita armaduras.

—¿Cómo va lo de Martín? —pregunto.

—El juez le ha abierto diligencias. Su abogado presentó esas alegaciones ridículas diciendo que todo era una conspiración, pero el fiscal las desmontó en diez minutos. Las pruebas son aplastantes. Martina hizo un trabajo impecable.

—¿Y tu hija?

Sofía baja la mirada y aprieta los labios, sé que es un tema delicado, pero quiero saber qué ha pasado.

—Hablamos la semana pasada por teléfono, fueron más de dos horas. Le conté todo lo que sé, Laura: lo del artículo, las pruebas, los viajes a Tailandia. Al principio no quería escuchar, me decía que todo era mentira, hasta que me dejó hablar y me escuchó.

—¿Qué dijo?

—Lloró mucho, y después me dijo algo que me rompió el corazón: «Mamá, ¿por qué no me lo dijiste antes?» Como si yo lo hubiera sabido, como si hubiera sido cómplice de lo que su padre hacía —dice con los ojos humedecidos.

—No eres cómplice de nada.

—Lo sé, pero el dolor de mi hija es real. Necesita tiempo para procesarlo. Me dijo que quiere venirse a Madrid unos días en septiembre, quedarse conmigo en mi casa, sé que es pequeña, pero cabemos las dos.

—Es un paso enorme, Sofía —aseguro.

—Lo es.

Nos quedamos hablando durante una hora. No hay sexo, no lo habrá nunca más, pero Sofía no lo necesita, nunca lo necesitó realmente. Lo que necesitaba era que alguien la mirara con respeto, y eso sigo dándoselo.

9 de agosto

Daniela me llama por la tarde. Está eufórica.

—Lo han despedido —dice sin aliento—. La empresa terminó la investigación interna, encontraron todo lo que necesitaban y más. No solo correos difamatorios contra mí, Laura, también descubrieron que llevaba meses saboteando proyectos de otros compañeros, filtrando información a la competencia. Es un parásito, estaba destruyendo la empresa desde dentro mientras sonreía en las reuniones.

—¿Qué ha hecho él?

—Nada, que yo sepa. Desde que lo suspendieron de empleo y sueldo, no ha dado señales de vida, tampoco ha vuelto al apartamento. Me llegó una notificación de su abogado de que quiere recoger sus cosas el fin de semana que viene.

—¿Vas a estar presente? —pregunto nerviosa, ya que no sé cómo actuará Héctor cuando vea a su mujer.

—Mi abogado me dijo que no estuviera, que mande a alguien. Un amigo vendrá y supervisará que solo se lleve lo que es suyo.

—Perfecto. ¿Y la denuncia penal?

—Sigue su curso. Mi abogado dice que hay un caso sólido por calumnias, acoso laboral y daños al honor. La empresa también va a denunciarlo por sabotaje y las filtraciones. Héctor va a perder mucho más de lo que intentó quitarme.

La envidia lo ha devorado. Héctor pasó años consumiéndose por el éxito de Daniela, y ahora es su propia podredumbre la que lo destruye.

—Daniela, me alegro de que estés bien, pero ten cuidado —le pido.

—Lo tendré. Ah, Laura, otra cosa —dice antes de colgar—. Me han ofrecido un proyecto nuevo. Una campaña internacional, es lo más grande que he hecho hasta ahora.

—Acéptalo.

—Ya lo hice —dice, y puedo escuchar su sonrisa—. Lo he aceptado.

Cuelgo y me quedo un momento con el móvil en la mano, pienso en la Daniela que vino aquí diciendo que su marido la quería anular, pienso en todo lo que le ha hecho ese hombre, en todo lo que ha aguantado sin romperse del todo y pienso en esta Daniela de ahora, que acepta campañas internacionales sin dudarlo. No sé si lo que siento es orgullo, o alivio, o algo que no tiene nombre exacto. Quizás es simplemente esto: verla avanzar. Verla ocupar el espacio que siempre fue suyo y que él intentó arrebatarle. Hay personas a las que el dolor las va matando poco a poco, por suerte, con Daniela no ha sido así. Es valiente, esa es la palabra. Valiente.

Capítulo 32

14 de agosto

Inés llega el viernes por la tarde. Le di llaves de la casa, aunque se negó a recibirlas al principio, al final, cogió solo las que accionan la puerta para poder meter el coche. La veo acceder y mi cuerpo reacciona como si supiera que esa mujer que viene es la que me da calma, la que pone todo en orden.

Abro la puerta antes de que toque. Lleva el pelo suelto, una camiseta blanca que le queda grande y unos vaqueros cortos, no lleva maquillaje, ni pendientes, ni nada que no sea ella misma y está preciosa, jodidamente preciosa.

—Hola —saluda sonriendo.

—Hola —respondo, y le doy un beso.

Entra con una mochila pequeña, un fin de semana de ropa cabe en lo que trae cuando sabes que vas a pasar la mayor parte del tiempo sin ella. Deja la mochila, se quita los zapatos y camina descalza hasta llegar a la cocina. Me fascina verla así, natural como ella es, y que ya sienta que en esta casa puede sentirse libre de hacer lo que quiera. Abre la nevera, saca la jarra de agua, se la sirve en un vaso y bebe. Después se apoya en la encimera, me mira y dice:

—Necesitaba esto. El calor es insoportable, igual que mi semana.

—¿Quieres contarme? —pregunto.

—No —dice—. Quiero no pensar en nada que no seamos tú y yo durante cuarenta y ocho horas. ¿Es posible?

—Es posible.

Preparo unas limonadas y vamos a la terraza. Inés dice que es la mejor que ha probado en su vida, yo sé que exagera, pero me gusta que lo haga, me gusta que convierta cosas insignificantes en algo importante. Bebemos y hablamos de cosas banales: que su vecina tiene un gato nuevo, de una serie que está viendo, de un restaurante en Lavapiés al que quiere ir. Conversaciones que no significan nada, pero que dicen más que otras, sin embargo, yo tengo algo que llevo dentro desde el dos de agosto, desde la conversación con Vladimir, y necesito soltarlo. No porque Inés me lo haya pedido, no porque tenga que justificarme, sino porque quiero que sepa que la decisión que he tomado la hice pensando en nosotras, en esto que estamos empezando a construir.

—Inés.

Algo en mi tono la alerta, deja el vaso sobre la mesa y me mira.

—Dime.

—He dejado de acostarme con mis clientas.

Lo digo así, directo, sin envolverlo en explicaciones ni rodeos. Inés se queda en silencio. La veo procesar la información, sus ojos buscando en los míos algo que le confirme que ha oído bien.

—María, yo no te he pedido eso, nunca —dice—. Sabía cómo era tu vida cuando decidí estar contigo, sabía lo que hacías, cuál era tu

trabajo y acepté estar aquí, contigo, sabiendo todo eso. Yo jamás te habría pedido que cambiaras nada.

La miro y siento un amor tan grande que me duele el pecho, esa es Inés. La mujer que me acepta sin condiciones, que no me pone ultimátums, que no intenta moldearme para que encaje en lo que necesita. La mujer que me quiere con todo, cada pieza rota y cada parte oscura de mi vida.

—Escúchame —digo poniendo un dedo en sus labios.

Inés se queda expectante, sus ojos clavados en los míos.

—No lo hago porque me lo pidas. Lo hago porque lo siento. Desde que estoy contigo, mi cuerpo no quiere estar con nadie más, porque cada vez que una clienta me tocaba, pensaba en tus manos, cuando otra mujer se acerca, cierro los ojos y pienso en ti. Eso no es justo para ellas, y no es justo para mí y, sobre todo, no es justo para lo que siento por ti.

Inés no dice nada.

—Inés —continúo—, nunca me había sentido así. Jamás. En todo este tiempo que llevo haciéndolo, en todas las noches que he pasado con otras mujeres, nunca he sentido lo que siento cuando estoy contigo. Cuando me miras, me tocas, dices mi nombre. Nunca nadie me ha hecho sentir tan bien, tan entera, tan real.

Se me quiebra la voz en la última palabra. No lloro, pero estoy al borde, en ese filo donde las emociones pesan más que la capacidad de contenerlas.

—Estoy enamorada de ti —digo, y al hacerlo siento como si algo se abriera dentro de mí, como si llevara una puerta cerrada durante

demasiado tiempo—. Estoy enamorada de una mujer maravillosa que apareció en mi vida sin que la esperara y que me ha dado algo que no sabía que me faltaba, y quiero estar contigo con todo lo que soy. Sin compartir mi cuerpo con nadie más, sin reservas, sin medias tintas. Solo tú y yo.

Inés coge mi rostro con las dos manos. Me estremezco por la forma en que tiene de tocarme, como si sostuviera algo frágil.

—María, te quiero tanto que me da miedo.

—A mí también me da miedo —susurro.

—Bien —dice, y se ríe con los ojos humedecidos—. Que nos dé miedo a las dos. Así ninguna huye sola.

La beso despacio, sintiendo cada roce de su lengua con la mía, cada contacto de nuestras manos al tocarnos. Inés sabe a limonada, sabe a todo lo que quiero que sea mi vida a partir de ahora.

Entramos en la casa sin dejar de besarnos, riendo contra la boca de la otra al tropezarnos. Caminamos a ciegas por el pasillo que da a la habitación, porque pulsar el interruptor significa separarnos un segundo y ese tiempo es demasiado.

Llegamos al dormitorio, le quito la camiseta y veo que no lleva sujetador. Paso los dedos por sus hombros, por la clavícula, lamo su cuello y aspiro su olor, ese que solo tiene ella, uno que no puedo explicar, pero que reconocería en cualquier parte del mundo, con los ojos vendados, en medio de una multitud.

Inés me desviste con la misma lentitud. Me quita la blusa botón a botón, sin prisa, como si cada botón fuera una promesa. Después el pantalón, después todo lo demás, hasta que las dos estamos

desnudas sobre la cama. No hay urgencia, ni hambre, no hay esa necesidad animal que a veces nos empuja a devorarnos la una a la otra como si el mundo se fuera a acabar. Esta vez es diferente, esta vez hacemos el amor como si el mundo acabara de empezar.

Inés recorre mi cuerpo despacio, siguiendo cada curva como quien lee algo en braille. Acaricia mis pechos, baja por el vientre y coloca las manos en las caderas. Yo hago lo mismo con ella, despacio, sin prisas. Le recorro la espalda con las yemas de los dedos, le beso el cuello, le muerdo el lóbulo de la oreja y siento cómo se estremece cuando lo hago.

Nos susurramos cosas. Palabras que son nuestras, solo nuestras, de esas que dices en la oscuridad del placer entre dos bocas y que no tienen sentido fuera de este espacio. «Te quiero» dicho con la boca pegada a la piel. «No pares» dicho en un suspiro que es casi una súplica. «Mírame» dicho con los ojos abiertos en el momento preciso.

Hacemos el amor durante horas, no hay prisas. Inés llega al orgasmo con los ojos cerrados y la boca abierta, agarrándome la mano y se queda quieta unos segundos disfrutando del placer. Después abre los ojos y me mira, con esa mirada que me desarma, que dice mucho más que las palabras. Cuando se recupera, se coloca encima y comienza a besarme bajando desde mi pecho hasta llegar a mis caderas, me abre las piernas y hunde su boca en mi sexo. Cierro los ojos cuando la siento, su lengua baila en mi clítoris, enredo mis dedos en su pelo y no quiero que pare, necesito más y más rápido, ella lo sabe y lo hace. Hemos aprendido a pedir con roces, sin palabras, solo con movimientos. Solo me concentro en su

boca, en sus manos en mi cadera, solo en sentir el placer que ella me da.

Cuando llego, lloro. Últimamente me pasa, no es tristeza, no es dolor, son las emociones que a veces no caben en el cuerpo y necesitan salir por algún sitio. Lloro porque es la primera vez que hago el amor sabiendo que no voy a tocar a nadie más. Lloro porque este cuerpo, que ha sido herramienta de trabajo durante décadas, ahora es solo mío y solo suyo. Lloro porque la libertad, la verdadera libertad, la que no tiene que ver con dinero ni con independencia, sino con elegir con quién entregas lo más íntimo que tienes, se siente exactamente así. Como un llanto que es una risa, como un final que es un principio de lo que esto es para las dos.

Inés me abraza y no me pregunta por qué lloro, porque lo sabe. Me aprieta contra su pecho, me acaricia el pelo, me besa la frente y se queda ahí, sosteniéndome, hasta que el llanto se convierte en respiración y la respiración se convierte en sueño.

Nos dormimos, con nuestras piernas enredadas, con mi cara en el hueco de su cuello, y por primera vez en mi vida me siento completamente a salvo. No es la seguridad de Vladimir, que es vigilancia y control. No la seguridad de mi casa, que es muros y puertas. Es la seguridad de saber que la persona que te abraza no va a soltarte, ni esta noche ni las que vengan.

Me despierto antes que ella y me quedo mirándola, siempre es así, yo abro los ojos antes. Sé que ella lo hará en breve, así que salgo de la cama y bajo a preparar el desayuno: café, tostadas, zumo de naranja, mermelada, algo de fruta. Estoy preparando el

desayuno para la mujer que quiero, es lo más normal del mundo y es lo más extraordinario que he hecho en mi vida.

Inés baja, lleva puesta una de mis camisetas, tiene cara de sueño y el pelo recogido en un moño desordenado.

—El olor a café me ha despertado —dice, sentándose en la silla.

—Esa era la idea.

Desayunamos sin prisa. Me cuenta del sueño que ha tenido, que las dos vivíamos en una casa y que teníamos un perro enorme que se llamaba Capitán.

—Capitán —repito, riendo.

—Era un nombre muy digno para un perro como ese —dice riendo también.

Hay un silencio cómodo mientras devoramos las tostadas.

—Oye —dice Inés de pronto—. ¿Tú te irías de viaje conmigo?

—¿De viaje?

—Sí, un viaje de verdad. No un fin de semana aquí, que me encanta, digo unos días fuera, las dos solas, en algún sitio bonito, la costa, un pueblo, una isla, lo que sea, me da igual dónde. Solo quiero despertarme contigo en un lugar que no sea nuestra rutina, ver cómo eres de vacaciones, descubrir si roncas en hoteles extraños.

—No ronco —protesto.

—Aquí no, pero no sé en otro lugar, habría que comprobarlo —dice sonriendo.

La miro, y sé que quiero estar con ella, que ella es mi lugar seguro, que con Inés todo puede ser posible. Ella quiere viajar conmigo y yo he de admitir que también. Quiero hacer cosas de parejas, cosas normales, cosas que hacen las personas que se quieren y que tienen una vida compartida. Cosas que yo nunca he hecho con nadie.

—Sería genial —digo—. Me encantaría.

—¿Sí? —pregunta como si no lo creyera del todo.

—Sí, pero tú eliges el sitio. Sorpréndeme.

El resto del día pasa demasiado rápido, como cuando estás a gusto y las horas vuelan; el domingo llega y a las siete de la tarde Inés recoge las cosas para marcharse.

—El viaje —dice en la puerta, con la mochila en el hombro y las llaves del coche en la mano—. Lo planeo esta semana y te mando opciones.

—Perfecto.

—Y María —dice, y me mira fijamente—. Lo que me dijiste el viernes, lo de dejarlo todo. Quiero que sepas que no te lo pedí, que no lo necesitaba, pero que me hace feliz, me hace muy feliz.

—A mí también —afirmo.

Me besa, uno largo y lento, de esos que saben a promesas. Después se sube al coche, arranca y se despide con la mano cuando la puerta se abre, me quedo de pie en la puerta hasta que sale y la puerta se cierra por completo. La casa ahora está vacía y en silencio, ella no está, pero hoy es diferente, cuando entro, el silencio no me pesa, ya no.

Entro y ahora la casa ya no es solo mía, es de Inés y su sonrisa, de sus palabras, de sus planes de viajes, de su forma de decir mi nombre. Soy feliz.

—Soy feliz —repito en voz alta.

Suena raro, suena nuevo, suena como una palabra en un idioma que acabo de aprender, pero es verdad, por primera vez en mi vida, sin condiciones, sin peros. Soy feliz. Completamente, absolutamente, ridículamente feliz.

Capítulo 33

17 de agosto

Vladimir me manda un mensaje:

Vladimir: Galván ha empezado a moverse. Ven al gimnasio.

Cuando llego, él está sentado en el banco con el portátil abierto.

—Anoche Galván recibió instrucciones directas de Rodrigo —dice girando la pantalla hacia mí—. Un mensaje cifrado, pero Mark lo descifró en menos de una hora. Rodrigo quiere que Galván aterrorice a Claudia, nada físico todavía, pero quiere que la siga, que ella lo vea, que sepa que la vigilan. Quiere que sienta miedo, que retire la demanda de divorcio.

—Eso es acoso, podemos denunciarlo.

—Podemos, pero tardaría semanas en procesarse y Rodrigo tiene abogados que la enterrarán en papeleos. Para cuando la justicia actúe, Claudia podría estar demasiado asustada para seguir adelante.

—¿Qué propones? —pregunto.

—Un encuentro con Galván. Amistoso —dice, y la forma de pronunciar «amistoso» me dice que de eso no tiene nada—. Una conversación donde le expliquemos que el trabajo que ha aceptado tiene consecuencias que no ha calculado.

—¿Y si no entiende?

—Entonces le enseñamos a entender —dice encogiéndose de hombros.

—Hazlo —digo.

Vladimir cierra el portátil y asiente.

—¿Avisamos a Claudia? —pregunta.

—Todavía no, no quiero que tenga más miedo del que ya tiene. Confío en ti para resolver esto sin que ella tenga que enterarse.

Me levanto del banco, me pongo los guantes y le digo a Vladimir que necesito golpear, él sonríe y comienzo a desahogar toda esa frustración dándole al saco.

18 de agosto

Vladimir me informa de que la conversación con Galván fue productiva, no me da detalles y yo tampoco los pido. Lo que sé es que Galván ha abandonado Madrid y que Rodrigo se ha quedado sin su herramienta de intimidación.

—Rodrigo va a buscar otra forma —digo.

—Seguramente, pero cada vez tiene menos opciones. La abogada de Claudia ya tiene toda la documentación sobre los movimientos financieros: las transferencias a Panamá, las cuentas en Dubái, el patrimonio oculto. La demanda de divorcio incluye ahora una petición de investigación patrimonial. Cuando el juez vea esos números, Rodrigo no va a poder esconder ni un céntimo.

—La avaricia de ese hombre lo va a hundir.

—Lo está hundiendo ya —afirma.

Claudia no sabe nada de Galván, no sabe que alguien la seguía, ni que alguien lo hizo dejar de seguirla. Me contará que su divorcio avanza, que tiene pruebas sólidas y que su vida nueva está cada vez más cerca.

19 de agosto

El segundo artículo de Martina sale en la edición digital del periódico a medianoche, como el primero. Esta vez lo leo sentada en la terraza de mi casa de Aravaca con una copa de vino. Es más largo que el primero, más detallado, más demoledor. Martina ha dedicado meses a documentar las ramificaciones de la red, y lo que aparece es un mapa de la vergüenza que conecta clubes privados, cuentas bancarias en paraísos fiscales, intermediarios en media Europa y empresarios que la sociedad española aplaude mientras financian la esclavitud sexual de cientos de mujeres.

El club Élite ocupa tres páginas. Martina lo describe con una precisión escalofriante: la fachada de exclusividad, las membresías de treinta mil euros, las salas del sótano donde mujeres que no tienen opción son ofrecidas como platos en un banquete privado. Hay testimonios de supervivientes que consiguieron escapar, relatos que te hacen apretar los puños y cerrar los ojos.

Y ahí está Gonzalo, no con nombre y apellidos todavía, Martina ha sido prudente con algunos nombres pendientes de verificación final. Pero hay una descripción que cualquiera que conozca a Gonzalo reconocería de inmediato: un empresario de la restauración con tres cadenas de restaurantes, cliente habitual del Élite, con

gastos documentados que superan los sesenta mil euros en el último año solo en ese club.

Pienso en Pilar. En cómo va a reaccionar cuando lea esto. En cómo la gula insaciable de su marido va a quedar expuesta ante el mundo.

Por la mañana me despierto a las seis y le mando un mensaje:

Yo: Pilar, ¿puedes venir al apartamento? Es importante.

Pilar: ¿Pasa algo?

Yo: Lo hablamos después. Ven a las diez.

Pilar llega puntual. Trae el periódico en la mano. Lo ha leído.

—Es él —dice nada más sentarse, está pálida—. El empresario de la restauración. Es Gonzalo. Lo sé, Laura. Los tres restaurantes, los gastos, todo coincide. Es él.

—¿Cómo te sientes?

—No lo sé —dice nerviosa—. Asqueada, furiosa, pero también, de alguna forma, aliviada, porque ahora sé que no estoy paranoica. Todas esas noches que llegaba tarde, los gastos que no podía explicar, ese apetito insaciable que tenía… No era solo comida, no eran solo amantes. Era esto.

—Pilar, necesitas un abogado. Uno bueno.

—Ya tengo uno —dice, y me sorprende—. Lo contacté la semana pasada, después de nuestra última conversación. Le conté todo: los recibos, el GPS, las sospechas. Me dijo que reuniera lo que tenía para formalizar una denuncia.

—¿Y ahora con el artículo?

—Se lo he enviado esta mañana y me ha dicho que esto puede cambiar todo. Puedo destruir a Gonzalo por completo, pero necesito tener todo bien atado primero.

Pilar está haciendo exactamente lo que necesita hacer: actuar desde la información, no desde el impulso.

—¿Le vas a decir a Gonzalo que lo sabes?

—Todavía no. Mi abogado dice que espere a que la policía actúe sobre el artículo. Si abren una investigación sobre el Élite y Gonzalo aparece como cliente, las pruebas serán públicas y no necesitaré confrontarlo con nada. Se hundirá solo.

—Es una estrategia inteligente —admito.

—Es la única que tengo —dice, y por primera vez en su mirada hay algo que se parece a la determinación.

20 de agosto

Patricia me escribe un mensaje larguísimo, ya me había contado que se mudaba con Consuelo. Me cuenta que están eligiendo muebles en un mercadillo de segunda mano y discutiendo sobre el color de las cortinas. Que Consuelo quiere violeta y que ella prefiere crema, pero que al final comprarán las violetas porque a Patricia le gusta ver sonreír a Consuelo cuando gana una discusión.

Patricia: Gracias, Laura. Por decirme que no era tarde. Estoy viviendo los mejores días de mi vida a los cincuenta y cinco años y es porque alguien me recordó que podía saltar.

Yo: Me alegro muchísimo, Patricia. Sé feliz.

Patricia: Lo soy, cada día un poco más.

Sonrío leyendo sus palabras. Patricia no va a volver, no lo necesita. Ha encontrado todo lo que buscaba y más. Es otro nombre que se va de mi lista de clientas.

Rosa viene por la tarde. Sigue descubriéndose, sigue explorando, pero ahora lo hace sola. Le enseñé a conocer su cuerpo.

—¿Sabes, Laura? —dice mientras tomamos un café—. Le he dicho a mi marido que quiero que tengamos vidas separadas bajo el mismo techo. Él está de acuerdo. Él tiene su vida, yo la mía, seguimos siendo amigos, compañeros, pero ya no finjo. Ya no me escondo.

—Eso es maravilloso, Rosa.

—Tengo sesenta y cinco años y por primera vez siento que vivo de verdad —sus ojos se humedecen—. Gracias por enseñarme que nunca es tarde.

—Nunca lo es.

Rosa se va con una sonrisa. Le regalo un abrazo y, cuando cierra la puerta, pienso en cuántas mujeres como ella hay ahí fuera, viviendo vidas que no son suyas, esperando que alguien les diga que pueden ser quienes son.

Capítulo 34

21 de agosto

Inés llega a media mañana con una sonrisa que ilumina su cara. Trae una bolsa con cruasanes recién hechos y dos cafés del sitio que descubrimos juntas cerca de la plaza de La Paja.

—He comprado los de chocolate, porque sé que son los que te gustan —dice dejando la bolsa sobre la encimera.

—Gracias —respondo besándola en los labios.

—Bueno —dice, sentándose en el taburete de la cocina mientras abre la bolsa—, las vacaciones.

—Las vacaciones —repito con una sonrisa.

—No he mirado nada todavía —confiesa mordiéndose el labio—. Es que esta semana ha sido un infierno y no he tenido ni cinco minutos para sentarme a buscar, pero he pensado que podíamos mirarlo juntas.

Me gusta demasiado la idea, porque es algo que hacen las parejas normales. Sentarse juntas a planificar un viaje, discutir destinos, comparar precios de los vuelos. Cosas que nunca he hecho con nadie.

—Me parece perfecto —afirmo.

—¿Tienes el portátil a mano? En el móvil es un horror.

—Sí, está en el salón. Voy a por él.

Lo llevo a la cocina y veo a Inés mordiendo el cruasán con los ojos cerrados, disfrutando de los placeres de algo tan sencillo como eso.

—Dios, está buenísimo —dice con la boca medio llena.

—Eres como una niña —digo riendo.

—Soy una mujer que valora un buen cruasán. Son dos cosas distintas.

Enciendo el portátil y la pantalla de inicio se ilumina, meto la contraseña. Y me doy cuenta de algo: tengo que preparar la comida si queremos almorzar a una hora decente.

—Oye —digo dejando el portátil junto a ella—, ¿por qué no empiezas tú a mirar opciones mientras yo voy preparando la comida? He sacado pollo y si no lo meto al horno pronto, no comemos hasta las cuatro.

—¿Me dejas el portátil? —pregunta arqueando una ceja—. Eso es mucha confianza.

—No mires mi historial de navegación —bromeo.

—Tranquila, solo buscaré vuelos, un hotel con vistas al mar y que tenga piscina, eso es algo que necesito.

—Lo que quieras —digo, y le doy un beso en la cabeza mientras paso por detrás de ella hacia la nevera.

Saco el pollo, las verduras, el limón, el romero. Empiezo a preparar todo: lavo las patatas, corto las zanahorias, aliño el pollo con aceite, ajo y las hierbas. Es mecánico, relajante. De fondo escucho a Inés teclear, murmurar cosas como «mira, Menorca está

bien de precio» o «¿qué te parece Portugal?». «Nunca he estado en el Algarve».

—El Algarve es precioso —digo—. Playas enormes, acantilados y la comida es increíble.

—Portugal, entonces —dice—. A ver vuelos…

Meto el pollo en el horno, pongo la temperatura y programo el tiempo, me lavo las manos y empiezo a preparar la ensalada, estoy cortando los tomates cuando noto que Inés ha dejado de hablar. No hay más comentarios sobre destinos, ni el sonido de las teclas, ni su voz diciendo nombres de ciudades, solo silencio.

Un silencio que pesa.

Levanto la vista e Inés está mirando la pantalla del portátil, no se mueve. Tiene la espalda rígida y las manos quietas sobre el teclado, como si se hubiera congelado.

—¿Has encontrado algo bueno? —pregunto, pero algo en mi estómago se retuerce incluso antes de terminar la frase.

Inés no responde. Sigue mirando la pantalla.

Dejo el cuchillo sobre la tabla y me seco las manos con el trapo. Camino hacia ella despacio, con el corazón empezando a latir más rápido de lo que debería.

—¿Inés? —digo confundida.

Cuando llego a su lado y miro la pantalla, el mundo se detiene.

La carpeta está abierta. No la de los vuelos, no la del navegador. La otra. La que tiene dentro subcarpetas con nombres: «Roberto Maldonado», «Javier», «Martín Acosta», «Rodrigo Mendoza», «Héctor Prados», «Gonzalo», «Fiscal». La carpeta donde guardo

todo. Fotos, direcciones, rutinas, horarios, capturas de pantalla, informes de Vladimir, documentos, la documentación de Martina. Todo.

Sé que debería estar escondida, que debería tener contraseña, que debería estar en cualquier sitio menos en el escritorio de mi portátil, donde cualquiera puede verla. Pero está ahí, porque nadie tocaba el portátil excepto yo. La dejé ahí, en el escritorio, visible, como quien deja una bomba sobre la mesa del salón pensando que nadie la va a tocar.

—¿Qué coño es esto? —dice Inés.

Su voz no suena enfadada todavía. Suena como la de una inspectora que acaba de encontrar algo y necesita confirmación antes de reaccionar. Fría, controlada, profesional. Pero debajo de esa calma hay algo que reconozco: es el tono que usa antes de que todo explote.

—Inés, puedo explicártelo…

—¿Explicarme qué? —se gira en el taburete para mirarme—. He pinchado la carpeta sin querer, estaba al lado del navegador, se ha abierto y he visto nombres, muchos nombres, direcciones, rutinas. He abierto una subcarpeta, la del tal Roberto Maldonado, y hay un dosier completo: fotos de él entrando y saliendo de sitios, registros de sus horarios, un informe sobre sus movimientos, su dirección, el bar que frecuentaba los viernes. El bar, María, el mismo donde murió.

Siento un nudo en la boca del estómago, quiero vomitar, pero me contengo.

—Inés…

—¿Qué es esto? —repite—. Dime lo que estoy mirando, porque lo que veo parece un archivo de vigilancia. Parece lo que yo hago en mi trabajo cuando seguimos a un sospechoso.

Está esperando que diga algo que tenga sentido, algo que convierta lo que acaba de ver en algo inocente, en algo que no sea lo que parece, pero no puedo. Porque es exactamente lo que parece.

—Siéntate —digo.

—Estoy sentada —responde cortante.

—Inés, por favor, necesito que me escuches.

—Estoy escuchando —dice, pero su cuerpo dice lo contrario. Se ha apartado del portátil como si quemara. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho.

Me siento frente a ella. Hace cinco minutos estábamos planeando unas vacaciones y ahora estamos en el momento que Vladimir me advirtió que llegaría. Las dos realidades chocando.

—Lo que has visto es real —admito, porque mentirle sería peor—. Son archivos de vigilancia. Información sobre hombres que han dañado a mujeres que conozco. Mujeres que han venido a mí pidiendo ayuda, mujeres que el sistema ha abandonado.

—¿El sistema ha abandonado? —repite, y ahora hay rabia en esas palabras—. María, yo soy el sistema. Soy inspectora de policía. Llevo años intentando que ese sistema funcione. ¿Me estás diciendo que tú operas por tu cuenta, al margen de todo, haciendo vigilancias ilegales sobre personas como si fueras…?

—Como si fuera alguien que protege a mujeres que nadie más cuida —la interrumpo.

—No —dice levantando la mano—. No me vendas esto como algo noble. Lo que hay en esa carpeta no es protección, es un trabajo de inteligencia. Hay seguimientos, hay patrones de comportamiento, hay información que solo se obtiene vigilando a alguien durante semanas. ¿Quién hace esto? ¿Tú sola? ¿Tienes a gente trabajando para ti?

No respondo de inmediato, sé que cada palabra que diga a partir de ahora me va a condicionar.

—No estoy sola —admito.

—¿Quién más?

—No puedo decirte eso —digo.

—¿No puedes o no quieres?

—No puedo, Inés. Hay personas implicadas que no tienen nada que ver contigo ni con tu trabajo. Si te doy sus nombres, te pongo en una posición complicada.

Se ríe, pero es una risa amarga, rota, la de alguien que acaba de darse cuenta de que el suelo que pisaba no era tan firme como creía.

—Ya estoy en una posición complicada —dice—. Soy inspectora de policía y acabo de descubrir que la mujer a la que quiero, tiene archivos de seguimiento sobre personas en su ordenador. Personas reales. Algunas de las cuales han muerto.

La palabra «muerto» cae entre las dos como una losa pesada.

—Roberto Maldonado —dice Inés, y su voz ahora tiembla, pero no de miedo, sino de algo peor: de la certeza de alguien que está uniendo piezas que no quería unir—. Murió en una pelea de bar. Una pelea absurda, un accidente. Eso fue lo que dijo la investigación. Eso fue lo que yo te conté en el apartamento, cuando fui a decirte que sentía alivio porque ese hijo de puta estaba muerto. ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo —susurro.

—Y tú te quedaste callada. Me escuchaste, me serviste un whisky, me abrazaste en la puerta. Y todo ese tiempo tenías un dosier sobre él en tu ordenador. Su dirección, sus horarios, el bar donde iba los viernes, el mismo bar donde murió. Dime que es una coincidencia, María. Dime que no tiene nada que ver.

Trago saliva. El silencio responde por mí.

—Dios mío —dice, y se pasa las manos por la cara—. No fue un accidente.

—Inés…

—¿Cuántos? —pregunta de repente, bajando las manos y mirándome a los ojos. Los tiene rojos, no de lágrimas, sino de la presión de contenerlas—. ¿Cuántos hombres has hecho desaparecer?

La pregunta me atraviesa. No dice «matar». Dice «desaparecer», como si usando otra palabra pudiera hacer que la realidad fuera menos brutal.

—Dos —miento.

Son más, pero desde que la conozco a ella, son dos. El fiscal y Roberto Maldonado. Dos nombres. Dos decisiones que tomé en

noches donde la rabia pesaba más que la razón, donde el sistema había fallado de una forma tan estrepitosa que la única salida que vi fue la definitiva.

Inés me mira durante un tiempo que se hace eterno, y veo cómo su cerebro trabaja, cómo la inspectora que lleva dentro conecta los puntos uno a uno con la precisión de alguien que ha dedicado su vida a resolver rompecabezas que otros no ven.

—El fiscal —susurra—. El que murió a principios de marzo. Supuesto ajuste de cuentas, dijeron. El mismo que dejó libre al maltratador por un error en la cadena de custodia, el mismo del que yo te hablé semanas antes, en tu apartamento, mientras me desahogaba contigo. No te dije su nombre, pero te conté lo que había hecho, te dije que era un incompetente que destruía vidas por pereza. Y poco después apareció muerto.

No digo nada. No puedo.

—Y después Roberto Maldonado —continúa Inés, y ahora las lágrimas sí caen, pero no se las limpia, las deja correr—. El maltratador que dejó a Marta en coma, el que salió sonriendo de los juzgados, el que yo te conté que estaba libre, que iba a volver a hacerlo, que el sistema lo había protegido. Y semanas después muere en una pelea de bar que no fue una pelea de bar.

Se pone de pie y desplaza el taburete bruscamente contra el suelo y el sonido me atraviesa como un cuchillo.

—¿Cómo he podido ser tan imbécil? —dice, y hay demasiado dolor en su voz—. Yo venía a desahogarme, María, a contarte mis casos, a hablarte de los monstruos que el sistema dejaba libres, y tú escuchabas, me servías vino, me decías que todo iba a estar bien,

pero después buscabas información de esos casos y los ponías en una carpeta. Los vigilabas y cuando veías que el sistema no iba a hacer nada, tú actuabas.

—No es tan simple —digo.

—¿No es tan simple? —repite, y ahora sí grita. Es la primera vez que Inés me grita, y ese sonido me destroza—. Hay dos hombres muertos, María. No están en la cárcel, n i juzgados, ni siquiera condenados, están muertos y tú me estás diciendo que no es tan simple.

—Eran monstruos, Inés. Los dos. El fiscal dejó libre a un maltratador por pura desidia, y Roberto casi mata a una mujer y salió sonriendo de los juzgados. El sistema los protegió a ellos, no a las víctimas. Alguien tenía que…

—¡No! —grita, y golpea el mármol con la palma abierta—. Nadie tiene que hacer eso. Nadie tiene derecho a decidir quién vive y quién muere. ¿Quién te crees que eres? ¿La justicia? ¿Dios?

—Soy alguien que ha visto a demasiadas mujeres llegar destrozadas a mi sofá por hombres que el sistema deja en libertad una y otra vez. Soy alguien que ha escuchado a Elena contarme cómo su marido la violó y cómo el primer instinto fue culparla a ella. Soy alguien que ha visto a Marta despertar del coma con daño cerebral mientras el hombre que la puso ahí se paseaba por Madrid sonriendo. Y soy alguien que decidió que esperar a que el sistema funcionara no era una opción, porque el sistema muchas de las veces no funciona, Inés. Tú lo sabes mejor que nadie. Me lo has dicho tú misma, en el apartamento, cientos de veces.

El silencio que sigue es el más doloroso que he experimentado en mi vida. Más que el de Valeria Montenegro en su cama de hospital. Más que el de Elena cuando vino con las costillas fisuradas. Más que cualquier silencio que haya escuchado en mi casa.

Inés se apoya en la encimera, tiembla, está llorando en silencio, de esa forma en la que se llora cuando el dolor es demasiado grande para hacer ruido.

—Inés —susurro, y doy un paso hacia ella.

—No me toques —dice, sin levantar la cabeza—. Ahora mismo no puedo… no me toques.

Retrocedo. Me quedo de pie en medio de la cocina, a una distancia prudente de la mujer a la que quiero, y ese espacio es el abismo más grande que he cruzado nunca.

—Todo lo que siento por ti es real —comienzo a decir, y mi voz se rompe—. Cada palabra, cada beso, cada noche que hemos pasado juntas. Nada de eso es mentira. Lo que hay en esa carpeta no cambia lo que siento por ti.

—Lo cambia todo —dice levantando la cabeza. Tiene los ojos rojos, la cara mojada—. Porque ahora sé que mientras yo dormía en tu cama, mientras me decías que me querías, mientras planificábamos unas vacaciones como dos personas normales, tú tenías archivos de hombres a los que habías mandado a matar.

—Inés, por favor…

—¿Sabes qué es lo peor? —me corta, y se limpia las lágrimas con el dorso de la mano con rabia—. Lo peor no es lo que has hecho. Es que una parte de mí lo entiende, una que ha visto cómo el sistema

falla cada día, la parte que lloró de alivio cuando Roberto murió, esa parte entiende por qué lo hiciste, y eso me aterroriza. Me aterroriza que pueda entenderlo, porque si lo entiendo, ¿qué me diferencia de ti?

—Te diferencia que tú sigues intentando que el sistema funcione desde dentro. Yo dejé de creer en eso hace mucho tiempo.

—Yo también dejé de creer muchas veces —asegura, y su voz es apenas un hilo—. Pero nunca crucé esa línea. Jamás, pero tú la cruzaste por mí. Usaste lo que yo te contaba para cruzarla. Cada caso que te conté, cada vez que vine a desahogarme, era material para tu… para lo que sea que estés haciendo.

—No fue así —protesto—. Nunca te usé. Lo que me contabas me importaba porque tú me importas. Pero esto no va de ti y lo que me decías, esto es mucho más grande. Existe una red de protección para mujeres, Inés. No vamos matando a la gente porque sí. Elena; por ejemplo, su marido tiene una pulsera, está controlado y ella bajo protección. He visto el terror en el rostro de mujeres antes de que vinieras a desahogarte al apartamento. No podía quedarme de brazos cruzados mientras veía cómo esas mujeres vivían aterrorizadas.

—Pero ese no es tu trabajo. Es el mío, yo elegí ser policía, yo elegí luchar dentro del sistema. Tú me quitaste esa lucha al saltarte todas las reglas por las que yo me levanto cada mañana.

Se queda mirándome un momento que dura una eternidad, no dice nada. Veo sus lágrimas caer por su rostro, no han dejado de hacerlo.

—Necesito irme —dice.

—No te vayas —pido, y odio lo desesperada que suena mi voz—. Podemos hablarlo. Puedo explicarte todo, puedo contarte por qué empezó esto, cómo funciona, por qué lo hago. Puedo contarte sobre Valeria Montenegro, sobre la fundación, sobre todo lo que hay detrás. Solo necesito que te quedes y me escuches.

—Ahora mismo no puedo escucharte —dice caminando hacia la puerta—. Ahora lo único que puedo hacer es irme antes de decir algo de lo que me arrepienta. Porque te quiero, María. Te quiero tanto que me duele, y eso hace que todo sea demasiado complicado.

—Inés…

Se detiene en la puerta. No se gira. Veo cómo aprieta los puños.

—Te lo dije una vez —afirma con la voz rota—, que si algún día lo que tú haces cruzaba con lo que yo hago, no sabía qué haría.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto, y el miedo me asfixia.

—No lo sé —admite—. No sé si puedo mirarte y no ver las carpetas. No sé si puedo besarte y no pensar en lo que has hecho. No sé si puedo estar contigo sabiendo que hay hombres muertos por decisiones que tomaste después de que yo hablara sobre ello.

Abre la puerta, pero no sale.

—No voy a denunciarte —explica, y esas palabras que deberían ser un alivio me duelen demasiado—. No porque no deba, sino porque si lo hago, me destruyo a mí misma. Porque yo fui parte de esto sin saberlo, y eso me convierte en algo que no quiero ser.

—No eres parte de nada, Inés. Tú no hiciste nada malo.

Se gira por fin. Tiene los ojos hinchados y las mejillas empapadas, y me mira con un amor tan grande y roto que siento que me arranca el corazón del pecho.

—Necesito tiempo —indica—. Necesito pensar, estar sola y decidir si puedo vivir con esto, si puedo quererte sabiendo lo que sé.

—¿Y si decides que no puedes? —pregunto, y mi voz sale como un susurro.

—Entonces habré perdido lo mejor que me ha pasado en la vida —su voz se quiebra del todo—. Pero al menos sabré que no me mentí a mí misma.

Sale por la puerta. No la cierra de un golpe. La cierra despacio, con cuidado, como quien cierra la tapa de algo que no sabe si volverá a abrir.

Me quedo mirando la puerta, no sé cuánto estoy así, pero mi cuerpo no reacciona. Cuando lo hace, me dirijo al portátil y miro la carpeta abierta. Los nombres están ahí, ordenados, cada uno asignado a un pecado. El trabajo de meses, de años, la herencia de Valeria, la red que tejimos para proteger a mujeres que nadie más protegía.

Cierro el portátil y me dejo caer en el taburete donde Inés estaba sentada, apoyo la frente en el mármol y cierro los ojos. No lloro, porque el dolor es tan grande que me paraliza, que me deja un hueco tan grande dentro como si alguien me hubiera arrancado todo lo que tenía.

Pienso en Vladimir y en su advertencia: «Si algún día esas dos realidades chocan, una de las dos tiene que ceder».

Han chocado, y lo que ha cedido no es una realidad. Es mi corazón.

El temporizador del horno suena. El pollo está listo. Comida para dos que voy a comer sola, o quizá no coma. Quizá me quede aquí, en este taburete, en esta cocina que todavía huele a ella, hasta que el dolor se convierta en algo que pueda soportar.

O hasta que Inés vuelva.

Si es que vuelve.

Capítulo 35

21 de agosto

Por la noche estoy en el sofá, sentada en el mismo sitio donde Inés apoyó la cabeza en mi hombro aquel domingo de mayo, cuando trajo galletas de mantequilla y vimos una serie. Ese domingo que ahora parece de otra vida, de otra mujer, de un mundo donde las carpetas estaban cerradas y los secretos seguían siendo míos.

Cojo el móvil y no hay mensajes de Inés, la pantalla está vacía, como yo.

Tengo que llamar a Vladimir, no quiero hacerlo, no quiero pensar en logística ni en seguridad ni en protocolos, pero es necesario. Si Inés ha visto la carpeta, todo cambia. No porque vaya a denunciarme; me dijo que no lo haría, pero Inés es inspectora. Su cerebro no se apaga porque su corazón le duela. Va a seguir conectando puntos; lo hará sin querer, en las noches de insomnio, mientras conduce al trabajo, mientras revisa expedientes. Los puntos están ahí y ella ya tiene demasiados.

Marco el número de Vladimir.

—Dime —dice nada más descolgar.

—Tenemos un problema.

Hay un silencio breve. Vladimir sabe distinguir los tonos de mi voz, conoce la diferencia entre algo que es personal y lo que no lo es.

—¿Qué ha pasado?

—Inés ha visto la carpeta que tengo en el portátil. La dejé ahí, en el escritorio y ella la encontró mientras buscaba vuelos para unas vacaciones —respondo intentando no llorar.

El silencio que sigue es más largo. Puedo imaginar a Vladimir de pie en su apartamento, con esos ojos grises calculando consecuencias, trazando escenarios, midiendo riesgos.

—¿Qué vio exactamente? —pregunta.

—Los archivos con nombres. Abrió el de Roberto Maldonado, vio las fotos, los horarios, la dirección, el bar. Conectó los puntos sola, Vladimir. El fiscal y Roberto, sabe que no fueron accidentes.

—¿Se lo confirmaste?

—Sí. Me preguntó cuántos y le dije dos —afirmo.

—¿Le hablaste de mí? ¿De la fundación? ¿De la red?

—No. Le dije que no estaba sola, pero no di nombres ni detalles. Tampoco quiso que le explicara nada —digo con la voz quebrada.

Otro silencio. Escucho su respiración al otro lado de la línea, pausada, controlada, Vladimir nunca pierde la calma; es una de las razones por las que Valeria confiaba en él más que en nadie.

—¿Va a denunciarte? —pregunta.

—Me dijo que no.

—¿La crees?

Pienso en la cara de Inés cuando dijo esas palabras. En cómo le temblaba la voz, en cómo me miró con ese amor destrozado que me arrancó el aire del pecho: «No voy a denunciarte. No porque no deba, sino porque si lo hago, me destruyo a mí misma».

—La creo —digo.

—Laura, creo que eso no es suficiente. Es inspectora de policía, tiene un deber legal, si alguien descubre que sabía y no actuó…

—No va a denunciarme, Vladimir —repito, y mi voz esta vez sale firme—. Inés no es el enemigo. Es la mujer a la que quiero y que acaba de descubrir algo que no debería haber visto, y ahora está en su casa procesando el hecho de que la persona con la que duerme ha cruzado una línea que ella ha jurado nunca cruzar.

—Lo entiendo, pero tenemos que tomar precauciones —él, siempre tan precavido.

—¿Qué tipo? —pregunto, y siento una presión en el pecho que duele.

—Mover la información. Todo lo que hay en tu portátil tiene que desaparecer esta noche, Mark puede hacerlo remotamente, un borrado limpio, sin rastro. La información seguirá a salvo en nuestros servidores, pero tu ordenador quedará limpio.

—Hazlo —digo.

—También necesito que me des el portátil mañana. Mark lo revisará por completo, se asegurará de que no haya nada que pueda comprometerte si alguien lo examina.

—Vale, mañana te lo llevaré al gimnasio.

—Y Laura —dice, y su voz ahora es más suave—. Lo de Inés. Lo siento.

No sé qué responder a eso, porque no sé si me lo dice como jefe de operaciones que lamenta una brecha de seguridad o como el hombre que me ha visto enamorarme por primera vez y sabe lo que esto significa.

—Yo también lo siento —susurro.

Me quedo mirando el portátil sobre la mesa de la cocina, cerrado, inofensivo, como si no acabara de destruir lo más importante de mi vida. Lo abro y lo enciendo; son las indicaciones de Vladimir. Al cabo de unos minutos veo el cursor moverse, y sé que Mark ya está trabajando. En unos minutos, todo lo que Inés vio habrá desaparecido de ese disco duro como si nunca hubiera existido.

Pero no va a desaparecer de la memoria de Inés. Eso no se borra con ningún programa.

Miro el móvil otra vez, esperando un mensaje que no llega, ni creo que vaya a llegar. No hay nada. Abro nuestra conversación de *WhatsApp* y leo el último mensaje que le envié ayer:

Yo: Buenas noches. Tengo muchas ganas de verte. Te echo de menos.

Qué lejos queda eso, qué lejos queda todo.

Escribo un mensaje, lo borro, escribo otro, lo borro también. Al final escribo algo tan simple que duele:

Yo: Estoy aquí, cuando quieras. Sin prisa.

Lo envío y dejo el móvil boca abajo sobre la mesa. No quiero mirar la pantalla esperando una respuesta que quizá no llegue.

Me voy a la cama y me acuesto, hundo la cara en su almohada, porque todavía huele a ella, a ese olor que no sé describir, pero que reconocería en cualquier lugar del mundo. Y entonces lloro, lo hago como no lo he hecho en años, como no lloré cuando murió Valeria, como no lloré cuando Elena vino con las costillas rotas, como no he llorado nunca por mí misma. Lloro por lo que he hecho, por lo que he perdido, por la mujer que se fue de mi cocina con el corazón roto llevándose el mío con ella.

23 de agosto

Me despierto a las cinco de la mañana. No he dormido más de dos horas. La almohada de Inés ya no huele tanto a ella; mi propio llanto ha borrado parte de su rastro. Me levanto, me ducho con el agua demasiado caliente, como hago cuando necesito sentir algo que no sea dolor, y bajo a la cocina.

Ayer no recogí nada, no pude, pero hoy sí. Limpio la cocina entera, lo hago de forma mecánica, es lo único que ahora puedo controlar. Cuando termino, la cocina está impecable, como si ayer no hubiera pasado nada, como si dos mujeres no se hubieran roto aquí mientras el pollo se hacía en el horno.

Miro el móvil. El mensaje que envié anoche tiene un solo *check*. No le ha llegado. Tiene el móvil apagado o me ha bloqueado.

Una angustia se instala en el centro de mi pecho, no puedo tragar y apenas puedo respirar. Sé que necesito relajarme y la única forma que conozco para que esa angustia se alivie es vomitar, y así lo hago. Dejo que salga todo. Lloro de nuevo sentada al lado de la

taza del váter, grito y abrazo mis rodillas dejando que la ansiedad se vaya disipando poco a poco.

A las nueve, llevo el portátil al gimnasio. Vladimir está esperándome. Se lo entrego y me mira sin decir nada, sale y se lo da a alguien que no llego a ver, probablemente Mark.

—¿Has dormido? —pregunta mirándome como si me estuviera analizando.

—No.

—Deberías —indica.

—No puedo —respondo y cierro los ojos apretando el puente de la nariz.

—Entonces golpea —dice dándome los guantes.

Me pongo los guantes. Vladimir sujeta el saco y empiezo a golpear. Los primeros golpes son flojos, torpes, sin fuerza, después la rabia llega. No contra Inés, no contra el mundo, contra mí misma. Por haber dejado la carpeta en el escritorio, por haber sido tan descuidada con lo único que realmente me importaba, por construir una vida donde el amor y la muerte comparten el mismo disco duro.

Golpeo hasta que los nudillos me arden bajo los guantes, hasta que los brazos me pesan y el sudor me empapa la camiseta, hasta que no queda nada dentro que golpear.

Vladimir suelta el saco y me pasa una toalla.

—¿Mejor? —pregunta.

—No —digo—. Pero al menos estoy cansada.

Nos sentamos en el banco. Vladimir me tiende una botella de agua y bebemos en silencio durante un rato.

—¿Qué quieres hacer? —pregunta.

—Esperar, no puedo hacer otra cosa. Si la presiono, la pierdo para siempre, si la dejo, quizá vuelva o quizá no, pero no puedo obligarla a aceptar lo que soy.

—¿Y lo demás? Las operaciones, las vigilancias, los casos abiertos. Rodrigo, Javier, Gonzalo. Todo eso sigue ahí.

—Lo sé. No voy a abandonar a esas mujeres porque mi vida personal se haya ido a la mierda. Ellas me necesitan y yo no voy a fallarles.

Vladimir asiente. No dice nada más sobre Inés, sabe que no hay palabras que puedan arreglar esto, y él nunca ha sido hombre de palabras vacías.

—Rodrigo —dice cambiando de tema—. Ha contactado con otro tipo desde que Galván se marchó. No es tan peligroso, es más bien un abogado agresivo que se dedica a buscar trapos sucios. Le ha encargado investigar la vida personal de Claudia para usarla en el divorcio.

—¿Qué puede encontrar?

—Que venía a verte, si escarba lo suficiente, conectará los pagos con la tarjeta y eso lo llevará a ti. A partir de ahí, si es listo, descubrirá a qué te dedicas.

—Y lo usará para desacreditarla en el juicio —completo.

—Exacto. La estrategia de Rodrigo será pintar a Claudia como una mujer inmoral que gastaba el dinero de su marido en

prostitución. No importa que sea legal, no importa que ella tuviera motivos. En un juzgado español, la percepción importa más que la ley.

Pienso en Claudia, en todo lo que ha luchado, en cómo se cortó el pelo sin pedir permiso a nadie, en cómo le dijo a Rodrigo que quería el divorcio mirándole a la cara. Todo eso puede desmoronarse si Rodrigo usa mi nombre como arma.

—Hay que proteger a Claudia —digo—. Necesito hablar con su abogada. Si Rodrigo va a jugar sucio, ella tiene que estar preparada.

—¿Vas a contarle a la abogada de Claudia quién eres?

—Voy a contarle lo necesario: que Claudia venía a tratamientos de belleza, y que después se convirtió en apoyo emocional. Legalmente, eso es lo que mis cargos reflejan. Lo demás es la palabra de Rodrigo contra la de Claudia, y sin pruebas directas, no tiene nada.

—Es arriesgado —advierte Vladimir.

—Todo lo que hago es arriesgado, pero no voy a dejar que ese hombre use mi trabajo para destruir a una mujer que acaba de encontrar el valor de ser libre.

—¿Y si eso no resulta?

Lo miro, suspiro y pienso en Irene, cierro los ojos y trago saliva. Tengo que hacerlo, tengo que proteger a Claudia de ese hombre.

—Sabes lo que tienes que hacer. Que parezca un accidente. Y quiero que seas tú quien proteja a Claudia, no envíes a nadie, tú.

Vladimir asiente. No puedo dejar que me afecte lo que ha pasado con Inés; necesito seguir protegiendo a esas mujeres de hombres

despiadados.

Capítulo 36

25 de agosto

Tres días sin noticias de Inés. El mensaje sigue con un solo *check,* solo hay dos opciones: o sigue con el teléfono apagado o me ha bloqueado, y cada vez me inclino más por lo segundo. La idea de que haya eliminado mi número, borrado nuestras conversaciones, arrancado mi nombre de su vida como quien arranca una página de una libreta, me produce unas náuseas que no se van ni con el café ni con el ejercicio ni con nada.

Voy al apartamento de Malasaña porque necesito hacer algo útil con las manos. Limpio lo que no necesita limpiarse, cambio las sábanas que están limpias, riego plantas que ya están regadas, muevo los muebles de un lado a otro y los vuelvo a poner donde estaban. Es patético, lo sé, pero moverme es lo único que impide que me siente en el sofá y me quede mirando el teléfono como una adolescente esperando la llamada que no llega.

A mediodía suena el timbre. Por un instante, una fracción de segundo, mi corazón se dispara pensando que es ella, pero cuando miro por la mirilla veo a Elena.

Abro la puerta. Elena está diferente de la última vez que la vi. Lleva un vestido ligero de verano, el pelo con una trenza, los moratones han desaparecido y, sobre todo, sonríe. No esa sonrisa

forzada que tenía cuando venía aquí fingiendo que todo estaba bien, sino una real, la de alguien que se ha quitado un peso de encima.

—Hola —dice—. ¿Puedo pasar un momento? Quería verte, pero no para lo que piensas, sé que has dejado el sexo con mujeres.

—Así es. Pasa.

Se sienta en el sofá, en su sitio, ese rincón donde siempre se sentaba. La miro y veo cómo sus ojos recorren el apartamento con nostalgia, pero no con tristeza. Es la mirada de quien vuelve a un lugar que fue importante y lo reconoce sin necesitar quedarse.

—¿Cómo estás? —pregunto.

—Bien —dice—. La convivencia con Luciana es buena. Nos respetamos, cada una tiene sus horarios, compartimos las cenas cuando coincidimos. Es tranquilo, es seguro y, sobre todo, siento que es mío. Un lugar que reconozco.

—Me alegro mucho, Elena.

—He venido a contarte algo —dice, y se muerde el labio de una forma que me recuerda a otra persona, a Inés, y el dolor vuelve como una punzada.

—Dime.

—Valeria —dice, y se le encienden los ojos de una forma que reconozco de inmediato—. Ayer tuvimos una reunión sobre el caso, la preparación del juicio de octubre. Repasamos mi declaración, los testimonios, las pruebas, todo.

—¿Fue bien?

—Fue muy bien. Valeria dice que el caso es sólido, que Javier va a ir a prisión, que no hay ningún escenario en el que salga libre

después de todo lo que tenemos. Pero esto no es eso lo que quiero contarte.

Espero, soy paciente, necesita tiempo y se lo doy. Elena se mueve en el sofá, se acerca y baja la voz, como si alguien pudiera escucharla.

—Cuando terminamos la reunión, estábamos recogiendo los papeles y Valeria me preguntó si quería tomar un café, no en el despacho, sino fuera. En la cafetería de al lado. Me dijo que llevaba horas encerrada y que necesitaba aire.

—¿Fuisteis? —pregunto.

—Fuimos y Valeria fue... diferente. Ya no era la abogada y yo la clienta. Éramos dos mujeres tomando un café en una terraza de agosto, hablando de cosas normales. Me contó que de pequeña quería ser pianista, ¿puedes creerlo? Valeria, la abogada más feroz de Madrid, quería ser pianista, pero sus padres la metieron en Derecho y ella, en lugar de quejarse, decidió ser la mejor. Me dijo que a veces se arrepiente de no haber tocado el piano, de haber elegido siempre el deber sobre el deseo.

—Suena a Valeria —digo, sonriendo.

—Yo le conté lo de los árboles —continúa Elena—. Lo de las hojas que coleccionaba de niña, los cuadernos con los nombres de las especies. Se rio cuando le dije que todavía tengo uno guardado en casa de mi madre en Sevilla, pero no se rio de mí, lo hizo con ternura, como si le pareciera lo más bonito del mundo que una niña coleccionara hojas.

—Elena...

—Sé lo que vas a decir —me interrumpe—. Que es mi abogada, que hay límites, que debo tener cuidado. Lo sé, pero Laura, cuando me miró ayer en esa terraza, sentí algo que no había sentido en mucho tiempo. No fue deseo, no fue ese vértigo de cuando vienes aquí y alguien te toca por primera vez. Fue calma. Como si llevara años en medio de una tormenta y de repente alguien hubiera abierto un paraguas encima de mí.

—Valeria es una mujer extraordinaria —digo.

—Lo es. Y creo que... creo que ella también siente algo. No me ha dicho nada, es demasiado profesional para eso, pero la forma en que me mira, Laura. Nadie me ha mirado así, ni siquiera tú, y tú me mirabas con más cariño que nadie en el mundo. Pero lo de Valeria es diferente. Es como si me viera entera, con todo lo que soy, con todo lo que me hicieron, y no le diera miedo.

Me acuerdo de Valeria sentada en este mismo sofá hace unas semanas, confesándome que se estaba enamorando de Elena. Las dos sienten lo mismo, pero ninguna se atreve a decirlo, es demasiado frágil todavía.

—Elena —digo, y la cojo de las manos—. El juicio es en octubre. Cuando termine, cuando Javier esté donde tiene que estar, cuando tu caso se cierre, Valeria dejará de ser tu abogada y entonces, todo lo que sientes ahora, todo lo que crees que ella siente, podrá existir sin trabas.

—¿De verdad crees que ella...? —empieza, y no termina, como si decirlo en voz alta pudiera romper el hechizo.

—Lo creo —afirmo, porque lo sé.

Elena me abraza, es uno diferente al de todas las veces anteriores, no es el de una mujer rota buscando refugio, es el de una amiga que comparte una alegría secreta.

—Gracias —dice—. Por todo lo que has hecho por mí y por presentarme a Valeria. Si no me hubieras mandado a ella, no estaría aquí ahora, sintiéndome así.

—Las cosas buenas a veces llegan cuando dejas de buscarlas —respondo, y mis propias palabras me hacen un nudo en la garganta.

Cuando Elena se va, me quedo en el sofá. Pienso en ella y en Valeria, en cómo la vida tiene esa crueldad hermosa de regalarte esperanza justo cuando más duele. Elena encontrando algo parecido al amor mientras yo pierdo lo mío. Valeria descubriendo que el corazón no se cierra con llave mientras yo descubro que el mío está abierto de par en par y sangrando.

Miro el móvil. Nada.

27 de agosto

Cinco días sin saber nada de Inés.

He dejado de mirar el teléfono cada cinco minutos, ahora lo miro cada diez. Es un progreso patético, pero es algo.

Estoy en el gimnasio con Vladimir cuando él se detiene a media sesión y me mira.

—Tienes que comer —dice.

—Estoy comiendo.

—No lo suficiente. Has perdido peso esta semana.

—Estoy bien, Vladimir —afirmo.

—No estás bien, pero no voy a discutir contigo. Solo te digo que no puedes proteger a nadie si tú misma te derrumbas.

Tiene razón. Lo sé, pero saber algo y sentirlo son cosas distintas, y ahora mismo lo único que siento es el hueco que Inés dejó en mi vida, un hueco que ocupa cada habitación de mi casa, cada rincón del apartamento, cada segundo del día.

Estoy tumbada en la cama, en mi lado, sin atreverme a cruzar al suyo, cuando el móvil vibra. El corazón me da un salto tan violento que me tiemblan las manos al coger el teléfono.

Es ella. Dos *checks* azules. El mensaje le llegó. Me desbloqueó.

Y hay un mensaje nuevo.

Inés: No estoy bien, pero lo estoy procesando. No me esperes, pero no me olvides.

Leo el mensaje siete veces. Cada vez que lo leo, encuentro algo diferente. «No estoy bien»: sigue dolida, claro que lo está. «Estoy procesando»: no ha tomado una decisión, lo que significa que la puerta no está cerrada. «No me esperes»: no quiere que mi vida se detenga por ella. «No me olvides»: todavía me quiere. Todavía siente algo lo bastante fuerte como para pedirme que no la olvide, como si eso fuera posible, como si pudiera olvidar a la mujer que me enseñó lo que era ser vista de verdad.

Escribo la respuesta más difícil de mi vida. Cada palabra medida, cada letra, un equilibrio entre lo que quiero decir y lo que ella puede escuchar ahora mismo.

Yo: No podría olvidarte, aunque quisiera. Tómate el tiempo que necesites, estaré aquí. Siempre.

Envío el mensaje, dos *checks* azules y sonrío, ahora sí le llegan.

Me quedo mirando la pantalla hasta que se apaga sola. Después abrazo el teléfono contra el pecho como si fuera lo único que me conecta con ella, porque ahora mismo lo es. No es una reconciliación, no es un perdón, ni siquiera es una promesa, pero es algo, es una grieta de luz en una puerta que creía sellada. Con eso, esta noche, consigo dormir.

29 de agosto

Claudia me llama por la mañana.

—Laura, necesito verte. Rodrigo ha empezado a jugar sucio y mi abogada dice que puede ponerse peor.

Quedamos en el apartamento a mediodía. Cuando llega, la veo seria, pero no asustada. La Claudia que tengo delante ya no es la que temblaba al hablar de su marido. Esta Claudia es diferente.

—Su abogado ha presentado una contraoferta al divorcio —dice, sentándose en el sofá—. Me ofrece una cantidad ridícula, la mitad de lo que me corresponde según mi abogada, y a cambio quiere que renuncie a cualquier reclamación sobre las propiedades y las cuentas en el extranjero.

—No aceptes.

—No tengo ninguna intención de aceptar. Mi abogada dice que es una táctica para ganar tiempo mientras sigue moviendo dinero, pero hay algo más —me mira—. Ha contratado a alguien para investigar

mi vida personal. Lo sé porque una vecina me dijo que un hombre estuvo preguntando por mí en el barrio, quién viene a verme, a qué hora salgo, con quién hablo.

Galván se fue, pero Rodrigo ha encontrado otro peón. No me sorprende; es un hombre que cree que todo se soluciona con dinero y con miedo.

—¿Tu abogada lo sabe? —pregunto.

—Sí. Ha presentado una denuncia por acoso e intimidación en el marco del proceso de divorcio, pero Laura, si este hombre descubre que yo venía a verte, si descubre lo que hacíamos aquí...

—Claudia, escúchame —la interrumpo—. Lo que hacíamos aquí era legal. Dos adultas que decidían cómo pasar su tiempo. Él puede intentar usarlo, pero sin pruebas directas de algo ilegal, es solo ruido.

—Pero el ruido a veces es suficiente para destruirte en un juzgado —dice.

Tiene razón. En un proceso de divorcio, la percepción importa tanto como los hechos. Un juez conservador, un informe tendencioso, un abogado agresivo que pinte a Claudia como una mujer que gastaba el dinero de su marido en escort, y todo puede torcerse.

—Voy a hablar con tu abogada —digo—. Tenemos documentación que puede contrarrestar cualquier cosa que Rodrigo presente. Transferencias que él hizo a paraísos fiscales, patrimonio oculto, cuentas que no declaró. Si él quiere jugar sucio, nosotras podemos jugar más sucio.

—¿Cómo tienes esa información? —pregunta Claudia, entrecerrando los ojos.

Es una pregunta que sabía que llegaría en algún momento. Claudia no es tonta, sabe que yo no soy solo una acompañante que escucha y consuela. Ha intuido desde hace tiempo que hay algo más detrás de estas paredes. Por eso ha seguido viniendo e informándome.

—Tengo contactos, gente que sabe moverse en ciertos círculos, gente que me ayuda a proteger a las mujeres que vienen a mí —confieso.

—¿Quién eres realmente, Laura? —pregunta, con curiosidad.

—Soy alguien que se preocupa por ti —respondo—. ¿Eso es suficiente?

Me mira durante un momento. Después asiente.

—Es suficiente —dice—. Por ahora.

Cuando Claudia se va, llamo a Vladimir para confirmar que la documentación financiera de Rodrigo está lista para entregarla a la abogada de Claudia.

—Lo está. Mark hizo un trabajo increíble, sabes lo meticuloso que es.

—Lo sé.

—Laura, hemos seguido a Rodrigo, no se va a rendir, no va a dejar que Claudia se salga con la suya.

—¿Qué crees que puede hacer? —pregunto.

Escucho a Vladimir suspirar a través de la línea del teléfono, sé lo que viene, sé lo que podría hacer Rodrigo sin que Vladimir me diga nada.

—Es un cabrón con contactos, muchos, pero tengo algo que puede destruirlo, incluso…

—Desaparecerlo —digo por él.

—Sí. Hizo negocio con unos rumanos y cuando iban a cerrarlos, alguien le ofreció más dinero y los dejó tirados, lo están buscando. Rodrigo es listo, hace los negocios con una empresa pantalla y un nombre falso.

—Haz lo que tengas que hacer, pero no quiero que toque a Claudia —ordeno.

—Perfecto —responde.

La avaricia de Rodrigo va a ser su propia tumba. Sin mancharme las manos, sin ordenar que sea un accidente. Solo Vladimir dando información a alguien que la pide.

31 de agosto

Hacer balance duele. Las mujeres que protejo están seguras. Todo avanza y sigue su curso.

Pero yo estoy más sola que nunca.

Miro el móvil. Desde aquel mensaje de Inés hace cuatro días no ha habido nada más. Cuatro días de silencio que son cuatro días de incertidumbre, de noches en una cama demasiado grande; por la mañana, mi primer pensamiento al despertar es ella y el segundo es el recuerdo de su cara destrozada en mi cocina.

«No me esperes, pero tampoco me olvides».

No la espero. La echo de menos, que es diferente y peor. Esperar implica que crees que algo va a pasar. Echar de menos es saber que quizá no pase y, aun así, no poder dejar de sentir el hueco.

Pienso en Valeria Montenegro. En su advertencia: «No te encariñes.» Fallé en eso hace mucho tiempo. Me encariñé con todas, pero con Inés hice algo peor que encariñarme: me enamoré. Y ahora el precio de ese amor es el silencio de un teléfono que no suena y una almohada que ya no huele a ella.

Capítulo 37

1 de septiembre

Me despierto temprano, antes de que suene el despertador, con esa sensación de vacío que ya se ha convertido en costumbre. La cama sigue siendo demasiado grande, cuando antes no lo era. La almohada de Inés sigue en su sitio, intacta, como un altar que no me atrevo a tocar.

Me levanto, me ducho y bajo a la cocina, entrar se ha convertido en un acto casi heroico. Sigo viendo a Inés sentada, pero no como algo negativo, sino a ella contándome su día, y esa era la imagen más hermosa que había visto nunca y ahora duele el recuerdo.

Abro el portátil. Mark lo devolvió hace tres días, limpio, impoluto, como si nunca hubiera contenido nada más que programas de ofimática. Toda la información está ahora en los servidores seguros de la red, lejos de mi casa, lejos de cualquier mano que pueda encontrarla por accidente. Demasiado tarde, pero hecho.

Reviso el correo. Hay un mensaje de Valeria confirmando la reunión de preparación del juicio de Javier, fijada para el 15 de septiembre. Dice que el caso es sólido, que los testimonios están listos, que Elena ha declarado tres veces y cada vez con más firmeza. También dice, entre líneas y con esa elegancia suya para

decir cosas sin decirlas, que Elena está bien, que la ve fuerte y que confía en ella.

Le respondo confirmando y cierro el portátil. Septiembre va a ser largo, demasiado.

3 de septiembre

Vladimir me llama a las siete de la mañana.

—Tenemos un problema con Javier —dice sin preámbulos.

Me siento en la cama. La palabra «Javier» activa algo dentro de mí, un mecanismo de alerta que no necesita café ni ducha para funcionar.

—¿Qué ha hecho?

—Está buscando a Elena. Desde hace al menos una semana, quizá más. Ha contactado con antiguos conocidos preguntando por ella, ha llamado a gente que conocía a Elena y les dice que necesita hablar con ella.

—Nadie sabe nada de Elena —aseguro.

—Hay gente que sabe. Mark tiene intervenido el teléfono de Javier, habló con un hombre llamado Sergio, que fue compañero de trabajo de Elena. Él dijo que no había visto a Elena desde hace bastante tiempo, pero que sabía por otra compañera que a Elena le estaba ayudando alguien, y le dio un nombre.

El estómago se me revuelve.

—¿Qué nombre?

—Laura, solo dijo eso: que él había escuchado a una compañera decir que esa mujer le había ayudado mucho. Que le había dado un sitio donde quedarse, que era como su ángel de la guarda.

Cierro los ojos. La información es así: un comentario inocente y quien lo hace no sabe que está alimentando a un depredador.

—¿Sabe quién soy? —pregunto.

—Todavía no, pero está buscando. Ha tecleado «Laura» junto con «Madrid» y «ayuda mujeres» en varias combinaciones. No ha encontrado nada que lo lleve directamente a ti, tu nombre profesional no aparece vinculado a ningún servicio de acogida, pero es cuestión de tiempo. Si sigue tirando del hilo, si habla con más gente, si alguien le da un apellido o una dirección. Sé que todo está a nombre de María, pero Laura es como se te conoce, ese nombre lo sabe todo el mundo. Si busca los pagos…

—Vladimir, ¿dónde está Javier?

—En su piso de Vallecas. Mark tiene activado el seguimiento de su móvil desde que empezamos con el caso. No se ha movido de la zona en los últimos días, pero sus búsquedas se han intensificado. Está obsesionado, Laura. La orden de alejamiento sigue vigente, pero ambos sabemos lo que vale un papel para un hombre como él.

Lo sé mejor que nadie. He visto las costillas rotas de Elena, las marcas en sus brazos, la forma en que se encogía cuando alguien levantaba la voz. Un papel firmado por un juez no detiene a un hombre que cree que su mujer le pertenece.

—Hay que avisar a Valeria —digo—. Si Javier está buscando a Elena, Valeria tiene que saberlo, ella es su abogada, puede pedir una ampliación de la orden de alejamiento, solicitar protección policial,

mover los hilos legales y hay que avisar a Elena. Necesita saber que Javier la está buscando.

—De acuerdo. ¿Quieres que llame yo a Valeria o prefieres hacerlo tú?

—Lo hago yo. Conozco a Valeria, sé cómo hablarle, si la llamas tú, va a querer saber quién eres y no estamos preparados para esa conversación.

—Laura —dice Valdímir, y su voz suena a advertencia—. Tú también corres peligro. Si Javier descubre la dirección, irá a por ti, No va a ir solo a buscar a Elena, va a ir a buscar a quien se la quitó. Eso es lo que hacen los hombres como él: no atacan solo a la víctima, atacan a todo lo que la rodea, destruyen la red de apoyo para dejarla sola de nuevo.

—Lo sé.

—No bajes la guardia, ten el móvil siempre encima y si ves algo raro, me llamas. No salgas sola de noche y, por favor, Laura, no abras la puerta sin mirar antes por la mirilla. Es mejor que no vayas al apartamento y te quedes en tu casa, yo desde aquí puedo controlar las cámaras.

—Vladimir, sé lo que tengo que hacer.

—Y yo llevo años manteniéndote viva. No discutas conmigo esto —su voz es tajante.

Tiene razón, no puedo discutir con él algo como esto.

Cuelgo y marco el número de Valeria.

—Laura, dime —responde al segundo tono.

—Javier está buscando a Elena —suelto—. Lleva días investigando, ha contactado con conocidos, ha conseguido un nombre: el mío. No tiene mucho más, pero está buscando.

El silencio al otro lado es breve. Conozco a Valeria; está procesando, calculando, activando ese cerebro jurídico que funciona como un reloj suizo incluso a las siete y media de la mañana.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta.

—Tengo mis fuentes, Valeria. No preguntes.

—No pregunto. ¿Qué necesitas de mí?

—Que solicites protección policial para Elena. Que intentes que lo metan en la cárcel antes de que encuentre a Elena, di que la sigue buscando, haz lo que tengas que hacer, pero aleja a ese hombre.

—Vale, lo presento todo hoy mismo. Laura, voy a llamar a Elena ahora.

—Sé cuidadosa con ella. No la asustes más de lo necesario —advierto.

—La conozco —afirma Valeria—. Sé cómo hablarle.

—Por eso confío en ti —respondo.

Me quedo sentada en la cama un momento, procesando. Javier está buscando a Elena y también a mí. La ira de ese hombre no se ha apagado con la separación, ni con la orden de alejamiento, ni con la perspectiva de un juicio. Se ha incubado, se ha alimentado del resentimiento y la obsesión, y ahora busca una salida. Y las salidas de un hombre violento son siempre las mismas: encontrar, controlar, destruir.

Me levanto y decido ir al gimnasio, necesito golpear algo antes de que el miedo se convierta en parálisis.

5 de septiembre

Vladimir me pone al día mientras entrenamos. Mark ha seguido monitorizando el móvil de Javier. La búsqueda continúa, ha tenido acceso a los pagos, ha buscado información sobre mi actividad, sabe que iba a un servicio de acompañamiento. No tiene dirección exacta.

—Tiene el barrio —dice Vladimir mientras me sujeta las muñequeras—. No tiene la calle ni el número, pero Malasaña no es grande. Si se pasea preguntando por mí o si muestra una foto de Elena.

—Nadie la conoce —digo—. Cuando venía al apartamento, nunca hablaba con los vecinos. Entraba y salía.

—Pero tú sí eres conocida en el barrio. Los vecinos te conocen, el del estanco de abajo, la señora de la frutería, si Javier pregunta por una Laura que tiene un piso en la zona, alguien podría señalar el edificio.

Tiene razón. He sido cuidadosa con muchas cosas, pero no con mi presencia en el barrio. Voy allí como quien va a su casa, porque es mi casa, una de ellas. No me escondo, no me disfrazo, no cambio de ruta, no he sido invisible porque nunca pensé que alguien vendría a buscarme.

—¿Qué hacemos? —pregunto.

—De momento, no vayas sola al apartamento. Cuando necesites ir, avísame y te acompaño. No abras a nadie sin confirmar quién es

y, Laura, instala la aplicación que Mark te envió, tiene un botón de emergencia que me envía tu ubicación en tiempo real. Si pasa algo, la pulsas y estoy allí en quince minutos.

—Quince minutos es mucho tiempo —digo.

—Por eso no debes estar sola.

Instalo la aplicación. Un botón rojo en la pantalla del móvil. Tan simple. Tan insuficiente.

7 de septiembre

Valdimir me dice que, tras investigar, ya han localizado a Rodrigo, será cuestión de días que ese hombre se enfrente a una realidad que quizá salga muy mal para él.

Valeria me informa de que ha conseguido una ampliación de la orden de alejamiento; ahora cubre también a su compañera de piso. La policía ha sido notificada y hay una patrulla que pasa por la calle de Elena dos veces al día. Pero él sigue suelto.

Elena me llama por la tarde.

—Valeria me lo ha contado —dice—. Que Javier me busca.

—¿Estás bien?

—Estoy asustada —admite—. Pero no como antes. Antes el miedo me paralizaba, me hacía pequeña, me convertía en algo que él podía pisar. Ahora es diferente, es como una alarma que me dice que tenga cuidado, pero no me impide moverme.

—Eso es porque ya no eres la misma mujer —le digo.

—No. No lo soy y, Laura, quiero que sepas algo. No voy a esconderme, no voy a cambiar de piso ni de rutina ni de vida porque él me busque. Ya hice eso durante años, adaptar mi vida a su rabia, y no pienso volver a hacerlo. Voy a seguir viviendo, si él viene, me encontrará de pie, nada de estar asustada.

Pienso en esa mujer que llegó aquí, esa ya no existe. En su lugar hay alguien que se asusta, pero no se dobla, que tiene miedo, pero no se esconde, que sabe lo que vale y no está dispuesta a que nadie se lo quite.

—Valeria te está protegiendo bien —afirmo.

—Valeria es increíble —dice Elena—. Me llamó tres veces ayer solo para comprobar que estaba bien. La tercera vez le dije que no hacía falta, que estaba bien de verdad, y ella me dijo que la dejara preocuparse, que para eso estaba.

—¿Para eso estaba? —pregunto sonriendo.

—Ya sé lo que estás pensando —dice Elena—. Y sí, Laura. Sí, hay algo. No sé qué todavía, no sé cómo llamarlo, pero hay algo. Si salgo de esto, si Javier acaba preso y yo sigo de pie, quiero descubrirlo.

—Vas a salir de esto —le aseguro—. Y vas a descubrirlo.

Cuelgo, me quedo sentada en el sofá y, por primera vez en días, sonrío. No por mí, sino por Elena, porque merece todo lo bueno que la vida le debe después de tanto dolor.

Capítulo 38

9 de septiembre

Vladimir me llama a las seis de la tarde.

—Javier ha encontrado el edificio —dice—. Mark acaba de detectar que su móvil ha ido a Malasaña, está a tres calles del apartamento y está preguntando.

El frío que me recorre la espalda es como si acabaran de vaciarme una bolsa de hielo por encima.

—¿Ahora mismo?

—Sí. ¿Dónde estás? —pregunta.

—En Aravaca, en mi casa.

—Quédate ahí, no vayas al apartamento. Voy a mandar a alguien a vigilar la zona; si Javier entra en el edificio, lo sabremos.

—El portero automático no funciona desde hace un mes —digo—. La puerta del portal se abre empujando.

Silencio.

—Mierda —dice Vladimir, y es la primera vez que le oigo decir esa palabra—. Quédate ahí, ni se te ocurra ir al apartamento. Te mantengo informada.

Me quedo de pie en medio del salón, con el móvil en la mano, mirando la pantalla como si pudiera ver a través de ella lo que está pasando en Malasaña. Javier caminando por mi calle, Javier entrando en mi edificio, Javier subiendo las escaleras hasta mi puerta.

No hay nadie en el apartamento, ya no hay nada comprometedor, Mark se encargó de eso, pero Javier no busca pruebas. Busca a Elena, y si no la encuentra allí, buscará a la persona que la esconde.

A mí.

Treinta minutos después, Vladimir me llama otra vez.

—Se ha ido. Me informaron de que subió y de que alguien del edificio lo echó, él se fue, pero, Laura, entró en el estanco antes de irse y tuvo que hablar de algo con el dueño.

—¿Qué le dijo?

—No lo sabemos exactamente. Solo que estuvo como cinco minutos dentro y lo vieron hablando, y ese tiempo no es un «no sé de qué me hablas».

Pienso en Manuel, el del estanco, me conoce desde hace diez años. Sabe que tengo el apartamento en el segundo, sabe que entro y salgo a distintas horas, sabe que a veces vienen mujeres a verme. No sabe a qué me dedico exactamente, pero si alguien le preguntó por una Laura con un piso en el edificio, Manuel pudo haber dicho lo suficiente.

—Javier ahora tiene mi planta —digo—. Quizá mi puerta.

—Probablemente. Laura, tienes que dejar de ir al apartamento durante un tiempo.

—No puedo, tengo mujeres que dependen de ese lugar. Si lo cierro, les estoy diciendo que un hombre ha ganado —digo.

—Si vas y Javier te está esperando, no habrá discurso feminista que te proteja de sus puños.

—Vladimir…

—Escúchame —dice, y su voz es dura—. No vayas sola. Si tienes que ir, me llamas y voy contigo. Siempre. Sin excepciones. ¿Entendido?

—Entendido.

—Y Laura, una cosa más, Javier no es estúpido. Es violento, es obsesivo, pero no es estúpido. Ha llegado hasta tu barrio en menos de una semana con un solo nombre de pila. Va a seguir buscando y cuando te encuentre, no va a llamar a la puerta para hablar.

Lo sé. Lo sé con esa certeza que se instala en el estómago cuando reconoces el peligro real.

12 de septiembre

Tres días sin saber nada de Javier. Mark confirma que el móvil no ha vuelto a Malasaña. Está en Vallecas, en su casa, como si nada hubiera pasado. Pero yo sé que no es calma, es planificación. Los hombres como Javier no se rinden; retroceden para coger impulso.

Hoy tengo que ir al apartamento. Carmen, la arquitecta, la que pensaba que no volvería, vuelve. Viene a las cinco, necesita hablar.

Llamo a Vladimir. Me dice que estará en la puerta del edificio a las cuatro y media. Llego a las cuatro y cuarto y espero en el coche hasta que lo veo aparecer. Subimos juntos. El apartamento está

exactamente como lo dejé: limpio, ordenado, silencioso. Vladimir revisa las habitaciones, la cocina, el baño. Todo despejado.

—Estaré abajo —dice—. Cuando Carmen se vaya, me llamas y subo a buscarte.

—Vladimir, no puedes pasarte la vida esperándome en la calle.

—Puedo y lo haré —dice, y no hay discusión posible.

Carmen llega a las cinco y hablamos durante una hora. Me cuenta que ha conocido a alguien fuera de aquí, un hombre que la trata bien, que la escucha, que no le pide nada que ella no quiera dar. Me dice que quiere intentarlo, que tiene miedo, pero que está lista. Le digo que me alegro, que se lo merece, que el amor no tiene que doler para ser real.

Cuando Carmen se va, llamo a Vladimir. Lo espero y bajamos juntos. Cuando llegamos al portal, se detiene.

—Laura, mira esto —dice señalando los buzones.

Hay algo metido, un papel doblado. Saco las llaves y abro el buzón. Es una nota escrita a mano.

«Sé dónde vives. Sé lo que haces. Devuélveme lo que es mío o te arrepentirás. J.»

Me quedo mirando la nota, la «J» al final. Javier ha vuelto. No con su móvil, probablemente lo dejó en casa para no ser rastreado. Ha venido, ha metido esto en mi buzón y se ha ido. Sabe dónde vivo y cuál es mi puerta.

—Vino sin el teléfono —dice Vladimir leyendo la nota por encima de mi hombro—. Por eso Mark no lo detectó.

—Es más listo de lo que pensábamos —digo nerviosa.

—No es listo. Es peligroso. Que no es lo mismo, pero a veces es peor.

Vladimir saca una foto de la nota.

—Esto va directamente a Valeria —dice—. Es una amenaza explícita. Combinado con la violación de la orden de alejamiento, Javier se está cavando su propia tumba legal.

—Pero mientras tanto, sigue suelto —digo.

—No vas a volver aquí sola, ni a ningún sitio. Laura, esto es serio. Este hombre te ha identificado como el obstáculo entre él y Elena. Para él, tú eres la enemiga, y un maltratador que ha identificado a su enemigo no para hasta eliminarlo.

Envío la foto de la nota a Valeria con un mensaje explicando la situación. Valeria responde al momento.

Valeria: Presento denuncia mañana a primera hora. Esto es violación de la orden de alejamiento, amenazas y acoso. Voy a pedir prisión preventiva. Laura, ten cuidado.

Yo: La tendré.

Pero tener cuidado contra un hombre que ha dejado de tener miedo a las consecuencias es como poner un paraguas frente a un huracán. Funciona hasta que está demasiado cerca.

14 de septiembre

Valeria presenta la denuncia, y todo va rápido, ya hay una orden de búsqueda y captura contra Javier por violación de la orden de alejamiento y amenazas. La policía ha ido a su casa y no está. Se ha ido. El piso está vacío. Javier ha desaparecido.

Mark perdió la señal de su móvil a las once de la mañana. Casi seguro que lo ha desechado. Sin móvil, sin dirección fija, sin rastro digital, Javier es un fantasma furioso que sabe dónde vivo y que le he robado a su mujer.

Vladimir viene a mi casa de Aravaca. Se sienta en el salón y me mira con esos ojos grises que no mienten.

—Quiero que te quedes aquí hasta que lo encuentren —dice—. No vayas al apartamento, no vayas al gimnasio, no vayas a ningún sitio sola.

—No puedo encerrarme —protesto.

—Puedes y debes, esto es temporal. La policía lo está buscando. Con la orden de captura, no puede ir lejos. No tiene dinero, no tiene contactos fuera de Madrid, no tiene recursos. Lo encontrarán.

—¿Y si antes de que lo encuentren viene aquí? —pregunto.

—Este sitio es seguro. No hay nada que vincule tu nombre con esta dirección de forma pública. El apartamento de Malasaña era un punto de encuentro, pero esta casa está a tu nombre real. Javier tendría que ser un genio informático para encontrar este lugar.

—No es un genio, pero está desesperado, y los hombres desesperados a veces tienen suerte —digo.

—Por eso voy a quedarme aquí esta noche —dice Vladimir—. Y mañana y hasta que esto termine.

No protesto. Por primera vez en mucho tiempo, acepto sin discutir, porque tengo miedo de ser el objetivo de ese hombre. En su cabeza, yo soy la responsable de que su mundo se haya derrumbado. No, Elena, que tuvo el valor de irse; no Valeria, que lo

lleva ante la justicia; yo, la mujer que le dio a Elena un lugar donde refugiarse y la fuerza para no volver.

Vladimir se instala en la habitación de invitados. Cenamos algo rápido, sin hablar mucho, antes de que cada uno se vaya a dormir, me dice algo que me acompaña hasta la almohada.

—Laura, no bajes la guardia. Ni dormida.

No duermo.

16 de septiembre

Dos días sin noticias de Javier. La policía sigue buscándolo. Vladimir ha reforzado la vigilancia del edificio donde vive Elena y Mark ha instalado cámaras discretas en el portal de Elena.

Elena está protegida. Valeria se ha encargado de eso con una eficacia que va más allá de lo profesional. Ha hablado con la policía, ha coordinado con los servicios de protección a víctimas, ha llamado a Elena cada mañana y cada noche. Cuando le pregunté si no estaba haciendo más de lo que le correspondía como abogada, me dijo: «Estoy haciendo exactamente lo que me corresponde como abogada».

Yo sigo encerrada en Aravaca. Vladimir sigue aquí, y Mark pasa cada mañana para revisar las cámaras. No es necesario, pero lo hace. Esta rutina de vigilancia yo la vivía del otro lado; siempre he vigilado a depredadores, y ahora soy yo la vigilada.

A las tres, Vladimir entra en el salón con el móvil en la mano.

—Me han informan de que alguien ha ido al apartamento de Malasaña y no es Javier —asegura.

—¿Quién es?

—No lo sabemos, pero le han sacado una foto. Estuvo preguntando por ti, pero no ha sacado nada.

—Javier ha mandado a alguien —afirmo.

—Eso parece. Lo que significa que no está solo. Tiene al menos un aliado que le hace los recados mientras él se esconde.

Me dejo caer en el sofá. Ahora no solo tengo a Javier buscándome, sino a otro, alguien que puede moverse, sin una orden de captura, sin restricciones, sin que la policía lo busque. Alguien que puede hacer lo que Javier no puede: moverse libremente, preguntar sin levantar sospechas.

—Vladimir, ¿podemos identificar a ese hombre?

—Mark está trabajando en ello. Tiene la foto y la está pasando por reconocimiento facial. Si tiene antecedentes o cualquier registro público con foto, lo encontraremos.

Mientras esperamos, pienso en las mujeres que dependen del apartamento. No puedo cerrar ese lugar indefinidamente. Es el refugio, el punto de partida, el sitio donde las mujeres llegan rotas y empiezan a recomponerse. Si lo cierro, Javier habrá ganado algo sin siquiera proponérselo: habrá destruido un espacio seguro.

Pero si lo mantengo abierto y Javier llega, pongo en peligro a todas las mujeres que pasan por allí.

Es una trampa sin salida y Javier, sin saberlo, está consiguiendo exactamente lo que quería: paralizarme.

18 de septiembre

Mark identifica al hombre. Se llama Diego Sánchez, tiene treinta y cuatro años, y es un conocido de Javier del barrio de Vallecas. Tiene antecedentes por hurto y una denuncia por una pelea callejera que quedó archivada. No es un profesional, es un matón de poca monta que probablemente le debe un favor a Javier o al que Javier ha convencido con alguna historia sobre una mujer que le ha robado a su esposa.

Vladimir quiere incluir a Diego en la denuncia por acoso, pero sin pruebas directas de que actúe bajo instrucciones de Javier, la policía no puede hacer mucho. Un hombre preguntando por una Laura no es un delito. Es inquietante, es amenazante, pero legalmente no es nada.

—La ley siempre llega tarde —digo con amargura.

—Por eso existimos nosotros —responde Vladimir.

Capítulo 39

19 de septiembre

Vladimir tiene que salir a las once de la mañana. Una reunión con uno de los contactos de la red en el sur de Madrid, algo de un caso que no puede esperar. Me dice que volverá a las dos, que no salga de casa, que mantenga el móvil a mano.

—Tres horas —dice—. Solo eso, no hagas nada.

—No voy a hacer nada —le prometo.

Me quedo en casa, leo un libro, aunque no consigo concentrarme, miro el jardín mientras bebo café. Vladimir me ha prohibido incluso salir.

De pronto suena el timbre de la puerta y me extraño, nadie puede acceder desde el exterior hasta la puerta principal. Miro el reloj, la una y media, Vladimir no está. El timbre sigue sonando, una, dos, tres veces.

Me acerco a la puerta y miro por la mirilla.

Javier.

Está ahí, de pie, delante de mi puerta. Lleva una sudadera negra, vaqueros, zapatillas de deporte. Mira la puerta como si pudiera verme, como si supiera que estoy ahí, observándolo desde el otro lado.

¿Cómo me ha encontrado? La casa está a mi nombre real. ¿Cómo? La realidad es que eso ahora no importa, él está aquí.

Retrocedo un paso, busco el móvil en el bolsillo y no está, lo dejé en la cocina y voy a buscarlo despacio, para que no escuche que estoy aquí.

El timbre suena otra vez y después escucho la voz de Javier.

—Sé que estás ahí, Laura. Abre la puerta. Solo quiero hablar.

Su voz es tranquila, controlada. Es la voz que usan los maltratadores cuando quieren parecer razonables, la voz que precede al golpe, la calma que viene antes de la tormenta.

Nerviosa, cojo el móvil y busco el número de Vladimir. Un tono, dos tonos, tres tonos y por fin contesta.

—¿Laura?

—Está aquí —susurro—. Javier, en mi puerta, no sé cómo ha entrado, pero está aquí.

Silencio durante medio segundo. Después, la voz de Vladimir se convierte en algo que no le había oído nunca: miedo controlado.

—Estoy a veinte minutos. No abras la puerta, no hables con él. Llama a emergencias ahora mismo, voy para allá.

—Vladimir…

—¡Ahora, Laura! —me corta—. Cuelga y llama al 112.

Cuelgo y marco el número. Mientras el teléfono da señal, oigo un golpe en la puerta. No es un puñetazo. Es algo más fuerte. Una patada; Javier está intentando entrar.

—¡Abre la puta puerta! —grita, y la máscara de calma se le ha caído. Ahí está, el hombre real. La ira—. ¡Sé lo que eres! ¡Sé lo que has hecho con Elena! ¡Abre!

—Emergencia, ¿dígame?

—Hay un hombre intentando entrar en mi casa —digo lo más rápido que puedo—. Tiene una orden de búsqueda y captura. Se llama Javier Herrero. Estoy en…

La puerta cede.

No la cerradura. La madera. Es una puerta vieja, de la estructura original de la casa, y he ido posponiendo cambiarla porque era bonita, porque me gustaba el aspecto rústico, porque nunca pensé que alguien vendría a derribarla a patadas.

Javier entra. Es más alto de lo que me imaginaba. Las fotos del expediente no le hacían justicia. Metro ochenta y brazos musculados. Tiene los ojos inyectados en sangre, la mandíbula apretada, las manos cerradas. Me mira desde la entrada como un animal que acaba de entrar en territorio ajeno y huele sangre.

El móvil sigue en mi mano, la operadora del 112 está diciendo algo, pero Javier cruza la distancia entre nosotros en tres zancadas y me arranca el teléfono de las manos con un tirón tan violento que siento cómo me arden los dedos. Lo lanza contra la pared. Ahora estamos solos.

—¿Así que tú eres Laura? —dice, y su voz tiene esa calma de nuevo, esa calma aterradora de quien sabe que tiene el control—. La puta que le lavó el cerebro a mi mujer.

No contesto. Retrocedo hacia la cocina, calculando distancias. La puerta trasera del jardín está a cinco metros. Sí, llego…

—No vas a ir a ninguna parte —dice Javier, y me sujeta del brazo —. Tú y yo vamos a hablar.

—No tenemos nada de que hablar.

—Tenemos mucho de qué hablar, puta —escupe—. Mi mujer me dejó por tu culpa. Me denunció por tu culpa. Me van a meter en la cárcel por tu culpa. Todo lo que tenía me lo has quitado tú, ¿y dices que no tenemos nada de qué hablar?

—Elena te dejó porque la destrozabas. Te denunció porque le pegabas. Te van a meter en la cárcel porque te lo mereces. Nada de eso es culpa mía.

El golpe llega antes de que termine la frase. Un puñetazo directo al costado izquierdo que me vacía los pulmones de golpe. Caigo contra la encimera, me agarro al borde para no caer al suelo. El dolor es inmediato, brutal, un fogonazo que me recorre las costillas. Javier me coge del pelo y me tira hacia atrás. Mi espalda golpea la nevera.

—Te voy a matar —dice, y lo dice con la naturalidad de quien anuncia que va a salir a comprar el pan—. Te voy a matar por haberme robado a mi mujer, por haberle dicho que se fuera y por haberle dado un sitio donde esconderse de mí.

Me mira con odio. No con la rabia caliente del que pierde el control, no. Con el odio frío del que lleva semanas alimentando su furia, planificando este momento, imaginando cómo sería tenerme delante. Un depredador. Eso es lo que tengo delante. Un depredador que ha encontrado a su presa. Me golpea de nuevo. Esta vez en la

cara. El impacto me gira la cabeza y siento el sabor metálico de la sangre en la boca. Me muerdo la lengua, o quizá me rompe el labio, no lo sé. Todo es rojo y dolor.

Me agarra del cuello. No aprieta del todo, todavía no, pero sus dedos rodean mi garganta y siento la presión en la tráquea, la amenaza de lo que puede hacer si quiere. Y quiere. Lo veo en sus ojos. Este hombre quiere matarme. Y entonces, en ese momento, cuando el aire empieza a faltarme y los bordes de mi visión se oscurecen, algo cambia. No es un pensamiento. Es algo más profundo, más primitivo, algo que viene de un lugar que ni siquiera sabía que existía. Es un relámpago de imágenes que cruza mi cabeza en menos de un segundo, como una película acelerada a la que alguien ha puesto todas las escenas importantes.

Inés. Su cara cuando me dijo que me quería por primera vez, tumbada en mi cama un domingo por la mañana, con el pelo revuelto y los ojos todavía medio dormidos. La forma en que dijo «te quiero», como si fuera lo más fácil del mundo, como si las palabras hubieran estado esperando toda la vida para salir de su boca.

Valeria Montenegro. En la cama del hospital: «hice esto para que ninguna mujer tuviera que morir para ser libre.» Su legado. Mi legado. Lo que construimos juntas. Lo que no puedo dejar que muera aquí, en el suelo de la cocina, bajo las manos de un hombre que cree que poseer es lo mismo que amar.

Y Vladimir. Su voz, su insistencia, sus advertencias repetidas hasta la saciedad. «No bajes la guardia. Ni dormida.» Los años de entrenamiento en el gimnasio, los puños contra el saco, los

esquives, los contraataques. «No entrenas para ganar, Laura. Entrenas para sobrevivir.»

Sobrevivir.

Cojo aire. Lo poco que puedo. Y con las dos manos, golpeo los antebrazos de Javier hacia abajo, rompiendo el agarre de mi cuello. Es una técnica que Vladimir me enseñó, básica, pero efectiva: cuando alguien te agarra del cuello, no tiras hacia atrás, golpeas hacia abajo. La sorpresa y la biomecánica hacen el resto.

Javier pierde el agarre, solo medio segundo, pero es lo que necesito.

Le doy con el codo en la nariz. No con la fuerza que me gustaría, no con la potencia de cuando golpeo el saco. Estoy cansada, me duele todo, me falta el aire y tengo sangre en la boca. Pero el codo conecta. Y la nariz de Javier cruje.

Javier retrocede. Se lleva las manos a la cara. Sangre entre los dedos.

Y yo no paro.

No puedo parar. Si lo hago, me mata. Si paro, se recompone y sus noventa kilos contra mis sesenta podrán conmigo. Así que avanzo. Le doy en el estómago con el puño derecho, un gancho que Vladimir llama «el ancla» porque hunde al oponente. Javier se dobla. Después en la mandíbula con el izquierdo, un golpe limpio que le hace chocar los dientes.

Javier cae. De rodillas primero, después de costado. Y yo me pongo encima. Las rodillas a los lados de su cuerpo, mi peso sobre su pecho, y golpeo su cara. Una vez. Dos. Tres. La sangre sale de su

boca, de su nariz, salpica mis manos, mis brazos, la camiseta que llevo puesta.

Javier me mira desde abajo con los ojos entrecerrados por los golpes. Y sonríe. El muy hijo de puta sonríe. Con la boca roja, con los dientes manchados de sangre, me mira y dice:

—Lo estás haciendo flojito, ¿sabes? He pegado más fuerte a Elena cualquier martes por la noche.

La frase es un detonador. Quiero seguir golpeando, borrarle esa sonrisa de la cara hasta que no quede nada, hacerle sentir lo que Elena sintió cada vez que sus puños caían sobre ella. Que sepa lo que es estar en el suelo mirando a alguien que te destruye, pero mis brazos no pueden más. El cansancio llega de golpe, como una ola. Los músculos me tiemblan, los puños me arden, cada respiración es un cuchillo en las costillas donde me golpeó al principio. Llevo días sin dormir bien, días sin comer lo suficiente, funcionando con café y miedo. El cuerpo tiene un límite y acabo de alcanzarlo. Me detengo para respirar. Mis manos ensangrentadas caen a los lados. Javier lo ve.

Con un movimiento brusco, me empuja y se libera. Se pone de pie tambaleándose; la sangre le corre por la barbilla y le gotea sobre el pecho. Tiene la nariz rota, el labio partido, un ojo que empieza a hincharse, pero está de pie. Yo también me levanto. Me cuesta. Las costillas protestan, las piernas me tiemblan, pero me levanto, porque no pienso morir en el suelo.

Nos miramos. Dos personas sangrando en una cocina destrozada. Los imanes de la nevera por el suelo, una silla volcada, sangre en las baldosas. Javier lanza un puñetazo, es lento, torpe, cargado de

rabia, pero ya no tiene la fuerza del principio. Está tan cansado y dolorido como yo. Esquivo el golpe inclinándome a la derecha. Su puño pasa rozándome la oreja y el impulso lo desequilibra. Y ahí veo mi momento.

Todo lo que Vladimir me enseñó. Todas las repeticiones, la disciplina, todo el «otra vez, Laura, otra vez, hasta que tu cuerpo lo haga sin que tu mente tenga que pensarlo». Giro sobre la cadera izquierda y lanzo el puño derecho con todo lo que me queda. No es mucho, pero es suficiente. El golpe le alcanza en la sien. La cabeza de Javier se sacude hacia un lado, trastabilla, un paso atrás, dos. Su pie pisa algo, un imán, la silla, no lo sé, y pierde el equilibrio. Cae hacia atrás.

El sonido que hace su cabeza al golpear la esquina de la encimera de mármol es un crujido seco. Javier se desploma en el suelo como un saco de arena, con los ojos abiertos, la boca abierta y la sangre formando un charco oscuro alrededor de su cabeza.

No se mueve.

Me quedo de pie, mirándolo con los puños apretados, la respiración entrecortada y la sangre de él mezclada con la mía en mis manos. No sé si está muerto, no sé si está inconsciente, no sé nada. Solo sé que estoy de pie y él está en el suelo y que, por primera vez en estos minutos, el aire entra en mis pulmones sin obstáculo.

Camino como puedo hasta el rincón más alejado de la cocina. Me siento en el suelo, con la espalda contra la pared y las rodillas contra el pecho. El cuerpo entero me tiembla: las manos, los hombros, la

mandíbula, tiemblo como si hiciera un frío terrible, pero es septiembre y hace calor.

Miro a Javier. Sigue en el suelo, sigue sin moverse y la sangre sigue extendiéndose.

No sé cuánto tiempo pasa. Minutos, horas, segundos. El tiempo se ha convertido en algo que no puedo medir.

Y entonces oigo los gritos.

—¡LAURA!

Vladimir. Su voz atraviesa la casa. Lo oigo entrar, corre buscándome, grita mi nombre una vez, dos veces, tres veces, cada vez más fuerte, cada vez más desesperado.

Y detrás de él, otras voces. Voces de autoridad. «¡Policía! ¡No se muevan!»

Vladimir entra en la cocina y se detiene en seco. Mira a Javier en el suelo y después me mira a mí en el rincón y durante un segundo, uno solo y veo algo en sus ojos que no le había visto nunca: terror.

Después se agacha a mi lado. Me coge la cara con las dos manos, me mira a los ojos, me busca.

—Laura. Laura, mírame. ¿Estás bien? ¿Laura?

—Estoy aquí —digo, y mi voz suena como si viniera de muy lejos, de otro cuerpo, de otra mujer.

Los policías entran. Dos, tres, cuatro. Se arrodillan junto a Javier. Uno le busca el pulso en el cuello.

—Tiene pulso —dice—. Necesitamos una ambulancia.

Está vivo, Javier sigue vivo. No sé si eso me alivia o me aterra. Quizás ambas cosas.

Vladimir me ayuda a levantarme, pero mis piernas apenas sostienen mi peso. Me apoya contra la pared y me mira de arriba abajo, evaluando daños como hace siempre.

—Las costillas —dice tocándome el costado con cuidado. Hago una mueca—. El labio partido. Posible contusión. Necesitas un hospital.

—No quiero un hospital.

—No te estoy preguntando.

Las ambulancias llegan. Una para Javier, que sigue inconsciente en el suelo de mi cocina con la cabeza rodeada de sangre. Otra para mí, que estoy de pie solo porque la pared me sostiene.

Me suben a la camilla y me llevan a la ambulancia. Vladimir viene conmigo. Los sanitarios me ponen una vía, me toman la tensión, me hacen preguntas que contesto en piloto automático. ¿Nombre? María. ¿Edad? Cuarenta y ocho. ¿Dónde le duele? En todas partes.

En la ambulancia, Vladimir me coge la mano. No dice nada, solo me la sujeta y la aprieta, y yo aprieto la suya, y así vamos los dos en silencio mientras las sirenas nos abren paso por las calles de Madrid.

En el hospital me llevan a una sala. Me hacen radiografías y escáner. Dos costillas rotas, pero no se ha comprometido el pulmón. El labio necesita tres puntos. Tengo un hematoma en el cuello, en el costado, en la espalda. Nada que no cure el tiempo, dice la doctora. «Ha tenido suerte», añade, y yo pienso que la suerte es un concepto

muy relativo cuando estás tumbada en una camilla de hospital con la cara hinchada y sabor a sangre en la boca.

Vladimir habla con la policía en el pasillo. Les da la versión: Javier Herrero, orden de búsqueda y captura, allanamiento de morada, agresión, defensa propia. Todo está documentado, todo está grabado por las cámaras y respaldado por la denuncia que ya puso Valeria.

La policía quiere hablar conmigo y los médicos dicen que mejor mañana, yo le agradezco por mediar. Vladimir les dice algo más y se van.

Me quedo en la cama del hospital. Vladimir se sienta en la silla de al lado. Cierro los ojos, pero no duermo. Cada vez que los cierro, veo la sonrisa ensangrentada de Javier. «Lo estás haciendo flojito». La frase se repite en bucle, como un disco rayado, como una pesadilla de la que no puedo despertar porque ya estoy despierta.

A las siete de la tarde, la puerta de la habitación se abre.

No es un médico, no es un enfermero, no es un policía.

Es Inés.

Capítulo 40

19 de septiembre

Está en el umbral, lleva el pelo recogido, la ropa arrugada como si se hubiera vestido con lo primero que cogió, y los ojos rojos como si hubiera llorado. Me mira desde la puerta con una expresión que es todo a la vez: miedo, alivio, rabia, amor, dolor.

—Vladimir me llamó —dice, con un hilo de voz.

Miro a Vladimir, que está sentado en la silla, y él me observa con esa expresión de «no me mires así, hice lo que tenía que hacer».

—Voy a por un café —dice Vladimir levantándose—. Voy a tardar porque la cafetería que me gusta está lejos.

Sale y cierra la puerta. Ahora estamos solas.

Se acerca a la cama, despacio, como si tuviera miedo de que, por un mal movimiento suyo, yo me rompiera. Se pone a mi lado y me mira, me mira de verdad, los puntos del labio, los hematomas del cuello, los vendajes de las costillas, y veo cómo su cara se descompone, cómo la profesional que hay en ella se derrumba.

—María —susurra, y es la primera vez en semanas que dice mi nombre.

—Estoy bien —digo. Es mentira, y las dos lo sabemos.

Inés me coge la mano con mucho cuidado. La misma que hace horas golpeaba a un hombre. La mano que todavía tiene los nudillos hinchados y las uñas con restos de sangre que la enfermera no consiguió limpiar del todo.

—Cuando Vladimir me llamó —dice, y tiene que parar para tragar, para respirar, para encontrar la voz—, cuando me dijo que estabas en el hospital, que un hombre te había atacado en tu casa… María, dejé de respirar. Literalmente. Tuve que parar el coche en el arcén porque no podía conducir, no podía pensar, no podía funcionar. Lo único que podía hacer era repetir tu nombre en mi cabeza como si fuera una oración, como si decirlo suficientes veces pudiera mantenerte viva.

—Estoy viva —digo.

—Estás viva —repite ella, y las lágrimas resbalan por su rostro—. Estás viva y yo llevo semanas sin hablarte, semanas castigándote con mi silencio, semanas diciéndome a mí misma que necesitaba tiempo para pensar, para decidir, para procesar lo que vi en esa carpeta. Y mientras yo me daba el lujo de pensar, tú estabas luchando contra un hombre que quería matarte.

—No sabías lo de Javier —respondo moviendo el dedo pulgar para acariciar su mano.

—No, pero sabía que hacías algo peligroso. Lo vi en esa carpeta. Vi los nombres, las fotos, los horarios, y en lugar de quedarme para entender por qué lo hacías, me fui. Te dejé sola con todo eso.

—Inés, tenías derecho a irte. Lo que viste era…

—Era la verdad —me interrumpe—. Era quien eres de verdad, y yo no estaba preparada para verlo. María, este tiempo sin ti, cada

uno de estos malditos días sin hablarte, sin verte, sin tocarte, ha sido lo peor de mi vida, y no por lo que vi en la carpeta, sino porque me di cuenta de que estaba enamorada de una mujer que hacía algo que yo no podía comprender, y en lugar de intentar comprenderlo, hui.

—No huiste, te protegiste.

—Me protegí de ti, de la mujer que me ha hecho más feliz de lo que creí posible. ¿Qué clase de protección es esa?

Inés aprieta un poco mi mano, y yo le devuelvo el gesto.

—Cuéntamelo —dice Inés—. Todo, desde el principio. Quiero saberlo todo, no como inspectora, María, sino como la mujer que te quiere y que necesita entender por qué la persona que ama hace lo que hace.

Y lo hago.

Le cuento lo de Valeria Montenegro. La mujer que creó la red después de perder a su hermana. De cómo me encontró, cómo me reclutó, cómo me enseñó que hay un espacio entre la ley y la justicia donde viven las mujeres que el sistema ha abandonado.

Le digo lo de Elena. Las costillas fisuradas, la mandíbula fracturada, las noches en urgencias fingiendo que se había caído por las escaleras. Le cuento que la acogí, que le di un refugio, que la puse en contacto con Valeria, la abogada y que juntas construimos un caso que va a mandar a Javier a prisión.

Le hablo de Sofía y Martín Acosta. De Daniela y Héctor. De Claudia y Rodrigo. Lo de Pilar y el club Élite. Cada nombre, cada historia, cada mujer. Le cuento lo de los siete pecados, la estructura

que usamos para categorizar a los agresores, la forma en que Valeria Montenegro organizó la red como una telaraña donde cada hilo conecta con los demás.

Le cuento lo del fiscal. Lo de Roberto Maldonado. Las dos muertes que parecieron accidentes y que no lo fueron. Le cuento que fui yo, aunque no sola, aunque nunca sola. Le cuento que cada noche duermo con el peso de esas decisiones y que hay noches en las que el peso es insoportable y otras en las que miro las fotos de las mujeres que siguen vivas gracias a esas decisiones y el peso se aligera lo justo para respirar.

Le hablo de Vladimir. Quién es, qué hace, por qué está en la silla del pasillo bebiendo un café mientras la mujer que amo me escucha confesar cosas que podrían mandarme a prisión el resto de mi vida.

Se lo cuento todo. Sin filtros, sin eufemismos, sin justificaciones. Los hechos desnudos, como ella me ha pedido. Lo que hago, por qué lo hago, a quién protejo, a quién he destruido.

Inés escucha. No me interrumpe, no hace preguntas, no aparta la mirada. Se queda ahí, agarrada a mi mano, con las lágrimas resbalando por sus mejillas, mirándome con esos ojos marrones que fueron lo primero que amé de ella.

Cuando termino, el silencio dura un tiempo que no puedo medir. Inés mira nuestras manos entrelazadas, la suya limpia y la mía con los nudillos destrozados, y durante un momento pienso que va a soltarme, que va a decirme que esto es demasiado, que el amor no puede con todo, que hay líneas que no se cruzan y yo las he cruzado todas.

Pero no se va, nuestras manos siguen entrelazadas.

—Soy inspectora de policía —dice—. He jurado proteger la ley, he dedicado mi vida a creer que el sistema funciona, que la justicia llega, que las instituciones protegen a los que lo necesitan.

—Lo sé —afirmo.

—Y sé que no es verdad —continúa, y su voz se quiebra—. Lo sé porque llevo más de veinte años viendo cómo el sistema falla. Cómo las denuncias se archivan, cómo las órdenes de alejamiento no protegen, cómo las mujeres mueren con un papel del juzgado en el cajón de la mesilla que dice que su agresor no puede acercarse a menos de quinientos metros. He visto morir a mujeres que hicieron todo bien, María. Que denunciaron, que pidieron ayuda, que confiaron en el sistema, y ese mismo sistema las dejó morir.

—Inés…

—No he terminado —dice, y aprieta mi mano—. Lo que haces está mal, va contra todo lo que yo represento. Lo que haces me pone en una posición difícil, porque sé cosas que debería denunciar y no lo voy a hacer, y eso me convierte en cómplice, y ser cómplice va contra todo lo que juré.

—Lo sé —repito, porque es lo único que puedo decir.

—Pero hoy —dice, y me mira a los ojos—, hoy un hombre ha entrado en tu casa para matarte. Un hombre contra el que había una orden de búsqueda y captura, denuncias por amenazas y un historial de violencia documentado. Todo lo que el sistema podía hacer estaba hecho y, aun así, ha entrado en tu casa. Y si no fuera por lo que Vladimir te enseñó, si no fuera por la red que esa mujer, Valeria Montenegro, creó, estarías muerta.

Inés para de hablar y respira hondo, como si estuviera tomando una decisión que lleva semanas gestándose.

—No voy a denunciarte —repite—. No porque sea tu novia, no porque te quiera, sino porque he visto con mis propios ojos lo que pasa cuando el sistema es lo único que hay entre una mujer y su agresor, y hoy el sistema no estaba. Tú sí.

Las lágrimas me caen sin que pueda detenerlas. Me resbalan por los moratones, por los puntos del labio, por el cuello. Inés se inclina hacia mí con cuidado, evitando tocarme las costillas, y posa su frente contra la mía. Cierro los ojos, siento su respiración mezclarse con la mía, sus manos en mi piel, su olor, el que llevo semanas echando de menos, el que intenté retener en su almohada.

—No puedo prometerte que esto va a ser fácil —dice contra mi frente—. Lo que sé ahora me cambia. Cambia lo que soy, lo que puedo hacer, cómo miro mi trabajo cada mañana. Pero, María, prefiero vivir con esa complejidad que vivir sin ti. Porque estos días sin ti han sido un infierno, y si el infierno alternativo es quererte sabiendo lo que sé, entonces elijo este.

—Inés —digo, y su nombre es lo único que me sale, lo único que necesito decir, porque contiene todo lo que siento, todo lo que soy, todo lo que quiero ser.

—Estoy aquí —dice ella—. Ya estoy aquí.

Me besa en la frente, con una suavidad que contrasta con todo lo que ha pasado hoy, con la sangre, los golpes y la violencia. Su beso es una promesa silenciosa, un acto de fe en algo más grande y fuerte que el miedo.

La puerta se abre un poco. Es Vladimir; puedo verlo. Nos ve como estamos y hace algo que nunca le había visto hacer.

Sonríe. Después cierra la puerta y nos deja a solas de nuevo.

Inés se acomoda en la silla que Vladimir ha dejado libre. No suelta mi mano cuando viene la enfermera a ponerme medicación para el dolor, tampoco cuando el médico entra a darme el parte: costillas rotas, contusiones múltiples, observación durante la noche y el alta mañana si todo va bien. No la suelta cuando me traen la cena del hospital, un caldo insípido y una gelatina que no toco.

—Come —dice Inés.

—No tengo hambre.

—Come —repite, con ese tono que no admite discusión, el mismo tono que probablemente usa con los sospechosos en los interrogatorios.

A las diez de la noche, una policía viene a informarnos sobre Javier. Está en el mismo hospital, dos plantas más arriba. Traumatismo craneoencefálico. Está en coma, con pronóstico reservado.

Poco después, dos agentes entran en la habitación. Me miran, miran a Inés, y uno de ellos saca una libreta.

—Necesitamos tomarle declaración —dice el más joven—. Sobre lo ocurrido en el domicilio.

Inés se pone de pie antes de que yo diga nada.

—Soy la inspectora Inés Morales —dice mostrando la placa—. Vladimir les comunicó que hay cámaras, está todo grabado, solo os pido que seáis breves con las preguntas.

El agente mayor asiente con respeto. Me preguntan lo esencial: cómo entró Javier, la secuencia de la agresión, cómo logré defenderme. Les cuento lo que pueden saber. Nada más. Inés permanece de pie junto a la cama, en silencio, sin intervenir, pero sin moverse. Cuando los agentes se van, se sienta de nuevo.

—Un depredador nunca pierde —repite lo que le conté que dijo Javier una vez, lo que Elena me contó que le repetía—. Se equivocaba. Ha perdido. Ha perdido todo.

Pero pienso en Elena, en que Javier le dijo lo mismo a ella mil veces. Que nunca perdería, que ella era suya, que nada ni nadie la separaría de él. Y Elena le creyó durante años, hasta que dejó de creerle, hasta que alguien le mostró que las palabras de un depredador son solo eso: palabras.

—Tengo que llamar a Elena —digo.

—Mañana —dice Inés—. Ahora descansa.

—Inés.

—Dime.

—¿Te quedas? —pregunto nerviosa.

Me mira. Sus ojos, esos ojos marrones que son mi hogar, se llenan de algo que no necesita nombre.

—No me voy a mover de aquí —dice—. Ni esta noche ni ninguna.

Se recuesta en la silla, se quita los zapatos, sube los pies a la cama con cuidado de no tocar mis costillas. Nuestras manos siguen unidas sobre la sábana blanca del hospital.

Cierro los ojos. El dolor está ahí, en las costillas, en la cara, en todo el cuerpo, pero debajo del dolor, debajo de los hematomas, los

puntos y las vendas, hay algo más. Algo que se parece a lo que sentía antes de que la carpeta lo cambiara todo.

Inés está aquí, Vladimir está en el pasillo, Elena está a salvo, y Javier está en coma dos plantas más arriba y yo estoy viva. No es poco después de hoy.

Me duermo con la mano de Inés en la mía y, por primera vez en semanas, no sueño con nada.

Capítulo 41

20 de septiembre

Me dan el alta a las diez de la mañana. La doctora me repite las instrucciones como si fuera una niña: reposo, antiinflamatorios cada ocho horas, nada de esfuerzos físicos durante al menos tres semanas, revisión en diez días para las costillas. Me mira por encima de las gafas cuando dice lo de los esfuerzos físicos, como si sospechara que no voy a hacerle caso. Tiene razón en sospechar.

Inés no se ha movido de la silla en toda la noche. Tiene el cuello rígido, los ojos hinchados de haber dormido mal y llorado. Cuando la enfermera entra con los papeles del alta, Inés se levanta, se estira y me mira con una expresión que dice «ni se te ocurra discutir lo que viene ahora».

—Te vienes a mi casa —dice.

No es una pregunta. No es una sugerencia. Es un hecho, como la gravedad o como que septiembre tiene treinta días.

—Inés, puedo ir a Aravaca.

—Tu puerta está destrozada, Vladimir me lo dijo anoche mientras dormías. Javier la reventó a patadas. Hasta que no la reparen, esa casa no es segura.

—Puedo quedarme en el apartamento de Malasaña.

—¿El apartamento que Javier también conoce y que podría haber dejado a alguien para terminar el trabajo que él dejó a medias? No.

—Inés…

—María —dice, se acerca y me pone las manos en la cintura con delicadeza—. Llevo semanas sin dormir a tu lado. He venido aquí pensando que te encontraba muerta, que Vladimir me mentía. No me pidas que te deje ir a una casa vacía con la puerta rota. No me lo pidas porque no puedo.

No lo hago, simplemente, asiento.

Vladimir nos espera en el aparcamiento del hospital. Está apoyado en su coche con los brazos cruzados y cara de no haber dormido nada. Cuando me ve salir caminando despacio, sus ojos grises hacen un recorrido rápido: cara, cuello, costado, manos. Evaluación de daños, lo hace siempre. Hoy lo es con una intensidad diferente, como si necesitara comprobar con sus propios ojos que sigo entera.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—He estado mejor.

—Podrías estar peor —afirma y tiene razón, podría haber muerto.

Me acerco a él y lo abrazo. Me duelen las costillas al hacerlo, pero lo hago. Vladimir se queda quieto durante un segundo, sorprendido, porque no somos así, porque en cinco años trabajando juntos jamás nos hemos abrazado. Después me rodea con los brazos, con cuidado.

—Gracias —le digo contra su pecho—. Por llegar, por llamar a Inés, por todo.

—Llegué tarde —dice, y hay algo en su voz que suena a culpa, a esa que conozco muy bien porque yo misma la llevo tatuada por dentro—. Tendría que haber estado allí, no dejarte sola.

—No fue culpa tuya.

—Fue culpa mía por no insistir en que alguien se quedara, por subestimar a Javier, por…

—Vladimir —le interrumpo, separándome para mirarlo a los ojos —. Estoy viva, y eso es lo que importa. Lo estoy en parte porque durante cinco años me obligaste a golpear un saco hasta que mis puños supieran qué hacer sin que mi cabeza tuviera que pensarlo. Así que, si quieres culparte de algo, cúlpate de haberme salvado la vida.

Vladimir me mira y aprieta la mandíbula. No dice nada, pero veo que algo cambia en su expresión, algo que se suelta, que se perdona, aunque sea solo un poco.

—Tienes que saber que Javier sigue en coma y es muy probable que no despierte. El daño es más grave de lo que pensaban. Te lo digo para que estés preparada, aunque está claro que él entró, que te golpeó y tú te defendiste, que su caída fue un accidente; pero esto se puede poner pesado.

Debería sentirme algo, supongo: alivio, miedo, culpa, pero lo que siento es un vacío extraño, como si la información no encajara dentro de mí.

Inés se acerca.

—Vladimir —dice—. Gracias por llamarme ayer.

Vladimir la mira. Entre ellos hay un territorio complicado: él es parte de lo que Inés descubrió, de la red, del secreto que casi destruyó nuestra relación, pero también es el hombre que la llamó cuando yo estaba en el hospital, el que entendió que, por encima de todo lo demás, Inés tenía que estar ahí.

—No me lo agradezcas —dice Vladimir—. Laura te necesitaba. Es lo único que importa.

—Lo sé —responde Inés—. Pero, aun así, gracias.

Se miran un momento. No se abrazan, no se dan la mano, no hacen nada visible. Pero algo se establece entre ellos, un acuerdo tácito, un reconocimiento mutuo. Vladimir acepta que Inés está de vuelta y que sabe la verdad. Inés acepta que Vladimir es parte de mi vida y que sin él probablemente no estaría de pie. Es suficiente, por ahora es suficiente.

Vladimir se ofrece a llevarnos, pero Inés le dice que tiene su coche y nos despedimos.

Inés conduce hasta su apartamento, ninguna de las dos habla durante el trayecto. Me doy cuenta de que el mundo sigue, de que para muchos ayer fue un día más de septiembre, uno más de su rutina. Sin embargo, para mí fue el día en que un hombre intentó matarme en mi propia cocina, y ahora ese hombre, por cosas del destino, está en coma, con el cerebro inflamado y los ojos cerrados, y la realidad es que no quiero que vuelva a abrirlos.

Llegamos a su apartamento y es muy parecido al mío de Malasaña. Inés me lleva a su habitación, abre un cajón y saca una camiseta suya.

—Cámbiate para que estés más cómoda —dice—. Después te acuestas.

—Inés, no son ni las doce.

—Te acuestas —repite.

Sonrío, por cómo exige, por cómo me cuida. Necesito una ducha tranquila y es lo que hago, dejo que el agua caliente caiga sobre mi cuerpo golpeado. Después me miro en el espejo del baño y casi no me reconozco. El labio hinchado con los puntos, los hematomas en el cuello, un ojo morado, las manos con los nudillos hinchados y heridos. Esta soy yo. Yo, después de que Javier intentara matarme.

Me pongo la camiseta y me meto en la cama. Las sábanas huelen a ella y siento cómo mis ojos se humedecen, porque casi pierdo esto y poder volver a sentir lo que siento cuando la tengo al lado, cómo su olor me da calma.

Inés entra con un vaso de agua y los antiinflamatorios. Se sienta en el borde de la cama y me da las pastillas.

—¿Necesitas algo más? —pregunta.

—Quédate.

Se acuesta a mi lado, con cuidado, y yo me acomodo. Pongo la cabeza en su hombro, estoy apoyada en el lado bueno y mi mano está sobre su estómago. Y así, en la cama de Inés, a las doce menos cuarto del día, con la cara destrozada, el cuerpo roto y el alma exhausta, me duermo.

Despierto a las seis de la tarde, cinco horas durmiendo, sin pesadillas, sin la sonrisa ensangrentada.

Inés no está en la cama, pero escucho ruido fuera. Me levanto despacio, las costillas protestan, pero menos que esta mañana. Los antiinflamatorios están haciendo su trabajo.

Voy a la cocina y ella está de espalda, removiendo algo en una olla. Se ha cambiado de ropa: pantalón de chándal y una camiseta. Está descalza.

—Huele bien —digo desde la puerta.

Se gira y me mira de arriba abajo, evaluando, como hace Vladimir, solo que ella lo hace con otros ojos.

—Sopa de pollo —dice—. Mi madre siempre dice que la sopa de pollo cura todo.

—¿Todo?

—Todo menos la estupidez —aclara—, pero para eso no hay remedio.

Sonrío, me duele el labio al hacerlo, pero lo hago igualmente. Me siento, e Inés pone dos platos, un vaso de agua para mí y una copa de vino para ella. Nos miramos y durante un tiempo no decimos nada, porque estamos juntas y eso, después de todo lo que ha pasado, es un milagro tan grande que las palabras se quedan cortas.

Después de comer nos sentamos en el sofá. Inés pone las piernas sobre las mías, como hacía antes. Todo es como antes y nada lo es, porque entre el antes y el ahora hay una carpeta abierta, un secreto confesado, un hombre en coma y una verdad que ya no puede esconderse.

—Quiero preguntarte algo —dice Inés.

—Pregunta.

—¿Tienes miedo?

Lo pienso, y lo hago de verdad, buscando en los rincones de lo que siento, apartando las capas de adrenalina y cansancio.

—Sí —digo—. Pero no de Javier, él está en una cama con los ojos cerrados y puede que no los abra nunca. De lo que tengo miedo es de lo que significa eso, de que, en esa pelea, se golpeó la cabeza y ahora está en coma y puede que muera. Y una parte de mí, una que no quiero mirar, no siente lo que debería sentir.

—¿Qué deberías sentir? —pregunta.

—Remordimiento, culpa, horror. Algo.

—¿Y qué es lo que sientes?

—Alivio —digo, y las palabras salen como una confesión que quema—. Siento alivio, Inés, de que no pueda levantarse, de que no pueda buscarme, de que no pueda ir a por Elna. Y eso me convierte en alguien que no sé si quiero ser.

—Te defendiste —dice—. En tu propia casa, contra un hombre que entró para matarte. Eso no te convierte en nada, María, solo en alguien que sobrevivió.

—¿Y si muere?

—Si muere —dice Inés con voz firme—, habrá muerto por las consecuencias de sus propios actos. No porque tú quisieras matarlo, sino porque él eligió entrar en tu casa, romper la puerta y ponerte las manos encima. Cada decisión que tomó esa noche lo llevó a esa encimera. Tú no lo llevaste. Él se llevó solo.

No contesto. Me quedo callada, mirando la pared, pensando en que hay una línea muy fina entre la defensa y algo más oscuro, y

que esa noche, en el suelo de mi cocina, con la sangre de Javier en mis manos, no estoy segura de en qué lado estaba.

Capítulo 42

21 de septiembre

Llamo a Elena por la mañana. Inés está en la ducha; me contó que ha pedido vacaciones, así que no se separa de mí. Yo estoy en el sofá con el café que me ha dejado preparado en la mesa, y marco su número con los nudillos todavía hinchados.

Contesta enseguida.

—Laura, Dios mío, Laura —dice, y su voz es una mezcla de alivio y angustia—. Valeria me lo contó todo. ¿Cómo estás? ¿Estás bien? Dime que estás bien.

—Estoy bien, Elena.

—Fue culpa mía —dice, y ahí está, la culpa que sabía que vendría, la culpa que las víctimas se ponen encima como un abrigo que no pueden quitarse—. Si Javier fue a buscarte, fue por mí. Porque yo te mencioné, porque alguien dijo tu nombre, porque…

—Elena, para —la corto—. Esto no es culpa tuya. Es culpa de Javier. Exclusivamente de Javier. Él decidió buscarme, él decidió entrar en mi casa, él decidió usar los puños. Tú no le obligaste a hacer nada de eso.

—Pero si yo no hubiera…

—Si tú no hubieras dejado que te ayudara, estarías muerta. ¿Es eso lo que prefieres? ¿Haber aguantado un golpe más, una noche más, una fractura más? Hiciste lo correcto, Elena. Te fuiste, pediste ayuda, y el hecho de que Javier haya reaccionado como lo ha hecho no demuestra que tú te equivocaras. Demuestra que él es exactamente el monstruo que dijimos que era.

Silencio. La oigo respirar al otro lado.

—Valeria me ha dicho que está en coma.

—Sí.

—¿Es grave? —pregunta.

—Es grave, Elena.

Otro silencio, pero esta vez más largo.

—No sé cómo me siento. Se supone que debería alegrarme, ¿no? Se supone que debería sentir alivio, pero lo que siento es… no sé. Un vacío, uno enorme y raro.

—No se supone que debas sentir nada, Elena. Sientes lo que sientes y ya, no hay un guion para esto —aseguro.

—Valeria dice que puede que me llamen del hospital. Que, si la cosa empeora, puede que tenga que tomar decisiones, porque seguimos legalmente casados, Laura. Aunque hay conflicto de intereses por la denuncia, es muy probable que un juez diga que soy yo quien tiene que decidir. Resulta que soy su familiar más cercano, la persona que debe decidir si…

Se le quiebra la voz. No es de pena, es de algo más complejo, más retorcido, más injusto. La mujer a la que un hombre rompió y le

pegó palizas durante años tiene que decidir si ese hombre vive o muere. Hay una crueldad en eso que no tiene nombre.

—Elena, escúchame. No tienes que decidir nada ahora. Los médicos están evaluando, puede que mejore, puede que no, pero pase lo que pase, no estás sola en esto. Tienes a Valeria, me tienes a mí. Lo que venga, lo afrontaremos juntas.

—¿Y si me piden que lo desconecte, Laura? ¿Y si me piden que firme un papel para que el hombre que me destrozó la vida deje de respirar? ¿Cómo se hace eso? ¿Cómo se vive después de eso?

—No lo sé —admito—. Pero una cosa está clara, Elena. Ahora mismo Javier respira porque una máquina lo hace por él. No es tu culpa lo que lo ha llevado hasta ahí. Pase lo que pase, estaré contigo.

Después de eso cuelgo, e Inés sale del baño con el pelo mojado y una toalla sobre el cuerpo. La miro y me muerdo el labio inferior, y ella niega con la cabeza para después sonreír.

—Deja de mirarme así —dice.

—¿Así cómo? —pregunto.

Vuelve a sonreír.

—¿Era Elena? —pregunta cambiando de tema.

—Sí, está asustada. Si Javier no despierta, es muy probable que sea ella quien lo decida.

—Dios —dice—. La víctima decidiendo sobre la vida de su agresor. Eso es obsceno.

—Es la ley.

—A veces la ley es obscena —dice, y hay algo en su voz que me confirma que esto lo ha visto en otros casos.

Se va a vestir. Yo me quedo en el sofá, pensando en Elena, en el teléfono que puede sonarle en cualquier momento, en la firma que pueden pedirle, en el peso imposible de decidir sobre la vida de quien casi destruyó la tuya.

22 de septiembre

Vladimir viene a verme al piso de Inés. Es la primera vez que entra aquí y lo veo mirar todo con esa evaluación automática que hace siempre: salidas, ventanas, distancias. Profesional hasta en las visitas sociales.

Inés le abre la puerta y le ofrece un café, y Vladimir acepta. Los tres nos sentamos en el salón y hay un momento de incomodidad silenciosa, tres personas que comparten un secreto descomunal intentando encontrar la forma de estar juntas en una habitación sin que el peso de lo que saben aplaste la conversación.

Vladimir rompe el hielo, con información.

—Te pongo al día primero de lo que teníamos pendiente —dice Vladimir y mira directamente a Inés, pero ella no se mueve, sigue sentada—. La banda que buscaba a Rodrigo lo ha encontrado —no dice nada más, no hace falta, sé que ese hombre no está con vida—. Martín ha entrado en la cárcel, intentó huir. Héctor también. Gonzalo, lo hará en breve.

Asiento.

—También he hablado esta mañana con el hospital —dice—. El neurocirujano ha repetido las pruebas. La inflamación no ha remitido y los resultados son… —se detiene—, malos…

—Define malos —le pido.

—No hay actividad cerebral significativa. El tronco encefálico mantiene funciones básicas, respiración asistida, algunos reflejos, pero la corteza cerebral no responde. Los médicos dicen que técnicamente no es muerte cerebral, todavía, pero que la probabilidad de recuperación es prácticamente nula.

El silencio que sigue es denso, pesado.

—¿Qué significa eso en términos prácticos? —pregunta Inés, y ahora es la inspectora la que habla, no la novia.

—Significa que, en los próximos días, probablemente antes de que acabe la semana, el equipo médico va a recomendar la retirada del soporte vital —dice Vladimir—. Y cuando lo hagan, van a necesitar el consentimiento de su familiar más cercano.

—Elena —digo.

—Elena —confirma Vladimir—. He hablado con Valeria, lo ha confirmado. Siguen legalmente casados. Los padres de Javier fallecieron hace años, no tiene hermanos. Elena es, según la ley, la persona que debe tomar esa decisión.

—Es monstruoso —dice Inés.

—Es monstruoso —coincide Vladimir—. Pero es lo que hay.

—¿Cómo está Elena? —pregunto.

—Valeria dice que está destrozada. No por Javier. Destrozada por la situación, por la responsabilidad, por la ironía brutal de que sea

precisamente ella quien tenga la última palabra sobre la vida del hombre que le hizo tanto daño. Valeria está con ella, no la ha dejado sola, pero esto es algo que Elena va a tener que decidir por sí misma, Laura. Nadie puede decidirlo por ella.

Pienso en Javier en esa cama, con tubos en la boca y cables, el cuerpo enorme e inerte que hace tres días me apretaba el cuello con las manos. Pienso en Elena frente a un papel que dice «autorización para retirada de medidas de soporte vital» y en su mano temblando con el bolígrafo. Pienso en que, por haber yo esquivado ese golpe, él se fue contra esa encimera y que ahora es Elena quien carga con las consecuencias.

—¿Puedo verla? —pregunto.

—Mañana —me pide Vladimir—. Valeria dice que hoy necesita estar tranquila.

—Inés —digo con miedo su nombre—. Necesito preguntarte algo y necesito que seas directa. Si Javier muere, ¿qué pasará conmigo? Legalmente.

Me mira y mira a Vladimir para después volver a mirarme.

—La agresión, como sabes, está grabada —dice—. Todo ha sido legítima defensa, y además él cayó solo. Hay un parte de lesiones, María. Estás como estás por defenderse de su agresor, lo que pasó después fue algo fortuito; Vladimir ha entregado todo a la investigación.

—He visto entrar en la cárcel a gente que es inocente, solo porque el sistema necesita encontrar un culpable —aseguro.

—No te va a pasar nada —dice Vladimir.

—Vale.

—Y una cosa más —añade Vladimir mirándome—. Laura, independientemente de lo que pase con Javier, necesitas descansar. Nada de apartamento, nada de llamadas de trabajo, nada de red. Unos días. Tu cuerpo necesita curarse y tu cabeza necesita procesar lo que ha pasado.

—Lo sé —respondo.

—No lo sabes. Lo dices, pero no lo sabes. Te conozco. En cuanto te sientas mejor, vas a querer volver, vas a querer controlar todo, vas a querer estar encima de cada detalle, y lo que necesitas es parar.

—Lo intentaré.

—No lo intentes. Hazlo —ordena.

Después de que Vladimir se va, Inés se queda de pie en el salón, mirando la puerta por donde ha salido.

—Me cae bien —dice.

—¿Vladimir?

—Es directo. No adorna las cosas y te quiere, María. No como te quiero yo, pero te quiere. Se le nota en cómo te mira, cómo habla de ti, cómo se culpa por no haber estado allí cuando Javier entró.

—Es mi mejor amigo —afirmo—, aunque ninguno de los dos lo diga nunca en voz alta.

—Deberíais decirlo —dice Inés—. La vida es demasiado corta para no decir las cosas importantes.

Tiene razón. Pero Vladimir y yo no funcionamos así. Funcionamos con miradas, con silencios, con la mano apretada en un pasillo de

hospital. Las palabras las dejamos para los demás. Entre nosotros, sobran.

23 de septiembre

Veo a Elena.

Voy a su apartamento, Valeria está con ella. Inés me ha acompañado, no me deja salir sola, las costillas duelen todavía. Ella se ha quedado en una cafetería cerca del piso, porque entiendo que esto es algo entre Elena y yo.

—Laura —dice cuando me ve y me abraza con cuidado.

Después saludo a Valeria y nos sentamos en el sofá.

—El hospital ha llamado esta mañana —dice Elena con un hilo de voz—. Han repetido todas las pruebas. No hay actividad. No hay respuesta a estímulos. El neurocirujano ha dicho que el daño es irreversible, que Javier no va a despertar.

Lo dice como quien recita algo aprendido de memoria, como si las palabras fueran de otro idioma y las estuviera traduciendo una por una.

—Me han pedido que vaya al hospital mañana —continúa—. Quieren hablar conmigo. Quieren explicarme las opciones, pero solo hay una opción, ¿verdad? Solo hay una opción cuando los médicos dicen que no hay actividad cerebral y que no va a recuperarse. Me van a pedir que firme.

—Elena —dice Valeria con suavidad—, nadie puede obligarte a firmar nada. Es tu decisión. Tuya y de nadie más, y sea lo que sea lo que decidas, es válido.

—¿Es válido que quiera firmarlo? —pregunta Elena con rabia—. ¿Es válido que una parte de mí quiera firmarlo ahora mismo, sin esperar, sin pensarlo más? ¿Es válido que, después de todo lo que me hizo, después de los huesos rotos, las noches en el hospital y el miedo de años, una parte de mí sienta que es justo? ¿Qué es el final que él mismo se buscó?

Se le quiebra la voz en la última palabra. Valeria le coge la mano. No dice nada. Solo la coge.

—Es válido —digo yo—. Todo lo que sientes es válido, Elena. La rabia, el alivio, la culpa por sentir alivio, todo. No hay una forma correcta de pasar por esto.

—Pero es que no es solo eso —dice Elena, y ahora las lágrimas caen, silenciosas, por sus mejillas—. Es que hubo un tiempo, Laura. Hubo un tiempo al principio en que Javier era otra persona, o yo creía que era otra persona. Me acuerdo de cómo me miraba cuando empezamos, de cómo me hacía reír, de cómo me sujetaba la cara con las manos y me decía que era la mujer más guapa que había visto nunca. Y esas mismas manos fueron las que después me partieron el pómulo. Las mismas manos, Laura. ¿Cómo se firma un papel para que esas manos dejen de existir?

No tengo respuesta. No hay respuesta para eso.

—No tienes que decidir hoy —le digo—. Ve mañana al hospital. Escucha a los médicos. Haz las preguntas que necesites hacer y después tómate el tiempo que necesites.

—¿Vendrás conmigo? —pregunta—. Al hospital. ¿Vendrás?

Miro a Valeria. Valeria asiente casi imperceptiblemente.

—Iré contigo —digo.

Capítulo 43

24 de septiembre

Camino junto a Elena por el pasillo de la UCI; Valeria está al otro lado. El neurocirujano se llama doctor Herrero. Nos lleva a una pequeña sala donde hay una mesa y cuatro sillas. El tipo de lugar donde se dicen las cosas que no quieres oír.

Explica todo, con paciencia, con claridad, con esa precisión médica que no deja espacio para la falsa esperanza. La hemorragia subdural provocó un daño extenso en la corteza cerebral, la inflamación no remitió pese a la cirugía, las pruebas de los últimos tres días confirman ausencia de actividad cortical, el tronco encefálico mantiene funciones vegetativas mínimas con soporte mecánico, pero sin el respirador, estas cesarían en cuestión de minutos. No hay posibilidad de recuperación. No hay milagro posible. El cerebro de Javier, lo que hacía a Javier ser Javier, ya no existe. Lo que queda en esa cama es un cuerpo mantenido por máquinas.

Elena escucha sin moverse, casi sin parpadear.

—¿Sufre? —pregunta cuando el doctor termina.

—No —responde el doctor Herrero—. No hay capacidad para percibir dolor ni ningún otro estímulo, no hay conciencia.

—¿Cuánto tiempo puede seguir así? ¿Con las máquinas?

—Técnicamente, semanas, meses, en algunos casos, pero la situación clínica es irreversible. Mantener el soporte vital no cambiará el pronóstico, solo prolongará un estado que no tiene salida.

—¿Puedo verlo? —pregunta.

El doctor Herrero nos lleva. Valeria se queda en la sala porque solo permiten dos acompañantes en la UCI. Caminamos por un pasillo hasta una habitación con paredes de cristal. Y ahí está.

Javier.

No lo reconozco. El hombre que hace cuatro días me apretó el cuello contra la pared de mi cocina es ahora un cuerpo inmenso e inmóvil bajo una sábana blanca. Tiene la cabeza vendada, un tubo en la boca conectado al respirador, cables en el pecho que dibujan líneas verdes en un monitor. Los ojos cerrados y las manos a los lados, enormes, quietas. Esas manos que rompieron la cara de Elena, las mismas que me rodearon el cuello. Ahora están abiertas, relajadas, como las de un niño dormido.

Elena se acerca al cristal. No entra en la habitación. Se queda ahí, mirándolo, y su reflejo se superpone al cuerpo de Javier de una forma que me resulta insoportable, como si estuvieran atrapados juntos en el mismo cuadro, víctima y verdugo fundidos en una imagen que ninguno de los dos eligió.

Se queda así un minuto. Después se gira hacia mí. No ha llorado y sus ojos no expresan nada.

—Vamos —dice.

Volvemos a la sala donde Valeria nos espera. Elena se sienta, respira hondo y mira al doctor Herrero.

—¿Cuánto tiempo tengo para decidir?

—No hay un plazo estricto —responde el doctor—. Pero desde el punto de vista médico, le recomendaría tomar la decisión en los próximos días. Si necesita más tiempo, lo entendemos.

Elena asiente y nos levantamos para salir del hospital. En el aparcamiento, Elena se detiene junto al coche de Valeria y dice:

—Necesito pensarlo, pero creo que ya sé lo que voy a hacer.

No dice qué, no hace falta.

25 de septiembre

Elena me llama a las ocho de la mañana.

—He decidido —dice.

—¿Qué has decidido?

—Voy a firmar. He llamado al hospital y he pedido cita con el doctor Herrero para mañana a las diez. Valeria me acompañará y quiero que estés tú también, Laura. Necesito que estés.

—Estaré —afirmo.

—He pensado mucho. He pensado en lo que me dijiste, en que no hay una forma correcta de hacer esto. Y tienes razón. No la hay. Pero hay una forma honesta, y la forma honesta es reconocer lo que sé: que Javier ya no está ahí. Que lo que hay en esa cama no es él, que mantenerlo conectado no es compasión, es prolongar algo que ya terminó, y que firmarlo no es matarlo, porque ya está muerto. Lo

que queda es solo un cuerpo que no va a volver a moverse por sí mismo.

—Elena…

—Déjame terminar. He pensado también en la otra parte. En la parte fea. En que una parte de mí se alegra, Laura. Se alegra de que no pueda volver a hacerme daño, se alegra de que no pueda buscarme, ni encontrarme, ni romperme nada más. Y he decidido que no voy a avergonzarme de eso, que esa alegría no me hace mala persona. Me hace humana, me hace una mujer que sobrevivió a un monstruo y que tiene derecho a sentir alivio cuando el monstruo deje de respirar.

Me quedo en silencio un momento, con el teléfono pegado a la oreja, escuchando su respiración al otro lado. La Elena que habla ahora no es la Elena que conocí, la mujer rota que apenas podía levantar la mirada del suelo. Esta Elena tiene la voz firme, esta Elena ha tomado una decisión imposible y no tiembla al decirla, ella se ha reconstruido, hueso a hueso, y lo que ha construido es algo más fuerte que lo que había antes.

—Estaré allí mañana antes de las diez —digo.

26 de septiembre

El doctor Herrero tiene los papeles preparados. Son formularios estándar, clínicos, con el membrete del hospital y el lenguaje aséptico de la burocracia médica. «Autorización para limitación del esfuerzo terapéutico». Así lo llaman. No dicen «desconectar». No dicen «dejar morir». Dicen «limitación del esfuerzo terapéutico».

Elena lee cada página. Lee despacio, con atención, pasando el dedo por los párrafos como si buscara una trampa escondida entre las palabras. Valeria está a su lado, señalándole las cláusulas relevantes, explicándole en voz baja lo que significa cada término legal. Yo estoy sentada al otro lado, en silencio, porque mi función aquí no es hablar, sino estar.

Cuando llega a la última página, Elena pone el papel sobre la mesa. Mira el espacio para la firma, mira el bolígrafo que el doctor Herrero ha dejado junto a los formularios, mira a Valeria y después a mí.

—¿Podéis darme un minuto? —dice—. Necesito estar sola.

Salimos. Valeria, el doctor y yo esperamos en el pasillo. Valeria tiene los brazos cruzados y la mandíbula apretada, le tiemblan las manos. Acaricio su hombro con cariño, no dice nada y yo tampoco.

Cinco minutos después, la puerta se abre. Elena sale con los papeles en la mano, firmados, y se los entrega al doctor Herrero sin decir nada. El doctor los recoge, los revisa y asiente.

—Procederemos esta tarde —dice—. A las cinco. Si desea estar presente…

—No —dice Elena—. No necesito estar presente. Ya me he despedido.

Salimos del hospital y en el aparcamiento, Elena se detiene, se queda muy quieta. Después se gira hacia Valeria, y esta la abraza, fuerte, sin cuidado, con una urgencia desesperada, como si intentara absorber una parte del dolor para que Elena no tuviera que cargarlo todo sola.

Elena llora. Por primera vez desde que empezó este proceso, llora de verdad: con sonido, con sacudidas, con ese llanto que viene del fondo del cuerpo y que arrastra todo lo que encuentra a su paso. No llora por Javier, lo hace por ella misma. Por los años perdidos, por los huesos rotos, por el miedo crónico, por la culpa injusta, por la decisión que acaba de tomar y por la libertad terrible que esa decisión le da.

Me quedo a un metro de distancia, dándoles espacio, dejando que Valeria pueda sostenerla. Porque hay momentos en los que lo que una persona necesita no es a quien la salvó, sino a quien la ama, y ahora mismo Valeria es eso para Elena; lo veo con una claridad que no necesita confirmación, aunque ninguna de las dos se haya atrevido a decirlo en voz alta.

A las cinco de la tarde, en una habitación de la UCI del hospital, los médicos desconectan el respirador de Javier. Vladimir me envía un mensaje a las cinco y veintitrés: «Ha terminado».

Javier muere un sábado de septiembre, a las cinco y dieciocho de la tarde, sin abrir los ojos, sin decir una palabra, sin saber que la mujer que firmó el papel fue la misma a la que le rompió la vida durante años. Muere solo, en una habitación blanca, con el sonido de las máquinas apagándose una a una como velas que se soplan al final de una fiesta a la que nadie quiso ir.

Capítulo 44

27 de septiembre

Me quito los puntos del labio. La cicatriz es fina, apenas visible, una línea blanca que cruza el labio inferior. Decidí venir sola, quería caminar después. No es la primera vez que lo hago, pero necesitaba sentir que puedo sola. Sé que Inés está ahí, sin embargo, quería saber si ya no tenía miedo de hacer un recorrido tan largo caminando por las calles de Madrid.

Lo hago tranquila, pienso en Javier, en que ya no está para poder seguir haciendo daño, él ya es un capítulo cerrado. Ya no tiene voz, ya no podrá golpear más a Elena, ni a ninguna otra, no podrá gritar. Siento un alivio tan grande porque él ya no está que casi me asusta.

Pienso en Elena y en lo que tuvo que hacer, que no lloró cuando lo hizo, sino después en el aparcamiento abrazada a Valeria, pero no por pena, ni porque había firmado ese papel, lloró porque por fin era libre de un hombre que la golpeó durante años y porque por fin se había acabado esa pesadilla.

Vuelvo al piso de Inés y, al entrar, la veo en el salón leyendo unos papeles que tiene en las manos, con las gafas de leer que se pone cuando no quiere admitir que las necesita. Me mira por encima de ellas.

—¿Cómo ha ido? —pregunta.

—El mundo sigue ahí.

—Suelo estarlo —dice—. Seguir ahí, incluso cuando parece que no debería.

Me siento a su lado y apoyo la cabeza en su hombro. Ella sigue leyendo, pasando páginas con una mano mientras con la otra me acaricia el pelo, como si esto fuera lo más natural del mundo, como si las últimas semanas no hubieran existido.

Inés baja el expediente y me mira.

—María, necesito decirte algo.

—Claro, dime —respondo incorporándome para mirarla a los ojos.

—Lo que me contaste en el hospital, la red, Vladimir, la fundación, lo que has hecho, a quién has protegido, todo eso ahora vive dentro de mí. Necesito tiempo para que encuentre sitio. No tiempo separada de ti, tiempo contigo, pero procesando. Voy a tener días en los que me mires y veas que estoy lejos, que estoy pensando en algo que no te digo. Y no será porque me esté alejando. Será porque estaré masticando todo esto, dándole vueltas, intentando conciliar lo que soy con lo que sé. Necesito que me des ese espacio sin asustarte, sin pensar que me voy a ir. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo —digo, pero hay algo que he pensado estos días y es ahora cuando debo decirlo—. Pero quiero que pienses en algo, Inés. Quizá ahora las cosas pueden hacerse de otra manera.

Me mira entrecerrando los ojos, no dice nada.

—La red tiene información —comienzo a decir—. Tenemos datos, pruebas, testimonios, registros. Sabemos cosas que la policía no

sabe, dónde están los agresores, qué hacen, a quién buscan. Tenemos información sobre redes de trata, denuncias archivadas, casos que se pudrieron en un cajón porque alguien decidió que no eran prioritarios. Vladimir puede poner todo eso a disposición de la ley. A tu disposición, Inés, absolutamente todo.

Inés sigue en silencio, procesando mis palabras.

—No estoy hablando de mandar a nadie a hacer nada fuera de la ley —continúo—. No quiero hacer lo de antes. Hablo de que tú eres inspectora de policía y yo tengo acceso a información que puede ayudarte a hacer tu trabajo. Podemos trabajar juntas, todo legal, todo dentro del sistema como debería hacerse.

Inés deja los papeles a un lado y se quita las gafas.

—María…

—Sé lo que vas a decir. Que es complicado, que hay protocolos, que si alguien descubre de dónde viene la información podría haber problemas. Lo sé, pero escúchame, tú misma lo dijiste: a veces la ley es obscena, y lo es, Inés. Porque el sistema falla, con las mujeres que denuncian y las devuelve a casa con su agresor. Falla con las órdenes de alejamiento que nadie vigila, con los jueces que no creen, con los policías que minimizan, con los informes que se pierden. Yo llevo años viéndolo desde el otro lado, recogiendo los pedazos de mujeres que el sistema dejó caer. Y sé que las cosas pueden hacerse de forma distinta.

—¿Qué ha cambiado ahora para pensar que se pueden hacer de forma distinta?

—Tú has cambiado —respondo—. Estás aquí, sabiendo lo que sabes, y no has salido corriendo. No me has denunciado. No has

mirado para otro lado. Estás aquí, conmigo, intentando encontrar la manera de que esto tenga sentido, y eso es exactamente lo que faltaba, Inés. Alguien dentro del sistema que quiera que funcione y que sepa lo que nosotras sabemos, que pueda abrir las puertas que nosotras no podemos abrir, que convierta lo que tenemos en algo que los jueces no puedan ignorar.

Inés se levanta y camina hasta la ventana. Se queda de espalda un momento, mirando hacia el exterior, procesando lo que le acabo de decir, que hay una oportunidad para hacer las cosas bien, pero que la necesito a ella.

—¿Sabes cuántas veces he visto a una mujer sentada frente a mí con la cara rota y he sabido que, si la mandaba de vuelta y no encontrábamos a su agresor, iba a terminar muerta? —dice sin girarse—. ¿Sabes las veces que a un juez le parece suficiente una orden de alejamiento sabiendo que volverá a por ella?

—Lo sé, Inés. Por eso Valeria montó la red.

Se gira y me mira.

—Muchas veces la ley las ha ignorado, María. He sido parte de ese sistema que ignora, aunque me rompa por dentro cada vez que pasa, y me dices que puedo ser la pieza que falta, la que une los dos mundos, la que hace que funcione. Pero necesito que entiendas lo que me estás pidiendo.

—Te estoy pidiendo que hagamos juntas lo que ninguna de las dos puede hacer sola. Tú tienes la placa, la autoridad, el acceso al sistema. Yo tengo la información, los contactos, la red. Por separado, las dos fallamos: tú porque el sistema no te deja llegar a tiempo, yo porque actuar fuera de la ley tiene un precio que casi nos ha

destruido. Pero juntas, Inés, juntas podemos hacer las cosas bien. Sin secretos, sin sombras, sin tener que elegir entre lo legal y lo justo.

Inés vuelve al sofá, me coge las manos.

—Si hacemos esto —dice—, se hace a mi manera. Dentro de la ley, con protocolos, con garantías. Nada de atajos, nada de justicia por la puerta de atrás. La información que tengan me llega a mí y yo decido cómo se usa, cuándo se usa y si se usa. ¿Puedes vivir con eso?

—Puedo vivir con eso.

—¿Vladimir puede vivir con eso? —pregunta.

—Él puede vivir con cualquier cosa que te mantenga a mi lado y que mantenga a las mujeres a salvo.

Inés casi sonríe, casi, inclina un poco la comisura del labio, pero está ahí, y eso para mí es suficiente.

—Va a ser complicado —dice.

—Todo lo que merece la pena es complicado.

—Y voy a tener días malos. Días en los que la inspectora y la novia se peleen dentro de mi cabeza. Días en los que miro un expediente y pienso que sé demasiado, o que no sé lo suficiente, o que debería haber hecho las cosas de otra forma.

—Y esos días estaré aquí. Como tú has estado aquí estos días para mí.

Me aprieta las manos, fuerte, como si estuviera sellando algo.

—De acuerdo —dice—. Vamos a intentarlo. Juntas. A tu manera y a la mía. Vamos a intentar que el sistema funcione para las que siempre se ha olvidado de proteger.

Y en esa palabra, «juntas», hay más futuro del que he sentido en años.

—Pero necesito una cosa más —dice.

—Dime.

—No me mientas más —me pide—. Nunca. Sobre nada. Si hay un caso nuevo, quiero saberlo, si corres peligro, quiero saberlo, si haces algo que podría cambiarlo todo, quiero saberlo antes, no después. No puedo protegerte si no sé de qué te estoy protegiendo.

—Inés, hay cosas que si las sabes…

—Sé que ahora mismo soy cómplice, desde el momento en que decidí no denunciarte, ya lo soy. Si voy a estar en esto, no vale hacerlo a medias, quiero saber todo.

—De acuerdo, sin mentiras.

—Sin mentiras —repite.

Se inclina y me besa en la comisura del labio, evitando la cicatriz, es apenas un roce. Es el primero con la verdad, con un pacto, sin secretos, pero no me basta solo con ese roce, no con esa ternura a medias, por si puede hacerme daño. Llevo días necesitando más, no como refugio ni consuelo, sino como la mujer que deseo, la que me hace sentir viva de una forma que no tiene nada que ver con sobrevivir.

Le sujeto la cara con las dos manos y la beso en la boca, contra mi cicatriz, porque es mía y no voy a dejar que me quite nada más.

Inés responde y durante un instante todo desaparece: los hematomas, los informes, los muertos, los vivos, todo excepto su lengua buscando la mía y sus manos subiendo por mi espalda.

—María —susurra—. Las costillas, debes tener cuidado.

—Lo tengo —digo, y antes de que pueda responder, me subo a horcajadas. El movimiento hace que tenga una puntada en el costado, lejana, como si el dolor supiera que ahora no le toca.

Inés me observa. Tiene las manos en mis muslos, quietas, esperando, como si temieras que cualquier movimiento suyo pudiera romperme, pero yo no estoy rota. Estoy magullada, vendada, pero no rota, y necesito que lo sepa, que lo sienta.

Vuelvo a besarla, despacio, lento, profundo, de esos que empiezan en la boca y terminan recorriendo el cuerpo entero. Sus manos suben por mis muslos hasta mi cintura, con cuidado.

—Dime si te duele —murmura contra mis labios.

—No me duele —miento, porque sí duele, un poco, en el costado, cada vez que me inclino demasiado, pero el dolor es insignificante comparado con lo que siento cuando sus manos encuentran mi piel por debajo de la camiseta, cuando sus dedos recorren mi espalda.

Le quito la camiseta, ella me quita la mía, despacio, levantándola con el cuidado de quien desnuda algo frágil, y cuando ve el vendaje, algunos moratones que todavía están ahí, se detiene.

—María…

—Estoy bien —digo—. Estoy aquí, contigo, y quiero esto, Inés.

Vamos a la habitación y hacemos el amor despacio, como si el tiempo se hubiera detenido para que nosotras pudiéramos hacer

esto sin prisas, sin relojes. Me muevo al ritmo que mis costillas permiten, un ritmo lento que resulta ser lo que necesito. No hay urgencia, no hay hambre desesperada, es otra cosa. La certeza de que las dos estamos aquí, vivas, enteras, juntas después de todo lo que ha pasado.

Inés me toca como si estuviera aprendiendo mi cuerpo de nuevo. Recorre con los dedos mi cuerpo, besa los hombros, la clavícula, como si quisiera curar con la boca lo que las manos de Javier intentaron destruir. Cuando sus labios bajan por mi pecho, cierro los ojos y siento que algo se deshace dentro de mí, un nudo que llevaba semanas y que por fin cede.

—Te quiero —afirmo.

—Yo también te quiero —responde mirándome—. Más de lo que me atrevo a decir con palabras, así que déjame decírtelo así.

Y lo hace. Con las manos, con la boca, con su cuerpo encima del mío, con cuidado, dándome placer sin olvidar que estoy herida, encontrando el equilibrio exacto. Cuando llego al orgasmo, lo hago con los ojos abiertos, mirándola, porque quiero que sepa que soy yo, la mujer que la quiere, la que está aquí, la que no se va a ir a ningún sitio.

Me pongo de lado y mis costillas protestan, pero les digo que se callen, que ahora no toca. Inés me abraza desde atrás, su cuerpo curvándose alrededor del mío, su brazo pasando por encima de mi cintura sin tocar las costillas, su boca en mi nuca.

—¿Te he hecho daño? —pregunta.

—No —respondo—. Me has hecho todo lo contrario.

Nos quedamos así, tumbadas. No hablamos, no hace falta, lo que acaba de pasar entre nosotras ha dicho más que cualquier conversación, promesa o juramento.

Después de un rato, Inés rompe el silencio.

—¿Sabes en qué estoy pensando?

—Dime.

—En que estás aquí, en mi cama, con la cara magullada, las costillas rotas, pero viva. Que, a pesar de todo lo que ha pasado, este es el momento más feliz que he tenido en mucho tiempo.

—Para mí también lo es —afirmo.

Me aprieta con cuidado contra ella, siento su corazón latir contra mi espalda, firme, constante, como un metrónomo que marca el ritmo de algo que acaba de empezar.

Capítulo 45

30 de septiembre

Última entrada

Le he dicho a Inés que necesitaba ir a mi casa, a Aravaca, a buscar unas cosas. No le he mentido, necesito buscar algo, pero no es ropa ni documentos ni nada que quepa en una bolsa. Lo que necesito buscar está dentro de mí, y para encontrarlo necesito estar donde todo empezó a cambiar: en la casa donde Inés durmió por primera vez a mi lado, donde le dije mi nombre real, donde un hombre intentó matarme y yo decidí que quería vivir.

—Vuelvo en unas horas —le dije antes de salir de su apartamento.

—¿Segura de que no quieres que te acompañe? —preguntó desde el sofá.

—Segura. Necesito un rato a solas.

Me miró como si estuviera evaluándome, buscando señales de algo que no le estuviera contando. Después asintió.

—Prométeme que vuelves —dijo.

—Te lo prometo.

La puerta ya está arreglada. Vladimir se encargó de eso dos días después del ataque. Una puerta nueva, más sólida, blindada, con cerradura de tres puntos. Cuando la abro, el sonido es diferente al de la antigua. Es un sonido más firme, más seguro. Como si la casa también hubiera decidido protegerse.

Entro y todo está en orden. Vladimir mandó a alguien a limpiar la cocina, a reponer lo roto, a borrar las huellas de lo que pasó. Las baldosas del suelo están impolutas, la encimera brilla como si fuera nueva, los imanes de la nevera están en su sitio. Nadie diría que aquí pasó nada, pero yo lo sé. Mi cuerpo lo sabe cada vez que miro la esquina del mármol donde la cabeza de Javier se golpeó con ese sonido seco que todavía escucho en las noches malas. Lo sé porque las costillas me lo recuerdan con cada respiración profunda, que hace once días un hombre estuvo a punto de matarme en esta cocina, y que estoy viva porque Vladimir me enseñó a golpear.

Subo a mi habitación. La cama está hecha, las sábanas limpias. Abro el cajón de la mesilla y saco el diario. En el que escribo y está lleno de confesiones. Me siento en la cama apoyando la espalda en el respaldo y escribo.

Escribo porque necesito cerrar algo. No una puerta; de puertas cerradas he tenido demasiadas en mi vida. Lo que necesito cerrar es un ciclo. El ciclo de Laura, la acompañante que escuchaba secretos en un sofá gris de un apartamento de Malasaña. La mujer que durante más de dos décadas fue el espejo donde otras se miraban para encontrarse a sí mismas, mientras ella se perdía un poco más con cada reflejo. La que recogía las piezas rotas de otras mujeres y las ayudaba a reconstruirse, pero que nunca se permitió mirar sus

propias grietas porque hacerlo significaba pararse, y pararse significaba sentir, y sentir era algo que Laura no podía permitirse.

Se acabó.

No el trabajo. No la protección. Ni la red ni la fundación ni todo lo que Valeria Montenegro construyó y que yo heredé. Eso sigue, pero de otra forma. Una forma que no requiere sombras ni decisiones que te roban el sueño, una forma que tiene a Inés dentro, con su placa, su ética y su manera obstinada de creer que las cosas pueden hacerse bien dentro del sistema si alguien se empeña lo suficiente en que funcionen.

Lo que se acabó es la soledad. La soledad elegida, la soledad como escudo, la soledad como excusa para no dejar entrar a nadie en los lugares donde de verdad duele. Esa soledad que yo llamaba independencia y que en realidad era miedo disfrazado de fortaleza.

Valeria Montenegro me advirtió. Me lo dijo la primera semana, me lo repitió cada vez que nos veíamos, me lo susurró desde la cama del hospital con esa voz ronca que el cáncer le iba robando: «No te encariñes. Es la primera regla. Puedes ser empática, puedes ser amable, pero no puedes encariñarte. Porque el día que dejen de venir, te romperás».

Tenía razón en todo menos en una cosa: no se puede poner vallas al campo. Da igual cuántas reglas escribas, cuántos muros levantes, cuántas veces te repitas que el corazón es un órgano que debe mantenerse al margen del trabajo. Da igual porque el corazón no entiende de reglas, no respeta los protocolos, no obedece las advertencias de mujeres sabias que hablaban desde la experiencia de su propia soledad. El corazón hace lo que le da la gana, y lo que

le dio la gana al mío fue enamorarse de una inspectora de policía que apareció en mi apartamento un jueves por la tarde con cara de no haber dormido y pidiendo una copa de vino.

Inés se me coló dentro sin que me diera cuenta. O quizá sí me di cuenta, quizá lo supe desde aquella primera vez que frunció el ceño mientras hablaba de un caso, desde la primera vez que se mordió el labio inferior y un escalofrío me recorrió el cuerpo entero. Quizá lo supe y elegí no verlo, porque verlo significaba aceptar que las vallas que había levantado no servían para nada, que la primera regla de Valeria estaba hecha para romperse, que yo, María Belmont, la mujer que llevaba más de veinte años controlando cada aspecto de su vida, había perdido el control sobre lo único que de verdad importaba.

Pero la verdad, que solo puedo escribir aquí, en este diario, sentada en la cama donde Inés y yo hicimos el amor por primera vez, es que no luché contra ello tanto como debería. No luché porque estaba cansada de huir de lo que sentía, de mantener distancias con las personas que me importaban, de ser el espejo de todas sin dejar que nadie me viera a mí. Cansada de dormir sola en una cama demasiado grande, de cocinar para una, de despertar a las tres de la mañana sin saber quién era.

Quería que alguien me quisiera. No como me quieren mis clientas, con esa gratitud que es real, pero que tiene fecha de caducidad. No como me quiere Vladimir, con esa lealtad silenciosa de hermano en armas que nunca se nombra. Quería que alguien me amara de verdad. Con todo lo que eso implica: la vulnerabilidad, el riesgo, la certeza de que abrir tu pecho a otra persona es darle las instrucciones para destruirte y confiar en que no las use.

Inés me dio eso. Me amó sabiendo que había partes de mí que no podía ver. Me amó después de verlas, cuando la carpeta lo expuso todo, cuando la verdad de lo que soy cayó entre las dos como una bomba y ella tuvo todo el derecho del mundo a marcharse y no volver. Se fue, sí. Semanas de silencio que fueron semanas de infierno. Pero volvió. Volvió a un hospital donde yo estaba con la cara rota y las costillas partidas, y me cogió la mano y no la soltó.

Y ahora estoy aquí, en mi casa, escribiendo esto, y ella está en su apartamento esperándome, probablemente con un café preparado y esa expresión de quien finge que no estaba mirando la puerta cada dos minutos.

Le prometí que volvería. Y voy a volver, pero antes necesitaba escribir esto. Necesitaba que quedara escrito en algún sitio, con mi letra, en un papel que puedo tocar, que este es el final del diario.

No el final de la historia. El final del diario.

Porque la historia, mi historia, la de María Belmont, esa que no es Laura ni la acompañante ni la mujer que actúa en las sombras, esa historia empieza ahora. Con cuarenta y nueve años, con cicatrices en el labio y en el alma, con una mujer que me espera y un futuro que no sé cómo será, pero que, por primera vez, quiero descubrir.

Cuarenta y nueve años. Hay quien diría que es tarde para empezar. Que a mi edad la vida ya está escrita, que las decisiones importantes ya se tomaron, que lo que queda es ir tirando con lo que tienes hasta que el cuerpo diga basta. Lo he escuchado cientos de veces en el sofá gris de Malasaña, mujeres de todas las edades diciéndome que ya era tarde, que ya no podían cambiar, que la vida las había pasado de largo.

Se equivocaban todas. Como me equivocaba yo.

Nunca es tarde. No es tarde a los cuarenta y nueve, ni a los cincuenta y cinco como Patricia, que encontró el amor en una clase de cerámica. Ni a los sesenta y cinco como Rosa, que descubrió su cuerpo después de toda una vida escondiéndolo. Ni a ninguna edad, porque la vida no es una carrera con meta fija. La vida es ese momento exacto en el que decides que quieres algo distinto y das el primer paso hacia ello, aunque las piernas tiemblen, aunque el camino no esté claro, aunque todo el mundo te diga que ya deberías haber llegado a algún sitio.

Mi algún sitio es este: una cama con sábanas limpias, un cuaderno abierto y una mujer que me espera al otro lado de la ciudad. Una mujer que me llama María, que conoce mis secretos más oscuros y ha decidido que la luz que hay en mí pesa más que la sombra. Una mujer que me hace sentir segura, no por los muros ni las cámaras ni los hombres que vigilan desde coches aparcados, sino por algo mucho más sencillo y mucho más poderoso: porque me mira y me ve. Me ve entera, con todo, y se queda.

Cierro el diario.

Me levanto de la cama, guardo el bolígrafo en el cajón y bajo las escaleras. La casa está en silencio, pero ya no es el silencio que me ahogaba, el que llenaba las habitaciones con el eco de todas las cosas que no decía. Ahora es un silencio tranquilo.

Cojo las llaves, abro la puerta y salgo. Arranco el coche. Esta ciudad me ha dado todo: un propósito, un legado, unas mujeres a las que proteger y, al final, a Inés.

Conduzco hacia ella. Hacia mi vida, la que empieza hoy, la que voy a vivir con los ojos abiertos, sin máscaras, sin nombres falsos, sin la distancia que me protegía de sentir, pero que también me impedía vivir.

Este es el final del diario de Laura.

Y el principio de la vida de María.

Porque nunca, jamás, es tarde.

Epílogo

Siete meses después

La maleta está abierta sobre la cama y llevo veinte minutos mirándola sin meter nada dentro. No porque no sepa qué llevar, sino porque cada vez que me acerco, Inés aparece por detrás y saca algo que acabo de meter.

—No necesitas tres libros para cuatro días —dice mientras saca dos de ellos.

—Necesito opciones —protesto.

—Necesitas un bañador y crema solar. Es Portugal, no una expedición científica.

—Puede llover, estamos en abril.

—Si llueve, nos quedamos en la cama —dice alzando una ceja y sonriendo—. ¿Para qué tantos libros?

La miro; está descalza, con unos pantalones cortos y una camiseta, el pelo recogido en un moño. Tiene una sonrisa que me encanta, me atrapa y hace que me derrita cada vez que la veo. Decidimos vivir en mi casa, es más grande y tiene piscina, solo por eso dijo que se venía.

—Mete el libro que quieras —claudica—. Pero solo uno.

—Dos.

—Uno y medio —responde.

—¿Cómo meto medio libro? —pregunto aguantando las ganas de reír.

—Arrancas las páginas que no te gusten.

Me río; todavía me sorprendo de lo fácil que es reírse ahora. No siempre fue así: los primeros meses después de septiembre fueron difíciles, con noches en las que me despertaba con la mano de Javier alrededor del cuello y el corazón golpeándome el pecho como un animal encerrado. Inés se despertaba conmigo, cada vez, sin quejarse, sin preguntar qué había soñado porque ya lo sabía. Me rodeaba con los brazos y se quedaba así, en silencio, hasta que mi respiración se calmaba. No decía «tranquila» ni «ya pasó» ni ninguna de esas frases que la gente dice cuando no sabe qué decir. Solo estaba. Solo me sostenía. Y con el tiempo, con las semanas, las pesadillas fueron espaciándose, como las tormentas cuando van perdiendo fuerza, hasta convertirse en algo que aparece de vez en cuando, pero que ya no me destruye.

Cierro la maleta. Un libro, he elegido uno solo, como si fuera a leerlo, como si en cuatro días en el Algarve portugués con Inés fuera a tener tiempo para leer algo que no sea su cara.

Vladimir ha quedado en llevarnos al aeropuerto. Cuando bajo al portal con la maleta, está apoyado en el coche como siempre, con los brazos cruzados y con la cara seria, pero con algo diferente en los ojos. Algo que se parece mucho a la tranquilidad.

Estos meses lo han cambiado. No por fuera; por fuera sigue siendo el mismo hombre enorme y silencioso de siempre, con sus

camisas oscuras y sus ojos grises que no se pierden nada. El cambio es por dentro. Desde que Inés y él empezaron a trabajar juntos, desde que la red dejó de operar en las sombras y empezó a canalizar su información a través de la policía, algo se ha soltado en Vladimir. La tensión constante, ese estado de alerta permanente en el que vivía, se ha suavizado. No ha desaparecido, porque Vladimir sin tensión no sería Vladimir, pero ahora es una tensión distinta: la de quien hace las cosas bien y puede dormir después.

La primera reunión fue difícil. Inés, Vladimir, Valeria —que se unió a nosotros sin pensarlo— y yo en el despacho de Chamberí, con la puerta cerrada y las persianas bajadas, explicándole a Inés exactamente cómo funcionaba la red, qué información teníamos, de dónde venía, qué habíamos hecho con ella. Inés escuchó sin interrumpir durante dos horas. Después hizo preguntas. Preguntas duras, de inspectora, preguntas que nos obligaron a mirar de frente las cosas que habíamos hecho y a separar lo salvable de lo que no lo era. Al final de la reunión, trazó una línea.

—A partir de ahora, esto funciona así —dijo con una voz que no admitía negociación—. La información fluye hacia mí. Yo la proceso, la verifico y la convierto en algo que un juez pueda usar. Nada de operaciones paralelas, nada de extracciones sin orden judicial, nada de nada que no pueda sostenerse en un tribunal. Si hacemos esto, lo hacemos bien o no lo hacemos.

Vladimir la miró un momento. Después asintió, y en ese asentimiento había algo que yo nunca le había visto: alivio. El alivio de dejar de cargar solo con un peso que nunca debería haber sido solo suyo.

Desde entonces, las cosas han cambiado. No de la noche a la mañana, no con un giro dramático, sino con la lentitud paciente de lo que se construye bien. Inés abrió tres investigaciones basadas en información de la red. Tres casos que llevaban años pudriéndose en cajones porque nadie tenía las piezas que faltaban. Vladimir se las dio. Las piezas encajaron. Dos agresores fueron detenidos en octubre. El tercero, en diciembre. Tres mujeres que ya no tienen que mirar por encima del hombro cada vez que salen a la calle. La red que destapó Marina sigue todavía en proceso; muchos están en la cárcel, otros siguen siendo investigados.

No es perfecto. El sistema sigue fallando, sigue siendo lento, sigue teniendo grietas por las que se cuelan los monstruos. Pero ahora hay un puente entre lo que sabemos y lo que la ley puede hacer, y ese puente tiene nombre: se llama Inés.

—¿Lista? —pregunta Vladimir cuando meto la maleta en el maletero.

—Lista.

—¿Inés? —pregunta.

—Bajando. Está buscando el cargador del móvil.

Vladimir me mira. Ese momento silencioso que tenemos, el que no necesita palabras. Pero hoy hay algo que quiero decir, algo que llevo meses queriendo decir y que nunca encuentro el momento, porque entre nosotros los momentos grandes se disfrazan de momentos pequeños.

—Vladimir.

—¿Qué?

—Eres mi mejor amigo. Alguien muy importante en mi vida.

Me mira, parpadea, una vez, dos veces. Su cara no cambia, pero lo veo tragar, un movimiento mínimo en la garganta, y sé que ha llegado, que ha aterrizado en algún lugar dentro de él donde hacía falta que aterrizara.

—Y tú eres mi mejor amiga —dice. Seco. Simple. Sin adornos. Exactamente como tiene que ser.

Inés baja corriendo con el cargador en la mano y un abrigo que no necesita para Portugal, pero que lleva «por si acaso», porque Inés es así, siempre preparada para un «por si acaso» que nunca llega. Vladimir le abre la puerta del coche y durante un segundo, un segundo brevísimo, los dos se miran y sonríen, y en esa sonrisa compartida veo algo que hace siete meses habría parecido imposible: confianza.

De camino al aeropuerto, vamos en silencio, Inés acariciando mi rodilla y yo entrelazando mi mano con la suya.

—¿Habéis reservado el restaurante que os dije? —pregunta Vladimir mirando por el retrovisor—. El de Tavira, el del pescado.

—Lo he reservado para mañana —confirma Inés.

—Pedid la cataplana de mariscos. Os cambiará la vida.

—Vladimir, ¿desde cuándo eres experto en gastronomía portuguesa? —pregunto.

—Desde que Claudia me llevó a Faro el mes pasado.

Inés y yo nos miramos. Sabemos que con lo de Rodrigo, Vladimir estuvo muy cerca de Claudia, sobre todo con lo de Galván y después con más gente que envió ese hombre. Es la primera vez que

Vladimir menciona un viaje con Claudia. Lo dice como quien no quiere la cosa, con esa naturalidad forzada de quien está probando cómo suena algo en voz alta. No pregunto, porque no hace falta. Si Vladimir quiere contarlo, lo contará. Si no, lo sabré igualmente por la forma en que mira el teléfono cuando le llega un mensaje y por esa suavización casi imperceptible de la mandíbula que nunca le había visto hasta hace un par de meses.

En el aeropuerto, Vladimir saca las maletas del maletero y se queda en la acera mientras nosotras entramos. Me giro desde la puerta. Lo veo allí, grande, quieto, los brazos cruzados, esperando a que desaparezcamos tras las puertas de cristal como quien se asegura de que las personas que le importan llegan a donde tienen que llegar.

Le levanto la mano. Él levanta la suya. Es suficiente.

El vuelo es corto. Mientras Inés duerme, pienso en todo lo que ha pasado para llegar a este momento exacto: las dos en un avión, un día de abril, camino a Portugal, con una maleta pequeña y la vida entera por delante. Porque la realidad es que nunca es tarde para empezar, da igual la edad que tengas, jamás es tarde.

Pienso en Elena, que ayer me envió una foto desde su nuevo trabajo. Trabaja en una librería en Lavapiés, una librería pequeña con estanterías de madera y un gato que duerme en el escaparate. Me envió la foto con un mensaje: «Hoy he vendido mi primer libro. Bueno, el gato ha vendido el libro. Yo solo he cobrado». Le contesté con un corazón. No hacía falta más.

Pienso en la red, que sigue funcionando, pero de otra forma, una forma que no requiere sombras ni secretos. Mark sigue con sus

sistemas; ahora colabora con el equipo técnico de la policía en ciberseguridad. Natalia sigue atendiendo a mujeres en su consulta, pero ahora tiene una línea directa con los servicios sociales que funciona de verdad, sin las trabas burocráticas que antes obligaban a las mujeres a esperar semanas que no tenían. Lucía, la enfermera, ya no tiene que falsificar informes para documentar agresiones: ahora hay un protocolo que Inés ayudó a implementar en tres hospitales de Madrid.

No todo es perfecto. Sería mentira decir que lo es. Sigue habiendo mujeres que caen por las grietas. Sigue habiendo noches en las que suena el teléfono y la voz al otro lado es la de alguien que tiene miedo y a quien el sistema no ha llegado a tiempo. Pero cada vez hay menos grietas, cada vez hay más puentes, y cada puente tiene nombre: Inés, Vladimir, Valeria, Mark, Natalia, Lucía y Claudia. Claudia también.

Cuando llegamos al hotel, Inés deja la maleta y va directamente al ventanal y lo abre.

—Es precioso —dice.

—Lo es —respondo acercándome por detrás y apoyando mi barbilla en su hombro.

—¿Sabes? —dice girándose hacia mí—. He estado pensando en algo.

—¿En qué?

—En que nunca hemos tenido unas vacaciones de verdad. Siempre había algo. Un caso, una emergencia, algo que me sacaba de la cama a las tres de la mañana. Y ahora estamos aquí, en una habitación de hotel en Portugal y no hay ninguna emergencia. No

hay ningún caso. No hay nadie esperando a que resolvamos nada. Solo estamos tú y yo, cuatro días y una playa.

—¿Te asusta?

—Me aterra —dice, y sonríe—. No sé qué hacer con tanto silencio.

—Podemos practicar.

—¿El silencio? —pregunta alzando una ceja.

—Practicar a estar juntas sin que el mundo se esté cayendo. Quizá se nos dé bien.

—Quizás.

Me pongo a su lado y rodeo su cintura, ella me imita y miramos al mar.

Pienso en todo lo que hemos sido. En la Laura que conoció a Inés en el apartamento, con los ojos asustados por un sistema que no estaba haciendo las cosas bien, en cómo la escuchaba y no juzgaba. En las noches sin dormir, en las mentiras innecesarias, en la carpeta que lo rompió todo, en el hospital que lo arregló, en las manos de Javier, en la encimera, en el coma, en el papel firmado, en los meses de después, lentos, difíciles y llenos de un esfuerzo que nadie ve, pero que sostiene todo lo demás.

Y pienso en lo que somos ahora. Dos mujeres en una ventana, en un hotel pequeño, en la costa de Portugal, mirando el horizonte. Dos mujeres que saben demasiado y que han decidido que saber demasiado no es una condena, sino una responsabilidad. Dos mujeres que se quieren con los ojos abiertos, que es la única forma honesta de querer.

—Te amo —susurro mirándole directamente a los ojos.

—Te amo —responde y me besa.

Y estas somos nosotras; a pesar de aquello a lo que me dedicaba, a pesar de lo que hice, a pesar de todo, estamos aquí, juntas, enteras y vivas. Y eso es suficiente, más que suficiente.